LIBRO 2

LOS PRÍNCIPES DE NOCTURNE



EL MARQUÉS DE LOS CUERVOS

DELILAH DUVALL

EL MARQUÉS DE LOS CUERVOS

UN ROMANCE ÉLFICO GÓTICO VICTORIANO

LOS PRÍNCIPES DE NOCTURNE - SPANISH EDITIONS

LIBRO DOS

DELILAH DUVALL

BICOASTAL PUBLICATIONS

Copyright © 2026 by Delilah Duvall

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

CAPÍTULO
UNO

BRANWEN

El cuervo se posó en mi puesto al amanecer.

Ojos negros. Plumas negras. Intenciones negras, probablemente, conociendo mi suerte. Se encaramó al poste de la esquina como si aquel lugar fuera suyo, observándome mientras colocaba las herraduras con un nivel de atención impropio de un ave.

Le lancé un clavo.

Atrapó el clavo con el pico. Lo dejó caer a mis pies. No se movió.

Está bien. Los dos podíamos ser tercos.

Volví a organizar mi mercancía, ignorando al pájaro y el dolor en mis hombros por el trabajo en la forja de ayer. Tenía las manos ásperas, llenas de callos, con finas líneas de hollín incrustadas en los pliegues que ningún fregado lograría eliminar. Manos de trabajo. Manos de campesina. El tipo de manos que te marcan como alguien que nunca vestiría seda ni bailaría en un baile de etiqueta.

No quería seda. La seda ardía.

La plaza del pueblo se fue llenando poco a poco a medida que el sol subía: granjeros y sus esposas, niños ya pegajosos por la miel de los carritos de los vendedores, muchachas con sus mejores vestidos de algodón y flores trenzadas en el pelo. El olor a carne asada y pan recién hecho flotaba desde los puestos de comida. En algún lugar se oía un violín afinando, y el árbol de mayo se alzaba envuelto en cintas, esperando a que comenzara el baile. En el horizonte, se acumulaban nubes: oscuras y pesadas, avanzando desde los páramos.

Primero de mayo. El único día al año en que todo el pueblo fingía que la vida era algo más que barro, deudas y apañárselas como uno pudiera.

Yo no tenía tiempo para fingir. Tenía herraduras que vender y un casero al que no le importaban las fiestas.

—Cuatro chelines —dije, sosteniendo una ante el granjero que entrecerraba los ojos frente a mi mercancía. Buen hierro, peso sólido, valdrían el doble en Hartwick—. No encontrará nada mejor.

—Tres y seis peniques.

—Cuatro. Y le incluiré los clavos.

Pagó. Siempre pagaban. El trabajo de mi padre era el mejor en tres pueblos a la redonda, aunque mi padre mismo fuera...

—¡Wren!

Cerré los ojos. Conté hasta tres. Los abrí.

Mi padre se abría paso entre la multitud hacia mí, y estaba borracho. Seguía borracho, por su aspecto: la camisa por fuera, el andar inestable, la voz demasiado alta para una hora tan temprana. La gente miraba. La gente siempre miraba cuando John el herrero se olvidaba de quién era.

—Padre —dije saliendo del puesto para interceptarlo antes de que pudiera tirar algo al suelo—. Se supone que deberías estar descansando.

—¿Descansando? —Se rio con demasiada fuerza—. No puedo descansar. Es el día del festival. Tengo que ayudar a mi pequeña...

—Lo tengo todo controlado. —Lo cogí del brazo, sujetándolo cuando se tambaleó. Olía a whisky y a remordimiento—. Vete a casa. Duerme. Llevaré las ganancias esta noche.

—Debería estar aquí. Debería... —Su rostro se descompuso, de esa forma en que lo hacía cuando la bebida lo ponía melancólico—. Tu madre habría querido...

—Madre quería que yo comiera. —Mantuve la voz plana, firme. Si me permitía sentir algo, sentiría demasiado—. No podremos comer si no vendemos. Y no podremos vender si espantas a los clientes. Vete a casa, padre.

Me miró con esos ojos inyectados en sangre y, por un momento, vi al hombre que solía ser. Antes de que madre muriera. Antes de la

bebida. Antes de dejar que una chica de dieciséis años se hiciera cargo de su forja porque le temblaban demasiado las manos para sujetar un martillo.

—Eres una buena chica, Wren.

—Soy una chica ocupada. Vete.

Lo vi alejarse a tropezones, vi a los vecinos fingir que no miraban, y añadí otra piedra al muro que mantenía entre mí y cualquier cosa que pudiera hacerme daño.

El cuervo sobre mi puesto emitió un sonido. No fue exactamente un graznido, sino algo más suave. Casi compasivo.

—Ni se te ocurra —le dije.

Ahuecó sus plumas y se quedó allí.

A media mañana ya había vendido lo suficiente para cubrir el alquiler de este mes y me sobraba algo para comida. No era mucho. Nunca era suficiente. Pero mantendría al casero lejos de nuestra puerta unas cuantas semanas más, y eso era todo lo que podía pedir.

—Branwen.

La vieja Mags se materializó a mi lado como un fantasma envuelto en un chal gris. Tenía el talento de aparecer exactamente cuando no quería compañía, es decir, siempre.

—Mags.

—Trabajando —dijo ella, como si fuera una enfermedad—. En el Primero de Mayo.

—Lo que tiene el dinero es que los caseros lo quieren tanto si hay baile como si no.

—Tu madre estaría...

—Llorando. Sí. Ya lo has mencionado. —Enderecé una fila de bisagras para puertas que no necesitaban ser enderezadas—. ¿Necesitabas algo? ¿Clavos? ¿Un gancho para el caldero? ¿Alguna excusa para seguir hablándome?

La mayoría de la gente se habría ofendido. Mags simplemente se rio, y su rostro se frunció en sus habituales arrugas.

—La lengua como una cuchilla, igual que ella. Tu abuela, quiero decir. Podía desollar a un hombre a veinte pasos. —Entornó los ojos hacia la plaza, hacia los aldeanos que se congregaban cerca del

árbol de mayo—. ¿Has visto? El Duque ha venido de verdad este año.

Eso me hizo levantar la vista.

—El Duque nunca viene a estas cosas.

—Nunca lo hacía. Pero dicen que ha cambiado desde que se casó con esa chica del pueblo. —Mags se apretó el chal—. Liora. Ya se le nota el embarazo; está de seis meses. Dicen que es más feliz que nadie.

Los localicé en el borde de la plaza. El duque de Thornwood, alto y moreno, con ropas demasiado finas para un festival de pueblo. Y junto a él, con la mano en la suya, ella, con el vientre redondeado por el niño...

Vi su rostro. Su verdadero rostro.

El glamur era impecable, como siempre. Pero yo llevaba viendo a través de sus máscaras desde que tuve edad suficiente para entender lo que estaba mirando. Ninguna cantidad de magia bonita podía ocultar lo que el duque de Thornwood era en realidad. Los ángulos de su rostro eran demasiado afilados. Su quietud, demasiado absoluta. El hambre tras sus ojos, paciente y milenaria, y totalmente inhumana.

Y Liora se apoyaba en él como si fuera el puerto más seguro del mundo.

Podría avisarla. El pensamiento surgió sin quererlo, como siempre. Podría acercarme allí y decirle lo que su marido era en verdad, qué era lo que compartía su cama, qué era lo que había puesto ese niño en su vientre...

Y me tomaría por loca. Todos lo harían.

Lo intenté, una vez. Hace años. Intenté decirle a una chica que no bailara con el apuesto señor, intenté explicarle lo que veía. Ella se rio. Me llamó envidiosa. Bailó de todos modos.

Ahora ya no se reía.

Mis ojos la buscaron entre la multitud sin pretenderlo: Mary Ashworth, de pie cerca del árbol de mayo con las manos entrelazadas y la sonrisa vacía. Seguía siendo guapa. Guapa de la forma en que lo es una flor prensada: todo el color y la vida habían sido aplastados. El último Primero de Mayo había estado radiante.

Riéndose. Llena de planes y sueños y de la certeza de que la vida sería amable.

Entonces el Marqués de Ravenmoor se fijó en ella.

No sé qué ocurrió. Nadie lo sabía, en realidad. Bailó con él en el festival. Desapareció durante tres días. Regresó... diferente. Más callada. La luz tras sus ojos se extinguió como una vela ante una corriente de aire. Su familia dijo que había estado enferma. El pueblo susurraba otras cosas.

Ahora permanecía entre la multitud y le sonreía a la nada, y algo que antes era Mary Ashworth se movía tras su rostro.

Eso era lo que pasaba cuando se fijaban en ti. Ese era el precio de su atención.

—Las viejas historias —murmuró Mags a mi lado—. Mi abuela solía decir cosas sobre los grandes señores. Los que han gobernado estos páramos desde antes de que se tenga memoria. —Sacudió la cabeza—. Tonterías, seguramente. Solo cuentos viejos.

—Seguramente.

—Aun así. —Su mano buscó mi brazo, con un agarre sorprendentemente fuerte—. Si se fijan en ti, mira hacia otro lado, muchacha. Sigue caminando.

Demasiado tarde para Mary Ashworth. Demasiado tarde para Liora. Quizá demasiado tarde para todos nosotros.

El cuervo en mi puesto volvió a emitir ese sonido bajo; no era un graznido, ni tampoco una risa. Me giré para mirarlo, para decirle que se fuera al infierno...

Y mi mirada se quedó trabada en el viejo roble al otro extremo de la plaza.

En lo que había debajo.

El marqués de Ravenmoor. Señor del castillo de Ravenmoor. El que acudía a cada baile, a cada festival, a cada ocasión donde las cosas hermosas se reunían para su divertimento. El que había vaciado a Mary Ashworth y la había dejado sonriéndole a la nada.

Lo conocía. Llevaba observando a los señores Nocturnos desde que aprendí a caminar, catalogándolos de la forma en que uno cataloga a los depredadores; no porque quisiera, sino porque no vigilar significaba la muerte. El duque era peligroso. El conde de

Shadowmere era peor. El más joven, el vizconde, se estaba apagando como una vela en una corriente de aire.

Y el marqués era el que disfrutaba con ello.

Estaba apoyado en el roble con la gracia perezosa de un gato que observa a los ratones. El cabello oscuro artísticamente despeinado. Un rostro que podría hacer llorar a los ángeles y tomar notas a los demonios. A su alrededor, las chicas del pueblo reían tras sus manos, sonrojándose, robándole miradas. Una de ellas —rubia, delicada, bonita— parecía a punto de desmayarse con tan solo que él respirara en su dirección.

Él la miró. Breve. Con desdén.

Ella se derritió de todos modos.

Patéticas. Todas ellas. Desmayándose por un monstruo al que no podían ver, dispuestas a entregarse a algo que las vaciaría y las dejaría sonriéndole a la nada. Veían el glamur —ese exterior espectacular, peligroso y perfecto— y pensaban que la belleza significaba seguridad.

Mary Ashworth también lo había pensado.

Miré al marqués de Ravenmoor. Miré más allá de la máscara. Me obligué a ver lo que había allí en realidad.

Peor que el Duque. Ese fue mi primer pensamiento. El verdadero rostro tras el glamur era más afilado que el de su hermano, más cruel. Donde la anomalía del duque era fría y profunda, esta ardía. Las facciones elegantes se retorcían en algo depredador. Dientes ligeramente demasiado afilados. Ojos verdes que brillaban con apetitos que no quería nombrar.

Lo miré y pensé en Mary Ashworth. Pensé en lo que él le había hecho. Pensé en la sonrisa hueca y los ojos vacíos y en el modo en que ella permanecía entre la multitud como un fantasma que no se había dado cuenta de que estaba muerto.

Y el calor me golpeó como el estallido de una forja.

Bajo. Repentino. Devastador.

Se concentró en mis caderas y se extendió hacia fuera, fuego líquido bajo mi piel. Mi respiración se entrecortó. Mis pezones se tensaron contra el lino áspero de mi camisón, y entre mis muslos me sentí humedecer, me dolía; mi cuerpo respondía a su visión con un

hambre que no tenía sentido, que no podía estar pasando, que yo no permitiría...

Agarré el borde del puesto hasta que la madera crujió bajo mis dedos.

Esto estaba mal. Esto era imposible. Podía VER lo que era. Podía ver al monstruo tras la belleza, podía ver a Mary Ashworth a seis metros de distancia como una advertencia hecha carne, y a mi cuerpo no le IMPORTABA. Mi cuerpo quería cruzar esa plaza y entregarme como cualquier otra chica estúpida que alguna vez hubiera captado su atención.

Mi cuerpo era idiota.

Me obligué a respirar. Inspirar. Espirar. Inspirar. Espirar. Como accionar el fuelle. Como controlar el fuego antes de que él te controle a ti.

No sirvió de nada. El calor seguía allí, enroscado en lo bajo de mi vientre, y cuando volví a mirarlo...

Sus ojos se encontraron con los míos.

El mundo se detuvo.

Se quedó inmóvil. No como un humano, sino como un depredador. El tipo de quietud que precede a la sangre. A través de la plaza, más allá de los bailarines y las cintas y los tontos ignorantes, su mirada se fijó en la mía como unos dientes encontrando una garganta.

Algo dentro de mí gritó: CORRE HACIA ÉL.

Cada instinto, cada nervio, cada gota de sangre en mi cuerpo me exigía cruzar esa plaza. Arrodillarme a sus pies. Dejar que hiciera lo que quisiera, dejar que me vaciara como a Mary Ashworth, dejar que...

Mi mente respondió gritando: HUYE. AHORA. Mientras todavía hay distancia. Mientras todavía tienes ELECCIÓN...

No hice ninguna de las dos cosas.

Me mantuve firme.

Me temblaban las manos. Mis muslos se apretaban el uno contra el otro frente a un dolor que me negaba a reconocer. El corazón me golpeaba tan fuerte que podía sentirlo en la garganta, en los dientes, en el espacio tras mis ojos.

Pero levanté la barbilla y sostuve la mirada de esos ojos antiguos y hambrientos, y no me moví.

Algo cambió en su expresión. Sorpresa. Interés.

Un tipo de hambre diferente.

Se separó del roble.

Empezó a caminar hacia mí.

La multitud se apartaba a su paso sin saber que lo hacía, sus cuerpos moviéndose como el agua alrededor de una hoja de acero. Se movía con una gracia que dolía contemplar, cada paso devorando la distancia entre nosotros, sin que sus ojos abandonaran los míos ni un instante.

El cuervo de mi puesto extendió las alas y echó a volar hacia el cielo.

Alargué la mano y cerré los dedos alrededor de la herradura más cercana. Buen hierro. Peso sólido.

Que venga.

CAPÍTULO
DOS

RAITH

El Primero de Mayo ha sido tedioso.

Las mismas cintas. Las mismas flores. Las mismas chicas de la aldea dando vueltas alrededor del poste, todas ellas con la esperanza de que alguno de los señores les dedicara una mirada.

—Parece que estás planeando algo desagradable.

Me he girado para encontrar a mi hermano mayor observándome. Tenía esa expresión que lleva puesta desde su matrimonio: sosegada, ablandada, casi humana. Me ha producido escalofríos.

—Siempre estoy planeando algo desagradable. —Arriba, un cuervo ha trazado círculos contra el cielo que oscurecía. El mío. Vigilando—. Esta celebración me aburre.

—Es un festival de fertilidad. No tiene por qué entretenerte.

He dejado que mi mirada se deslizara hacia la redondez del vientre de Liora bajo su vestido—. Yo diría que tú no necesitas un festival de fertilidad, hermano. Te las has apañado bastante bien por tu cuenta.

La mano de Vex se ha posado sobre el vientre de su esposa y sus ojos han brillado con una advertencia—. Cuidado.

—Siempre tengo cuidado.

Liora se ha apoyado en él, entrelazando sus dedos con los de él sobre su hijo aún no nacido. Seis meses así. Seis meses viendo a mi hermano convertirse en algo que no reconozco. Algo domesticado.

—Deberíais bailar —ha dicho ella.

He sonreído. No ha sido una sonrisa amable—. No bailo, pequeña duquesa. Bailar implica igualdad. No tomo parejas; las parejas implican negociación. Yo tomo lo que quiero.

Debería haberse amilanado. En cambio, me ha sostenido la mirada: audaz, esta humana que se ha ligado a un monstruo. Me he preguntado si sabía con quién se había casado. Me he preguntado si le importaba.

—Vete, Raith —Vex ha atraído a su esposa más cerca—. Busca otra cosa con la que obsesionarte.

Me he apartado del roble y me he estirado la chaqueta—. Como desees.

La multitud se ha abierto mientras avanzaba entre ella. Siempre lo hacían. No de forma consciente; sus pies simplemente los sacaban de mi camino, sus instintos gritaban lo que sus mentes se negaban a reconocer. He observado cómo se tensaban sus hombros, cómo vacilaba su risa, cómo sus ojos rehuían los míos.

Bien. Que recuerden qué es lo que camina entre ellos.

Una chica junto al barril de sidra me ha llamado la atención. Rubia. Suave. Ya estaba temblando antes de que yo hubiera dado tres pasos hacia ella. He dejado que mi poder rozara su mente —solo un susurro, una sugerencia— y he visto cómo entreabría los labios y se le dilataban las pupilas.

Demasiado fácil.

Me he dado la vuelta.

Las nubes se han acercado más, cubriendo el prado de sombras. La temperatura ha bajado. En algún lugar lejano, el trueno ha rodado por los páramos.

Cerca del borde de la celebración, los artesanos habían montado sus puestos. El puesto de un herrero, erizado de herramientas de hierro y herraduras. Mi piel ha hormigueado ante la proximidad, un ardor leve que me advertía que me alejara.

Y entonces la he visto.

Estaba apartada de la multitud, con los brazos cruzados, observando... no el festival, ni a los bailarines. Observándome a mí. De la forma en que un general observa a un ejército enemigo. Calculadora. Fría.

Cabello oscuro recogido severamente de un rostro que parecía piedra tallada. Pómulos marcados. Una mandíbula tensa en señal de desafío. Ojos castaños —oscuros como la tierra removida— y el doble de duros.

No era hermosa. No de esa forma suave y dócil que suele captar mi atención.

Hermosa como es hermosa una hoja de acero. Como es hermosa una tormenta.

Pero mi sangre la ha reconocido de todos modos.

El fuego me ha golpeado sin previo aviso. Un rugido en mis venas, un hambre que nunca había sentido, que había pasado toda mi existencia evitando. Mi corazón ha golpeado contra mis costillas, ese órgano inútil cobrando vida de repente con una única y devastadora exigencia.

MÍA.

No.

MÍA MÍA MÍA.

He dejado de caminar. El mundo se ha reducido a su rostro, sus ojos, el pulso que podía ver latir en su garganta.

Conocía este sentimiento. Había visto cómo destruía a mi hermano. Me había burlado de él por ello, sin tregua, sin piedad.

La elección de sangre.

—No —he dicho. La palabra ha salido de mí como cristal roto.

Pero mis pies ya se estaban moviendo. Llevándome hacia ella, rodeando a la multitud, pasando por el barril de sidra, acercándome a ese maldito puesto de herrero con su proximidad abrasadora. El hierro cantaba contra mi piel, advirtiéndome que retrocediera.

No me he detenido.

Me ha visto acercarme. Sus ojos se han entrecerrado. No ha corrido.

Eso debería haberme servido de advertencia.

Me he detenido ante ella, lo suficientemente cerca como para ver las limaduras de hierro atrapadas en el tejido de su vestido, las líneas oscuras bajo sus uñas. Trabajo de forja. Apestaba a metal, a fuego, a todo lo que debería haberme espantado.

He querido estrecharla contra mí hasta que ambos ardiéramos.

Me ha mirado de arriba abajo. Lentamente. Como quien examina a un perro que se ha acercado demasiado.

—Así que —ha dicho ella— es usted un marqués.

Mi voz ha sonado extraña. Demasiado ronca. Demasiado hambrienta—: Lo soy.

—Un libertino que espera que las pobres doncellas caigan a sus pies —ha inclinado la cabeza y algo frío ha brillado en sus ojos—. Se tiene en demasiada alta estima, milord.

Jadeos desde algún lugar detrás de mí. La multitud se había dado cuenta.

Nadie me hablaba de esa manera. Nadie me había hablado nunca de esa manera.

El fuego en mi sangre ha rugido con más fuerza. He querido agarrarla. Arrinconarla contra la pared más cercana. Mostrarle exactamente en qué estima me tenía.

—¿Ah, sí? —He dado un paso más. El aire a su alrededor ardía: hierro en su piel, en su pelo, saturando cada centímetro de ella. Debería haberme obligado a retroceder. He dado un paso más de todos modos—. ¿Y en qué estima debería tenerme, según usted?

No ha retrocedido.

Ella ha dado un paso ADELANTE.

Invadiendo mi espacio. Lo suficientemente cerca como para que pudiera oler el fuego de la forja en su piel, el metal en su sangre. Lo suficientemente cerca como para que tocarla abrasara.

Deseaba tocarla tanto que me temblaban las manos.

—Sé lo que es usted —ha dicho en voz baja, tan bajo que solo yo podía oírla—. Puedo verle los colmillos, monstruo.

El mundo se ha detenido.

Ella me veía. Más allá del glamur. Más allá de la máscara cuidadosamente construida que había llevado durante siglos.

Veía lo que había debajo. Y no tenía miedo.

—¿Puede? —he susurrado.

Ella ha retrocedido. Un paso. Dos pasos. Hacia el puesto del herrero.

Un cuervo ha descendido en picado desde el cielo que se oscurecía y se ha posado en el borde del puesto, con la cabeza

ladeada, observando.

La he seguido. El hierro en el aire se volvía más denso, más caliente, una advertencia que mi cuerpo me gritaba que escuchara. La he ignorado. No podía dejar de moverme hacia ella más de lo que podía detener el bombeo de la sangre por mis venas.

—Debería correr —mi voz había descendido hasta algo apenas humano—. Sea lo que sea lo que crea saber sobre mí, debería correr.

¿—Debería?

—Sí. —Ya estaba cerca del puesto. Las herraduras que colgaban de sus ganchos palpitaban de calor—. No soy de fiar. No soy amable. Y ahora mismo, pequeña herrera, quiero hacerle cosas que harían que sus peores pesadillas parecieran dulces.

Su mano se ha cerrado alrededor de algo en el mostrador. Algo de hierro. Algo que dolería.

—Entonces es una suerte —ha dicho ella— que me importe un bledo lo que usted quiera.

Ha lanzado la herradura.

Me ha dado en la sien.

AGONÍA. Blanca, ardiente y absoluta, el hierro quemando desde la piel hasta el hueso. He trastabillado. El mundo se ha inclinado.

La multitud se ha quedado en silencio. Podía sentirlos mirando: toda la aldea contemplando cómo la hija de un herrero agredía a un marqués a plena luz del día. El hijo de alguien ha empezado a llorar. Nadie se movía. Nadie respiraba.

La herida ya se estaba curando, pero la quemadura llegaba más hondo que la carne; y, a través de la neblina del dolor, la he visto darse la vuelta y caminar hacia la multitud.

CAMINAR. No correr. Como si yo no valiera la pena el esfuerzo de huir. Como si no acabara de cometer un delito de horca ante doscientos testigos.

Los aldeanos se han apartado para dejarla pasar. No de la forma en que se apartaban para mí, no por instinto. Sino por asombro.

He intentado seguirla. He intentado rastrearla a través de la masa de cuerpos.

Pero por dondequiera que había pasado, había dejado rastros de hierro. En la ropa, en el aire. Estática, interferencias y nada.

Se había ido.

Me he quedado allí de pie, en medio de la celebración del Primero de Mayo, con la herida cerrándose, pero con el ardor aún gritando en mi cráneo. Arriba, mi cuervo trazaba círculos. Esperando.

Se había IDO.

¿—Algún problema, hermano?

Vex. De pie a mi lado, con esa sonrisa oscura y satisfecha que yo mismo había lucido cien veces. Nunca dirigida a mí. Nunca con un deleite tan obvio y despiadado.

Me he llevado la mano a la sien. La herida se había cerrado, pero la cicatriz permanecía: una línea pálida donde el hierro me había tocado. Tardaría días en desaparecer.

—Me ha lanzado una herradura de hierro a la CABEZA.

Mi hermano ha sonreído aún más—. Qué... pintoresco.

Apenas le he oído.

Estaba ahí fuera. En alguna parte. Mi sangre aún ardía, mi piel aún gritaba, y ella estaba ahí fuera pensando que había ganado.

Chica tonta. Valiente, magnífica y tonta muchacha.

Ella ha derramado la primera sangre. Eso significa que a mí me toca derramar el resto.

He sonreído. No era una sonrisa agradable.

—Averigua su nombre —he dicho sin mirarlo—. Quiero saberlo todo sobre ella.

—Raith...

—Todo.

El cuervo sobre nosotros ha soltado un graznido: un sonido áspero y hambriento que ha resonado por todo el prado en penumbra.

La caza no ha hecho más que empezar.

CAPÍTULO
TRES

BRANWEN

Volví a casa con su sangre en las manos.

Bueno. En la herradura. Pero casi viene a ser lo mismo.

La calle del pueblo se extendía ante mí: el mismo barro, las mismas casas, las mismas caras que había conocido toda mi vida. Ninguno de ellos quería mirarme ahora. Las cortinas se agitaban. Las puertas se cerraban.

—¿Has visto...? —dijo la señora Henshaw, en su umbral.

—... directo a la CABEZA...

Seguí caminando. Hombros atrás. Barbilla alta. Que vean a una mujer que no se arrepiente de nada.

—La SANGRE de lord Ravenmoor...

—Se ha vuelto loca, seguro...

—La colgarán por ello...

Me temblaban las manos. Las escondí entre mis faldas y seguí andando.

Gente a la que conocía desde que nací me miraba como si ya fuera un fantasma. La señora Tanner metió a su hija en casa cuando pasé, apretándole el hombro con fuerza. Le había comprado cintas el mes pasado. Habíamos hablado del tiempo. Ahora me miraba como si pudiera ser contagiosa.

No había ni rastro de la vieja Mags. La puerta de su casita permaneció cerrada mientras pasaba, aunque vi que la cortina se movía. Ni siquiera ella quería que la asociaran con esto.

Bien. Que hablen. Que se escondan. No los culpaba.

Pero saberlo no hacía que el camino fuera más corto.

La casa apareció a la vista: piedra encalada, tejado de paja, la herrería agazapada a su lado donde había estado durante tres generaciones. Salía humo de la chimenea de la fragua. Da siempre mantenía el fuego bajo.

Hogar.

La palabra parecía una mentira.

Porque Da estaba de pie en el umbral. Sobrio como una cuba. Con la cara gris como la ceniza.

Alguien había llegado aquí antes.

—Dime que no es verdad —su voz sonaba quebrada—. Dime que el chico de los Briggs es un mentiroso que no sabe lo que ha visto.

El chico de los Briggs. Por supuesto. El primero con las noticias era el primero en importancia.

—Depende de lo que te haya dicho.

—Que le has lanzado una herradura a la cabeza de lord Ravenmoor. Frente a todo el pueblo. Delante de Dios y de todo el mundo.

—Entonces no es un mentiroso.

Da emitió un sonido que no llegaba a ser una palabra. Dio tres zancadas y me puso las manos en los hombros; las mismas manos que habían dado forma al hierro toda mi vida. Ahora temblaban como hojas.

—¿Entiendes lo que has hecho? —se le quebró la voz—. Pueden colgarte por esto. Agresión a un noble... ¡a un MARQUÉS! Podrías haber golpeado a la mismísima reina y daría igual. No hay tribunal en Inglaterra que se ponga de tu parte. Ningún magistrado. Ni apelación posible. Podrían sacarte de esta casa mañana mismo a rastras y yo no podría hacer ni una maldita cosa para detenerlos.

—Da...

—¿Por qué? —me sacudió, solo una vez—. ¡En nombre de Dios, ¿por qué?! ¿Te ha insultado? ¿Te ha tocado? ¡¿QUÉ?!

Podría decirle la verdad. El monstruo tras la máscara. Los dientes. El hambre.

Pensaría que estaba loca. Él no podía ver lo que yo veía. Lo que las mujeres de mi familia siempre habían visto: mi abuela, mi madre, y ahora yo. Mujeres de herreros con el hierro en la sangre. No sabía si esa era la razón, pero el don pasaba de madres a hijas, y ninguna de nosotras podía explicarlo.

—Me ha asustado.

Era una verdad lo bastante cercana.

Da aflojó el agarre. Algo en su expresión cambió; seguía aterrorizado, pero ahora lo comprendía. Un hombre había asustado a su hija. Por supuesto que ella se había defendido. ¿Qué padre no entendería eso?

—¿Qué te ha hecho?

—Se ha acercado demasiado. Ha dicho cosas —me solté de sus manos—. Ahora no importa. Lo hecho, hecho está.

—¡Lo hecho...! —se rio, pero no había ninguna gracia en ello—. Lo hecho es una sentencia de muerte, muchacha. O la deportación, si tienes suerte. ¿Crees que un marqués perdona que lo humillen delante de sus arrendatarios?

No. Yo sabía exactamente lo que hacía una criatura así cuando era humillada.

Venía a por ti en la oscuridad.

—Entonces esperaremos —dije—. Veremos qué pasa.

Da me miró como si no me reconociera.

Y fue entonces cuando caí en la cuenta.

Lo miré. Lo miré de verdad.

El temblor de sus manos, que nunca se detenía del todo. Los capilares rotos en su nariz. La forma en que todo su cuerpo se venía abajo, un poco más cada año.

Si me colgaban. Si me deportaban. Si simplemente desaparecía una noche...

¿Quién se ocuparía de la fragua?

¿Quién regatearía con los granjeros y llevaría unas cuentas que Da ya no podía leer porque la vista le fallaba y su orgullo no le permitía admitirlo?

¿Quién pagaría al casero? ¿Quién escondería las monedas antes de que él se las bebiera? ¿Quién lo traería a casa a rastras cuando

anduviera perdido?

Nadie.

Bebería hasta morir en menos de un año. En menos.

Yo no era solo su hija. Era lo único que lo mantenía con vida.

Y lo había arriesgado todo por un momento de rebeldía.

El peso de aquello se asentó sobre mis hombros como una cota de malla de hierro.

No podía permitirme lamentar lo que había hecho. El arrepentimiento era inútil. El arrepentimiento no pagaba al casero ni alimentaba a Da.

Pero lo sentía ahora. Que Dios me ayude, lo sentía.

—Entra, Da —mi voz sonó plana, muerta—. Tengo que pensar.

—Wren...

—Por favor.

Él entró. Siempre lo hacía cuando usaba ese tono.

Me quedé en el patio hasta que la luz desapareció del cielo.

Luego fui a la fragua.

Las brasas brillaban de color naranja en la oscuridad. Las alimenté.

Accioné el fuelle hasta que me ardieron los hombros y el fuego rugió de nuevo. El calor me golpeaba el rostro. El sudor empapó mi camisa.

Necesitaba el martillo. Necesitaba el hierro bajo mis manos.

Saqué hierro del soporte, una varilla que necesitaba trabajo. La hundí en el fuego y observé cómo se ponía al rojo vivo.

Cuando estuvo lista, la puse sobre el yunque. Alcé el martillo.

¡CLANG!

Su cara.

¡CLANG!

Esos ojos verdes.

¡CLANG!

Esa sonrisa.

¡CLANG!

El calor entre mis piernas que yo no había pedido y que no quería.

¡CLANG!

No tenía la fuerza de Da —no podía igualar a un hombre que me doblaba en tamaño—, pero tenía precisión. Tenía práctica. Tenía media vida observando, aprendiendo y haciendo.

¡CLANG!

Saltaban chispas. El sudor goteaba de mi frente, siseando al golpear el hierro. Se me soltaba el pelo, pegándoseme al cuello, a las mejillas.

¡CLANG!

Daba forma al hierro porque yo era quien tenía el control aquí. No él. No mi cuerpo traidor. YO.

¡CLANG!

Esto era lo que yo era. No una víctima. No una presa. La hija de un herrero que podía forjar sus propias armas y librar sus propias batallas.

¡CLANG!

Que venga. Que vengan todos.

¡CLANG!

El hierro estaba terminado. Lo enfrié en el cubo de agua; el vapor brotó en nubarrones y me quedé allí jadeando. Todavía con el martillo en la mano.

Mejor. Me sentía mejor.

Me sequé el sudor de la cara y fui a por la siguiente pieza...

Y me detuve.

Algo había cambiado.

No sabía qué era. No era un sonido. Ni una sombra. Pero el aire se sentía distinto. Más espeso. Cargado.

Como el momento antes de que caiga un rayo.

El calor había vuelto. Ese vergonzoso e imposible calor que se enroscaba en lo bajo de mi vientre y se extendía por mi sangre. Se me erizó la piel. Se me cortó el aliento. Se me endurecieron los pezones contra el lino húmedo de sudor, y entre mis muslos...

No.

No. Esto no era real. No era posible. Él no estaba AQUÍ...

Pero mi cuerpo se dio cuenta antes que mi mente. Algo me estaba observando. Algo estaba cerca. Una cuerda de arco tensada al máximo, vibrando, esperando.

Me giré hacia la ventana.

Un cuervo estaba posado en el alféizar.

Ojos negros. Sin parpadear. Observándome con demasiada fijeza. ¿El mismo pájaro de esta mañana? ¿Qué importaba ya?

No se movía ni graznaba. Solo miraba.

El calor en mi sangre palpitó con más fuerza.

—¿Qué queréis? —mi voz sonó ronca—. ¿Es que no habéis mirado bastante por hoy?

El cuervo ladeó la cabeza. Observando. Esperando.

Algo iba mal.

El cuervo no era el problema. El cuervo era un síntoma.

Me acerqué a la ventana. No para espantar al pájaro, sino para mirar.

El patio se extendía ante mí, de un color gris plateado bajo la luz de la luna. La valla. La pila de leña. El camino hacia la carretera. Las sombras se acumulaban densas entre los edificios.

Y allí.

Justo más allá de la verja.

Una figura.

Se me paró el corazón.

Estaba allí, justo al otro lado de la entrada, tan quieto como una estatua tallada en sombras. La luz de la luna bañaba su rostro. Esos rasgos afilados. Ese cabello oscuro. Esa boca curvada en algo que no era exactamente una sonrisa.

Y sus ojos.

Brillaban.

Tenue, apenas perceptible, pero innegablemente. Una luz verde en la oscuridad, fija en la ventana de la fragua.

Fija en mí.

El marqués de Ravenmoor estaba allí, en la oscuridad, frente a mi casa.

Sin moverse. Sin avanzar. Solo... allí. Como si hubiera chocado contra un muro. Como si no pudiera acercarse más.

La verja. Reforzada con hierro.

No podía acercarse más. El hierro se lo impedía.

Yo estaba en una fortaleza.

Pero él estaba ALLÍ.

Observando.

Esperando.

Mi sangre gritaba dos cosas a la vez: CORRE HACIA ÉL y HUYE.

No hice ninguna de las dos.

Me quedé helada ante la ventana, todavía con el martillo en la mano, con el sudor enfriándoseme en la piel, y devolví la mirada al monstruo que había venido de caza.

Él no se movió.

Yo tampoco.

El cuervo del alféizar desplegó las alas y voló para unirse a él, posándose en el poste de la verja junto a su hombro. Un segundo cuervo se le unió. Luego un tercero.

La noche se llenó con el sonido de las alas.

Me había encontrado. Sabía dónde dormía. Y estaba allí, en la oscuridad, como un lobo fuera de un redil, paciente como la piedra, esperando a que yo saliera.

El hierro de la fragua me protegía la espalda.

No me moví.

Que espere.

El hierro aguantaría. Esta noche, al menos.

Pero supe, con una certeza que no podía explicar, que lo haría.

Toda la noche si hacía falta.

Toda la semana.

Todo el año.

Él no tenía más que tiempo. Y yo no podía quedarme en esta fragua para siempre.

CAPÍTULO
CUATRO

RAITH

Llevaba tres horas parado ante su verja.

El hierro zumbaba a través de los barrotes: un ardor bajo y palpitante que se hundía en mi piel como brasas apretadas contra la carne. Incómodo. Algo indigno de mí, si he de ser sincero. Pero he soportado molestias peores por premios menores, y si algo soy, es paciente.

El páramo se extendía detrás de mí, vasto, oscuro y antiguo. La niebla se enroscaba en las hondonadas como algo que respira. Arriba, las estrellas giraban siguiendo patrones más antiguos que la memoria; patrones que he observado desde antes de que los humanos tuvieran nombres para ellas. Esta tierra recordaba lo que era. Salvaje. Indómita. Mía, de formas que estos mortales hace tiempo que han olvidado.

La fragua brillaba en la oscuridad más allá. Una luz anaranjada se derramaba por las ventanas. El humo se elevaba perezoso por la chimenea. Y dentro, recortada contra las llamas, ella trabajaba. Podía ver su sombra moviéndose. El ascenso y la caída del martillo. Chispas lloviendo como estrellas fugaces.

Sabía que yo estaba aquí. Tenía que saberlo.

No había mirado hacia la ventana ni una sola vez.

Edgar se movió en el poste de la valla a mi lado, ahuecando sus plumas contra el frío nocturno. Inclinó la cabeza de esa manera que significaba que encontraba algo divertido. Luego la inclinó hacia el

otro lado, observando la fragua con una intensidad inusual. Observándola a ELLA.

—Interesante, ¿verdad? —murmuré.

Él emitió un sonido gutural y bajo. No era de acuerdo. Ni de desacuerdo. Algo más contemplativo. En todos nuestros siglos juntos, nunca le había visto observar a un humano de aquella manera.

No le culpaba. Yo también la encontraba interesante.

El marqués de Ravenmoor, plantado frente a la choza de una herrera como un pretendiente que viene a cortejarla. Si Vex pudiera verme ahora, nunca dejaría de recordármelo.

El pensamiento debería haberme enviado de vuelta a Ravenmoor. De vuelta al calor, al vino y a las mujeres que sabían apreciar debidamente mis atenciones.

En cambio, me quedé ante la verja, observé y deseé.

La sangre en mis venas pulsaba con cada latido. MÍA. MÍA. MÍA.

Estaba duro. Lo había estado desde que llegué; desde que capté el primer rastro de su aroma en el viento: hierro, humo de leña y algo por debajo que era pura y exasperantemente ella. Mi polla presionaba contra mis calzones como una acusación, y cada latido de mi corazón enviaba otra oleada de necesidad recorriéndome.

Qué inconveniente. No estaba acostumbrado a desear cosas que no pudiera simplemente tomar.

Agarré la verja. El hierro me abrasó las palmas —al rojo vivo, cruel— y lo permití. Dejé que el dolor atravesara el deseo. No sirvió de nada. Nada servía.

Muy bien, entonces. Yo era antiguo. Era poderoso. He caminado por lugares peores que el patio de una herrería.

No iba a quedarme aquí toda la noche como un tonto enamorado de una balada de a cuarto.

Empujé la verja.

Y el hierro me golpeó como un muro de fuego.

No solo la verja; el PATIO. El suelo mismo estaba saturado. Décadas de limaduras barridas del suelo de la fragua, integradas en la tierra, machacadas por las botas y la lluvia hasta que el terreno mismo quedó envenenado. Herramientas colgadas en la valla.

Herraduras clavadas sobre la puerta. Y la propia fragua, ese corazón brillante de metal y llama, irradiando la enfermedad del hierro en oleadas que presionaban mi piel como manos que intentaran hacerme retroceder.

Seguí adelante de todos modos.

Tres metros. Mi piel empezó a arder, ya no solo en las manos, sino en todas partes, como si hubiera entrado en un horno. El aire mismo sabía a hierro, cubriéndome la lengua, deslizándose por mi garganta como metal fundido.

Cuatro metros y medio. Mis rodillas flaquearon. Me sostuve, me obligué a erguirme, di otro paso. Era un Príncipe de Nocturne. Yo no me arrastraba.

Seis metros. El mundo se volvió blanco.

No recuerdo haberme caído. Solo el impacto: barro y tierra envenenada de hierro contra mi cara y mis manos, calando la seda que costaba más de lo que valía esta choza. No podía respirar. No podía pensar. El hierro estaba en todas partes, en todo, presionándome como un peso físico.

MÍA, gritaba mi sangre. Está AHÍ MISMO. LEVÁNTATE. TÓMALA.

No podía levantarme.

Me arrastré de vuelta hacia la verja sobre manos y rodillas como un animal herido.

Vaya. Esto era humillante. No creo haber estado a gatas desde... en realidad, no creo haber estado a gatas nunca. Qué delicia de novedad. Voy a tener que quemar estos calzones.

Un Príncipe de Nocturne, boca abajo en el barro del patio de una herrería. Vex se volvería insufrible por esto durante al menos un siglo.

Llegué a la verja. Me incorporé contra los barrotes, jadeante, temblando, con mis ropas finas arruinadas y mi dignidad en algún lugar del barro tras de mí.

Y ella estaba en la ventana.

Observando.

La puerta de la fragua se abrió.

Salió al patio y se me cortó la respiración.

La luz del fuego resplandecía tras ella, convirtiendo su silueta en oro y sombra. El pelo se le había escapado de las horquillas: mechones oscuros rizándose contra una garganta brillante de sudor, pegándose a la nuca donde el clavo de hierro relucía como una advertencia. Se había remangado hasta los codos, dejando al descubierto unos antebrazos fibrosos, manchados de hollín. Su vestido era de tela basta, desgastado por el trabajo, con limaduras de hierro brillando en el tejido como estrellas dispersas.

Estaba sucia. Era plebeya. Humana.

Era lo más magnífico que había visto en mi vida, y quería arruinarla.

Cruzó el patio con pasos pausados, el hierro cantaba a su paso como una armadura. Cada paso la acercaba más, y cada paso hacía que el ardor empeorara; su aroma atravesaba el hedor a hierro: piel femenina cálida, humo de fragua y, debajo, su propio almizcle. Podía olerla incluso a través del veneno del aire.

Se detuvo a su lado de la verja. Lo bastante cerca para tocarla si el hierro no estuviera entre nosotros. Lo bastante cerca para que pudiera ver el pulso aleteando en su garganta, el rubor del calor en sus pómulos, la forma en que sus ojos oscuros captaban la luz de la luna y no reflejaban nada.

Me miró de arriba abajo. El barro. La seda arruinada. La forma en que mis manos temblaban contra los barrotes.

—Mi señor. —Su voz era fría. Sin prisas. La comisura de su boca se curvó; no era una sonrisa, sino algo más afilado—. Se ha manchado sus finos calzones.

—Sí, me había dado cuenta. Gracias por señalarlo. —Encontré mi sonrisa; me costó, pero tenía siglos de práctica sonriendo a pesar de la incomodidad—. Perdone mi apariencia. No suelo ser tan informal. Pero se marchó de nuestro último encuentro de forma tan... abrupta... que pensé que era pertinente hacerle una visita personal.

—Ya me ha visitado. —No se movió. No se ablandó—. Ahora, lárguese.

—¿Ni siquiera una taza de té? Qué poco hospitalaria. —Incliné la cabeza, dejé que mi mirada recorriera su cuerpo: el vestido húmedo de sudor pegado a sus pechos, el hollín en sus dedos, su fuerza magra—. Aunque supongo que no puedo esperar modales cortesanos de la hija de un herrero.

—No puede esperar absolutamente nada de mí.

—¿Ah, no?

Estaba cerca ahora. Lo bastante cerca.

Dejé que el poder se desplegara.

Esta era el arma a la que ninguna mujer se había resistido jamás. No era fascinación —de alguna manera podía ver a través de eso, y ya descubriría cómo más tarde; la desarmaría pieza por pieza hasta comprender cada secreto que ocultaba—, sino algo más profundo. Algo que hablaba directamente a la sangre, al coño, a los lugares húmedos de deseo a los que no les importa el pensamiento, la razón o las pequeñas preocupaciones de la mente consciente.

Había usado esto con condesas y cortesanas. Había visto a grandes damas caer de rodillas en salones de baile, sin importarles quién pudiera verlas. Había visto a sirvientas desgarrar sus propias ropas, desesperadas por desnudarse. Había visto a mujeres ofrecerse ante mí a gatas, con el culo en pompa, rogando sin palabras que las montara como perras en celo.

No podían evitarlo. Nadie podía evitarlo. Esto era más antiguo que la civilización, más profundo que el pensamiento: la necesidad animal y pura que vivía en cada cuerpo humano, esperando a que alguien como yo la invocara.

La empapé con ello ahora. Con todo lo que tenía.

Se le cortó el aliento.

Vi el rubor extenderse por su garganta como una marea, vi sus pupilas dilatarse hasta volverse completamente negras. La repentina tensión en su cuerpo, la forma en que sus pezones se marcaron contra el lino áspero, la presión involuntaria de sus muslos. Podía OLER su excitación: repentina, aguda, su cuerpo preparándose para el mío lo quisiera ella o no.

En cualquier momento. Caería de rodillas. Se ofrecería. Alargaría la mano a través de los barrotes con manos temblorosas,

desesperada por tocarme. Me suplicaría que la tomara allí mismo, en el barro, y lo haría; me enterraría en ella y la haría gritar mi nombre hasta que...

No se movió.

Sus manos se apretaron a los costados. Su mandíbula se tensó. Pero sus pies permanecieron plantados en el suelo, sus rodillas no se doblaron y NO suplicó.

¿Pero qué...?

Presioné más fuerte. Vertí más poder en ella, lo suficiente para hacer que una duquesa se desnudara en una catedral, lo suficiente para hacer que una monja renunciara a sus votos y abriera las piernas en medio de las vísperas.

Su rubor se tornó carmesí. Observé sus pezones endurecerse bajo el lino basto, observé cómo apretaba los muslos con tanta fuerza que todo su cuerpo temblaba. Un suave sonido escapó de su garganta, casi un sollozo, casi un gemido.

Pero no se movió. No se arrodilló. No suplicó.

Estaba temblando ahora. Su respiración venía en jadeos cortos y bruscos. Había aferrado sus faldas con los puños, con los nudillos blancos, como si se estuviera sujetando físicamente en el sitio. Y sus ojos... Sus ojos estaban FURIOSOS.

Bajo la excitación, capté otro aroma. Agudo. Cálido. El olor a cobre y humo de la rabia.

Estaba enfadada. No solo resistiéndose: FURIOSA. ¿Conmigo? ¿Consigo misma? ¿Por la traición de su cuerpo?

No debería haber hecho que la deseara más. Pero así fue.

—Pare... —Se presionó el vientre con una mano, abajo, donde se estaría acumulando el calor—. ¿Qué es...? —Un aliento áspero se filtró entre sus dientes apretados—. ¿Qué me pasa?

No lo sabía.

La comprensión me golpeó como un rayo. No sabía que yo estaba haciendo esto. Pensaba que era ELLA: su debilidad, su respuesta vergonzosa, la inexplicable traición de su cuerpo. No tenía idea de que yo estaba llegando a su interior y acariciando su deseo como un instrumento, tocando su cuerpo como un violín.

Y aun así, no estaba FUNCIONANDO.

Dejé caer el poder.

Ella jadeó —una mezcla de alivio y furia— y se irguió, con las manos aún temblorosas y el rostro todavía encendido. El aroma de su excitación flotaba en el aire entre nosotros, obvio, innegable. El olor a rabia también perduraba, entrelazándose con él como el humo con la miel.

—Mi señor. —Escupió el título como una maldición—. Diga a qué ha venido y lárguese.

Debería estar de rodillas. Debería estar suplicando.

Esto se estaba volviendo tedioso. No importaba. Yo era paciente.

Encontré mi sonrisa de nuevo. Me costó —más de lo que quería admitir—, pero siglos de práctica hacían que fuera fácil de llevar.

—A qué he venido. —Me apoyé en la verja, informal, como si mi piel no siguiera ardiendo, como si no pudiera oler todavía lo mojada que estaba—. Pensé que era obvio.

—Nada en usted es obvio. Es un fae.

La palabra quedó suspendida entre nosotros. No era una acusación, sino una afirmación. Sencilla, plana y totalmente segura.

—¿Lo soy?

—No empiece. —Su voz era tan afilada como el hierro que nos separaba—. Sé lo que es. Siempre lo he sabido. la Gente Gentil, los Buenos Vecinos. —Su boca se torció al pronunciar las palabras—. Puedo verle los dientes, mi señor. También pude vérselos esta tarde. ¿Pensaba que hablaba en metáfora?

Ningún humano había jamás...

En todos mis siglos, ningún mortal había jamás—

—Qué fascinante. —La palabra salió más firme de lo que me sentía. De verdad me había sorprendido. Eso era raro—. ¿Cómo puede ver a través de—?

Ella se encogió de hombros.

Solo un encogimiento de hombros. Elevando un hombro y dejándolo caer. Como si la pregunta la aburriera. Como si mi existencia entera apenas mereciera comentario.

Sentí que mi fascinación vacilaba: los dientes se afilaban, la cuidada máscara humana se resbalaba. La obligué a volver a su sitio, pero no antes de ver cómo sus ojos seguían el cambio.

Observando mi boca, mi mandíbula, con la evaluación calmada de alguien que cataloga un arma.

Lo había visto. Y no se había inmutado.

—Le he hecho una pregunta. —Estaba agarrando los barrotes ahora, el hierro abrasando mis palmas ya quemadas, y no me importaba—. Dígame cómo—

—¿Acaso importa? —Me cortó, seca y desdeñosa—. Puedo. Lo hago. Lo hago desde que era niña. —Otro encogimiento de hombros, más irritante que el primero—. Y bien. ¿Qué QUIERE?

La necesidad de sangre era un rugido en mi cráneo. Quería arrancar esta verja. Quería arrastrarla contra mí y saborear esa boca insolente. Quería tumbarla en el suelo envenenado de hierro y enterrarme en el calor húmedo que aún podía oler en el aire.

Respiré para controlarme. Recuperé la compostura. Esto no era más que un obstáculo. He superado obstáculos antes.

—Lo que quiero —dije despacio, dejando que mi voz se volviera sedosa— es el placer de su compañía. Una cena, tal vez. Un baile. Entretenimientos civilizados.

—Yo no soy civilizada.

—No. —Dejé que mi mirada recorriera su cuerpo de nuevo, deteniéndome en las puntas marcadas de sus pezones, en el rubor que aún manchaba su garganta—. Empiezo a verlo. Intrigante.

—Entonces verá que aquí no hay nada para usted. Vuelva a su castillo y a sus... —hizo un gesto con la mano, despreciativa—, sea lo que sea que hagan. Cace a alguna otra mujer.

—No quiero a otra mujer.

—Eso no es asunto mío.

—¿Ah, no? —Ya estaba junto a su sección de la verja antes de haber decidido moverme; demasiado rápido, más rápido que un humano, el movimiento apenas una mancha de sombra e intención. Ella no retrocedió. Ni siquiera parpadeó. Como si lo hubiera esperado. Como si ya hubiera visto a los de mi clase moverse antes.

—Esta tarde me ha golpeado —dije, lo bastante cerca ahora como para ver las chispas individuales de esquirlas de hierro atrapadas en su pelo—. Delante de testigos. Ha arrojado hierro a la cabeza de un par del reino.

Algo cruzó fugazmente por su rostro. Ahí estaba. La primera grieta.

—Eso es agresión —continué, agradable, casi amistoso—. A un marqués. Han colgado a gente por menos, ¿sabéis? Gente corriente que olvida su lugar. Que levanta la mano contra sus superiores.

—Usted no es superior a mí.

—La ley dice lo contrario. —Me examiné las manos quemadas, con naturalidad, como si hablara del tiempo—. La ley dice que debería balancearse en la horca por lo que ha hecho. Y su padre... bueno. Encubrir a una criminal. Como poco, perdería este encantador y pequeño tugurio. En el peor de los casos... —Dejé que el silencio se prolongara—. Los tribunales no son amables con quienes amenazan a la aristocracia.

Se quedó quieta. Muy quieta.

—No lo haría.

—¿No? —Le sostuve la mirada y dejé que viera exactamente lo que yo era. Antiguo. Paciente. Hambriento—. Soy lo que dice que soy. ¿Qué le hace pensar que tengo misericordia humana?

El silencio se extendió entre nosotros.

Podía verla calculando. La trampa. Las paredes cerrándose sobre ella. SABÍA lo que yo era, y aun así no tenía escapatoria.

—Hay un baile —dije—. Mañana por la noche. La celebración de Beltane de Lord Ashworth.

—Lo sé. —Su voz era tensa. Controlada—. No estoy invitada. No soy una dama.

—Lo será.

Algo cruzó su rostro; no miedo, no exactamente. Algo más complicado.

—Asistirá —continué, suave como la seda—. Se reunirá conmigo allí. Bailará conmigo como una auténtica dama. Y entonces... —Extendí las manos, con las palmas hacia arriba, mostrándole las quemaduras que ya estaban sanando—. Todo estará perdonado. Sin cargos. Sin horca. Sin consecuencias por su numerito con la herradura.

—¿Por qué? —dijo tajante ahora. Suspicaz—. ¿Por qué un baile? ¿Por qué un baile conmigo? Podríais haberme arrestado ahora mismo. Podríais...

—Podría. —Sonreí, dejando que viera mis dientes—. Pero los tribunales me resultan tan tediosos. Tanta espera. Tantas formalidades. Prefiero mucho más arreglar mis asuntos en privado.

—No tengo intención de ser uno de sus asuntos.

—Ya lo es. —Le sostuve la mirada—. Lo es desde el momento en que la vi. La única pregunta es cómo termina esto: con usted bailando en mis brazos, o balanceándose de una soga. La elección, me temo, es suya.

—Eso no es una elección.

—No. Pero es lo que tiene.

Me clavó la mirada. Podía ver la furia en sus ojos, la rabia impotente de una criatura atrapada en un lazo. Sabía que no había escape. Sabía que yo tenía todas las cartas.

—Está bien —dijo finalmente. Seca. Sin conceder nada—. Asistiré a su baile. Bailaré con usted. Y después me dejará en paz.

—Ya veremos.

—Eso no es un trato.

—Yo no hago tratos con hijas de herreros. —Dejé que mi sonrisa se ensanchara, para que viera exactamente con quién estaba tratando—. Le estoy diciendo cómo va a ir esto. Venga al baile. Baile conmigo. Y ya veremos qué pasa después.

Tensó la mandíbula. Tenía las manos hechas puños a los costados. Aún podía oler su excitación bajo la furia, aún podía ver los puntos duros de sus pezones a través del lino tosco. Su cuerpo sabía lo que quería, aunque su mente fuera demasiado terca para admitirlo.

—Marchaos, Lord Ravenmoor. —Su voz era hielo y hierro—. Antes de que encuentre otra herradura.

—Mañana por la noche, Branwen.

Su nombre en mi boca. Vi cómo se estremecía, vi el escalofrío involuntario recorrer su cuerpo.

No esperé su respuesta. Me di la vuelta —con dificultad, cuando todo en mi interior gritaba que me quedara— y caminé de regreso hacia mi caballo, atado en el camino donde el hierro no podía alcanzarlo.

Cada paso lejos de ella era una agonía. La necesidad de sangre me arañaba las entrañas, aullando, exigiendo que volviera. Que la cogiera. Que la reclamara. Que la hiciera MÍA.

Monté. Recogí las riendas. No miré atrás.

Edgar se posó en mi hombro mientras cabalgaba, su peso familiar como un pequeño consuelo. Volvió a emitir aquel sonido contemplativo.

—Lo sé —le dije—. Es... inesperada.

—Vendrá —dije—. No tiene otra opción.

Una noche. He esperado siglos por cosas que deseaba menos. Podría aguantar una noche.

HABÍA RECORRIDO la mitad del camino a Ravenmoor antes de dar la vuelta.

No fue una decisión consciente. Mis manos simplemente tiraron de las riendas. Mis talones simplemente presionaron los flancos del caballo. Y de pronto estaba cabalgando de vuelta a través de la oscuridad hacia una mujer que debería estar suplicando por mí y no lo hacía.

Curioso. Tendría que reflexionar sobre ello. Más tarde.

La ventana de la cabaña daba al patio. Estaba a oscuras; se habría ido a la cama.

Dejé al caballo en la linde del bosque y me acerqué a pie. En silencio. La hierba estaba húmeda de rocío y me moví a través de

ella como el humo, como una sombra, como el depredador que era. El cazador perfecto, rodeando a su presa.

Su ventana estaba cerrada. Con el pestillo echado desde dentro.

Alargué la mano hacia el marco...

Hierro. Clavos de hierro sosteniendo la madera. Bisagras de hierro. Siseé y retrocedí de golpe, con las yemas de los dedos ya cubiertas de ampollas.

La mujer vivía en una fortaleza y ni siquiera lo sabía.

Está bien. No necesitaba tocarla.

Me pegué al cristal, lo suficiente para que mi aliento lo empañara, y miré.

Dormía de lado, con un brazo bajo la almohada. La manta se le había escurrido hasta la cintura, y su camisón era fino; tan fino que podía ver la forma de sus pechos debajo, las sombras oscuras de sus pezones, el subir y bajar de su respiración. El clavo de hierro brillaba en su garganta como un guardián. Su cabello se extendía sobre la almohada como tinta, y su rostro se veía suave durante el sueño, con toda la furia y el desafío suavizados.

Era hermosa. Y era MÍA, lo supiera ella ya o no.

Dejé que el poder se desenrollara. Lo envié a través del cristal, al interior de la habitación oscura, a sus sueños.

Se agitó.

Presioné con más fuerza. Tejí calor y deseo en su mente dormida: yo, mis manos deslizándose por sus muslos, mi boca en su cuello, mi miembro hundiéndose en ella centímetro a centímetro hasta que estuviera llena de mí, dilatada a mi alrededor, empalada e indefensa y gritando mi nombre.

Su espalda se arqueó sobre el colchón.

La manta se deslizó más abajo. Vi cómo sus muslos se apretaban el uno contra el otro, vi sus caderas agitarse inquietas contra las sábanas. Sus pezones estaban duros ahora, tensos contra el lino fino, y sus labios se habían entreabierto al respirar.

Más. Quería MÁS.

Vertí poder en ella como agua en una vasija. Le mostré lo que le haría: mi lengua separando sus pliegues, lamiendo el capullo hinchado de su placer. Mis dedos hundiéndose en su calor húmedo,

encorvándose para encontrar el punto que la haría gritar. Mi miembro abriéndola, llenándola de forma tan completa que se sentiría vacía sin mí el resto de su vida.

Su mano bajó por su vientre.

Sí. SÍ.

Vi sus dedos deslizarse bajo el dobladillo de su camisón, vi la tela subirse por sus muslos. No llevaba ropa interior. Podía ver el vello oscuro entre sus piernas, el rubor rosado y brillante de sus pliegues mientras sus dedos los separaban.

Mi miembro tensaba mis calzones, duro como el hierro y dolorido. Me liberé sin vergüenza. ¿Por qué debería avergonzarme? Ella era MÍA. Esto era MÍO. Envolví mi mano quemada alrededor de mi vara, y el dolor solo hizo que el placer fuera más agudo, y me masturbé mientras la observaba.

Gimió; suave, desesperada, aún dormida. Sus dedos rodearon su perla, luego bajaron más, deslizándose por una humedad que podía ver brillar a la luz de la luna. Estaba empapada. Chorreando. Su excitación brillaba en sus dedos mientras los frotaba contra su sexo, y podía olerla a través del cristal: almizcle y sal y ELLA, ese aroma que reconocería en cualquier parte ya, ese aroma que me estaba volviendo loco lentamente.

Aumenté el ritmo. Mi pulgar se deslizó por el fluido que manaba de mi punta, extendiéndolo por el tronco. Imaginé que era su mano. Su boca. Su sexo apretado y húmedo contrayéndose a mi alrededor.

Sus caderas se balanceaban ahora, embistiendo contra sus propios dedos. Sonidos suaves escapaban de sus labios: gemidos, jadeos y entonces...

—Raith.

Mi nombre. Pastoso por el sueño y el deseo, apenas un susurro, pero lo oí.

Estaba soñando conmigo.

Gruñí, bajo y ronco, con mi mano moviéndose más rápido. Estaba cerca; lo veía en la tensión de su cuerpo, en el ritmo desesperado de su mano, en la forma en que su espalda se arqueaba más y más sobre la cama.

Inyecté más poder en ella. Le mostré mi miembro deslizándose en su interior, ensanchándola, llenándola hasta que no pudiera respirar. Le mostré mis caderas golpeando contra las suyas, duro y rápido y sin tregua, tomándola de la forma en que necesitaba ser tomada.

Todo su cuerpo se puso tenso. Se le escapó un grito, lo bastante fuerte como para que yo mirara hacia las otras ventanas, pero no se encendió ninguna luz, nadie se movió.

La vi correrse.

Su sexo se contrajo alrededor de la nada; podía VERLO, el pulso rítmico de su orgasmo, sus paredes internas apretando y estrujando un vacío que debería haber sido mi miembro. Sus dedos siguieron moviéndose, estimulándose a través del clímax, y su flujo goteó hasta empapar la sábana bajo ella. Sus muslos temblaban. Su pecho jadeaba. Y durante todo el proceso emitió esos sonidos, esos sonidos rotos y desesperados, y mi nombre estaba mezclado por ahí, perdido entre los jadeos.

Me masturbé más rápido, buscando mi propio orgasmo, pero aún no había terminado con ella.

Antes de que pudiera calmarse, antes de que pudiera relajarse, empujé más poder a través del cristal. Más profundo. Más oscuro. En sus sueños, la puse boca abajo y enterré mi rostro entre sus muslos desde atrás. En sus sueños, la lamí hasta que sollozó, mi lengua azotando su perla hipersensible mientras ella gritaba contra la almohada.

Su mano se movió de nuevo.

Seguía dormida —podía notarlo por la pesadez de sus movimientos, por la forma en que sus ojos permanecían cerrados—, pero su cuerpo recordaba lo que quería. Sus dedos se deslizaron de nuevo hacia su sexo, rodearon su perla hinchada, presionaron dentro.

La vi poseerse a sí misma con su propia mano mientras yo la alimentaba con sueños sobre mí.

Apreté más mi miembro. La presión aumentaba en la base de mi columna, mis testículos se contraían, todo mi cuerpo se tensaba hacia el clímax. Pero me contuve. Quería correrme con ella. Quería

verla romperse de nuevo y saber que yo había hecho eso, que incluso desde fuera de su ventana, incluso a través del cristal y el hierro y toda su terca resistencia, podía hacerla MÍA.

Estaba subiendo de nuevo. Podía verlo: el rubor extendiéndose por su cuello y pecho, el ritmo desesperado de su mano, la forma en que se restregaba contra sus propios dedos como si intentara follarse a sí misma hasta el olvido.

Le mostré mi miembro en su boca. Se la mostré de rodillas, mirándome con esos ojos oscuros mientras la penetraba centímetro a centímetro hasta que se atragantara conmigo. Se la mostré tragándose mi simiente, lamiéndose los labios, suplicando por más.

Se corrió con un lamento.

Más fuerte que antes. Todo su cuerpo convulsionando, su sexo apretando sus dedos, sus muslos juntándose con tanta fuerza que su mano quedó atrapada entre ellos. La vi palpitar y temblar y sollozar durante el orgasmo, vi su excitación gotear por su muñeca, vi cómo se corría con tanta fuerza que sus caderas se elevaron del colchón.

No pude contenerme más.

Mi orgasmo me atravesó como un rayo; un placer tan intenso que era casi dolor, mi miembro latiendo en mi puño, mi simiente derramándose sobre mis dedos, caliente y espesa. Me mordí la lengua para no rugir, saboreando la sangre, con mis caderas sacudiéndose mientras terminaba de vaciarme.

Nunca sabría que estuve aquí. Nunca sabría que, mientras dormía y soñaba conmigo, yo estaba de pie ante su ventana observando, deseando y tomando el placer que podía de la sombra de la realidad.

Suspiró. Se quedó sin fuerzas. Su mano se deslizó de entre sus muslos, brillante por su liberación, y se giró de lado con un sonido suave y satisfecho.

Me guardé y la observé dormir.

Mañana despertaría dolorida.

Recordaría los sueños: mis manos, mi boca, el roce grueso de mi miembro llenándola. Apretaría los muslos y sentiría lo húmeda que seguía estando, lo hinchada y sensible. Recordaría haber gritado mi

nombre en la oscuridad, y volvería a tocarse, persiguiendo el recuerdo, y volvería a correrse pensando en mí.

Y otra vez. Y otra vez. Hasta que estuviera desesperada. Hasta que no pudiera pensar en nada más.

No sabría que yo fui real. No sabría que estuve ante su ventana y la vi romperse dos veces. No sabría que me derramé fuera de su ventana como una bestia a la que se le niega su pareja.

Pero me DESEARÍA. Su cuerpo recordaría lo que su mente quería olvidar. Y el deseo era el primer paso para la posesión.

Me quedé hasta el amanecer. No por elección; la necesidad de sangre mantuvo mis pies clavados al suelo. Irritante. Poco digno. Tendría que ajustar mi enfoque con esta.

Pero nunca me ha faltado lo que deseo. Con ella no será diferente.

El cielo clareaba cuando finalmente me aparté. Monté en mi caballo con movimientos que me resultaban pesados, extraños, como si estuviera dejando atrás algo vital.

Una sola noche en el baile no sería suficiente.

Incluso si venía, aunque bailara conmigo, después volvería a esta cabaña. De vuelta al hierro. De vuelta a su fortaleza donde yo no podía alcanzarla, no podía tocarla, solo podía quedarme ante la ventana y alimentar sus sueños.

Necesitaba que SALIERA. La necesitaba en algún lugar sin hierro de por medio. Algún lugar donde pudiera alcanzarla con mis manos en lugar de con mi poder. Algún lugar donde pudiera enterrarme en su interior y hacer que esos sonidos fueran reales en lugar de soñados.

Necesitaba una ventaja.

Y yo siempre consigo lo que necesito.

CAPÍTULO
CINCO

BRANWEN

Me he despertado con la mano entre los muslos y su nombre en los labios.

Maldito sea. *Maldito* sea.

Una noche. Solo ha pasado una noche desde que estuvo frente a mi valla y ya se ha adueñado de mis sueños. Sus manos sobre mi piel. Su boca entre mis muslos. Su voz en mi oído diciéndome todas las guarradas que pensaba hacerme. Me he despertado tres veces antes del amanecer, jadeando, empapada, ansiando algo que mis dedos no podían darme.

Mi cuerpo es idiota.

Sé lo que es. He pasado media vida observando a los fae, viendo lo que les hacen a las mujeres que se permiten desearlos. Y, sin embargo, aquí estoy, restregándome contra mis propios dedos a las tres de la mañana porque no soy capaz de quitarme de la cabeza la cara de un monstruo.

Lo peor es el vacío que se queda incluso después de correrme. Como si mi cuerpo no estuviera satisfecho. Como si quisiera algo que mis dedos no pueden darle.

Como si lo quisiera a *él*.

Patética.

He apartado las mantas de un tirón y he ido directa al lavabo para echarme agua fría en la cara. Mi reflejo me ha devuelto la mirada: ojeras bajo los ojos, el pelo enredado de tanto dar vueltas

en sueños, los labios hinchados de mordérmelos para no hacer ruido.

Parece que no haya dormido en días. Y no lo he hecho. Al menos, no como es debido.

Maldito sea. Maldito sea él, su cara bonita y lo que sea que me haya hecho en aquella valla.

A mi padre le conté lo básico después de que Raith se marchara la primera noche: que el marqués había venido a la forja y que se había ofrecido a perdonar el incidente de la herradura a cambio de un baile en una fiesta. La alternativa era el magistrado.

Padre pensó que era un indulto. Yo sabía que no.

Pero ¿qué otra opción teníamos?

LA INVITACIÓN HA LLEGADO al mediodía.

Padre ha entrado de la forja, limpiándose las manos en el delantal, sosteniendo un sobre de color crema como si fuera a morderle. El papel era grueso, caro; de ese tipo que cuesta más de lo que gastamos en comida en un mes. Un sello de lacre rojo en el reverso, con la impronta de un cuervo en pleno vuelo.

—Wren —la voz de padre era cautelosa—. Ha llegado esto para ti.

Lo he cogido, sabiendo de antemano lo que encontraría dentro.

La tarjeta tenía los bordes dorados. La caligrafía era elegante y fluida, probablemente escrita por algún secretario que no había sostenido un martillo en su vida.

Se invita cordialmente a la señorita Branwen Davies a asistir al Baile de Beltane de Lord Ashworth, que se celebrará la noche del 1 de mayo. El marqués de Ravenmoor solicita el honor de su compañía y su mano para el primer baile.

Debajo, con una letra diferente —más oscura, más afilada, inconfundiblemente la *suya*—:

Será una dama. Al menos por una noche. No me decepcione.

—¿Qué dice? —ha preguntado padre.

—Quiere que vaya a un baile, que baile con él —he dejado la tarjeta sobre la mesa, manteniendo la voz inexpresiva—. Dice que, si lo hago, todo queda perdonado.

Padre ha soltado el aire como si llevara días aguantando la respiración. Cosa que probablemente ha hecho. —Bien. Eso está bien, Wren. Irás y...

—No pienso ir.

El alivio de su rostro se ha agriado. —Wren...

—He dicho que no —me he dado la vuelta, dándole la espalda y mirando por la ventana al patio vacío—. Un baile no será el final. Los hombres como él no perdonan. Coleccionan.

—Los hombres como... —padre ha hecho un ruido de frustración —. Es un *marqués*, muchacha. ¿Qué sabrás tú de hombres como él?

Más de lo que podrías entender jamás.

—Sé lo suficiente.

—Niña... —padre se ha acercado a mí, me ha agarrado de los hombros con sus manos grandes y curtidas, y me ha obligado a mirarle—. No puedes rechazar a un marqués. Especialmente a uno dispuesto a perdonarte por una noche en un baile.

—Padre...

—No —su agarre se ha vuelto más firme—. Le lanzaste hierro a la *cabeza*, Wren. Delante de testigos. He estado esperando a que el magistrado viniera a llevarte encadenada. ¿Y en su lugar envía *esto*? —ha señalado la invitación—. Un baile. Es todo lo que pide. Un baile y conservamos la forja. Tú conservas el pescuezo.

He tenido ganas de gritarle. De explicarle que un baile no sería el final, que el marqués de Ravenmoor no estaba siendo generoso, estaba siendo *paciente*. Que le había visto cazar desde que tenía uso de razón y sabía exactamente lo que significaba esa paciencia.

Pero ¿cómo iba a explicarle lo que mi padre era incapaz de ver?

Es un fae, padre. Es un monstruo con cara bonita y quiere hacerme lo mismo que les ha hecho a una docena de mujeres antes. Un baile se convertirá en una noche, que se convertirá en el resto de mi vida arruinada.

No podía decir nada de eso. Pensaría que me había vuelto loca.

—No tengo nada que ponerme —he dicho en su lugar. Un argumento débil. Pero era lo único que tenía.

El rostro de padre se ha suavizado. —Ya pensaremos algo. El vestido de tu madre, tal vez. Mags puede arreglarlo...

—El vestido de madre pasó de moda hace veinte años y, además, está apolillado —me he soltado de él y he vuelto a la ventana.

—Pues encontraremos otra cosa. Pediremos algo prestado a alguien del pueblo...

—¿Un vestido de baile? ¿En el pueblo? —me he reído, y me ha salido una carcajada amarga—. Nadie que conozcamos ha puesto un pie en un lugar como el palacio de Lord Ashworth. Ni siquiera sabemos qué llevan las damas a esas cosas.

—Wren —la voz de padre ahora sonaba pesada. Cansada—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que me quede parado mientras le ponen una soga al cuello a mi hija? —se le ha quebrado la voz—. Ya enterré a tu madre. No te enterraré a ti. No por esto. No por nada.

—Padre... —se me ha cortado la voz. Nunca hablaba de haber enterrado a mi madre. Jamás.

—Está bien —he dicho en voz baja—. Iré.

—Es todo lo que te pido.

No. Es todo lo que *él* pide. Por ahora.

He cogido la invitación y la he arrugado en mi puño. El papel era demasiado fino para arrugarse bien; solo se ha doblado, resistiéndose a mi voluntad incluso en ese pequeño acto de rebeldía.

Padre me ha apretado el hombro una vez y luego ha vuelto a la forja. Un momento después he oído el tañido de su martillo, firme y familiar. El sonido de la vida normal continuando como si nada hubiera cambiado.

Pero todo había cambiado.

He vuelto a alisar la invitación y me he quedado mirando su letra. *No me decepciones.* Como si fuera una niña. Como si ya estuviera bajo su mando.

Un baile. Podría sobrevivir a un baile.

El vestido ha llegado esa tarde.

Estaba en la forja, intentando abstraerme con el trabajo, cuando he oído el estruendo de cascos en el patio. Un carruaje: madera lacada en negro, herrajes de plata, tirado por una pareja de caballos tordos que costaban más que nuestra cabaña. Un lacayo con la librea de Ravenmoor se ha bajado portando una caja del tamaño de un arcón pequeño.

Padre ha venido a ponerse a mi lado en el umbral, y ambos nos hemos quedado mirando mientras el lacayo dejaba la caja en el escalón de la entrada, hacía una reverencia y volvía a subir al carruaje sin decir palabra.

Ninguno de los dos se ha movido hasta que el carruaje ha desaparecido por el camino.

—Bueno —ha dicho padre finalmente—. Mejor vemos qué ha enviado.

He metido la caja en casa y la he dejado sobre la mesa de la cocina. Padre se ha quedado merodeando en la puerta, manteniendo las distancias, como si aquello pudiera explotar.

He levantado la tapa.

Seda. Seda de un verde intenso, del color de las sombras del bosque, que se derramaba sobre el papel de seda como si fuera agua. He levantado el vestido con unas manos que me temblaban a mi pesar, viendo cómo la tela captaba la luz y centelleaba.

Era lo más hermoso que había visto en mi vida.

Debajo: un corsé de satén crema y ballenas, bordado con hojas minúsculas. Medias de seda finísima. Zapatos con tacones más altos de los que nunca había usado, teñidos a juego con el vestido. Una cinta de terciopelo para el pelo. Incluso ropa interior; prendas delicadas, todo encaje y lazos, nada que ver con el algodón práctico que yo usaba.

Y guantes. Largos, de color crema, tan suaves como nada que hubiera tocado antes.

En el fondo de la caja, una nota con esa misma caligrafía oscura:

Intenta no manchar la seda con el hollín de la forja.

He tenido ganas de quemarlo todo. Cada retal de tela, cada cinta, cada pieza de este disfraz que quería que me pusiera.

En lugar de eso, he pasado los dedos por el corpiño y un calor se ha enroscado en mi vientre sin mi permiso. Ahora incluso la seda me recordaba a él. A los sueños. A sus manos deslizándose por mis muslos en la oscuridad.

Mi cuerpo es realmente idiota.

—Wren —la voz de padre sonaba extraña—. Ese vestido...

—Ya lo veo.

—Vale más que el salario de un año. De dos.

—Soy consciente.

—¿Por qué iba a...?

—Porque puede —he dejado caer la seda de nuevo en la caja—. Porque quiere que sepa que puede. Porque todo es un juego para los hombres como él, y yo soy el ratón y él es el gato, y esto —he señalado el vestido— es su forma de jugar con su comida.

Padre se ha quedado callado un largo rato.

—Aun así tienes que ir.

—Sí, padre —he cerrado la tapa con más fuerza de la necesaria —. También soy consciente de eso.

Las horas han pasado a rastras.

He intentado trabajar, pero mis manos no cooperaban. No dejaba de pensar en la seda que había en esa caja. En cómo se sentiría contra mi piel. En cómo me miraría *él* cuando la llevara puesta: el vestido que él había elegido, el disfraz que había diseñado para su pequeña herrera.

Casi estropeo dos bisagras antes de que padre sugiriera amablemente que me tomara el resto del día libre.

En su lugar, me he dedicado a caminar de un lado a otro de la cabaña. Miraba la caja. No he vuelto a abrirla.

Cuando el sol ha empezado finalmente a hundirse hacia el horizonte, he mandado llamar a la vieja Mags.

Ha entrado a toda prisa al anochecer, con su pelo cano, sus ojos sagaces y ese olor a hierbas que siempre impregnaba su cabaña. Mags había sido la mejor amiga de mi abuela; la había acompañado durante el nacimiento de mi madre y le había apretado la mano cuando murió. Se quedó conmigo después de que la fiebre se llevara a mi madre y a mi abuela, una tras otra, y ni una sola vez me dijo que dejara de llorar.

Si alguien podía hacerme parecer presentable, era Mags.

—Déjame verte las manos —ha sido lo primero que ha dicho.

Se las he tendido. Tenía las uñas negras por la gravilla de la forja, las cutículas agrietadas y los callos gruesos en las palmas. Años de trabajo con el metal escritos en cada línea.

Mags ha chasqueado la lengua. —Tendremos que ponerlas a remojo. Y frotar. Dolerá.

—El cuerpo aguanta el dolor.

Me ha lanzado una mirada que decía que sabía perfectamente de qué tipo de dolor estaba hablando, y no eran mis manos.

—A la tina, entonces. Iré calentando el agua.

Una hora después, estaba sonrosada, en carne viva y más limpia de lo que había estado en años.

Mags me ha frotado con cepillos para caballos, me ha aplicado una pasta maloliente bajo las uñas y ha arremetido contra mi pelo con un peine hasta que me han llorado los ojos. Ahora estaba sentada en camisa de dormir mientras ella me desenredaba los nudos, mechón a mechón, refunfuñando entre dientes.

—Tu abuela tenía un pelo como este —ha dicho—. Grueso como una soga. Nunca hubo forma de domarlo.

—Eso me decía ella.

—Tu abuela era hermosa. Incluso con las manos de herrera. Incluso con el hierro en la piel —Mags ha hecho una pausa—. Te pareces a ella.

No he contestado. Mi abuela murió cuando yo tenía siete años, poco después de mi madre. Apenas recordaba su rostro; solo su voz,

grave y seria, diciéndome cosas que ninguna niña debería saber.

La Gente Buena camina entre nosotros, niña. Llevan caras bonitas y mentiras aún más bonitas. Tú los verás tal cual son, igual que yo, igual que tu madre. Es el hierro en nuestra sangre. Generaciones de ello. Nunca dejes que sepan que puedes ver.

Ayer rompí esa regla, ¿verdad? Miré al marqués de Ravenmoor directamente a sus ojos inhumanos y le dije que sabía lo que era.

Estúpida. Temeraria. El tipo de error por el que matan a las mujeres como yo.

Y, sin embargo, no podía arrepentirme. No podía arrepentirme de la expresión de su rostro cuando se dio cuenta de que yo podía ver a través de su hermosa máscara. Ese momento de auténtica *sorpresa* de una criatura que probablemente se creía por encima de tales nimiedades.

Le había hecho perder el equilibrio. No era mucho, pero era algo.

—Brazos arriba —ha dicho Mags.

He levantado los brazos y he dejado que me pasara el corsé por la cabeza, apretando los cordones lo suficiente para que el pecho me subiera y la cintura se me estrechara. La presión era desconocida, asfixiante. Me sentía como si llevara una armadura.

Quizás lo era.

Después ha venido el vestido. Mags lo ha pasado por mi cabeza y ha dejado que se asentara a mi alrededor, abrochando las docenas de minúsculos ganchos de la espalda. La seda susurraba contra mi piel, fría y extraña. Cuando me he mirado, no he reconocido lo que veía.

—Ya está —Mags me ha girado hacia el espejo manchado que colgaba de la pared—. Mira.

He mirado.

La mujer del espejo era una desconocida. La seda verde hacía que su piel desprendiera un brillo dorado, y su cabello oscuro relucía donde Mags lo había recogido en elaborados moños. El corpiño envolvía sus pechos como si fueran manos, con un escote lo bastante bajo como para mostrar su nacimiento. Las faldas se abrían desde la cintura entallada, con capas de seda y enaguas que crujían con cada respiración.

Parecía una dama. Parecía una presa engalanada para el matadero.

¿Le gustaría lo que veía? ¿Recorrerían esos ojos ancestrales mi cuerpo, se detendrían en las curvas creadas por el corsé, imaginarían lo que se escondía bajo toda esa seda?

He desechado el pensamiento. No importaba lo que a él le gustara. No se trataba de complacerle.

—Estás preciosa —ha dicho Mags en voz baja.

Me he tocado el clavo de hierro en la garganta. Seguía ahí. Me había dado zapatos, medias y ropa interior hecha de telarañas, pero no se le había ocurrido darme joyas. Así que el clavo de mi madre permanecía donde siempre, frío y real contra mi piel.

—Parezco otra persona.

—Pareces tú misma. Solo que... pulida.

Me he mirado las manos. Incluso después de tanto frotar, todavía se veían líneas oscuras bajo las uñas. La forja no te suelta tan fácilmente.

—Los guantes —ha dicho Mags, siguiendo mi mirada—. Los llevarás como hacen las otras damas. Nadie verá nada.

Tenía razón. Daría el pego, al menos en la superficie.

Por dentro, seguiría siendo solo la hija de un herrero.

Me he apartado del espejo. —Tengo que irme.

—Wren —Mags me ha agarrado del brazo. Sus ojos eran penetrantes, serios—. Ten mucho cuidado con ese señor.

—Mags...

—No, niña. Escúchame —su agarre se ha intensificado—. Tu abuela me contaba cosas. Sobre lo que ella podía ver. Sobre lo que caminaba entre nosotros con rostro humano —ha hecho una pausa —. Yo nunca tuve ese don. Pero la creía. Y creo que tú también lo tienes.

Se me ha cortado la respiración.

—Te he observado desde que eras pequeña —ha continuado Mags en voz baja—. Te he visto mirar cosas que no estaban ahí. Te he visto evitar a ciertas personas, ciertos lugares. Ves lo que veía tu abuela, ¿verdad?

No podía mentirle. A Mags no.

—Sí.

Ella ha asentido lentamente. Luego me ha metido algo en la palma de la mano: una bolsita pequeña, abultada y cálida.

—Limaduras de hierro —ha dicho—. Mezcladas con sal. Tu abuela me dio la receta hace años. Decía que era buena para... protegerse —me ha mantenido la mirada—. No sé lo que es ese señor, Wren. Pero sé que le temes de una forma que no tiene nada que ver con magistrados ni con la horca.

Me he guardado la bolsa en el corpiño, donde ha quedado alojada entre mis pechos como un secreto.

—Gracias.

—No dejes que te atrape —me ha apretado la mano—. Ofrezca lo que ofrezca, amenace con lo que amenace... encuentra el camino de vuelta.

No he hecho promesas que no pudiera cumplir.

La cara de padre cuando he salido de mi habitación ha compensado cada minuto de restregado.

—Wren —se le ha quebrado la voz—. Estás...

—No —he levantado una mano—. No lo digas. Sigo siendo yo bajo toda esta seda.

—Sé que lo eres —se ha acercado a mí y me ha cogido las manos. Sus pulgares rugosos han acariciado mis nudillos; los guantes ocultaban las manchas de la forja que había debajo—. Tu madre estaría orgullosa.

Se me ha cerrado la garganta. —Padre...

—Vete —me ha soltado y ha dado un paso atrás—. Hay un carruaje esperando fuera. No hagas esperar a un marqués.

Por supuesto que había enviado un carruaje. No podía permitir que su trofeo llegara despeinado y embarrado por el camino.

He recogido mis faldas —torpe, antinatural, ¿cómo se movían las mujeres con estas cosas? — y he caminado hacia la puerta.

—Wren.

Me he girado.

Padre estaba en medio de nuestra pequeña cocina, con la luz del fuego destacando las canas de su pelo y las arrugas profundas alrededor de sus ojos.

—Vuelve conmigo, niña —ha dicho en voz baja.

He asentido.

Entonces he salido a la noche, donde un carruaje negro esperaba para llevarme ante el lobo.

CAPÍTULO
SEIS

RAITH

El castillo de Thornwood se veía igual que siempre: torres de piedra negra arañando el cielo gris, antiguos setos de espinos apretados como si intentaran estrangular el lugar. Tan alegre como un funeral. Vex necesitaba considerar seriamente algunas reformas.

Había venido aquí para escapar. Para dejar atrás aquello que me desgarraba las entrañas.

No estaba funcionando.

Incluso a treinta millas de su forja, podía sentir la atracción. Un anzuelo clavado en algún lugar tras mis costillas, tirando, *tirando*, tratando de arrastrarme de vuelta a esa cabaña emponzoñada de hierro donde la hija de un herrero dormía en una cama en la que yo deseaba estar. Se me había puesto la polla medio dura desde que salí de Ravenmoor. Sentía la piel demasiado tensa. Cada latido era su nombre: *Branwen, Branwen, Branwen.*

Nada me calmaba. Nada hacía que el deseo cesara.

Dejé mi caballo con el mozo de cuadra y me dirigí a las grandes puertas, que se abrieron antes de que pudiera llamar. La señora O'Hara estaba en la entrada, con su cabello gris hierro recogido con severidad y una expresión que sugería que había olido algo desagradable.

—Mi príncipe —dijo. No hizo una reverencia. Nunca lo hacía. La señora O'Hara había estado con la familia desde antes de que alcanzara la memoria; no iba a empezar a mostrar deferencia ahora —. Su hermano está en la biblioteca.

—Por supuesto que lo está.

Lo encontré exactamente donde esperaba: enterrado en libros como un hombre que intentara cavar su propia tumba. Apilados en mesas, amontonados en sillas, abiertos por el suelo en capas superpuestas. Las cortinas estaban echadas contra la luz del día, las velas chisporroteaban en sus apliques y Vex estaba sentado en el centro de todo, con un aspecto que hacía pensar que la muerte ya había ido a visitarlo.

—Hermano. —Me abrí paso entre el caos y me dejé caer en la única silla despejada—. Tienes un aspecto terrible.

Vex no levantó la vista del libro que tenía delante. El pelo le colgaba lacio alrededor de la cara, tenía la camisa arrugada y medio desabrochada, y había sombras bajo sus ojos. Mi hermano mayor, el que nos había mantenido unidos durante siglos, reducido a esto.

El amor era una enfermedad. Siempre lo había sospechado.

—Estoy ocupado —dijo.

—Se nota. —Cogí el libro más cercano y examiné el lomo. *Sobre la naturaleza de la mortalidad fae*. Una lectura muy alegre—. ¿Qué estás investigando exactamente? ¿Nuevos métodos de melancolía? ¿Técnicas avanzadas de aislamiento dramático?

—Vete, Raith.

—Acabo de llegar. Sería de mala educación irme tan pronto. —Dejé el libro y estiré las piernas, acomodándome. Intenté ignorar el dolor en mi miembro, la forma en que mi sangre seguía susurrando *«vuelve, vuelve con ella»*—. Además, después de lo de ayer, pensé que deberíamos hablar.

—Soy tu único hermano que tolera tu presencia.

—Lo que te convierte en mi favorito por defecto. —Hice una pausa—. Viste lo que pasó ayer, En el festival.

Algo cruzó el rostro de Vex; no fue exactamente diversión, pero se le pareció. Cerró los ojos un momento y luego pasó la página de su libro con deliberado cuidado.

—La herradura. Sí. Lo vi.

—¿Y?

—¿Y qué? ¿Quieres mi compasión? —Por fin me miró y lo vi: agotamiento, sí, pero algo más debajo. Comprensión—. No servirá

de nada. Nada sirve.

—No quiero compasión. Quiero que *pare*.

Vex se rio con un sonido áspero y roto. —No lo hará. Nunca para. —Señaló los libros que lo rodeaban—. ¿Por qué crees que estoy aquí metido? Intentando encontrar respuestas a preguntas que no la tienen.

—¿Qué preguntas?

Vex guardó silencio durante un largo rato. Cuando habló, su voz era ronca.

—Se va a morir.

Parpadeé. —¿Cómo dices?

—Liora. Es humana. —Me miró entonces y lo vi: el terror puro en sus ojos, el tipo de miedo que nunca había visto en el rostro de mi hermano—. Los humanos mueren, Raith. Envejecen. Se marchitan. En sesenta años, setenta si tiene suerte, se habrá *ido*. Y yo seguiré exactamente como estoy ahora, salvo que no estaré ligado a nada más que a su recuerdo.

Ah.

Esta no era una conversación que quisiera tener.

—Seguramente el vínculo se extiende...

—No lo sé. —Vex cerró el libro de un golpe, haciendo que las velas vacilaran—. No lo *sé*, Raith. Ese es el problema. Nunca ha habido un vínculo como este: elección de sangre, consumación total, una compañera humana. Los textos antiguos mencionan concubinas y mascotas, pero nunca *vínculos*. —Le temblaban las manos. Vex. El ser más controlado que había conocido jamás. *Temblando*—. Ahora puede leer la escritura fae. Cura más rápido. ¿Pero será suficiente? ¿Vivirá tanto como yo, o pasaré la eternidad ligado a nada más que a su recuerdo?

Se detuvo. Se presionó los ojos con los dedos.

—No puedo perderla —dijo en voz baja—. Desharía este mundo antes de perderla.

No supe qué decir. La burla parecía inapropiada. La compasión no iba con mi naturaleza. Así que me quedé allí sentado, viendo cómo mi hermano se desmoronaba, y sentí algo desconocido retorcerse en mi pecho.

¿Era esto lo que me esperaba? ¿Esta desesperación? ¿Este terror?

La hija del herrero cruzó por mi mente: la inclinación desafiante de su barbilla, aquel encogimiento de hombros exasperante, la forma en que me había mirado como si apenas valiera la pena que me prestara atención. La forma en que se había desmoronado en sus sueños anoche, jadeando mi nombre mientras yo observaba por la ventana.

Me removí en la silla. Mi miembro volvía a latir. Incluso aquí, incluso ahora, incluso presenciando la agonía de mi hermano... no podía dejar de desearla.

Si la elección de sangre se completaba, si la vinculaba a mí...

¿Acabaría así? ¿Enterrado en libros, volviéndome loco poco a poco por el miedo a perderla?

La idea debería haberme hecho salir huyendo.

—¿Y qué hay de convertirla? —pregunté—. ¿Hacerla fae?

Vex se rio; un sonido áspero y roto. —Nacemos, no nos hacen. Ya lo sabes.

—Los cambiazos...

—*Niños*. Cambiados en la infancia. No funciona con adultos. —Hizo un gesto con la mano, descartando siglos de esperanza desesperada—. El vínculo la cambia, pero no lo bastante rápido. Ni lo suficiente. —Vex se levantó abruptamente, caminando hacia la ventana y mirando hacia la tarde gris—. Está embarazada, Raith.

Me quedé muy quieto.

—El niño será medio fae. El primero de su clase en siglos... tal vez de la historia. —Se le quebró la voz—. Y Liora... ya está de seis meses. El embarazo la está agotando. La veo dormir y cuento sus respiraciones como un loco, aterrorizado de que cada una pueda ser la última. ¿Y si gestar un niño medio fae es demasiado para un cuerpo humano? ¿Y si...?

—Vex...

—La amo. —Lo dijo como una confesión. Como una maldición—. La amo más de lo que he amado nada en todos mis siglos de existencia, y voy a ver cómo se muere, y no hay *nada* que pueda hacer para detenerlo.

La puerta se abrió.

Liora entró sin llamar. ¿Por qué iba a hacerlo? Este era su hogar ahora. Se detuvo en seco al verme.

—¡Raith! —Su rostro se iluminó con genuina calidez—. No sabía que vendrías hoy.

Comprendí de inmediato por qué mi hermano estaba perdiendo la cabeza.

Era hermosa. No de la forma fría y perfecta de los nuestros, sino de una forma cálida y humana que hacía que algo en mi pecho doliera con solo mirarla. Cabello castaño rojizo oscuro rizándose sobre sus hombros, ojos grises que parecían verlo todo, y un vientre redondeado por seis meses de embarazo; inconfundible y gloriosamente lleno con el hijo de mi hermano.

Irradiaba luz. Esa era la única forma de describirlo. *Brillaba*.

Y era mortal. Frágil. Temporal.

Por primera vez en mi larga existencia, comprendí por qué los humanos escribían tragedias.

—Liora. —Vex se acercó a ella de inmediato, con su mano buscando su cintura como si ese fuera su lugar—. Deberías estar descansando.

—He estado descansando toda la mañana. Quería ver... —Miró entre nosotros, percibiendo algo en el ambiente—. ¿Se trata de lo de ayer? ¿La mujer del festival?

Me quedé inmóvil. Por supuesto que lo había visto. Ella había estado *allí*.

—La que te lanzó una herradura a la cabeza —continuó Liora con una sonrisa asomando a sus labios—. Debo decir que nunca he visto a un príncipe fae con cara de estar tan... sorprendido.

—Me interesa —dije con cautela.

—Te *lanzó hierro a la cabeza*.

—Como he dicho. Me interesa.

Liora me miró fijamente durante un largo rato. Luego se rio; una risa brillante, cálida y totalmente humana.

—¿Un consejo de una humana que ha sido perseguida por un príncipe fae? No la subestimes. Somos más resistentes de lo que crees.

—No la subestimo.

—Bien. —Le dio una palmadita en el brazo a Raith—. Porque si se parece en algo a mí, ya estará planeando exactamente cómo hacer que tu vida eterna sea miserable. Y se le va a dar *muy* bien.

Sofocó un bostezo, llevándose una mano a la parte baja de la espalda.

—Deberías descansar —dijo Vex de inmediato, poniéndose a su lado—. Has estado demasiado tiempo de pie.

—He estado de pie diez minutos. —Pero se apoyó en él, dejando que él sostuviera parte de su peso—. Está bien. Iré a tumbarme. Pero solo porque tu hijo está usando mi vejiga de cojín, no porque te estés pasando de protector.

Se puso de puntillas para besarle la mejilla y luego me lanzó una mirada por encima del hombro mientras se dirigía a la puerta.

—No hagas ninguna estupidez esta noche, Raith.

—Nunca hago estupideces.

—Mmm. —El sonido denotaba una total falta de convicción—. Eso es lo que me preocupa.

Salió de la habitación y me quedé a solas con Vex.

O eso creía.

La puerta volvió a abrirse y entró una mujer joven: cabello oscuro, ojos oscuros que no revelaban nada. Se quedó petrificada al verme.

—Liora... —Se interrumpió. Su expresión cambió de la neutralidad a algo mucho más frío—. *Tú.*

—Lady Isabella. —Le ofrecí mi sonrisa más encantadora—. Encantado de volver a verla.

No me saludó. Ni siquiera me miró. Simplemente se dirigió a Vex como si yo hubiera dejado de existir.

—Buscaba a Liora.

—Acaba de irse. —La voz de Vex era cálida, con algo parecido a una diversión paternal—. Prueba en las cocinas. Últimamente la encuentro allí a menudo.

Isabella asintió una vez, dio media vuelta y se marchó sin dedicarme otra mirada.

La puerta se cerró tras ella con un clic rotundo.

Vex sonreía... sonreía de verdad, el muy cabrón.

—Nunca va a perdonarte —dijo él— por haberla arrastrado a través del cruce.

—La *rescaté* de Hargrave.

—También la aterrorizaste, la hiciste cruzar un pasaje entre mundos contra su voluntad y la depositaste en un castillo lleno de fae mientras aún estaba gritando. —Su sonrisa se ensanchó—. Lo de los atizadores estaba totalmente justificado.

—Tiene un brazo fuerte para ser tan menuda.

—Ha estado practicando. —Los ojos de Vex brillaron con diversión—. Por si vuelves a visitarla.

Decidí no preguntar *con qué* había estado practicando.

Mi hermano me observaba con una expresión que no terminaba de descifrar.

—¿Qué? —exigí.

—Me sorprende que estés aquí. —Se reclinó de nuevo contra el alféizar de la ventana, con los brazos cruzados—. Habría jurado que estarías por ahí, cazando a tu herrera. Merodeando por su forja. Dando la nota.

Sonreí. No pude evitarlo.

—No es necesario, hermano. Ya he atrapado a mi ratoncilla. —La satisfacción en mi voz era evidente—. Asistirá al baile de Lord Ashworth esta noche. Bailará conmigo. Y te aseguro que esta tediosa elección de sangre quedará zanjada para mañana por la mañana.

Vex se quedó muy quieto.

——Zanjada —repitió—. ¿Cómo, exactamente?

—Se resiste porque no me conoce. Una noche... una noche como es debido, sin hierro de por medio, y lo comprenderá. —Me ajusté los puños, imaginándolo ya. Ella, con la seda verde que le había enviado. Su cuerpo contra el mío en la pista de baile. Su desafío desmoronándose al darse cuenta de que deseaba esto tanto como yo—. Al amanecer, me suplicará que la lleve a Ravenmoor.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará. —Había visto cómo su cuerpo respondía a mi poder, incluso a través de todo ese hierro. ¿Sin él? No tendría ninguna posibilidad—. Siempre lo hacen.

Algo cambió en la expresión de Vex. Algo frío.

—¿Cómo la has convencido para que asista?

—¿Acaso importa?

—Raith. —Su voz se había vuelto plana. Peligrosa—. ¿Cómo?

Me encogí de hombros.

—Le recordé las consecuencias de lanzarle hierro a la cabeza a un noble. El magistrado. La soga. La forja de su padre. —Hice un gesto con la mano—. Entró en razón.

—La has amenazado con la horca.

—Le di a elegir.

Vex soltó una carcajada, baja y sombría.

—Elegir. Sí. Recuerdo haberle dado ese tipo de elecciones a Liora.

—Exactamente. —Abrí los brazos—. Tú le ofreciste matrimonio o Hargrave. Ella eligió el matrimonio. Yo le ofrecí a esta chica un baile o la soga. Ella eligió el baile. No somos tan distintos, hermano.

—No. —Los ojos de Vex se volvieron extraños, distantes, como si recordara algo—. No lo somos. Eso es lo que me preocupa.

—¿Desde cuándo le preocupa al Duque de las Espinas ser *precavido*? —Dejé que la burla afilara mi voz—. Mataste a dos hombres por Liora. Deshiciste a Hargrave pieza a pieza; me han dicho que las espinas no dejaron de él ni lo suficiente como para enterrarlo. Tomaste decisiones por ella, le guardaste secretos, la vinculaste antes de que supiera lo que aquello significaba. —Di un paso más—. No me vengas con sermones sobre la delicadeza, hermano. Ambos sabemos de lo que eres capaz.

—Sí. —La voz de Vex era suave. Peligrosa—. Lo sabemos. Y por eso precisamente te estoy advirtiendo.

Esperé.

—Casi la pierdo. —Ya no me miraba; observaba por la ventana la tarde gris—. Dos veces. No porque fuera demasiado cruel, sino porque no podía *parar*. La elección de sangre... —Sacudió la cabeza —. No te vuelve delicado, Raith. Te convierte en un monstruo. Cada

instinto grita que tomes, que reclames, que vincules... y crees que tienes el control hasta el mismo instante en que te das cuenta de que has destruido lo único que deseabas.

—Yo no soy tú.

——No. Eres peor. —Se volvió para mirarme y, por un momento, vi lo que había bajo su máscara humana: algo antiguo, frío y carente de toda misericordia—. Yo, al menos, *quería* ser cuidadoso con ella. Tú crees que esto es un juego. Crees que puedes forzar una elección de sangre a que se resuelva con encanto, amenazas y un vestido bonito. —Torció el gesto—. No puedes. Y cuando presiones demasiado, cuando tomes lo que ella no está lista para dar, el vínculo se hará añicos antes de formarse. Te pasarás el resto de la eternidad deseando algo que nunca podrás tener.

—Eso no sucederá.

—A mí casi me sucede. Y yo *estaba tratando* de contenerme. —Me agarró del hombro con fuerza; sus dedos se hundieron con la potencia de un fae—. No serás capaz de controlarte cuando estés cerca de ella. La necesidad lo anulará todo. Y cuando la rompas, hermano —porque la romperás si no tienes cuidado—, tú también te romperás.

Me zafé de su mano con un gesto.

—Te estás poniendo dramático.

—Estoy siendo sincero. —Sus ojos eran oscuros, serios—. No somos civilizados, Raith. Nunca lo hemos sido. Somos depredadores con máscaras bonitas. Y esa chica tiene hierro en la sangre; verá exactamente lo que eres en el momento en que dejes de fingir.

—Ya lo ha visto.

Vex se quedó inmóvil. Total y sobrenaturalmente inmóvil, del modo en que solo los de nuestra estirpe pueden hacerlo.

—¿A qué te refieres con que ya lo ha visto?

—Me refiero a que vio a través del velo. —El recuerdo aún escocía: sus ojos puestos en mi verdadero rostro, sin vacilar—. En el festival. Vio mis dientes. Mis ojos auténticos. Todo.

—Eso no es posible.

—Y sin embargo, así fue.

—Los humanos no pueden ver a través del velo. No sin... —Se detuvo. Su expresión cambió, algo calculador se movió tras sus ojos —. El hierro. ¿Has dicho que es la hija de un herrero?

—Su padre trabaja en la forja. Ella trabaja a su lado. —Me encogí de hombros—. Hay hierro por todas partes. En su piel, en su pelo. Apesta a él.

—Generaciones de saturación de hierro... —Vex caminaba de un lado a otro ahora, olvidando su sermón anterior—. Podría actuar como una especie de escudo. Si el hierro es lo bastante profundo, si está lo bastante impregnado, podría interferir con el modo en que el velo afecta a la mente.

Y entonces, increíblemente, empezó a reír.

No era aquel sonido áspero y roto de antes. Era algo genuino. Algo *encantado*.

—Oh, esto es perfecto. —Se volvió hacia mí y había una alegría real en sus ojos—. Tú... *tú*, de entre todos nosotros, has hecho una elección de sangre con una mujer a la que no se puede hechizar.

—No le veo la gracia.

—Claro que no se la ves. —Estaba sonriendo de oreja a oreja, el muy bastardo—. Raith, el encantador. Raith, que se ha pasado siglos haciendo que las mujeres se derritan con una sonrisa y un roce de su poder. Y tu sangre ha elegido a la única humana en toda Inglaterra que es *inmune* a todo lo que eres.

—No es inmune. Sigue sintiendo la atracción...

—Pero no se la puede engañar. —La sonrisa de Vex se afiló—. No se la puede deslumbrar. No puedes obligarla a ver una máscara bonita en lugar del monstruo que hay debajo. Verá cada manipulación, cada engaño, cada truco que hayas usado jamás. —Rió de nuevo, sacudiendo la cabeza—. La justicia cósmica de todo esto es *deliciosa*.

—¿Has terminado ya?

—Ni de lejos. —Pero su diversión se desvaneció, reemplazada por algo más serio—. Una humana que puede vernos como somos en realidad... que no puede ser hechizada, que no puede ser obligada a olvidar lo que ha presenciado. —Volvió a centrar su atención en mí

—. Y *tu* sangre la eligió a ella. Piensa en eso, hermano. De todas las mujeres del mundo, la elección escogió a la que no puedes engañar.

Se acercó a la ventana, contemplando la tarde gris. Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado. Era más queda. Casi para sí mismo.

—¿Por qué ahora, crees?

—¿Por qué ahora qué?

—La elección de sangre. Que nos esté ocurriendo a nosotros. Que elija a *humanas*. —Se volvió hacia mí—. En todos nuestros siglos, Raith... en todos los años interminables... esto nunca había pasado. No a los de nuestra clase. No con mortales. Y ahora, en un solo año, me ha pasado a mí. Y a ti. —Sus ojos eran oscuros, turbados—. Ash se debilita cada día. Cade no ha salido de Shadowmere en décadas. Y de repente, nuestra sangre busca a mujeres humanas como si fueran la respuesta a una pregunta que ni siquiera se nos ha ocurrido plantear.

—Quizá simplemente tenemos mala suerte.

—Quizá. —Pero no sonaba convencido—. O quizá haya una razón. Algo que no estamos viendo. El mundo está cambiando, hermano. El hierro se extiende. Nuestros territorios merman. Y ahora esto… —Sacudió la cabeza—. No creo en las coincidencias. No después de tanto tiempo.

Yo no quería pensar en ello. No quería considerar que esta necesidad ardiente y enloquecedora pudiera ser otra cosa que una maldición que debía ser superada.

—Piensas demasiado —dije—. Es una elección de sangre. Un inconveniente. Lo tendré resuelto para mañana por la mañana y todos podremos dejar de filosofar sobre el significado cósmico.

Vex me miró durante un largo rato. Algo parecido a la lástima asomó a su rostro.

—Me encanta que mi sufrimiento te divierta —dije secamente.

—No me divierte. Me aterra. —Dio un paso atrás, con los brazos cruzados—. La cuestión es si quieres atraparla o consumirla. Porque ahora mismo, hermano, no creo que sepas la diferencia. Y esta chica..., esta chica que ve a través de cada máscara que te pones..., sabrá exactamente cuál de las dos has elegido.

Debería haber escuchado.

Debería haberme quedado en Ravenmoor.

El viaje de vuelta en carruaje me dio demasiado tiempo para pensar.

Demasiado tiempo para *sentir*.

Cada milla que me acercaba a su aldea hacía que mi sangre ardiera con más fuerza. Estaba duro como el hierro, con la piel demasiado tensa, con su nombre martilleándome en cada latido. Dos días así. Dos días deseando algo que no podía tener.

Esta noche, eso cambiaría.

Vex se equivocaba. Casi perdió a Liora porque fue demasiado cuidadoso, demasiado controlado, demasiado ocupado protegiéndola de lo que él era en lugar de mostrarle lo que podrían ser juntos. Yo no cometería el mismo error.

Branwen estaría en ese baile. Con el vestido que le envié. Bailando en mis brazos, sin ninguna fortaleza de hierro entre nosotros. Y cuando sintiera lo que yo podía hacerla sentir... cuando su cuerpo recordara lo que había saboreado en aquel sueño... dejaría de luchar.

Siempre dejaban de luchar.

Su rostro flotaba ante mis ojos. Esa mandíbula obstinada. Esos ojos perspicaces que veían a través de cada velo que yo me ponía. El modo en que se había deshecho por mí mientras dormía, sin saberlo, y aun así se había despertado furiosa.

Esta noche vería mi verdadero rostro. Muy bien. Que lo viera. Que viera exactamente lo que la deseaba, lo que la poseería, lo que nunca la dejaría marchar.

Quizá esa era la respuesta que Vex no había contemplado. Quizá la elección de sangre escogió a una mujer que podía ver a través del velo porque yo no *necesitaba* el velo. No con ella. Quizá ella estaba destinada a desear al monstruo, no a la máscara.

El carruaje siguió avanzando a través del crepúsculo incipiente.

Para cuando amaneciera, sería mía.

Estaba seguro de ello.

CAPÍTULO
SIETE

BRANWEN

Los fae no me asustaban.

Había pasado toda mi vida viendo a monstruos caminar entre nosotros, ocultos tras rostros demasiado hermosos para ser reales. Había visto sus verdaderos dientes, sus ojos ancestrales, su hambre. Sabía de lo que eran capaces.

Pero esto —un salón de baile lleno de seda y diamantes y gente que no había trabajado ni un solo día en sus mimadas vidas— hacía que se me encogiera el estómago con algo incómodamente parecido al terror.

El carruaje que él había enviado se detuvo, y apreté mis manos enguantadas contra los muslos para evitar que temblaran. Los guantes eran de fina piel de cabritilla, suaves como la mantequilla. Ocultaban los callos. Las cicatrices. Las líneas oscuras bajo las uñas que por mucho que frotara nunca desaparecían del todo.

Pero yo sabía lo que había debajo. Y todos los demás también lo sabrían en cuanto me miraran.

Una noche, me dije. *Puedes sobrevivir una noche.*

El lacayo abrió la puerta. Bajé a una marea de luz dorada que se derramaba desde las ventanas de la Mansión Ashworth y, por un momento, no pude respirar. La casa se alzaba ante mí como algo salido de un sueño febril: una entrada con columnas, candelabros resplandecientes visibles a través de los altos ventanales, y el sonido de la música y las risas flotando en el aire nocturno.

Damas envueltas en pieles y caballeros con trajes de gala perfectamente entallados pasaron a mi lado por las escalinatas. Nadie me miró. Todavía no.

Toqué el punto bajo mi corpiño donde el clavo de hierro descansaba frío contra mi piel. Mi armadura. Mi ancla.

Luego levanté la barbilla y entré.

—La señorita Branwen de...

La voz del mayordomo vaciló. Miró la tarjeta que le había entregado —la que venía con el vestido— y luego me miró a mí. Su expresión osciló entre la confusión, la desaprobación y algo que podría haber sido lástima.

—La señorita Branwen —concluyó, sin el «de». Sin apellido familiar. Sin título. Sin posesiones.

Simplemente Branwen. La hija del herrero en seda prestada.

Varias cabezas se giraron. Los susurros empezaron antes de que hubiera dado tres pasos en el salón de baile.

—¿Quién es ella?

—¿Seda verde? Qué... inusual.

—No la he visto nunca. ¿Es alguien importante?

Mantuve la espalda recta y la expresión impasible. El clavo de hierro presionaba contra mi pecho con cada respiración, un pequeño y frío consuelo. Sabía que esto pasaría. Me había preparado para ello.

Para lo que no me había preparado era para él.

Me estaba esperando al pie de la escalinata curva y, por un instante desorientador, vi lo que todos los demás veían: el velo, la máscara, la mentira.

Atrozmente atractivo. Era la única forma de describirlo. Cabello oscuro artísticamente despeinado, cayendo sobre una frente que parecía de una estatua romana. Ojos verdes cálidos y acogedores, arrugados en las esquinas con una sonrisa que prometía pecado y ofrecía placer. Ropa de gala perfectamente entallada que realzaba sus hombros anchos y su figura esbelta y elegante.

Parecía inofensivo. Encantador. El tipo de hombre al que podrías confiarle el corazón.

Las mujeres a su alrededor ciertamente lo pensaban. Se agrupaban cerca de él como polillas en torno a una llama, con los ojos nublados por el deseo, sus cuerpos orientados hacia él incluso mientras fingían conversar entre ellas.

Pero yo veía lo que ellas no podían.

Los dientes tras esa sonrisa: demasiado afilados, demasiados, incorrectos. Ojos que no eran cálidos en absoluto, sino ancestrales y depredadores, observándome bajar las escaleras con la atención concentrada de un lobo que rastrea a una presa herida. La anomalía bajo la máscara bonita, la sensación de que, si levantaras ese rostro humano, encontrarías algo que nunca había sido humano en absoluto.

Un monstruo de etiqueta.

Y aun así lo deseaba. El calor se acumulaba en la boca del estómago. Un anhelo entre los muslos que me negaba a reconocer. El deseo que me había atormentado desde el festival, desde el sueño, desde que me miró por primera vez y algo cambió en el aire entre nosotros.

Extendió la mano cuando llegué al pie de la escalera y no tuve más remedio que aceptarla.

En el momento en que mis dedos enguantados tocaron los suyos, hizo un amago de retroceder. Fue casi imperceptible: solo un endurecimiento de la mandíbula, un destello de algo parecido al dolor en sus rasgos. Pero me di cuenta.

Siempre me daba cuenta.

—Aquí estás, pequeña Wren. —Su voz era seda y miel, en un tono lo bastante bajo como para que solo yo pudiera oírla—. Empezaba a pensar que habías cambiado de opinión.

Todo en mí se puso rígido.

—Solo mi padre me llama así.

—Y ahora yo también. —Su pulgar trazó un círculo en el dorso de mi mano y, incluso a través del guante, pude sentir su calor—. Te pega. Pequeña. Feroz. Decidida a volar libre.

Quise abofetearle. Quise soltar mi mano de un tirón, salir por la puerta y no mirar atrás.

Pero las deudas de mi padre colgaban de mi cuello con más peso que cualquier clavo de hierro. La soga con la que me había amenazado. La forja que había pertenecido a mi familia durante generaciones.

Una noche. Podía sobrevivir una noche.

—Un baile —dije tajante—. Ese fue el trato.

—Un baile. —Su sonrisa se volvió más afilada—. Y luego ya veremos.

Mantuvo la mano en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba por el salón, y no sabía decidir si era un gesto posesivo, de superioridad o ambas cosas. Fuera lo que fuese, lo odiaba. Odiaba el calor de su palma a través de la seda de mi vestido. Odiaba la forma en que mi cuerpo quería inclinarse hacia ese contacto en lugar de alejarse.

Cada cabeza se giraba a nuestro paso. Los susurros crecían y rompían a nuestro alrededor como olas.

—¿Quién ES ella?

—Nunca ha traído a nadie antes.

—¿Crees que es su... ya sabes?

—Con ese vestido, tiene que serlo.

Mantuve mi expresión cuidadosamente neutra, pero por dentro lo catalogaba todo. Las salidas: tres que pudiera ver, además de las puertas de la terraza. Los grupos de gente: quién nos observaba, quién fingía no hacerlo, quién parecía amigable frente a quién hostil. Los sirvientes moviéndose entre la multitud con bandejas de champán.

Instinto de supervivencia. Lo había aprendido de joven, observando monstruos que nadie más podía ver. Me servían de mucho ahora, en esta jaula resplandeciente llena de un tipo diferente de depredadores.

Pero no eran los susurros lo que me ponía la piel de gallina.

Eran las mujeres.

Una cerca de la mesa de los refrescos —una rubia vestida de rosa pálido— tenía la mano apretada contra el corpiño, toqueteando

los cordones como si no pudiera respirar bien. Tenía los ojos fijos en Raith, vidriosos y desesperados.

Otra, una matrona casada en terciopelo burdeos, cambiaba el peso de un pie a otro, apretando los muslos. Su marido estaba a un metro, ajeno a todo, charlando con otro hombre.

Una condesa —la reconocí por la forma en que los sirvientes se desvivían por ella— miraba a Raith como si fuera a caer de rodillas allí mismo, en medio del salón, si él tan solo moviera un dedo.

Nadie más se daba cuenta.

Todas creían que sus reacciones eran privadas. Secretas. Únicamente suyas.

Pero yo podía ver el patrón. La forma en que cada mujer por la que pasábamos se ruborizaba, se inquietaba y *deseaba*. La forma en que sus cuerpos respondían a su presencia como flores que se giran hacia el sol.

Él estaba haciendo esto. Su mera presencia lo provocaba. Y ellas ni siquiera lo sabían.

¿Cuántas?, pensé, reprimiendo una oleada de náuseas. *¿A cuántas mujeres ha afectado sin su conocimiento ni consentimiento? ¿Cuántas creyeron que su deseo era real?*

Y luego, porque no pude evitarlo: *¿Soy yo diferente?*

Me negué a pensar en la humedad entre mis propios muslos. Me negué a reconocer el anhelo que había empezado en el momento en que me tomó la mano. Mi cuerpo era un traidor. Siempre había sido un traidor.

Pero yo no era mi cuerpo.

—¿Champán? —Cogió dos copas de un sirviente que pasaba y me ofreció una, con una sonrisa que era todo calidez y encanto.

No la acepté. —No bebo nada que me ofrezcan los fae.

Algo brilló en sus ojos: sorpresa, tal vez, o diversión. —Sensato. Pero esto no es vino fae. Es simplemente francés.

—No me importa si es agua de un manantial sagrado. No voy a beber nada que salga de tu mano.

—Me hieres. —Pero dejó la copa a un lado sin rechistar, sin que su sonrisa decayera lo más mínimo—. Dime, ¿no confías en nadie? ¿O mi sospecha es un privilegio exclusivo?

—No confío en los monstruos.

—Y aun así has venido esta noche.

—No tenía elección.

—Todo el mundo tiene elección, pequeña Wren. —Su mano presionó con más firmeza mi espalda, guiándome hacia un rincón más tranquilo de la sala—. Solo que algunas son más agradables que otras.

Quise discutir. Quise decirle que una elección entre asistir a su baile y ver a mi padre colgado no era una elección en absoluto. Pero habíamos llegado al borde de la pista de baile, y él se giraba para quedar frente a mí, y la música crecía, y...

—La mayoría de las mujeres se derriten cuando les sonrío —dijo él, manteniendo esa insufrible expresión encantadora.

—La mayoría de las mujeres no pueden ver lo que hay detrás de la sonrisa.

—¿Y qué es lo que ves tú?

—Que no eres tan guapo como te crees.

Por un momento —solo un momento— algo crudo cruzó su rostro. Hambre, quizás. O fascinación. La mirada de un depredador que por fin ha encontrado una presa que merece la pena cazar.

Luego la máscara volvió a su sitio, suave como la seda.

—Baila conmigo.

No era una pregunta.

El vals fue una idea terrible.

Lo supe en el momento en que su mano se posó en mi cintura y la mía descansó en su hombro. Demasiado cerca. Mucho más que demasiado cerca. Podía sentir su calor a través de la ropa de gala, podía oler algo bajo su colonia: algo salvaje, verde y antiguo, como bosques que nunca han conocido el hacha.

Y pude sentir su respingo de nuevo, sutil pero inconfundible, cuando mi cuerpo se apretó contra el suyo.

Bien, pensé con saña. *Espero que queme.*

Pero si fue así, no dio ninguna otra señal. Su mano simplemente se apretó en mi cintura y me arrastró al baile.

La música nos rodeaba, cuerdas y piano creciendo en un compás de tres por cuatro. Su cuerpo se movía contra el mío con la fluida gracia de alguien que lleva siglos bailando... porque así era, ¿no? Llevaba haciendo esto más tiempo del que mi familia entera había existido.

Intenté concentrarme en los pasos. Uno-dos-tres, uno-dos-tres. Mis zapatos sobre el suelo pulido. El remolino de otras parejas a nuestro alrededor.

Pero no podía dejar de notar cosas.

La dureza de su muslo presionando entre los míos mientras girábamos. Su mano bajando más por mi espalda, con los dedos extendidos, apretándome hasta que nuestros cuerpos estaban pegados. La evidente marca de su excitación contra mi vientre, inconfundible incluso a través de las capas de seda y lana.

Me deseaba. Eso era obvio. Y mi cuerpo —mi estúpido y traicionero cuerpo— le deseaba a él también.

Un calor me inundó, instalándose en mi vientre de forma insistente. Sentía la piel demasiado tirante, demasiado sensible. Cada roce de su cuerpo contra el mío enviaba chispas que recorrían mis nervios.

Para, me dije. *Para, para, para...*

—Lo sientes, ¿verdad? —Sus labios rozaron mi oreja mientras hablaba; su aliento estaba caliente contra mi piel—. La atracción. Tu cuerpo sabe lo que quiere, pequeña Wren.

—Mi cuerpo es un traidor. —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Yo no.

—Todavía no.

Algo cambió en el aire entre nosotros.

Lo había sentido antes; en el baile, cuando me tomó la mano por primera vez. Ese calor extendiéndose por mi interior, la atracción hacia él, el deseo que no parecía del todo mío.

Pero esto era más fuerte. Más directo. Como si alguien hubiera vertido fuego líquido en mis venas.

Se me cortó la respiración. Mi piel se encendió bajo la seda. El calor se acumuló entre mis muslos hasta que estuve empapada, dolorida, desesperada. Mis caderas se balancearon hacia delante sin mi permiso, buscando presión, buscándolo a *él*...

—Para.

La palabra salió como un chasquido de látigo.

La música seguía sonando. Otras parejas seguían bailando. Pero nos habíamos quedado quietos en medio de la pista, con mi mano apretando su hombro con tanta fuerza que le dejaría moratón.

—¿Parar qué? —Su voz era inocente. Sus ojos eran todo lo contrario.

—Lo que sea que estés haciendo. Para. Ahora.

—Solo estoy bailando contigo.

—Estás... —No podía probarlo. No podía explicar la repentina certeza de que este deseo no era enteramente mío. Pero lo *sabía*. De algún modo, lo sabía—. Para. O salgo por esa puerta y puedes buscarte a otra persona a la que atormentar.

Durante un largo momento, se limitó a mirarme. Estudiando mi rostro. Leyendo algo allí que yo no quería que viera.

Entonces la sensación disminuyó.

No desapareció del todo —seguía mojada, seguía deseosa, seguía furiosa por ambas cosas—, pero se volvió... manejable. Mía de nuevo en lugar de algo que sospechaba que me habían impuesto desde fuera.

—Como desees —dijo en voz baja—. De momento.

Terminamos el baile en silencio.

En cuanto la música terminó, retrocedí. Puse tanta distancia entre nosotros como pude sin llegar a salir huyendo.

Él me dejó marchar, pero sus ojos me siguieron. Siempre observando. Siempre hambrientos.

Necesitaba aire. Necesitaba espacio. Necesitaba alejarme de él por cinco minutos para poder recordar quién era yo y qué hacía aquí.

Estaba buscando con la mirada las puertas de la terraza cuando una mano me tocó el brazo.

Me giré, dispuesta a gruñir a quienquiera que se hubiera atrevido...

Pero no era Raith. No era nadie amenazante.

Era una mujer. Embarazada, visiblemente, con el cabello caoba y unos ojos de un gris pálido que albergaban más calidez de la que esperaba. Vestía de terciopelo verde oscuro y llevaba una alianza de oro sencilla, y me miraba como si de verdad me viera; no a la hija del herrero jugando a disfrazarse, sino a *mí*.

—Debes de ser Branwen —dijo—. ¿Puedo robarte un momento?

La reconocí entonces. Del festival. Había estado junto al duque de Thornwood, Vex, el hermano mayor. Observando las celebraciones del Primero de Mayo con una mano sobre su vientre redondeado.

Esta era la duquesa. La mujer humana que se había casado con un príncipe fae.

—Alteza. —El título se me hizo extraño en la lengua—. ¿Por qué querría hablar conmigo?

—Por favor, llámame Liora. —Su sonrisa era cálida, sincera—. Y porque recuerdo cómo era. Ser la persona a la que todos miraban. La humana que había captado la atención de un príncipe fae.

Me llevó hacia una alcoba cerca de los ventanales, lejos del apremio de la multitud. Miré hacia atrás, pero Raith había sido interceptado por admiradoras. Nos observaba por encima de sus cabezas, con una expresión ilegible.

—No voy a advertirte que te alejes de él —dijo Liora una vez que tuvimos algo de privacidad—. Sería bastante hipócrita por mi parte, ¿no crees? —Señaló su vientre embarazado con una sonrisa de resignación—. Pero sí te diré esto: son complicados. Los fae. Sienten las cosas... de forma distinta a nosotros. Más intensamente, quizá. Y no siempre entienden que necesitamos tiempo. Espacio. La oportunidad de tomar nuestras propias decisiones.

—No voy a dejar que él decida por mí.

—Bien. —Sus ojos se encontraron con los míos, agudos y evaluadores—. Mantente firme en eso. No importa lo que te ofrezca. No importa lo que te amenace. Tus decisiones son tuyas, Branwen. No dejes que nadie, fae o humano, te diga lo contrario.

La estudié por un momento: esta mujer que de algún modo había sobrevivido al matrimonio con un monstruo y había salido al otro lado con la cabeza bien alta. Más que eso. Parecía... feliz. Satisfecha de una manera que yo no esperaba.

—Yo puedo ver lo que es —dije en voz baja—. Todos los demás solo ven... —Gesticulé hacia las mujeres que suspiraban a nuestro alrededor.

Los ojos de Liora se abrieron ligeramente. El interés brilló en sus profundidades. —¿Puedes ver a través del velo?

Antes de que pudiera responder, una sombra cayó sobre nosotras.

—Damas. —La voz de Raith era miel y veneno—. Espero no interrumpir.

La expresión de Liora se volvió agradable e ilegible. —En absoluto. Solo estaba dando la bienvenida a tu invitada. —Se volvió hacia mí y, por un momento, su mano apretó la mía: un apretón rápido y firme—. Recuerda lo que te he dicho. Y si alguna vez necesitas hablar con alguien, las puertas de Thornwood están abiertas para ti.

Se retiró hacia el salón, hacia donde Vex la esperaba cerca de los ventanales. Raith la vio marcharse y luego volvió esa atención depredadora hacia mí.

—¿Haciendo amistades?

—Parece amable.

—Liora es... única. —Algo brilló en su expresión—. No te creas todo lo que te cuente sobre nosotros.

Antes de que pudiera responder, otro grupo de admiradoras descendió sobre él: tres mujeres en sedas de colores pastel, todas batiendo las pestañas y buscando llamar su atención. Se vio arrastrado a su órbita casi a su pesar, su encanto activándose automáticamente mientras sus ojos seguían buscándome a través de la corta distancia.

Aproveché la oportunidad para escabullirme.

Los susurros me encontraron antes de que hubiera dado diez pasos.

—Es la hija del herrero.

—¿La de la aldea? No puedes hablar en serio.

—He oído que ella...

—¡La chica de la herradura! ¡Es la que le lanzó hierro a lord Ravenmoor!

Más risas. Ahora más fuertes. Gente girándose para mirar con nuevos ojos; ya no con curiosidad, sino con burla. Divertidos por la campesina que se había atrevido a jugar a los disfraces en el baile de un noble.

Sentía la seda verde como un disfraz. Una broma. Fingiendo ser algo que nunca sería.

Me ardían las mejillas. Mis manos se apretaron a los costados.

Busqué a Raith y lo encontré aún atrapado en la conversación, con las admiradoras apiñadas a su alrededor. No me estaba mirando. No veía cómo se había vuelto la multitud en mi contra.

O quizá lo veía y no le importaba.

Tenía que irme. Ahora. Antes de que esto empeorara.

Me dirigí hacia el vestíbulo, hacia la salida, hacia el aire fresco y la oscuridad, para largarme de todo esto...

Un hombre se interpuso en mi camino.

De mediana edad. Borracho. Con la cara roja y burlona, ojos llorosos y un aliento que apestaba a brandy. Vestía ropa cara pero la llevaba mal; el corbatín torcido y el chaleco forzado sobre una barriga considerable.

—¿Te vas tan pronto? —Su voz era demasiado fuerte. La gente se giraba a mirar—. Pero si el espectáculo acaba de empezar.

Intenté esquivarlo. Se movió para bloquearme.

—Eres la chica de la herradura, ¿verdad? La que agredió a lord Ravenmoor en el festival. —Su sonrisa era desagradable—. Debo decir que me sorprende que te haya traído aquí. No pensaba que sus gustos se inclinaran hacia la servidumbre.

—Déjeme pasar.

—Dime... —Se acercó más y pude oler el alcohol en su aliento, agrio y punzante—. ¿Las hijas de herrero cobran por hora o por noche?

Se oyeron risas desde algún lugar detrás de él. Sus amigos, probablemente. Hombres como él, borrachos y crueles, seguros de su propia importancia.

Retrocedí un paso. —Déjeme. Pasar.

—¿O qué? —Alargó la mano y me agarró la muñeca—. ¿También me vas a tirar algo a mí?

Me apretaba con fuerza. Me dolía. Podía sentir los huesos crujir bajo sus dedos.

Abrí la boca para decirle exactamente lo que le haría si no me soltaba...

Y entonces el aire cambió.

Todo se quedó inmóvil.

Las risas murieron. Los susurros cesaron. Incluso la música pareció vacilar, aunque siguió sonando.

Y el rostro del hombre se puso blanco como la nieve virgen.

Miraba algo por encima de mi hombro. Algo que le había drenado toda la bravuconería ebria de golpe y solo le había dejado miedo.

No necesité darme la vuelta para saber quién estaba detrás de mí.

CAPÍTULO
OCHO

RAITH

Era *magnífica*.

Incluso ahora —encendida y furiosa, intentando poner distancia entre nosotros tras el baile—, era lo más cautivador que había visto en trescientos años. La seda verde se ceñía a unas curvas que mis manos recordaban, por las que mi boca suspiraba. Su aroma se abría paso entre los empalagosos perfumes de un centenar de mujeres inferiores: hierro y fuego de forja y, por debajo, el almizcle meloso de una excitación que ella fingía que no existía.

Aún podía sentirla presionada contra mí. Aún paladeaba la casi rendición en la forma en que sus caderas se habían balanceado hacia delante, buscando. Había estado mojada. Empapada. Lista.

Y me había dicho que parase.

MÍA, gruñó la elección de sangre. *Es MÍA. Tómala. Reclámala. Hazla—*

Dejé que los admiradores se agolparan a mi alrededor porque librarme de ellos requeriría una atención que no me sobraba. Parloteaban y se pavoneaban, inclinando sus cuerpos hacia mí, con las pupilas dilatadas por un deseo que creían que era idea suya. Yo emitía los sonidos apropiados. Sonreía en los momentos apropiados.

Mis ojos nunca abandonaron a Branwen.

Ahora hablaba con la duquesa de Vex. Liora —redonda por el embarazo, resplandeciente con la satisfacción de una mujer bien reclamada—. ¿Qué le estaría diciendo a mi pequeño reyezuelo?

Advertencias, probablemente. Precauciones sobre los grandes y malos fae y nuestros perversos, perversos modales.

Que advirtiera. No importaba.

Al final de la noche, Branwen comprendería lo que su cuerpo ya sabía. Me pertenecía a mí. Cuanto antes lo aceptara, antes dejaríamos ambos de sufrir.

Los admiradores seguían hablando. Lady No-sé-quién describía sus planes para el verano. Lady No-sé-cuántos reía demasiado alto por nada. Observé la cabeza oscura de Branwen inclinada cerca de la pelirroja de Liora y sentí que mi miembro palpitaba con un hambre posesiva.

Pronto. Muy pronto, la tendría debajo de mí. Encima de mí. Envuelta a mi alrededor hasta que no pudiera recordar su propio nombre, solo el mío.

Entonces empezaron los susurros.

No del tipo admirador. No eran los murmullos especulativos de *quién es ella* que nos habían seguido por el salón de baile antes. Estos eran distintos. Más crueles. El sonido del aburrimiento aristocrático afilándose hasta convertirse en malicia.

—La hija del herrero.

—La chica de las herraduras.

—¿Puedes creer que la haya traído aquí?

Mi atención se agudizó. Al otro lado de la sala, Branwen se había quedado inmóvil. Pude ver el color subiendo a sus mejillas, la forma en que encogía los hombros. Haciéndose más pequeña. Intentando desaparecer.

Mi pequeño reyezuelo, que se había enfrentado a mí sin pestañear. Que me había arrojado hierro a la cabeza y se había marchado como si yo no mereciera ni el esfuerzo de huir.

Estos *insectos* estaban haciendo que se encogiera.

Algo frío y ancestral se agitó en mi pecho. No era instinto de protección —yo no protegía las cosas—. Yo las *poseía*. Y esas criaturas *humanas*, inútiles y vacías, se estaban burlando de lo que era mío.

No tenían derecho.

Liora se había alejado. Branwen estaba sola ahora, deslizándose entre la multitud hacia el vestíbulo de entrada. Huyendo.

Y entonces lo vi.

El sobrino de lord Ashworth —Gerald, el tercer hijo, ese que bebía demasiado y creía que su apellido lo hacía intocable—. Se estaba interponiendo en su camino. Bloqueando su huida. Sus amigos se agrupaban tras él, ebrios y ansiosos de diversión.

Crucé el salón de baile antes de que el pensamiento terminara de formarse.

La multitud se apartaba a mi paso —siempre lo hacían, algún instinto les advertía que lo que se movía entre ellos vestía un rostro humano pero no era humano en absoluto—. No me fijé en ellos. No me importaba. Mi sangre cantaba con algo que no tenía nada que ver con el deseo y sí todo con la violencia.

Oí su voz mientras me acercaba.

—… no pensé que los gustos de Ravenmoor incluyeran al servicio.

Risas de sus compinches.

—Dime, ¿las hijas de los herreros cobran por hora o por noche?

Más risas. Y entonces…

La agarró de la muñeca.

TODO SE QUEDÓ EN CALMA.

No en silencio —la música seguía sonando, las velas seguían parpadeando, en algún lugar una mujer se reía de algo que decía su acompañante—, pero dentro de mí, todo se quedó quieto y frío y muy, muy concentrado.

La estaba tocando.

Ese insecto *mortal*, patético e insignificante, había puesto sus manos sobre lo que era mío.

No recordaba haber recorrido la última distancia entre nosotros. En un latido estaba a tres metros; al siguiente estaba justo detrás de ella, lo bastante cerca para ver las marcas blancas que el agarre de

él estaba dejando en su piel. Lo bastante cerca para oler su miedo empezando a brotar bajo el alcohol.

—Retire la mano.

Mi voz sonó mal. Demasiado suave. Demasiado agradable. El tipo de voz que hacía que los animales de presa se quedaran paralizados, que hacía que los instintos ancestrales gritaran advertencias que las mentes civilizadas no podían interpretar.

Gerald me miró. Borracho. Estúpido. Ni de lejos lo bastante asustado.

—¿O qué? —incluso se mofó—. Solo es una…

—Retire. Su. Mano.

El salón de baile se había quedado en silencio a nuestro alrededor. Silencio de verdad. La música seguía sonando, pero nadie bailaba. Nadie hablaba. Todos los ojos estaban fijos en nosotros, esperando a ver qué hacía lord Ravenmoor ante tal insulto.

El agarre de Gerald se apretó en la muñeca de Branwen. Demostrando algo. A sí mismo. A sus amigos. A la sala llena de aristócratas que se preguntaban si era valiente o simplemente un suicida.

Sonreí.

Sentí que Branwen se tensaba. Ella conocía esa sonrisa. Sabía lo que vivía detrás de ella.

—Última oportunidad —dije, casi con dulzura—. Suéltela.

—Vete al infierno.

—Ya estoy en él —dejé que la sonrisa se ensanchara—, pero no estaré solo.

Y entré en su mente y *apreté*.

No hizo falta contacto físico. Ni gestos dramáticos. Simplemente encontré la frágil arquitectura de sus pensamientos y apliqué presión en los lugares que más dolerían.

El miedo que había estado ahogando en alcohol: lo amplifiqué. La vergüenza de ser el tercer hijo, el último pensamiento, el que nunca heredaría: la arrastré a la superficie. Cada inseguridad, cada terror secreto, cada momento en que se había quedado despierto por la noche convencido de que no valía nada: hice que lo sintiera todo a la vez.

Su rostro se quedó flácido. Luego se torció. Luego, se llenó de *horror*.

Soltó la muñeca de Branwen como si le hubiera quemado. Tropezó hacia atrás. Sus piernas cedieron y cayó con fuerza de rodillas, con las manos volando para cubrirse la cara.

Y empezó a llorar.

No eran lágrimas dignas. Eran sollozos grandes y convulsos que sacudían todo su cuerpo. Mocos asomando por su nariz, saliva colgando de sus labios. Toda la fea y poco digna realidad de un hombre adulto rompiéndose en público.

—Lo siento —jadeó entre sollozos—. Lo siento mucho. Por favor… no era mi intención… lo siento…

No podía parar. Esa era la belleza del asunto. No estaba obligándolo a disculparse; estaba haciendo que *sintiera*, verdadera y completamente, las consecuencias de lo que había hecho. La vergüenza. El arrepentimiento. La abrumadora necesidad de enmendarlo.

Se quedaría así todo el tiempo que yo quisiera. Llorando. Suplicando. Incapaz de detenerse.

Sus amigos habían retrocedido, con los rostros pálidos. El resto del salón permanecía congelado, observando con una mezcla de horror y fascinación. Nadie se movió para ayudarlo. Nadie se atrevía.

Rodeé a Branwen —con cuidado de no tocarla, todavía no— y miré hacia abajo al despojo sollozante que estaba a mis pies.

—Creo que le debe una disculpa a la señorita.

—LO SIENTO —Salió como un lamento—. POR FAVOR. LO SIENTO. PERDÓNEME. NO ERA MI INTENCIÓN—

Dejé que se humillara un momento más. Luego lo liberé.

Se desplomó hacia delante sobre sus manos, jadeando, temblando. Las lágrimas seguían cayendo por su rostro, aunque por fin pudo detener los sollozos. Me miró con unos ojos que no contenían más que un terror animal.

—Váyase a casa —dije—. Duerma la borrachera. Y si vuelve a tocar algo que me pertenece, haré algo mucho peor que hacerle llorar.

Se puso en pie a trompicones y huyó. Sus amigos lo siguieron, rodeándome a gran distancia.

El salón de baile permaneció en silencio un largo momento más. Luego, lentamente, se reanudó la conversación. La gente se daba la vuelta, fingiendo que no habían visto lo que claramente habían visto.

Me volví hacia Branwen.

Me estaba mirando fijamente. No con gratitud —no esperaba gratitud exactamente, aunque no la habría rechazado—, no con alivio por haber detenido el insulto, terminado la humillación.

Sino con *repulsión*.

—Puedes controlar las mentes.

No era una pregunta. Su voz era plana. Muerta. Vacía de una forma que hizo que algo en mi pecho se retorciera con incomodidad.

—Cuando es necesario —mantuve mi voz ligera. Tranquila—. Él estaba—

—¿Podrías hacerme hacer eso a mí? —No se había movido. No había retrocedido. Solo estaba allí, mirándome con esos ojos color hierro—. ¿Hacerme llorar? ¿Hacerme suplicar?

—Branwen—

—¿Podrías hacerme *desearte*?

La pregunta quedó suspendida entre nosotros como una hoja afilada.

No lo entendía. La había defendido. Protegido de ese patético remedo de hombre y sus insultos groseros. Debería estar complacida, agradecida incluso. En lugar de eso, me miraba como si yo hubiera hecho algo imperdonable.

—El sueño —su voz se quebró al decir la palabra—. Aquel en el que yo... ¿fuiste tú?

Un hielo me recorrió la espalda.

—¿Lo fuiste?

—Yo no—

—¿LO FUISTE?

La palabra resonó por todo el salón. La gente volvía a mirar. No me importaba.

No podía mentir. Era la maldición de lo que yo era. Los fae podían engañar, podían omitir, podían bailar alrededor de la verdad hasta que fuera irreconocible... pero no podíamos pronunciar una falsedad directa. Las palabras simplemente no se formaban.

—Sí.

Me miró durante un largo momento. Observé cómo cambiaba su expresión —vi cómo algo se cerraba tras sus ojos, alguna puerta cerrándose de golpe que yo ni siquiera sabía que estaba abierta—.

—Estabas en mi cabeza —su voz apenas era un susurro ahora—. Me hiciste… sin mi… ni siquiera lo *sabía*…

—Tú lo deseabas —las palabras salieron a la defensiva. Mal—. Pude sentirte buscándome. Tú—

Ella corrió.

Me estaba moviendo antes de poder detenerme.

Atravesando la multitud que se dispersaba a mi paso como pájaros asustados. Pasando por delante de rostros que miraban fijamente y especulaciones susurradas. Fuera del salón, hacia el pasillo—

Vex se materializó frente a mí.

Debía de haber visto lo ocurrido. Debía de haber estado observando desde que empezó la confrontación. Ahora se interponía entre la puerta y yo, con expresión sombría.

—Raith. Para.

—Quítate.

—No estás pensando con claridad —su voz era calmada. Razonable. Quise arrancarle la garganta—. Deja que se vaya. Deja que se calme. Mañana—

—He dicho que te *quites* —Vex.

—Hermano—

Le empujé con fuerza suficiente para hacerle tambalear. Podría haberme detenido. Era mayor, más fuerte, tenía siglos más de práctica en el autocontrol.

Me dejó marchar.

Su voz me siguió hacia la noche: —Recuerda lo que te dije. No serás capaz de controlarte estando cerca de ella.

No escuchaba.

Ya estaba bajando los escalones, siguiendo su rastro a través de la lluvia que había empezado a caer. Hierro y fuego de forja y miedo —agudo, acre, abriéndose paso entre el olor a tierra mojada del páramo—.

Estaba corriendo. Camino abajo, cruzando las puertas, hacia la carretera del páramo que llevaba de vuelta a su aldea. Corriendo con esas zapatillas ridículas, con su vestido de seda verde arrastrándose por el barro.

Huyendo de mí.

MÍA, aulló la elección de sangre. *Se escapa. Detenla. Tómala. HAZ que…—*

Debería parar. Debería dejarla marchar. Debería esperar hasta la mañana, hasta que ambos hubiéramos tenido tiempo de calmarnos, hasta que pudiera hacerle entender que el sueño había sido… que no era mi intención… que ella también lo había querido, yo había *sentido* que lo quería…

Pero la elección de sangre no me permitía parar.

Y una parte de mí, oscura y sincera, no quería hacerlo.

Empecé a correr.

CAPÍTULO
NUEVE

BRANWEN

Eché a correr.

La seda verde me entorpecía las piernas, empapada y pesada por el barro. Mis zapatillas —esas delicadas y ridículas zapatillas— chapoteaban y resbalaban a cada paso, amenazando con hacerme caer de bruces. La lluvia me pegaba el pelo a la cara, me bajaba por el cuello y calaba el fino tejido del vestido hasta hacerme tiritar de frío.

No me importaba. No podía importarme. Solo necesitaba huir.

El sueño. Era él. Estaba en mi cabeza.

El recuerdo surgió sin previo aviso: mi cuerpo arqueándose, mis manos moviéndose sin permiso, el placer alcanzando su punto álgido y rompiendo hasta que me desmoroné en mi propia cama, jadeando su nombre. Me había despertado furiosa. Avergonzada. Convencida de que solo era un sueño, de que solo era la carne respondiendo a la atracción entre nosotros.

Pero no había sido solo un sueño.

Él había estado allí. En mi mente. Haciéndome sentir cosas que no quería sentir. Haciéndome *correrme* sin mi conocimiento ni mi consentimiento.

¿Cuántas veces? El pensamiento hizo que se me revolviera el estómago. *¿Cuántas mujeres en ese baile lo deseaban contra su voluntad? ¿Cuántas creían que su deseo era real?*

Aquel hombre de rodillas. Llorando. Pidiendo perdón. Incapaz de detenerse.

¿Es así como me veía yo en el sueño? ¿Indefensa? ¿Controlada?

Corrí más rápido.

El páramo se abría a mi alrededor, vasto, oscuro y antiguo. Aquí no había setos. Ni árboles. Solo kilómetros de brezo y aulaga, negros bajo el cielo sin estrellas, extendiéndose hacia colinas que ya eran viejas cuando llegaron los romanos. Los menhires se alzaban a lo lejos: un círculo de piedras, más antiguas que la memoria, con las superficies resbaladizas por la lluvia. Habían estado aquí antes que el pueblo. Antes que la forja. Antes de que los humanos tuvieran nombres para las cosas que recorrían estos páramos de noche.

Corría hacia ellos. Debería darme la vuelta, buscar otro camino...

Pero el pueblo estaba más allá de las piedras. Y la forja era la seguridad. Paredes de hierro que lo mantendrían fuera.

Solo tenía que llegar allí.

La lluvia arreció, clavándose en mi rostro como agujas. Los truenos retumbaron en algún lugar al norte. El páramo olía a tierra mojada, a brezo y a algo más; algo verde y salvaje que hacía que mi corazón se acelerara por razones que no quería examinar.

Lo oí antes de verlo.

Pasos: demasiado rápidos, demasiado ligeros, extraños de una manera que me puso los pelos de punta. Luego, silencio. Luego...

Simplemente estaba *allí*.

Entre los menhires y yo, como si hubiera brotado de la propia oscuridad. La lluvia caía a su alrededor, pero no parecía tocarlo. Su ropa de etiqueta estaba tan arruinada como mi vestido, pegada a un cuerpo demasiado inmóvil, demasiado perfecto, demasiado *ajeno* para ser humano.

El glamur había desaparecido.

Sus facciones eran afiladas como cristal tallado, alienígenas, hermosas de una forma que dolía mirar. Sus ojos brillaban débilmente en la oscuridad, verdes como el veneno, verdes como el fuego fatuo en un bosque a medianoche. Y me miraba como si fuera algo que quisiera devorar.

—Branwen...

—No. —Estaba retrocediendo, con mis zapatillas arruinadas resbalando en el lodo—. Ni se te *ocurra*.

—No pretendía que vieras...

—¿Qué? —mi voz sonó ronca. Quebrada—. ¿Lo que eres en realidad? ¿Lo que puedes *hacer*?

—Te estaba protegiendo —dio un paso hacia mí. Yo di dos hacia atrás—. Ese hombre... no tenía derecho a tocarte. Ni derecho a hablarte así.

—¿Así que hiciste que llorara de rodillas delante de todo el mundo? ¿Hiciste que suplicara y se arrastrara como... como...? —no pude terminar la frase—. Lo estabas *controlando*, Raith. Igual que me controlaste a mí.

—Eso no es...

—En el sueño —las palabras salieron de mí como un desgarro—. Estabas en mi cabeza. Hiciste que... —no podía decirlo. No podía pronunciar en voz alta lo que había obligado a hacer a mi cuerpo—. Hiciste que mi cuerpo me traicionara mientras dormía.

—Tú también lo querías —dio otro paso. Tropecé con una roca, vacilé y recuperé el equilibrio—. Podía sentirlo. Me estabas buscando...

—No quería *nada* —mi voz se quebró al decir la palabra—. Fuiste tú. Todo fue cosa tuya.

—La atracción entre nosotros...

—Es *tu* maldición, no la mía —ahora temblaba; de frío, de furia y de algo más a lo que me negaba a poner nombre—. Nunca pedí esto. Nunca *quise* esto.

Se movió de nuevo —más rápido que la vista, más rápido que el pensamiento— y de repente estaba demasiado cerca. Podía sentir su calor incluso a través de la lluvia. Podía oler ese aroma verde y salvaje bajo la lana mojada de su ropa. Los menhires se erguían a su espalda, testigos antiguos de lo que estaba a punto de suceder.

—Mientes —su voz había bajado de tono, volviéndose áspera y hambrienta—. Me deseas. Puedo olerlo en ti.

El calor me inundó las mejillas. No se equivocaba; eso era lo peor. Incluso ahora, incluso después de todo, algo en mi interior se tensaba hacia él. No era solo la carne respondiendo a su belleza. Era algo más profundo. Algo que lo había reconocido en el momento en

que nuestras miradas se cruzaron en el festival de mayo y que no había dejado de buscarlo desde entonces.

Lo odiaba. Odiaba no saber ya dónde terminaba el deseo y dónde empezaba yo. Odiaba que una parte de mí —una parte hambrienta y temeraria que no reconocía— quisiera acortar la distancia entre nosotros y que me condenaran las consecuencias.

Pero desear no era elegir. Y yo no elegiría esto.

—Lo que yo sienta no importa —dije—. No actúo según cada impulso de hambre que tengo.

—Entonces deja que te convenza.

No se movió. No me tocó. No hizo nada que yo pudiera ver.

Pero algo cambió entre nosotros. Una atracción, más profunda que el deseo, más fuerte que el querer. Como si algo invisible se estuviera tensando, conectándonos de formas que yo no podía ver ni comprender.

Y entonces llegó el calor.

No sé cómo describirlo. Un momento estaba bajo la lluvia, luchando contra la presión en mi pecho. Al siguiente...

Fuego.

No era calidez. No era el sofoco gradual que había sentido en el salón de baile. Esto era un *infierno*: volcánico, devastador, abrasador. Chocó contra mí como una ola, como un muro, como ser tragada entera. Me recorrió las venas y no podía respirar, no podía pensar, no podía hacer nada más que *arder*.

Me flaquearon las rodillas.

Caí al lodo y no me importó. No podía importarme. La lluvia fría golpeaba mi piel y se convertía en vapor, o eso parecía. Cada nervio de mi cuerpo estaba encendido. Cada centímetro de piel estaba desesperado por ser tocado.

No. Intenté aferrarme a la palabra. *No, esto no es real, esta no soy yo...*

Pero parecía real. Que Dios me ayude, parecía más real que nada de lo que hubiera experimentado jamás. El anhelo entre mis muslos era algo vivo, exigente, *gritando* por alivio. Estaba mojada —no por la lluvia, sino por el *deseo*—, empapando mi ropa interior, mi cuerpo llorando por algo que no tenía derecho a necesitar.

—Para... —la palabra salió como un gemido. Apenas reconocí mi propia voz—. Por favor...

Se arrodilló frente a mí. La lluvia le resbalaba por la cara, se quedaba atrapada en esos pómulos demasiado afilados, goteaba de esa mandíbula inhumana. Sus ojos ardían en la oscuridad.

—¿Parar qué? —Su voz era tan suave, tan gentil, como si no fuera él quien me estaba haciendo esto—. Dime qué quieres que pare.

No pude responder. No podía articular palabras. El calor iba en aumento, girando, apretando hasta volverse insoportable. Necesitaba... necesitaba...

—Dímelo.

—No... —mis manos se movían sin permiso, buscándolo, aferrándose a la tela mojada de su chaqueta arruinada—. No puedo...

—Puedes —tomó mi rostro entre sus manos, inclinándolo hacia arriba. Sus pulgares acariciaron mis pómulos, e incluso ese pequeño toque envió relámpagos recorriéndome entera—. Dime qué necesitas.

—A ti —la palabra salió desgarrada de mi interior—. Que Dios me ayude. *A ti*.

Me besó.

No tuvo nada que ver con el sueño. Esto era real: su boca dura y exigente, su lengua deslizándose contra la mía, sus manos enredándose en mi pelo mojado. La lluvia caía sobre ambos. El trueno rodó por el páramo. Y yo le devolví el beso como si me fuera la vida en ello, como si él fuera aire y yo me estuviera ahogando, como si no existiera nada en el mundo excepto su boca sobre la mía y el fuego consumiéndome desde dentro.

Debería parar esto. Sabía que debía pararlo.

No recordaba por qué.

Sus manos bajaron por mi cuello, por mis hombros, y encontraron la tela empapada de mi corpiño. Sentí que los botones cedían, o quizá él simplemente los arrancó. El aire frío golpeó mis pechos y jadeé contra su boca, y entonces sus manos estuvieron allí, rodeándolos, acariciándolos, sus pulgares rozando mis pezones

hasta que me arqueé ante su contacto con un sonido que no parecía muy humano.

—Eso es —su voz estaba rota. Desgarrada—. Deja de luchar.

No estaba luchando. No podía luchar. El calor había consumido todo excepto la necesidad.

Me empujó hacia atrás y yo cedí de buena gana, ansiosa, desesperada por tener más de él. El lodo estaba frío bajo mis hombros. La lluvia estaba fría sobre mis pechos desnudos. No me importaba. No podía importarme. Solo existía el peso de su cuerpo acomodándose sobre mí, su boca dejando un rastro de fuego por mi garganta, su mano recogiendo mis faldas empapadas y subiéndolas, más y más, exponiendo mis muslos al aire de la noche.

—Qué hermosa —me besaba por la clavícula, bajando por la curva de mi pecho—. Qué desesperada estás por mí. Y cuánto te esforzaste en fingir que no era así.

No podía responder. Sus dedos habían encontrado la abertura de mis calzones, se habían deslizado dentro para acariciar la carne que estaba húmeda, hinchada y dolorida de deseo. Solté un grito —un sonido roto y desvergonzado— y mis caderas se elevaron hacia su contacto sin mi permiso.

—Qué mojada —gimió contra mi piel, con los dedos deslizándose por la evidencia de la traición de mi cuerpo—. Empapada por mí. Chorreando.

—Por favor... —No sabía qué estaba suplicando. Sí. No. Más. Para. Todo. Nada.

Me acarició —una pasada larga y lenta de sus dedos por mis pliegues— y me rompí.

No fue una pequeña liberación. No fue un alivio. Fue una explosión. Una devastación. Un placer tan intenso que era casi dolor, rasgándome en oleadas, en torrentes, y yo gritaba su nombre bajo la lluvia, con el cuerpo convulsionándose alrededor de unos dedos que no dejaban de moverse, prolongándolo, alargando hasta el último temblor mientras yo sollozaba.

Y no era suficiente.

El orgasmo llegó a su cima y pasó, pero la necesidad no disminuyó. Si acaso, empeoró; era un vacío ahora, un hueco que

exigía ser llenado. Estaba vacía. Dolorida. Necesitaba...

—Más —la palabra salió quebrada—. Por favor. Necesito más.

—Lo sé —retiró sus dedos y yo gimoteé ante la pérdida—. Sé lo que necesitas.

Me dio la vuelta.

Debería haber protestado. Debería haber luchado. Pero mi cuerpo se movía sin el consentimiento de mi mente, poniéndose a cuatro patas en el barro, con mis faldas arruinadas amontonadas en mi cintura, mi carne desnuda expuesta a la lluvia fría y a su mirada ardiente.

Alguna parte remota de mí estaba gritando. *Para. Esto está mal. Esta no eres tú.*

El resto de mí ya no podía oír.

—Mírate —su voz llegaba desde atrás, ronca de deseo. Sus manos me sujetaron las caderas, colocándome, abriéndome—. De rodillas para mí. Suplicando por mí.

—Por favor... —estaba sollozando ahora. Sollozando de verdad, las lágrimas mezclándose con la lluvia en mi rostro, el cuerpo temblando con una necesidad tan aguda que era una agonía—. Por favor, te necesito dentro de mí, por favor...

—Dilo otra vez.

—Por favor...

—Mi nombre... —Sus dedos se clavaron en mis caderas. Sentí que se posicionaba, el grueso glande de su miembro presionando contra mi entrada, y yo empujé hacia atrás desesperadamente, intentando tomarlo, acabando con este vacío devastador—. Di mi nombre.

—Raith... —la palabra salió como una oración, como una maldición —. Raith, por favor, te lo ruego, te necesito, por favor, *por favor*...

Él empujó hacia delante. Solo la punta. Solo lo suficiente para dilatarme, para hacerme sentir lo grande que era, cuánto más faltaba por entrar.

—Otra vez.

—Por favor, por favor, por favor... —Yo ya estaba más allá de las palabras, más allá de la vergüenza, más allá de cualquier cosa que no fuera la necesidad desesperada de ser poseída. Me empujé contra él, intentando abarcar más, pero sus manos me mantuvieron quieta—. Haré lo que sea, por favor, te necesito, necesito...

Él penetró más hondo y yo gemí de alivio, de deseo, de algo que era casi dolor mientras mi cuerpo se ensanchaba para darle cabida. Más. Necesitaba más. Lo necesitaba todo de él, necesitaba que me partiera en dos, necesitaba...

—Esa es mi chica buena —su voz apenas era humana ya. Se retiró, volvió a empujar, esta vez más a fondo—. Esa es mi pequeña y perfecta...

Y entonces lo sentí.

Algo que se *enganchaba*. No era placer; era algo distinto. Algo que se envolvía alrededor de mi pecho, de mi corazón, de mi *alma*. Como garfios hundiéndose en una carne que no sabía que tenía. Como cadenas que se enroscaban con fuerza, reclamándome de formas que no tenían nada que ver con dos cuerpos unidos en el barro.

No.

El pensamiento vino de algún lugar distante. De algún lugar que aún me pertenecía.

No, esto es... algo está pasando, algo va mal...

Podía sentir cómo se tensaba. Podía sentir que me estaban... tomando. Poseyendo. No solo mi cuerpo; algo más profundo. Algo que nunca recuperaría si lo dejaba ir. Una parte de mí se estaba abriendo a ello, dándole la bienvenida, deseando ser suya por completo...

NO.

El clavo de hierro se movió contra mi pecho.

Frío. Afilado. *Real*.

Estaba a gatas en el barro, con el peso apoyado en las palmas, y el cordón de mi cuello se había enredado, desplazando el clavo hacia un lado, atrapándolo entre mi pecho y la tierra fría bajo mi cuerpo.

Y *quemaba*.

No era calor. No era el fuego que él había vertido en mí. Era un fuego frío —fuego de hierro— que cortaba la bruma del deseo como una hoja a través de la seda. Un punto de dolor tan agudo y nítido que por un instante —solo uno— la niebla se disipó.

Y en ese instante, oí la voz de mi padre.

—Branwen, muchacha. Mi Branwen.

No Wren. No «pequeña Wren». No «chica buena» en el gruñido hambriento de un monstruo.

Branwen. Mi nombre. El nombre que se me dio al nacer, el nombre que significaba *cuervo bendito*, el nombre que me pertenecía a *mí* y a nadie más.

Recordé la forja. Las deudas. Las manos de mi padre, callosas y gentiles, enseñándome a dar forma al hierro. La expresión de su rostro cuando me dijo que tuviera cuidado en el baile.

Recordé los ojos hundidos de Mary Ashworth.

Recordé quién era yo.

Mi nombre es Branwen. Y no soy su criatura.

Algo muy dentro de mí —algo duro como el hierro e inquebrantable, algo que había sobrevivido a veintitrés años viendo monstruos que nadie más podía ver— se *rompió*.

—Mi nombre... —jadeé, cerrando la mano alrededor del cordón en mi garganta.

—¿Qué? —Él estaba perdido en su propio placer, aún moviéndose, aún tomando—. ¿Qué has...?

—Mi nombre es *BRANWEN*.

Arranqué el clavo y me giré —torpe, desesperada, de forma atropellada— y lo clavé en su hombro con cada onza de fuerza que me quedaba.

Él gritó.

El sonido fue inhumano: un aullido de agonía que resonó en los menhires y rodó por el páramo desierto. Se echó hacia atrás bruscamente, llevándose la mano al hombro donde el clavo había

atravesado la tela y la carne, donde el hierro lo quemaba como si fuera ácido.

Y el fuego se apagó.

Un momento antes me estaba ahogando en la necesidad, vacía, dolorida y desesperada. Al siguiente estaba jadeando en el barro, temblando tanto que me castañeaban los dientes, mientras el deseo se drenaba de mí como el veneno de una herida.

Tenía frío. Estaba helada. La lluvia golpeaba mi piel desnuda y ahora la *sentía*; sentía el barro bajo mis palmas, el frío de la noche, el dolor de unos músculos que habían estado tensos demasiado tiempo.

Volvía a ser yo misma.

Ultrajada. Furiosa. Pero *yo misma*.

Me puse en pie con dificultad. Mis piernas apenas me sostenían. El corpiño estaba abierto de par en par, con los botones arrancados, y lo sujeté para cerrarlo con manos temblorosas. Mis faldas volvieron a caer, empapadas y arruinadas, arrastrándose por el barro.

Él estaba de rodillas. Con la mano presionada contra el hombro, de donde salía humo de la herida causada por el hierro. Su hermoso rostro estaba contraído por el dolor y por algo más.

Conmoción.

Me había liberado. Nadie se liberaba.

—No lo hagas. —Mi voz salió ronca. Destrozada. Raspada de una garganta que había estado gritando cosas que nunca querría recordar—. No vuelvas a tocarme *jamás*.

—Branwen...

—Ese no es tu nombre para que lo uses.

Él se estremeció como si le hubiera clavado el hierro de nuevo.

Le di la espalda. Empecé a caminar.

Sin correr. Había terminado de huir de él. Caminaría a través del barro y la lluvia, pasando los menhires que habían observado en silencio, con mi vestido arruinado y mi corpiño desgarrado sujeto con fuerza.

Me alejaría de él como si no valiera la pena ni correr.

Pero los garfios no se habían soltado del todo.

Podía sentirlos; los que se habían enganchado antes de que el hierro me salvara. No todos. No el horror total que había sentido intentando envolver mi alma. Pero sí algo. Hilos que se estiraban mientras me alejaba pero que no se rompían. Una línea tensa entre nosotros que me permitía sentirlo a *él* detrás de mí. Su dolor. Su confusión. Su deseo, que no se había atenuado lo más mínimo.

Me había liberado. Pero no por completo. No limpiamente.

Algo había cambiado en este páramo, algo que no entendía, y ahora una parte de él estaba alojada bajo mi esternón como una astilla que no podía extraer. Lo que fuera que había intentado reclamarme... lo había detenido. Por los pelos. Pero no antes de que dejara marca.

—Esto no ha terminado. —Su voz me siguió a través de la lluvia, áspera de dolor y de promesa.

No me di la vuelta.

—Por esta noche, sí.

Seguí caminando hasta que la oscuridad me tragó por completo. Pero incluso entonces —incluso con la lluvia y la distancia y la furia ardiendo en mi pecho— aún podía sentirlo.

Había escapado. En gran parte.

Pero temía que ese *en gran parte* no fuera a ser suficiente.

RAITH

Me puse en pie antes de ser consciente de que me movía.

Se estaba escapando. Podía sentirla —la *sentía*— caminando bajo la lluvia, cada paso tirando de algo en mi pecho como un anzuelo arrastrándose por la carne. El vínculo. El casi-vínculo. Lo que fuera que hubiera pasado entre nosotros, había dejado algo atrás, y ahora podía percibirla alejándose de mí y era *insoportable*.

MÍA.

La elección de sangre ya había sido ruidosa antes. Ahora era atronadora. Ahora era lo único en mi cabeza, ahogando el pensamiento, ahogando la razón, ahogando todo excepto la

necesidad primitiva de atraparla, reclamarla, terminar lo que habíamos empezado...

Estaba corriendo antes de darme cuenta de que mis piernas se movían.

La herida de hierro en mi hombro gritaba. La ignoré. La lluvia azotaba mi rostro. La ignoré. Nada importaba excepto acortar la distancia, llegar hasta ella, hacerle entender que era *mía* y que no podía simplemente ALEJARSE de mí...

Las sombras brotaron del suelo.

Choqué contra algo sólido —no, no sólido, *oscuridad hecha forma* — y retrocedí tambaleándome, gruñendo. Cade estaba en mi camino, con las sombras retorciéndose a su alrededor como seres vivos, con sus ojos vacíos fijos en mi rostro.

—Quítate. —La palabra salió apenas humana.

—No.

—QUÍTATE, Cade.

—No.

Intenté rodearlo. Las sombras se movieron, bloqueándome. Intenté por la otra dirección. El mismo resultado. Él estaba en todas partes y en ninguna, la oscuridad extendiéndose por el camino del páramo como un muro entre ella y yo...

Aún podía sentirla. Alejándose cada vez más. Cada segundo que caminaba era una agonía.

—¡Quítate de mi CAMINO...!

—No la seguirás.

—¡Es MÍA...!

—No lo es. —La voz de Cade era óxido y cristal roto—. Todavía no. No de esta manera.

—No la forcé. —Las palabras salieron de mí a gritos—. No usé mi poder. El vínculo tiraba de los dos. Ella lo quería. Me lo estaba suplicando...

—Y ahora se está alejando.

—¡Porque no lo entiende...!

—Entiende lo suficiente. —Algo parpadeó en aquellos ojos insondables—. Dijo que no. Con hierro. Con sangre. Con su propio nombre.

—Eso no...

—Sí que importa.

La lluvia caía entre nosotros. Yo estaba temblando, no de frío, sino por el esfuerzo de quedarme quieto cuando cada fibra de mi ser me gritaba que lo apartara a empujones, que la persiguiera, que la TOMARA...

—El vínculo estaba intentando cuajar —gruñí—. Lo sentí. Estuvimos tan cerca...

—Sí.

—Si ella no lo hubiera detenido...

—Lo hizo.

—Pero aún puedo sentirla... —Las palabras salieron entrecortadas, desesperadas—. Algo conectó. Algo empezó. Si tan solo pudiera llegar hasta ella, hacerle ver...

—No. —Cade se acercó más, o las sombras lo hicieron, era imposible distinguir dónde terminaba él y dónde empezaba la oscuridad—. Si vas tras ella ahora, la perderás. Para siempre.

—Tú no sabes eso.

—Lo sé.

Algo en su voz me hizo detenerme. Me obligó a mirarlo de verdad: al vacío en sus ojos, a las sombras que se aferraban a él como una mortaja, a la forma en que permanecía allí como algo que hubiera olvidado cómo estar vivo.

—Debe elegir libremente —dijo Cade—. O se romperá.

—¿Qué se romperá?

—Todo.

Mantuvo mi mirada durante un largo momento. Entonces las sombras se disolvieron, él se fue y me quedé solo en el camino del páramo con la lluvia, la oscuridad y la atracción enloquecedora de una mujer alejándose de mí.

Me quedé allí quieto.

Cada instinto me gritaba que la siguiera. El vínculo parcial latía como un segundo corazón, diciéndome exactamente dónde estaba, a qué velocidad se movía, a qué distancia...

MÍA MÍA MÍA...

Pero los ojos de Cade me perseguían. Ese vacío. Ese quebranto. Lo que fuera que hubiera hecho, cualquier pecado que lo hubiera empujado a sus sombras... había visto una advertencia en su rostro.

Si vas tras ella ahora, la perderás. Para siempre.

Me quedé en el camino del páramo hasta que dejé de sentirla. Hasta que la distancia estiró la conexión lo suficiente como para que fuera solo un susurro en lugar de un grito.

Fue lo más difícil que había hecho en mi vida.

El camino de vuelta a Ravenmoor fue una agonía.

No solo por la herida de hierro, aunque esta palpitaba con cada paso. El vínculo parcial tiraba de mí constantemente, instándome a dar la vuelta, a seguirla, a encontrarla. Podía sentirla a lo lejos: su furia, su miedo, su agotamiento; y cada eco de sus emociones era un cuchillo en mi pecho.

Me odiaba. Podía *sentir* que me odiaba.

Pero bajo el odio... algo más. La conexión. El hilo que nos unía ahora, quisiera ella o no.

No se había librado de mí. No del todo.

Y yo no me había librado de ella.

En algún lugar entre la bruma de la necesidad, el dolor y el deseo desesperado, surgió un pensamiento.

El encanto había fallado. La fuerza había fallado. No podía perseguirla, no podía obligarla, no podía dejar que el vínculo la arrastrara hacia mí; Cade lo había dejado claro.

Pero ella tenía que venir a mí. Tenía que elegir venir a mí.

Así que tenía que darle un motivo.

El rostro de su padre apareció en mi mente. La forja. Las deudas que ella había mencionado. La razón por la que había ido al baile en primer lugar.

No podía obligarla a que me deseara.

Pero podía obligarla a que me necesitase.

Me había atacado con hierro. Me había apuñalado. Se había alejado como si no valiera la pena ni huir de mí.

Pero todo el mundo tenía una debilidad. Y la suya dormía en una casucha junto a la forja, con deudas que no podía pagar y una hija que haría cualquier cosa por salvarlo.

CAPÍTULO
DIEZ

BRANWEN

La forja estaba a oscuras cuando por fin llegué.

No recuerdo la mayor parte del camino. Solo lluvia. Barro. El frío calándome a través del vestido destrozado hasta que dejé de sentir los dedos. Y debajo de todo aquello, ese hilo —ese maldito hilo— tirando de algo detrás del esternón; un calor del que no podía escapar, una presencia de la que no conseguía librarme.

Quería cortarlo. Clavarme los dedos en mi propio pecho y arrancarlo de cuajo.

Pero no era ese tipo de herida.

La puerta de la cabaña se abrió antes de que llegara. Da estaba allí, bajo la luz de la lámpara, y su rostro pasó del alivio a la confusión y al horror en lo que dura un latido.

—¿Wren? Wren, ¿qué...?

Debía de tener un aspecto lamentable. El vestido desgarrado por el corpiño, sin botones, con la tela sujeta por mis dedos entumecidos. Barro pegado hasta las rodillas. El pelo pegado a la cara, medio deshecho, lleno de ramitas y brezo. Y mis ojos... no sabía qué aspecto tenían, pero a juzgar por cómo se puso de pálido el rostro de Da, nada bueno.

—Estoy bien —dije. Las palabras salieron roncas. Extrañas.

—No estás bien. Estás... —Hizo una intención de acercarse y di un respingo. No quise hacerlo. Mi cuerpo simplemente... reaccionó.

Da se quedó muy quieto.

—¿Quién te ha hecho esto?

—Da...

—¿Quién. Ha. Sido?

Ya había visto a mi padre enfadado antes. Cuando venían los acreedores con amenazas. Cuando los hombres de la taberna hacían comentarios sobre la hija del herrero trabajando en la forja. Cuando murió mi madre y el mundo siguió girando como si no importara.

Pero nunca lo había visto así. Pálido. Temblando. Con un instinto asesino en los ojos.

—No importa...

—¡Y un demonio que no importa! —Ya estaba echando mano de su abrigo—. ¿Ha sido alguien del baile? ¿Uno de esos señoritingos que se creen que pueden tomar lo que quieran de...?

—¡Da, PARA!

Le agarré del brazo. Mis manos no paraban quietas.

—Ha sido el marqués. Ravenmoor.—

El nombre cayó como un mazazo. Vi cómo la furia en el rostro de Da flaqueaba; no es que se desvaneciera, sino que chocaba contra algo más duro. La realidad.

—Lo mataré.

—Da. —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía—. Tú me OBLIGASTE a ir esta noche. Dijiste que no podíamos rechazar a un marqués. SABES que no puedes tocarlo.—

Se me quedó mirando. El instinto asesino seguía en sus ojos, pero debajo estaba la misma comprensión impotente que le había hecho ponerme aquella invitación en las manos en primer lugar.

No puedes rechazar a un marqués.

Lo sabía entonces. Lo sabía ahora. Un herrero no levantaba la mano contra un noble del reino. No si quería conservar su forja. Su libertad. Su vida.

Da se dejó caer en una silla. De repente parecía viejo. Más viejo de lo que lo había visto nunca.

—Todo el pueblo lo sabrá por la mañana —dijo en voz baja—. La gente te vio marcharte con él. A estas alturas se lo habrán contado a medio condado.—

Aún no me había permitido pensar en eso. El cálculo práctico de la ruina.

—Quizá podríamos ir a Edimburgo —dijo Da con voz hueca—. Tu primo...—

—¿Y para qué? ¿Para empezar de nuevo sin nada? —Sacudí la cabeza—. No podemos escapar de los chismes, Da.—

—¿Entonces, qué? —Sus manos colgaban entre sus rodillas, inútiles—. ¿Qué HACEMOS, Wren?—

—Sobreviviremos a esta noche. Mañana... veremos qué trae el mañana.

—Crees que volverá. —No era una pregunta.

—Los lores no persiguen dos veces a las chicas del pueblo —dije —. Ha conseguido lo que quería. Por la mañana ya se habrá olvidado de mí.—

Da me miró. Me miró de verdad.

—Ni siquiera tú te crees eso.—

No respondí. No hacía falta.

El silencio se prolongó. Luego, con voz áspera y rota:

—Calentaré agua. Para que te laves.—

—Puedo hacerlo yo sola...

—Deja que lo haga yo. —Se le quebró la voz—. Deja que haga algo, Wren. Por favor.—

Asentí. No tenía fuerzas para discutir.

El agua estaba ardiendo. No me importó.

Me froté hasta dejarme la piel en carne viva. Hasta que todo rastro de barro y lluvia y de *él* desapareció de mi cuerpo. Hasta que dejé de oler el páramo, de sentir manos fantasmales en mis caderas, de oír su voz diciendo *esa es mi chica buena* como si fuera un perro que hubiera hecho un truco.

Frotarse dolía. Todo dolía. Me dolían los muslos por el suelo frío, el brezo, la forma en que me habían apretado contra la tierra. Me punzaban las caderas donde sus dedos me habían agarrado; no necesitaba mirar para saber que habría moretones. Huellas dactilares moradas en mi piel. Evidencias.

Y debajo de todo ello, peor que el dolor físico, estaba el eco de lo que había sentido: el placer que aún vibraba en mi sangre como brasas que se negaban a apagarse, mi cuerpo recordando cosas que mi mente quería olvidar.

No servía de nada.

Porque el hilo seguía allí.

Podía sentir algo. Una presencia al borde de mi conciencia que no se desvanecía. A kilómetros de distancia, de vuelta en Ravenmoor o dondequiera que los señores fae fueran a lamerse las heridas, y yo podía SENTIRLO. Calor. Hambre. Ya no sabía si era él o si era yo.

¿Qué me ha hecho?

Me apreté la mano contra el pecho, justo sobre el punto donde los ganchos se habían clavado. Donde había sentido que algo intentaba reclamarme, envolverme, hacerme SUYA de formas que no comprendía.

Lo había detenido. Por los pelos. Gracias al hierro y a la voz de mi padre y a mi propio nombre resonando en mi cráneo como una campana.

Pero no lo había detenido todo.

Algo había pasado. Alguna parte de él —o alguna parte de mí que ahora le pertenecía— se había alojado bajo mi esternón como una astilla. Podía sentir sus bordes cada vez que respiraba.

Bastardo. Monstruo. Encontraré la forma de arrancarlo de mí aunque sea lo último que haga.

No dormí.

Cada vez que cerraba los ojos, volvía al páramo. La lluvia en la cara. Sus manos en mi cuerpo. El placer devastador alcanzando su punto álgido mientras una parte de mi mente gritaba *para, para, PARA...*

Y lo que era peor: la parte de mí que no había querido parar. La parte que lo buscaba, que se abría a él, que aceptaba las cadenas que intentaban unirnos.

Esa no era yo. Fue... fuera lo que fuese que me hizo. Magia fae. Compulsión.

Pero aun mientras lo pensaba, sabía que no era tan sencillo. Había sentido su poder antes; en el baile, aquella oleada de calor que me había dejado húmeda y con un deseo doloroso. El hierro que había en mí lo había atenuado. Lo había amortiguado. Pero no había detenido ESTO. Nada había detenido esto.

¿Qué había sido diferente?

Me di la vuelta. Hundí la cara en la almohada. Intenté pensar en cualquier otra cosa.

Aquello en mi pecho palpitaba. Cálido. Insistente.

Él tampoco estaba durmiendo. O quizá solo era yo, proyectando. Ya no sabía distinguir qué era real.

Bien —pensé con saña—. *Espero que sea una agonía.*

Pero incluso mientras lo pensaba, sentí algo a través de esa extraña conexión. Un eco. O quizá solo mi imaginación rellenando los huecos. Inquietud. Hambre. Algo que podría haber sido frustración.

Me incorporé despacio.

Fuera lo que fuese aquello —esa atracción, esa conciencia— funcionaba en ambos sentidos. Lo había sentido desde el momento en que me alejé en el páramo. Una sensación de hormigueo, como si me vigilaran en la oscuridad. Como estar demasiado cerca de un fuego.

Pero no me había parado a pensar en lo que eso significaba.

Si yo podía sentirlo a él... ¿podría aprender de lo que sentía?

Cerré los ojos. Intenté concentrarme en ese tirón; no para arrancarlo, esta vez no, sino para... escuchar.

Ahí estaba. Distante pero impreciso. Su presencia como un fuego contenido al borde de mi conciencia.

Calor. Eso era lo más claro. Un deseo que me golpeaba como las olas.

Pero debajo de eso...

Algo más. Más difícil de leer. Agitación, tal vez. Inquietud.

Y ahí —enterrado en lo más profundo, apenas un susurro— algo que se sentía casi como...

Necesidad.

Quizás. O quizá lo estaba imaginando. Interpretando demasiado las sombras.

Me aparté de la conexión, con el corazón acelerado.

PARECÍA necesidad. Como desesperación. Pero ¿cómo iba a saberlo? Nunca había sentido nada parecido. No tenía forma de interpretarlo, ni forma de estar segura.

¿Por qué?

La pregunta me ardía en la mente. ¿Por qué un señor fae —antiguo, poderoso, capaz de tener a cualquier mujer que deseara— perseguiría a la hija de un herrero? Perseguirla bajo la lluvia, dejar que ella le apuñalara con hierro...

¿Para qué? ¿Qué iba a hacer ahora?

Pensé en su rostro cuando me marché. La incredulidad atónita. El dolor que no tenía nada que ver con la herida del hierro.

—Esto no ha terminado —había dicho él.

No. No había terminado.

Lo que significaba que vendría a por mí. Pronto. Y cuando lo hiciera...

Podría acobardarme. Esconderme detrás de mi padre. Rezar para que el hierro de la forja fuera suficiente para mantenerlo alejado.

O.

Podría estar preparada.

Pasé el resto de la noche pensando.

No en el páramo; eso lo encerré en una habitación bajo llave en mi mente y tiré la llave. No en lo que me había hecho, o en lo que casi le había dejado hacerme, o en los sonidos humillantes que proferí mientras le suplicaba más.

Pensé en qué ventaja podía tener.

Los señores del Nocturno. Conocía sus rostros —sus rostros reales—. Conocía sus patrones, sus cotos de caza, sus preferencias.

Y ahora sabía algo más.

Pasara lo que pasara en aquel páramo —me hiciera lo que me hiciera—, a él también le había afectado. Había visto su cara cuando me alejé. El impacto. El dolor.

¿Podría ser eso una debilidad?

¿Podría ser yo una debilidad?

El pensamiento era peligroso. Probablemente una insensatez. Pero era la única ventaja que tenía.

Vendría a por mí. Estaba segura. Y cuando lo hiciera, esperaría encontrar a un ser roto. Una chica asustada lista para someterse.

Se equivocaría.

No sabía qué quería él. No sabía qué era esto, ni por qué había pasado, ni cómo cortarlo. Pero sabía una cosa: no iba a ser una presa nunca más.

Si tenía que entrar en la guarida del lobo, lo haría con los ojos bien abiertos, con hierro en los bolsillos y un plan formándose en mi mente.

Cree que me ha atrapado —pensé hacia el lejano pulso de su presencia—. *No tiene ni idea de a qué ha soltado la correa.*

EL AMANECER LLEGÓ gris y frío.

Lo sentí antes de oír los cascos.

Lo que tenía en el pecho se tensó —como un anzuelo del que pegan un fuerte tirón— y solté un jadeo, llevándome la mano al esternón. Estaba cerca. Cada vez más cerca. La atracción se agudizaba hasta convertirse en algo inmediato, innegable.

La puerta de mi habitación se abrió. Da estaba allí, con el rostro gris por su propia noche de insomnio.

—Alguien viene por el camino.—

—Lo sé.—

—¿Cómo lo...?—

—Simplemente lo sé. —Ya estaba echando mano de mi vestido; no el estropeado, sino un vestido de trabajo sencillo, robusto y práctico. Limaduras de hierro en las costuras. El clavo de herradura de mi madre en su cordón alrededor de mi cuello—. Da. Pase lo que pase... deja que yo me encargue de esto.—

—Wren, si es ÉL...—

—Lo es. —Podía sentir el tirón. Sentía cómo se fortalecía con cada pisada de los caballos—. Y necesito que confíes en mí. ¿Puedes

hacerlo?—

La mandíbula de Da se tensó. Apretó los puños a los costados.

—No me gusta esto.—

—A mí tampoco. —Terminé de acordonar mi corpiño. Me metí el clavo de hierro bajo la tela, frío contra mi piel—. Pero sé lo que hago.—

Mentirosa —susurró una voz en mi mente—. *No tienes ni idea de lo que estás haciendo.*

Tal vez no. Pero sabía una cosa: no iba a derrumbarme.

El sonido de los cascos se detuvo afuera.

El tirón se volvió agudo. Inmediato. Ya estaba AQUÍ.

Y bajo esa conciencia, algo más. Una sensación que no podía nombrar del todo. ¿Ansia? ¿Satisfacción?

¿De qué está tan satisfecho?

Pero la conexión —fuera lo que fuese— no respondía a preguntas. Solo tiraba.

Aquella cosa fría y afilada de mi pecho se endureció como el acero.

Veamos lo satisfecho que está cuando haya terminado con usted.

—Quédate detrás de mí, Da —caminé hacia la puerta—. Y hagas lo que hagas..., no lo amenaces. No lo toques. No le des ninguna excusa.

—Wren...—

—Prométemelo.

No respondió. Solo me miró con el instinto asesino todavía ardiendo en sus ojos y las manos apretadas en puños a los costados.

No tenía tiempo para discutir.

Abrí la puerta.

CAPÍTULO
ONCE

RAITH

Adquirir las deudas había resultado de una facilidad irrisoria.

Me he pasado la noche visitando a cada acreedor, a cada prestamista, a cada insignificante mercader que tuviera un pedazo del futuro del herrero en sus manos mugrientas. Un toque de persuasión feérica —apenas un roce contra sus mentes, nada dramático— y me habían entregado los documentos con sonrisas vidriosas. Al amanecer, poseía cada trozo de papel que llevara el nombre de Gideon Davies.

La forja. La cabaña. El equipo. El inventario.

Todo.

He cabalgado hacia la aldea con los documentos guardados dentro de mi abrigo; la mañana, lavada por la lluvia, se presentaba nítida y brillante a mi alrededor. La herida de hierro en mi hombro se había cerrado hacía horas, aunque quedaba una leve cicatriz; tardaría días en desvanecerse por completo. Un recordatorio de cómo me había marcado ella.

Podía sentirla.

Ese vínculo entre nosotros, esa conexión que se había formado en el páramo, me atraía hacia la forja como una brújula buscando el norte. Sabía exactamente dónde estaba. Sabía que estaba despierta. Sabía que apenas había dormido.

Bien. Yo tampoco.

Pero yo he aprovechado mis horas de insomnio de forma productiva. Planeando. Intrigando. Buscando el medio de presión

que la traería a Ravenmoor, quisiera ella venir o no.

El encanto falló. Se alejó de mí en aquel páramo a pesar de todo. Pero esto —.

Esto funcionaría. Tenía que funcionar. Porque la alternativa… la alternativa era impensable. La elección de sangre gritaba por mis venas constantemente ahora, un coro de *MÍA MÍA MÍA* que acallaba cualquier pensamiento racional. La necesitaba en Ravenmoor. La necesitaba cerca. Necesitaba…

He refrenado mis pensamientos. Control. Siglos de él. No era un muchacho enamorado persiguiendo a una chica de pueblo. Era un Príncipe de Nocturne, y obtendría lo que era mío.

La forja ha aparecido ante mi vista.

He sentido el hierro antes de llegar. Esa familiar conciencia punzante, como electricidad estática en mi piel. La propiedad del herrero estaba saturada de esa sustancia: décadas de trabajo, limaduras de hierro incrustadas en la mismísima tierra, el aire espeso con el sabor del metal.

La última vez que me acerqué a este lugar, el dolor me hizo caer de rodillas ante la verja.

Me he preparado.

Ahí viene…

He entrado en la propiedad.

El hierro me ha repelido. Lo he sentido: esa vibración errónea, ese calor que no era calor. Pero no…

Me he detenido. He parpadeado.

No me *dolía*. No como antes. No era esa agonía al rojo vivo que debería haberme hecho gritar. Solo... incomodidad. Presión. Como estar demasiado cerca de una hoguera, pero sin quemarse realmente.

Extraño.

He dado otro paso. Luego otro. Cada uno de ellos debería haber sido una tortura. En su lugar, he caminado por el suelo envenenado con hierro con la misma facilidad con la que caminaría por mi propio salón.

¿Qué es esto?

La cicatriz de mi hombro ha escocido; un recordatorio de que el hierro todavía me dañaba, todavía me quemaba cuando tocaba mi carne. Pero el hierro ambiental, la saturación en el suelo y el aire... apenas lo percibía.

Algo había cambiado.

Lo he archivado para considerarlo más tarde. Asuntos más urgentes requerían mi atención.

La puerta de la cabaña se ha abierto.

Y allí estaba ella.

Parecía una guerrera preparándose para la batalla.

Vestido sencillo —ropa de trabajo, nada parecido al baile que llevó a la gala—. Cabello recogido con severidad. Rostro pálido pero sereno, fijado en líneas de fría determinación. Y sus ojos…

Sus ojos no contenían nada del ardor del páramo. Nada del deseo desesperado, de la súplica, de la forma en que había sollozado mi nombre como una oración. Solo hielo. Solo hierro.

Magnífica.

Detrás de ella, ha aparecido su padre. Gideon Davies; había aprendido su nombre por los documentos de las deudas. Un hombre grande, de hombros anchos por décadas en la forja, con manos que podrían triturar huesos y un rostro que deseaba fervientemente triturar el mío.

—Marqués. —La voz de Branwen podría haber congelado el fuego—. Qué sorpresa tan agradable.

—Mi pequeña Wren —he bajado de mi caballo, aterrizando con facilidad sobre el suelo empapado de hierro. Algo ha parpadeado en sus ojos —¿sorpresa?, ¿confusión?— ante mis movimientos fluidos —. Confío en que hayas dormido bien.

—Estoy segura de que sabes exactamente cómo he dormido.

Ah. Así que ha notado que algo ha cambiado entre nosotros. Buena chica.

—Sentí... algo, sí. —He sonreído. No era una sonrisa amable—. Has estado ocupada.

—Y tú también. —Sus ojos han bajado hasta mi abrigo—. ¿Qué llevas en el bolsillo?

—Un incentivo. —He sacado los documentos, dejando que ondearan con la brisa de la mañana—. Las deudas de tu padre. Todas ellas. La forja, la cabaña, cada nota pendiente y pagaré desde aquí hasta Newcastle.

Gideon Davies ha dado un paso adelante, con el rostro poniéndose púrpura—: Es usted un hijo de…

—Padre. —La voz de Branwen ha sido tajante. Una advertencia —. Ahora no.

El herrero se ha detenido. Le ha costado; podía verlo en la forma en que todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo de contenerse. Pero se ha detenido.

Interesante. Ella tiene cierto control sobre él, pero es frágil. Un movimiento en falso y el hombre se lanzaría a por mi garganta, sin importarle las consecuencias.

—¿Qué quieres? —ha preguntado ella.

—A ti. —Simple. Directo. Verdadero—. Vendrás conmigo a Ravenmoor.

—No.

—Como mi prometida.

Algo ha cruzado su rostro. ¿Miedo? ¿Ira? Algo ha palpitado entre nosotros —esa extraña atracción—, pero no podía leerla con claridad. Demasiado hierro en su piel, que silenciaba lo que fuera aquello.

—En absoluto —ha levantado la barbilla—. No me casaré contigo.

—No tienes elección. —He desplegado los documentos de la deuda—. Este papel representa todo lo que posee tu padre. Su sustento. Su hogar. Su futuro. Di que no, y reclamaré cada deuda antes de que acabe la semana. Lo perderá todo.

—Wren… —la voz de su padre se ha quebrado.

—E incluso si no fuera así —he continuado—, tu reputación ya está destruida. Huiste de un baile anoche y el marqués de Ravenmoor te siguió en la oscuridad. Para mañana, cada salón del condado estará comentando lo que la hija del herrero hizo con un lord en los páramos. Nadie más te querrá, pequeña Wren. Soy tu única opción.

He observado cómo el golpe hacía mella. He visto a Gideon Davies desmoronarse, perdiendo el espíritu de lucha al comprender la verdad de lo dicho. En este mundo, en esta sociedad, una mujer arruinada no tenía futuro. Yo le estaba ofreciendo uno, por retorcido y amargo que pudiera ser.

Di que sí. Ríndete. Ven a mí.

Branwen ha mirado a su padre. Ha mirado los documentos en mi mano. Me ha mirado a mí.

Y ha sonreído.

No ha sido una sonrisa agradable.

—No.

La elección de sangre ha rugido en mi interior. *MÍA. Es MÍA. Llévatela. Reclámala. Haz que…*

Mis manos se han cerrado en puños. Todavía podía saborearla en mi lengua: ese regusto dulce y ferroso de su piel, el salitre de su sudor, la forma en que jadeó cuando yo…

He obligado a mis manos a permanecer a los costados. He reprimido el recuerdo. Me he obligado a pensar.

Había dicho que no. Realmente había dicho que *no*.

Branwen

He observado su rostro —su rostro real, el que estaba tras el glamour, afilado, depredador y ancestral— agitarse con algo que nunca esperé ver allí.

Asombro genuino.

—Padre. —No he apartado la vista de Raith—. Entra en casa.

—Wren, no voy a dejarte a solas con…

—Entra en casa. —Ahora más suave, pero igual de firme—. Por favor. Necesito encargarme de esto.

Una larga pausa. Podía sentir la angustia de mi padre sin verla: la impotencia de un padre que contempla a su hija enfrentarse a un monstruo contra el que no puede luchar.

La puerta de la cabaña se ha abierto. Se ha cerrado.

Estábamos solos.

—¿Qué quieres decir con que no? —La voz de Raith era seda sobre acero.

—Quiero decir que no —he entrelazado las manos frente a mí para ocultar su temblor—. No me casaré contigo. No seré tu esposa. No te perteneceré.

—No estás en posición de negarte…

—¡Oh, milord! —He dejado que cada brizna de sarcasmo que poseía goteara de las palabras—. Estoy en toda la posición del mundo.

Se ha quedado inmóvil. Esa inmovilidad depredadora que le había visto tantas veces, la que significaba peligro, la que significaba violencia apenas encadenada.

—Explícate.

——¿Qué me hiciste en el páramo? —Me he presionado la mano contra el pecho, donde algo todavía tiraba. Dolía—. Siento algo. Aquí. Y no se marcha.

Sus ojos se han desplazado hacia mi mano. Hacia mi pecho. Algo ha cambiado en su rostro: hambre, sí, pero debajo de ella... ¿era aquello miedo?

—Tú también lo sientes —he dicho lentamente. No era una pregunta. Podía verlo ahora: la forma en que su cuerpo se inclinaba hacia mí incluso mientras se contenía—. Hicieras lo que hicieras, te afectó tanto como a mí.

—Soy consciente.

—Bien. Entonces eres consciente de que puedo ver lo que esto te está haciendo. —He dado un paso más cerca. Luego otro. Sus pupilas se han dilatado. Su respiración se ha contenido.

Y maldito sea él: cuanto más me acercaba, más difícil era ignorar la atracción. El eco del páramo. Lo que mi cuerpo deseaba a pesar de todo lo que mi mente sabía.

Lo he ignorado de todos modos.

—Sé cuánto necesitas que cruce esas puertas contigo. Cuánto te costaría que no lo hiciera.

Su mandíbula se ha tensado. No lo ha negado.

Algo entre nosotros vibraba. Fuera lo que fuese. Y he visto vacilar su certeza. Solo una grieta. Solo un susurro.

Pero suficiente.

——No puedes forzarme —he mantenido la voz firme, aunque el corazón me latía a mil—. Oh, podrías intentarlo. Arrastrarme a Ravenmoor encadenada. Mantenerme encerrada en una torre. Pero seguirías sin tener nada más que a una mujer que te odia. ¿Y sea lo que sea lo que realmente quieres de mí? No lo obtendrás de esa manera.

Estando así de cerca, podía olerlo: lluvia y algo más salvaje debajo. Algo que hacía que mi pulso saltara de formas que me indignaban.

—Así que —he erguido la espalda—. Negociaremos.

—Tus términos —Su voz era plana. Peligrosa.

—Mis términos. Acéptalos, y vendré a Ravenmoor. Niégalos, y —me he encogido de hombros—… Ejecuta las deudas. Destruye a mi padre. A ver hasta dónde te lleva eso.

Un músculo ha tenido un rictus en su mandíbula.

—Habla.

—Primero: no me casaré contigo.

Él se ha reído.

No ha sido una risa amable.

—No.

—¿No?

—El matrimonio no es negociable —se ha acercado un paso más y me he obligado a no retroceder—. Serás mi esposa. Mi marquesa. Ese es el precio de la libertad de tu padre.

—No voy a —.

—Lo haréis. —Su voz ha bajado de tono, terciopelo sobre acero —. Considerad lo que estáis comprando, pequeña Wren. Las deudas de vuestro padre: borradas. Su forja, su hogar, su futuro: asegurados. Vuestra reputación: restaurada. La protección de una de las casas más poderosas de Inglaterra. Todo eso, por el precio de una alianza.

—Y mi libertad.

—Tendréis más libertad como mi Marquesa de la que hayáis tenido jamás como la hija de un herrero. —Su expresión ha cambiado; algo casi suave bajo el acero—. Una vez estemos

casados, podréis ir y venir a vuestro antojo. Visitar a vuestro padre. Cabalgar por donde os plazca. No os enjaularé.

—Solo seré de vuestra propiedad.

—Llamadlo como queráis. —Su voz se ha vuelto plana, final—. Esos son MIS términos.

Le he mantenido la mirada. Él me la ha devuelto. Ninguno de los dos ha parpadeado.

No iba a ceder. Podía verlo ahora. El matrimonio lo era todo: su reclamo, su posesión, su victoria. Sin eso, ninguna de sus bazas importaba.

Muy bien. Encontraría otra forma de luchar contra él. Desde dentro.

—Segundo: tendré mis propios aposentos. No entraréis en ellos.

—No entraré sin ser invitado.

Bastardo astuto. He visto el resquicio legal de inmediato.

—No. No entraréis a menos que yo pronuncie las palabras «podéis entrar». Explícitamente. Claramente. Sin suposiciones, sin implicaciones, sin trucos de palabras feéricos.

He captado un destello de lo que podría haber sido respeto en sus ojos.

—Trato hecho.

—Tercero: conservaré mi hierro. —Me he tocado el cordel alrededor del cuello de donde colgaba el clavo de mi madre—. Sobre mi persona. En mis habitaciones. No lo tocaréis, no me lo quitaréis, no intentaréis retirarlo.

Él ha vacilado.

—Trato hecho —ha dicho finalmente—. Conservad vuestro hierro.

Ha aceptado con demasiada facilidad. He pensado en cómo había cruzado el patio de mi padre sin inmutarse. Algo que resolver más tarde.

—Cuarto: nada de trucos feéricos. Nada de glamour. Nada de... —he buscado la palabra—. Nada de hacer lo que fuera que hicisteis en el páramo.

Se ha quedado muy quieto.

Al hablar, su voz era diferente. Más dura. Casi herida.

—No usé mi poder en el páramo.

—¿Esperáis que crea —?

—No puedo mentir, Branwen.

Las palabras han quedado suspendidas entre nosotros. Y al observar su rostro, he visto algo que no esperaba.

Verdad. Sólida e inquebrantable.

Él creía lo que estaba diciendo.

—El vínculo nos atrajo a ambos —ha continuado—. Yo dejé de luchar contra él. Vos también. No entré en vuestra mente. No obligué a vuestro deseo. Lo que pasó entre nosotros fue —ha hecho una pausa—. Mutuo.

No.

No, eso no puede ser cierto.

Porque si no usó su poder, ¿entonces por qué yo —?

He recordado el calor. La necesidad desesperada y abrumadora. La forma en que supliqué, sollocé, me arrastré —.

Esa no era yo. Era su magia.

¿No es así?

Pero él no estaba mintiendo. Los seres feéricos no podían mentir; eso sí lo sabía. Y tras sus palabras, no he visto señales de engaño ni evasivas cuidadosamente planeadas. Solo convicción.

Oh, Dios mío.

He desechado el pensamiento. Lo he enterrado profundamente. No podía pensar en esto ahora; no podía dejar que me viera flaquear.

—Sea como sea. —Mi voz ha sonado más quebrada de lo que deseaba—. Nada de poder feérico usado contra mí. Nada de glamour. Nada de... avivar nada. Como sea que lo llaméis.

—Trato hecho. —Demasiado rápido. Demasiado fácil.

Le he mirado fijamente—. ¿Aceptáis?

—No tengo ningún deseo de obligaros, Branwen. —Su voz ha bajado de tono, bronca y cruda—. Quiero que me elijáis a mí. Esa es precisamente la cuestión.

No sabía qué hacer con eso. Así que he seguido adelante.

—Quinto: mi padre me visitará cuando quiera. Antes de la boda. Después. Cuando sea.

—Después de que nos casemos, podrá visitar Ravenmoor siempre que lo desee.

—Antes también.

Su sonrisa ha sido cruel—. Después. Consideradlo un incentivo.

Mis manos temblaban de rabia. Pero he visto el muro con el que chocaba y he cambiado de táctica.

—Entonces asistirá a la boda. Eso no es negociable.

Una pausa. Luego: —Trato hecho. Vuestro padre podrá asistir.

Una pequeña victoria. La aceptaría.

—¿Y las deudas?

—Quemadas el día de nuestra boda. No antes.

—Sois un bastardo.

—Sí. —No se ha inmutado—. Pero soy un bastardo que le ofrece a vuestro padre la libertad y a vos un título por el que la mayoría de las mujeres matarían. Todo lo que tenéis que hacer es decir que sí.

—Sexto: la boda no se celebrará mañana. No podéis pretender que yo —.

—Esta noche.

Le he mirado asombrada—. ¿Qué?

—Quiero que nos casemos esta noche. En Ravenmoor. Antes de que podáis cambiar de opinión o encontrar alguna forma de escabulliros.

—En absoluto. —Las palabras han salido afiladas, furiosas—. Esto no es justo. Me estáis pidiendo que renuncie a toda mi vida en una sola mañana. Necesito tiempo. Tiempo para prepararme. Tiempo para despedirme adecuadamente. Tiempo para... —me he detenido antes de que se me quebrara la voz—. No se me va a llevar al altar a toda prisa como si fuera... un trofeo que teméis que escape.

Su mandíbula se ha movido. No era exactamente culpa —dudaba que fuera capaz de sentirla—, pero era algo parecido.

—Una semana.

—Un mes.

—Una semana. —Su voz se ha endurecido—. Es mi última oferta. Siete días en Ravenmoor. Luego nos casamos.

Quería discutir. Quería exigir más tiempo. Pero podía ver el muro contra el que chocaba: la misma piedra inamovible con la que

choqué cuando intenté rechazar el matrimonio por completo.

Una semana. Siete días para encontrar sus debilidades. Para aprender la forma de mi jaula. Para planear.

—Bien. Una semana.

—Entonces tenemos un pacto. —Me ha tendido la mano—. ¿No es así?

He mirado su mano. Dedos largos. Elegante. La mano de un monstruo que vestía la piel de un señor.

La he tomado.

Algo ha cambiado en él: una tensión fijándose detrás de sus ojos. El pacto cerrándose a su alrededor como cadenas.

Pero no alrededor de mí.

La comprensión me ha golpeado como un jarro de agua fría. Él era un ser feérico. No podía romper su palabra; el pacto le ataba absolutamente. Pero yo era humana. Yo podía mentir. Podía prometerle cualquier cosa y marcharme en cuanto se diera la vuelta. Podía aceptar casarme con él y huir antes de la boda. Podía —.

He archivado eso. He mantenido el rostro inexpresivo.

Que piense que estoy tan atada como él.

—Está hecho —ha dicho en voz baja—. Ahora sois mía, pequeña Wren.

—Todavía no —le he respondido—. No hasta que pasen siete días.

—Una formalidad. —Pero su voz se ha vuelto bronca, con algo de hambre aflorando bajo el control—. Vamos. Despedíos.

La puerta de la cabaña se ha abierto. Ha salido mi padre, con el rostro gris. Apesadumbrado. Había estado observando por la ventana, entonces; me había oído aceptar.

—Está hecho —he dicho antes de que pudiera hablar—. Me voy a Ravenmoor. En una semana... estaré casada.

—Wren...

—Quemará las deudas después de la boda. La forja está a salvo. Tú estás a salvo. —He tomado sus manos: ásperas, callosas, las manos que me habían enseñado a dar forma al hierro y a sobrevivir —. Y tú estarás allí. En la boda. He hecho que lo acepte.

—No me importan las deudas. No me importa la forja. —Su voz se ha quebrado—. Me importas tú.

—Lo sé, padre. —Le he dado un abrazo, he presionado mi rostro contra su pecho, he respirado el olor a hierro y humo y hogar—. Pero es la única manera. Y estaré bien. Soy fuerte, ¿recuerdas? Tú me criaste fuerte.

Sus brazos me han rodeado. Estrechándome con fuerza. Desesperados.

—Una semana —ha susurrado—. Te veré en una semana.

—Una semana. Y luego podrás visitarme siempre que quieras. Lo ha prometido.

—¿Y si rompe esa promesa?

—Entonces encontraré la forma de hacer que se arrepienta.

—Te quiero, hija.

—Yo también te quiero, padre.

Me he dado la vuelta antes de perder el valor.

Raith nos estaba observando. Había algo extraño en su rostro: no era burla, ni triunfo. Algo casi parecido a... ¿la envidia?

—¿Lista? —ha preguntado.

—No. —He caminado hacia su caballo—. Vámonos de todos modos.

El viaje hasta Ravenmoor ha durado horas.

Él había traído un segundo caballo: lo tenía planeado, esperaba la victoria. He cabalgado en silencio, manteniendo la espalda recta, el rostro inexpresivo. Dejando que no sintiera nada a través de lo que fuera que nos conectara, salvo una fría determinación.

Pero por dentro, mi mente iba a mil por hora.

Estoy dentro.

Ese era el pensamiento al que volvía una y otra vez. Iba a Ravenmoor. Al interior de la guarida del lobo. Con pleno acceso a su hogar, a sus sirvientes, a sus secretos.

Él creía que había ganado. Creía que se llevaba a casa un trofeo: algo roto a lo que podía dar forma, reclamar y conservar.

No tenía ni idea.

Iba a aprenderlo todo. Sus debilidades. Sus miedos. La naturaleza de esto que había entre nosotros y cómo romperlo. Fuera cual fuese el poder que los señores feéricos de Nocturne ostentaran sobre estas tierras, fuera cual fuese la magia ancestral que blandieran —.

Iba a encontrar sus vulnerabilidades.

Y entonces iba a usarlas.

El castillo de Ravenmoor se alzaba contra el cielo gris; los cuervos sobrevolaban sus torres como oscuros presagios.

He sonreído.

El lobo creía haber atrapado a un cordero.

No tenía ni idea de lo que había dejado entrar por sus puertas.

CAPÍTULO
DOCE

RAITH

No pronunció ni una palabra durante todo el trayecto.

Cuarenta y cinco minutos en un carruaje con una mujer cuya sangre le cantaba a la mía, cuyo aroma llenaba cada bocanada de aire que yo tomaba, cuyo odio era tan potente que podía saborearlo en el ambiente; y no me dio nada. Ni una palabra. Ni una mirada. Ni siquiera la satisfacción de verla estremecerse cuando el carruaje pillaba un bache y nuestras rodillas casi se rozaban.

Se limitaba a mirar fijamente por la ventana hacia los páramos que pasaban de largo, con la mandíbula apretada, las manos entrelazadas en el regazo, convirtiendo su silencio en un arma esgrimida con una precisión devastadora.

Encantador.

La mayoría de los humanos no podían mantener el silencio cerca de mí. Parloteaban. Halagaban. Intentaban desesperadamente llenar el espacio con palabras que pudieran complacerme. Las mujeres a las que me había llevado a la cama a lo largo de los siglos habían sido particularmente propensas a la charlatanería nerviosa, como si suficientes palabras bonitas pudieran hacerlas olvidar lo que yo era.

Ella simplemente miraba por la ventana como si yo fuera un mueble. Un mueble desagradable. De esos que uno tolera porque tirarlos daría más problemas de lo que vale la pena.

Me encontré sonriendo.

Oh, pequeña Wren. Vas a ser entretenida.

El vínculo pulsaba entre nosotros: incompleto, inestable, a la espera de la boda que lo sellaría por completo. Yo sabía lo que era. Todo fae sabía cómo se sentía un vínculo de pareja, aunque la mayoría nunca llegara a experimentar uno. Lo que no sabía era por qué el mío había elegido a una *humana*. Por qué la había elegido a *ella*.

Podía sentir su furia, su miedo, su agotamiento. Podía percibir el hierro en su sangre como un ardor constante y sutil contra mis sentidos.

Era una fortaleza de hierro y silencio, y yo no tenía la menor idea de cómo abrir brecha en sus muros.

Eso debería haberme molestado. En cambio, me sentía intrigado. ¿Cuándo había sido la última vez que algo me había intrigado? Hacía décadas, por lo menos. Posiblemente más. Los siglos se emborronaban unos con otros cuando nada importaba.

Esto importaba.

Ella importaba.

Qué inconveniente.

No la fuerces, hermano.

La advertencia de Cade se deslizó por mis pensamientos. Había aparecido de entre las sombras la noche después de lo del páramo; mi hermano, que nunca salía de Shadowmere, que no me había dirigido más de diez palabras en una década, que se movía a través de la oscuridad como si se hubiera vuelto parte de ella.

No la fuerces.

Eso fue todo. Sin explicaciones. Sin contexto. Solo esas tres palabras con su voz de verja oxidada, y luego se fue, engullido por las sombras antes de que yo pudiera exigirle que me explicara qué demonios quería decir.

¿Qué había hecho él? ¿De qué pecado me estaba advirtiendo?

No lo sabía. Ninguno de nosotros lo sabía. Cade guardaba sus secretos tan profundamente enterrados que ni siquiera sus hermanos podían encontrarlos.

El carruaje coronó la última colina y Ravenmoor se alzó ante nosotros.

Mi hogar. Mi fortaleza. Mi elegantísima jaula.

Las torres de piedra negra arañaban el cielo gris. Las almenas eran afiladas como dientes, diseñadas en una época en la que los fae todavía guerreaban abiertamente y las apariencias importaban. Los cuervos sobrevolaban la torre más alta —docenas de ellos, cientos—, y sus graznidos recorrían los páramos como un coro de bienvenida.

O de advertencia. Dependía de quién estuviera escuchando.

Observé su rostro mientras Ravenmoor aparecía a la vista. Esperé la reacción. Miedo, tal vez. Asombro. El jadeo involuntario que los humanos solían soltar al enfrentarse a la sede del poder de Ravenmoor.

Nada.

Evaluó el castillo con esos ojos de hierro frío, y casi podía verla catalogando posiciones defensivas, contando ventanas, midiendo distancias. No admiraba. *Evaluaba.*

Buscando debilidades.

Algo oscuro y hambriento se agitó en mi pecho.

Ahí estás, pequeña Wren. Ya planeas tu ataque. Ya buscas formas de destruirme.

Debería haberme sentido ofendido.

Estaba insoportablemente excitado.

El carruaje cruzó las puertas: piedra antigua, desgastada por siglos de uso. El patio que se extendía más allá era de losas grises y sombras de un gris más oscuro, incluso a la luz del día. Ravenmoor no creía en la calidez ni en las bienvenidas. Yo tampoco, por lo general.

El carruaje se detuvo. Un lacayo abrió la puerta.

Salí yo primero y luego me giré para ofrecerle la mano.

Ella la miró como si le hubiese ofrecido una rata muerta.

—Puedo sola —dijo; las primeras palabras que pronunciaba desde que salimos de la forja de su padre.

Bajó sin ayuda, con movimientos rígidos pero firmes. El viaje había sido duro para ella. No había dormido la noche anterior; yo había sentido su inquietud a través de esto que hay entre nosotros, sus paseos de un lado a otro, su ira. Unas ojeras sombreaban sus

ojos y su rostro estaba pálido bajo el rubor perpetuo del calor de la forja que parecía vivir en su piel.

Agotada. Furiosa. Hermosa de una manera que me hacía doler los dientes.

Y seguía sin mirarme.

Maleducada.

Edgar descendió de la torre, con sus alas anchas y negras contra el cielo gris. Se posó en mi hombro con la soltura de la larga práctica, encontrando con sus garras su agarre familiar.

—WREN —graznó él, observándola con interés.

Ella se sobresaltó. Apenas un poco: un endurecimiento alrededor de los ojos, un tensado casi imperceptible de la espalda. Pero yo lo vi. Veía todo lo relacionado con ella. No parecía poder evitarlo.

—Habla —dijo ella con voz plana—. Por supuesto que habla.

—Edgar tiene muchos talentos. —Acaricié las plumas de su pecho —. La conversación es solo uno de ellos.

—LINDA WREN —añadió Edgar, servicial.

—Para ya.

—Te está haciendo un cumplido.

—Es un pájaro.

—Es un cuervo. Hay una diferencia —señalé hacia la entrada principal del castillo, donde el personal de servicio se había reunido en pulcras filas—. ¿Te acompaño a tus aposentos? A menos que prefieras quedarte en el patio hablando de ornitología.

Ella apretó la mandíbula. Pasó por mi lado sin decir palabra, procurando deliberadamente que su hombro casi no rozara el mío.

La seguí. Edgar emitió un sonido que podría haber sido una risa.

—Tú, cállate —le murmuré.

—PROBLEMAS —graznó Edgar, lo cual no ayudaba en nada pero era totalmente cierto.

El servicio la observaba con una curiosidad apenas disimulada mientras pasábamos.

No podía culparlos. ¿Cuánto hacía que no traía a una mujer a Ravenmoor? Un siglo, por lo menos. Las humanas con las que me había entretenido a lo largo de los años habían sido diversiones, tomadas en sus casas o en fiestas en el campo, descartadas antes de que pudieran convertirse en lazos.

Esto era diferente.

Ella era diferente.

Los susurros ya estarían extendiéndose por las dependencias del servicio. El marqués ha traído a casa una novia. Una novia humana. La *hija de un herrero*, nada menos.

Que susurren. Que se pregunten.

En una semana, sería mi esposa. Mi marquesa. Señora de Ravenmoor.

Una princesa fae, aunque ella aún no lo supiera.

Vaya conversación más encantadora va a ser esa.

—Tus aposentos —me detuve ante la puerta que había elegido para ella: la mejor suite de invitados del castillo, con ventanas que daban a los jardines y vistas a los páramos más allá—. Espero que te parezcan adecuados.

Abrí la puerta.

Entró sin esperarme. Sus ojos recorrieron la habitación con esa misma evaluación fría: la cama con dosel y colgaduras de seda, la zona de estar con sillones de terciopelo, la chimenea ya encendida contra el frío otoñal, el cuarto de baño visible a través de una puerta interior.

Se acercó a la ventana. Probó el pestillo. La abrió, miró hacia la caída a los jardines y volvió a cerrarla.

Calculando rutas de escape.

Buena chica. Siempre con un plan.

—La puerta se cierra por dentro —dije—. Tendrás total privacidad.

—¿La tendré? —Por fin se giró para mirarme. Esos ojos de hierro, atravesando cualquier fingimiento—. Tus pájaros están por todas partes. Tus sirvientes te responden a ti. Y tú… —Sonrió, y no fue una sonrisa amable—. Tú probablemente puedes sentir exactamente

dónde estoy en cualquier momento, ¿verdad? A través de esto… *sea lo que sea* esto.

Señaló vagamente el espacio entre nosotros. La cosa que nos conectaba. La cosa que ninguno de los dos había pedido.

—Sí —admití—. No tenía sentido mentir. Yo no puedo mentir y ella sabría si intentaba evadir la respuesta. Puedo sentir tu presencia. Tu ubicación general. A veces tus emociones, si son lo bastante fuertes.

—Qué romántico.

—No pretende ser romántico. Simplemente es.

—¿Y se supone que debo aceptarlo sin más? ¿Aceptar que estás en mi cabeza, que siempre sabes dónde estoy, que no tengo privacidad ni siquiera en mis propios pensamientos?

—Tus pensamientos te pertenecen. —Me acerqué al umbral… y me detuve. El pacto me retenía como un muro invisible. No podía entrar en sus aposentos. No sin su permiso.

Ella se dio cuenta. Vi el destello de comprensión en sus ojos, la ligera relajación de sus hombros. Ella también recordaba las condiciones.

Inteligente, pequeña Wren.

—Esta conexión no me da acceso a tu mente —continué, como si no me hubiera detenido mi propio voto—. Solo a tu… esencia, supongo. La forma de tu ser en el mundo.

—La forma de mi ser. —Su voz era plana—. Qué poético.

—Tengo mis momentos.

—Estoy segura de que las otras mujeres que has arrastrado a este castillo se quedaban muy impresionadas.

—No ha habido otras mujeres —las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas—. No aquí. No así.

Se me quedó mirando. Algo brilló en sus ojos —sorpresa, tal vez, o incredulidad— antes de que el hielo volviera a caer.

—No me importa lo que estés intentando hacer —me dio la espalda, un insulto deliberado, presentando a un depredador su vulnerable columna vertebral—. Estoy aquí porque no tengo elección. Eso no significa que tenga que hacer que esto sea agradable para ninguno de los dos.

Observé la línea rígida de sus hombros. La tensión en su cuello. La forma en que sus dedos se curvaban contra sus muslos como si estuviera resistiendo el impulso de echar mano a un arma.

Me miraba como si yo fuera el monstruo de su historia.

Delicioso. Hace demasiado tiempo que no soy el monstruo de nadie.

Pero bajo la diversión, algo más se agitó. Algo incómodo. Algo que se sentía casi como…

No. No iba a examinar eso. No iba a ponerle nombre.

—La cena es a las ocho —dije, manteniendo la voz ligera. Despreocupada. La máscara encantadora que había llevado durante siglos—. Sería un honor para mí que me acompañaras.

Ella se rio. No fue un sonido agradable.

—Un honor —se giró de nuevo para enfrentarse a mí, y sus ojos echaban chispas—. Sería un *honor* para ti. Me chantajeas para que me case contigo, me arrastras lejos de mi hogar, me enjaulas en tu castillo, ¿y ahora sería un *honor* que cenara contigo?

—La puerta se cierra por dentro. No estás enjaulada.

—El castillo está rodeado de páramos. Y esa… —Señaló su pecho, el espacio donde vivía esta conexión imposible—. Esa *cosa* significa que me darías caza antes de que hubiera recorrido una milla.

—Probablemente —admití—. Aunque prefiero pensar en ello como en «encontrarte» en lugar de en «darte caza». Menos depredador.

—¿Hay alguna diferencia?

—Semántica, sobre todo. Pero la semántica me resulta entretenida.

—A mí *tú* me resultas agotador.

—La mayoría de la gente termina pensando igual. Te acostumbrarás.

—No lo haré…

Se interrumpió. Tomó aire. La vi luchar por volver a controlar su furia, y quise besarla hasta que dejara de estar tan compuesta. Hasta que estuviera salvaje y desesperada y gritara mi nombre como lo hizo en el páramo…

El páramo.

Donde me había deseado. Donde me había suplicado. Donde se había desmoronado en mis brazos sin trucos fae, sin ningún encantamiento, sin nada más que el deseo puro entre nosotros.

No la había forzado. Eso era lo que seguía dando vueltas para atormentarme. Había estado preparado para hacerlo. Tenía la intención. Pero al final, ella me había deseado por voluntad propia.

Y se odiaba por ello. Yo también podía sentir eso, a través de este vínculo. Su vergüenza. Su furia ante su propio deseo.

Únete al club, pequeña Wren. Yo también odio cuánto te deseo.

Caminó hacia la puerta. Por un momento pensé que se marchaba —y no sabía si podría dejarla, no sabía si esta cosa entre nosotros me lo permitiría—, pero simplemente agarró el pomo y abrió la puerta de par en par.

—Acepté venir aquí —dijo con la voz fría como hierro templado en la forja—. Acepté casarme contigo en siete días. No acepté cenar contigo.

—Branwen…

—Sal de mis aposentos, lord Ravenmoor.

—Técnicamente, me inclino a pensar que son mis aposentos. Todo este castillo es mío.

—Fuera. De. Aquí.

Mantuvo la puerta abierta. Esperando. Con esos ojos de hierro desafiándome a negarme.

Podría negarme. Podría acortar la distancia entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos, podría inmovilizarla contra la pared, podría recordarle exactamente cuánto me deseó en el páramo…

No la fuerces, hermano.

Pasé a su lado. Crucé la puerta. Salí al pasillo.

Dio un portazo detrás de mí con la fuerza suficiente para hacer vibrar el marco.

Me quedé allí, mirando la madera oscura. Edgar se removió en mi hombro, emitiendo un suave sonido interrogante.

Vaya. Eso ha sido una grosería.

También excitante. Ambas cosas parecían ir de la mano en lo que a ella respectaba.

Mis manos querían temblar. No se lo permití.

Dómala. Es tuya. Es TUYA. Tómala, reclámala, hazla…

Los pensamientos venían de algún lugar antiguo y hambriento, un lugar que no entendía palabras como «consentimiento» o «elección». La elección de la sangre, exigiendo lo suyo. Exigiendo que reclamara lo que era mío.

Apoyé la palma de la mano contra la puerta. Podía sentirla al otro lado: su corazón acelerado, su respiración entrecortada, su furia y su miedo y algo más, algo que podría haber sido deseo, enterrado tan profundamente que probablemente ella ni sabía que estaba allí.

Podría echar abajo esta puerta. Podría tenerla de espaldas en segundos…

Alargué la mano hacia el pomo.

La magia me golpeó como la ráfaga de una forja. Salí volando hacia atrás, golpeándome contra la pared opuesta con fuerza suficiente para agrietar el yeso. Edgar chilló, batiendo las alas mientras luchaba por mantenerse en el aire.

El pacto.

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Los pactos fae eran absolutos. Había aceptado no entrar en sus aposentos sin permiso, y la magia me obligaría a cumplir ese voto hasta el día de mi muerte.

Pero saberlo y *sentirlo* eran cosas distintas. El vínculo me gritaba que fuera a por ella, que la reclamara, que…

No la fuerces, hermano.

Me despegué de la pared. Sacudí el polvo de yeso de mi abrigo. Me latía el hombro donde me había golpeado. Me saldría un moratón, incluso a alguien como yo.

Bien. Me lo merecía por intentarlo.

Edgar volvió a posarse en mi hombro, emitiendo un sonido de desaprobación.

—Lo sé —murmuré—. Créeme, lo sé.

La torre de los cuervos estaba fría y oscura, y olía a plumas y a tiempo.

Subí las escaleras de caracol porque no tenía otro lugar adonde ir. Patético. Un príncipe de Nocturne retirándose a su torre porque la hija de un herrero no quiere ni mirarlo.

Edgar iba montado en mi hombro en un silencio crítico. El resto lanzaba graznidos de saludo a mi paso; cientos de ellos, miles si contaba a los que giraban fuera. Llevaban conmigo más tiempo que cualquier sirviente, más que la mayoría de las civilizaciones humanas. Más de lo que me importaba contar.

Me senté en el banco de piedra en lo alto de la torre, desgastado por siglos de cavilar aquí arriba como un villano gótico de novela barata. Al menos la estética era la adecuada.

—Ni siquiera me mira —le dije a Edgar.

Ladeó la cabeza. Emitió un sonido que podría haber sido de simpatía o de burla. Con Edgar era difícil saberlo.

—Tan útil como siempre.

Me quedé mirando los páramos que se oscurecían. En algún lugar ahí abajo, ella estaba encerrada en sus aposentos, odiándome, planeando mi destrucción. Podía sentir su furia a través del vínculo como calor contra mi piel.

Mujer encantadora. Absolutamente encantadora.

Siete días.

Siete días para conseguir qué… ¿Que me desee? Ya me deseaba; lo había sentido en el páramo, lo sentí de nuevo cuando nuestras miradas se cruzaron en sus aposentos. Su cuerpo sabía lo que anhelaba, aunque su mente se negara a admitirlo.

No. No solo la quería deseándome. Quería…

Corté el pensamiento antes de que pudiera formarse por completo. Ese camino conducía a la locura. Y al sentimentalismo. Y a otras cosas que me había pasado siglos evitando.

Edgar me acarició la mejilla con el pico y luego se lanzó desde mi hombro sin previo aviso. Desapareció en la oscuridad y, un momento después, una docena más de cuervos le siguieron, con sus alas recortando formas negras contra el cielo gris.

—¿Adónde vais? —les grité.

Sin respuesta. Solo el sonido lejano de las alas.

Los vi desvanecerse en dirección a la zona este del castillo.

Su ala.

Interesante.

Mañana descubriría cómo hacer que dejara de esconderse en sus aposentos.

Esta noche, simplemente me sentaré aquí con el resto de mis cuervos y fingiré que no estoy ya en problemas.

CAPÍTULO
TRECE

BRANWEN

La puerta se cerró de un portazo tras él y, por fin, me permití respirar.

Se había marchado. El pacto se había mantenido; lo había visto detenerse en el umbral como si se hubiera chocado contra un muro, había visto el destello de frustración en esos ojos ancestrales cuando se dio cuenta de que no podía cruzar.

Un espacio seguro. En todo este castillo lleno de sombras, cuervos y magia de los fae, tenía un espacio donde no podía alcanzarme.

Apoyé la espalda contra la puerta y escuché cómo sus pasos se alejaban por el pasillo. Luego, silencio. Después —a lo lejos—, un sonido como de un cuerpo golpeando la piedra. Una maldición ahogada.

¿Acaba de intentar entrar de nuevo?

Bien. Que se lleve algún moratón.

Me aparté de la puerta y examiné mi jaula. Colgaduras de seda en la cama con dosel. Sillones de terciopelo junto a la chimenea. Alfombras gruesas que amortiguaban mis pasos. Un cuarto de baño tras una puerta interior, con una bañera de cobre y agua corriente.

Lujoso. Una prisión vestida de gala.

Recorrí el perímetro, catalogando. Una puerta: por la que había entrado. Tres ventanas, todas orientadas al este. La chimenea tenía un atizador; de latón, no de hierro. Por supuesto que no. Nada en este castillo sería de hierro.

Me toqué el clavo que llevaba al cuello. El clavo de herradura de mi madre, desgastado y suave tras pasar años contra mi piel. Era todo lo que tenía.

Tendrá que ser suficiente.

Las ventanas se abrían con facilidad. La caída hasta los jardines era demasiado alta para sobrevivir; como mínimo me rompería varios huesos, probablemente el cuello. Más allá de los jardines, páramos en todas direcciones. No había árboles lo bastante cerca como para bajar trepando. No había repisas aprovechables.

El armario contenía vestidos; elegantes, nada que yo pudiera costearme jamás. Alguien había adivinado mi talla. Zapatos alineados en el suelo. Un tocador con un espejo, cepillos y horquillas.

Nada de horquillas de hierro. Por supuesto que no.

Se me revolvió el estómago. No había comido nada desde ayer por la mañana.

El hambre no me matará. La estupidez, sí.

Seguí caminando de un lado a otro. La alfombra era suave bajo mis pies. El fuego chisporroteaba. Todo era cálido y cómodo, diseñado para que olvidara que era una prisionera.

No lo olvidé.

Pero mi cuerpo...

Me detuve junto a la ventana, aferrando el alféizar con tanta fuerza que me dolió.

El páramo. No dejaba de venirme a la mente. El peso de su cuerpo. Los sonidos que yo había emitido. La forma en que me había arqueado ante su tacto, suplicando más...

El calor se acumuló en mi vientre. Apoyé la frente contra el cristal frío y deseé que desapareciera.

No usó sus poderes. Yo quería aquello. Lo quería a ÉL.

El recuerdo me dio náuseas. Me dio calor. Ambas cosas al mismo tiempo.

Lo reprimí y me obligué a pensar.

No dejaba de dar vueltas a lo que había visto en el patio de mi padre. Raith había caminado sobre un suelo saturado de limaduras

de hierro, un suelo que debería haberlo hecho gritar. Se había movido por él como si nada.

Me había dicho a mí misma que lo descifraría más tarde. Ese «más tarde» era ahora.

La herradura lo había quemado el Primero de Mayo; lo había visto tambalearse cuando le golpeó la sien. Mi clavo le había hecho sisear en el páramo cuando se lo clavé en el hombro. Pero en algún momento entre la forja y la cabaña, algo había cambiado. El hierro seguía doliéndole cuando tocaba su piel; eso lo había visto. Pero el hierro ambiental, la saturación en el aire y la tierra... eso no lo había detenido.

¿Por qué? ¿Qué ha cambiado ahora?

No lo sabía. Y no saberlo me ponía nerviosa.

Un ligero tirón tras las costillas me recordó que seguía en algún lugar del castillo. Por encima de mí, tal vez. No debería ser capaz de sentir eso. No debería saber dónde estaba sin verlo.

Seis días. Tengo seis días para averiguar qué me está pasando.

CAYÓ LA NOCHE. El sueño no llegaba.

Yacía en la oscuridad, repasando rutas de escape que no existían. La ventana. La puerta. Los sirvientes... ¿me ayudaría alguno? ¿Podría sobornar a alguno?

No tenía dinero. No tenía ninguna baza. No tenía nada excepto mi clavo de hierro y fuera lo que fuese esta conexión que me permitía sentirlo moviéndose por su propio castillo.

Un golpecito en la ventana.

Me quedé inmóvil.

Otro golpe. Y otro.

Me deslicé fuera de la cama y me acerqué sigilosamente a la ventana.

Un cuervo estaba posado en el alféizar, al otro lado del cristal. Sus ojos negros brillaban a la luz de la luna.

Entonces otro aterrizó a su lado. Y otro.

No estaban golpeando para entrar. Estaban dejando caer cosas en el borde de piedra. Cosas pequeñas. Cosas brillantes.

Quité el pestillo de la ventana y la abrí. —Largo de aquí.

—Linda chochín.

La voz me dejó helada.

No era lo que esperaba de un pájaro; no era un graznido. Era algo más grave. Más tosco. Casi humano, como un hombre hablando con la garganta llena de grava. Lo antinatural que sonaba hizo que se me erizaran todos los vellos de los brazos.

El cuervo más grande —el mismo pájaro del patio— ladeó la cabeza hacia mí.

—Fuera —dije, agitándoles la mano—. ¡Aire!

Ninguno se movió. Seguían llegando más, moviéndose para hacerse sitio, dejando sus ofrendas. Un botón de plata. Una cinta azul. Una moneda desgastada por el tiempo. Un fragmento de cristal de colores que atrapaba la luz de la luna.

—No las quiero.

—CHOCHÍN —dijo de nuevo el grande, con esa voz grave e inquietante. Casi afectuosa.

Hice gestos más bruscos. Ellos se ahuecaron las plumas y se quedaron donde estaban.

Finalmente me rendí, pasé el brazo por encima de ellos para coger el pestillo y cerré la ventana. Unos cuantos saltaron a un lado en el último momento. Otros se limitaron a observarme a través del cristal, sin parpadear.

Espías. Incluso aquí, tiene ojos puestos en mí.

Corrí las cortinas y volví a la cama.

La escena del páramo se repetía tras mis ojos. Sus manos. Su boca. La forma en que había pronunciado mi nombre cuando me desmoroné bajo él.

Dormí a ratos hasta que un golpe en la puerta me despertó.

Luz grisácea a través de las cortinas. Fuego extinguido. Mi estómago vacío y dolorido.

—¿Mi señora? —Una voz de mujer—. El marqués solicita que se una usted a él para desayunar.

—No.

Una pausa. —Mi señora, soy la señora Pruitt, la ama de llaves. Tal vez podría traerle una bandeja...

—No.

Pasos que se alejaban.

Me quedé allí tumbada, mirando el dosel. Ala este, piso superior. Escalera principal a la izquierda. Comedor abajo. Eso era lo que había aprendido al entrar.

El tirón de mi pecho cambió. Se hizo más fuerte. Estaba más cerca.

Él venía.

Sentí que se acercaba antes de oír sus pasos; ese gancho tras mis costillas se tensó. Tres metros. Uno y medio.

Esta vez llamaron a la puerta con más fuerza.

—Vete, Raith.

Una pausa. Luego, su voz a través de la puerta:

—¿Cómo has sabido que era yo?

Porque puedo SENTIRTE.

—Ha sido chiripa.

—Tendrás que comer tarde o temprano.

—Puedo aguantar más de lo que crees.

—No lo dudo. Pero ¿por qué sufrir para demostrar algo?

—Porque hacerte sufrir es el único poder que me queda.

Silencio.

Dejé que se prolongara. Dejé que sintiera lo que era desear algo que estaba al otro lado de una puerta que no podía cruzar.

—Cobarde.

Una sola palabra. En voz baja.

Salí de la cama y abrí la puerta de un tirón antes de que pudiera pensarlo mejor.

Él estaba allí, sereno y hermoso bajo la luz gris de la mañana. Pelo oscuro artísticamente despeinado. Ojos verdes brillando como si hubiera ganado algo.

—¿Cómo me has llamado?

—Cobarde —repitió él, aún con esa sonrisa—. Escondiéndote en tus aposentos. Temerosa de enfrentarte a mí en la mesa del desayuno.

—No te tengo miedo.

—Entonces demuéstralo.

Lo empujé al pasar con la fuerza suficiente para hacerlo retroceder un paso. El impacto me sentó bien. Sólido. Real.

—Está bien, desayunaré contigo —dije mientras me alejaba por el pasillo. Dirección equivocada, probablemente, pero no iba a preguntar—. Pero no me hables.

—Como mi señora mande.

Se puso a caminar a mi lado. Lo bastante cerca como para sentir su calor. Lo bastante cerca para oler algo oscuro y salvaje que hizo que se me encogiera el estómago.

Su mano planeaba cerca de la parte baja de mi espalda; sin tocarme, pero presente. Podía sentir exactamente a qué distancia estaban sus dedos. Un par de centímetros. Quizá menos.

Un cuervo pasó volando sobre mi cabeza. Me agaché.

—Les gustas —dijo él.

—He dicho que no HABLES.

No volvió a hablar. Solo me guió por los pasillos con ese casi-contacto, haciéndome girar con suavidad cuando me equivocaba de camino.

Iba contando mientras caminábamos. Giro a la izquierda. Escaleras abajo. Giro a la derecha a través de un salón forrado de retratos, muy antiguos, hombres y mujeres con sus mismos ojos. Puertas dobles al final.

En el comedor podrían haber cenado treinta personas. Había dos servicios puestos en un extremo. Muy juntos.

Íntimo.

Me senté y empecé a comer antes de que él ocupara su sitio. La comida era buena —rica, abundante—, pero no le sentí el sabor. Comía como si aquello fuera una guerra. Cada bocado, una pequeña victoria.

Se sentó frente a mí. No tocó su plato.

No comen comida humana.

Lo observaba por el rabillo del ojo. Tenía un plato delante —lo mismo que yo—, pero su tenedor no se movió. Su copa de vino permaneció intacta.

—No estás comiendo —dije. Entonces recordé que le había ordenado que no hablara.

Él arqueó una ceja, esperando.

Solté el tenedor. —Está bien. Puedes hablar. Pero solo para responder preguntas.

—Qué generosa —se reclinó en su silla con una gracia lánguida —. ¿Qué desearías saber?

Todo. Por qué yo. Qué me hiciste. Qué significa esta atracción entre nosotros.

—¿Por qué no comes?

—No me sustenta.

—¿Y qué te sustenta a ti?

Su sonrisa se volvió más afilada. —Cuidado, pequeña herrera. Algunas preguntas tienen respuestas que no te gustarán.

El calor me inundó la cara. El cuello. Más abajo.

Él lo vio. Por supuesto que lo vio. Sus fosas nasales se dilataron ligeramente y esa quietud depredadora se apoderó de él.

—Estás pensando en el páramo.

—No.

—Mentirosa —se inclinó hacia delante y volví a captar su aroma; oscuro, salvaje, perturbador de un modo que me hacía doler el cuerpo—. Puedo olerlo en ti. El deseo.

—Para.

—No he hecho nada —su voz bajó de tono—. Solo estoy aquí sentado. Mirando. Justo lo que me ordenaste que no hiciera.

Sus ojos recorrieron mi rostro. Mi garganta. Más abajo, hasta donde mi respiración se estaba acelerando demasiado.

—Deja de MIRARME.

—No.

Me levanté tan rápido que mi silla chirrió contra el suelo de piedra.

—Estás en mi casa —dijo él suavemente—. Comiendo mi comida. En seis días, serás mi esposa. Te miraré todo lo que me plazca.

—¿Y si te saco los ojos?

—Entonces conoceré tu rostro a través del tacto.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros. Me ardía la piel allí donde se posaba su mirada.

Salí de allí antes de que pudiera verme las manos temblorosas. Antes de que hiciera una estupidez.

A la izquierda por las puertas principales. Subida por la escalera. Giro a la derecha. Pasillo adelante.

Conté cada paso.

De vuelta en mis aposentos, apoyé la espalda contra la puerta e intenté respirar.

Esa atracción era más fuerte ahora, como si estar cerca de él la hubiera alimentado de algún modo.

Me acerqué a la ventana y descorrí las cortinas. Los cuervos se habían ido, pero sus regalos permanecían allí. Repartidos por el alféizar como ofrendas.

No debería tocarlos. No debería aceptar nada de él.

Aun así, cogí el botón de plata. Pequeño. Frío. Corriente.

Me lo guardé en el bolsillo.

Seis días. Seis días para encontrar una salida.

Yo era la hija de un herrero. Conocía el metal. Conocía el calor. Sabía cómo encontrar las grietas en las cosas; los fallos, los puntos débiles, los lugares donde la presión las hacía quebrarse.

Solo tenía que encontrar los suyos.

CAPÍTULO
CATORCE

RAITH

Ha pedido cenar en el comedor.

Hice que la señora Pruitt lo repitiera dos veces, convencido de que había oído mal.

—En el comedor, milord. Ha sido muy específica. A las ocho, si le parece bien.

No me parecía bien. Me confundía, lo cual era peor.

Había aparecido en el desayuno —todo columna de hierro y silencio gélido— y luego se había retirado a sus aposentos durante el resto del día. La había sentido a través del vínculo, de un lado a otro, inquieta, con esa magnífica furia irradiando a través de las paredes como el calor de una forja. Había rechazado el almuerzo. Había rechazado cada intento de la señora Pruitt por convencerla de que saliera.

¿Y ahora quería cenar conmigo?

¿Qué estás planeando, pequeña Wren?

—Dígale que allí estaré —dije—. Y que el cocinero prepare algo... impresionante.

La señora Pruitt arqueó una ceja pero no hizo ningún comentario. Mujer sabia.

Pasé las horas restantes en la torre de los cuervos, fingiendo leer correspondencia mientras en realidad observaba el sol arrastrarse hacia el horizonte. Edgar estaba en su percha, mirándome con lo que solo podría describir como diversión.

—Ni se te ocurra —le advertí.

—PROBLEMAS —dijo él, porque no tenía el más mínimo respeto por mi dignidad.

No se equivocaba.

YA ESTABA SENTADA CUANDO LLEGUÉ.

Fue algo deliberado, estaba seguro; me negaba el placer de verla entrar, de que caminara hacia mí. Se había apropiado del territorio primero. Se había establecido como algo distinto a una invitada que espera ser recibida.

Astuta.

Llevaba uno de los vestidos que yo le había proporcionado. De terciopelo verde oscuro que hacía que su piel brillara como la luz de las velas, con su cabello oscuro recogido para exponer la línea de su garganta. El clavo seguía colgando de su clavícula: ese pequeño desafío, esa promesa de hierro contra mi piel.

Parecía una duquesa. Parecía una reina.

Parecía que iba a la guerra.

—Has venido —dije, tomando asiento frente a ella. La mesa era inmensa —cabían treinta con facilidad—, pero estábamos situados en un extremo, lo bastante cerca como para tocarnos si alguno de los dos estiraba el brazo.

Ninguno de los dos lo estiró.

—Tengo preguntas. —No perdió el tiempo con cortesías—. Vas a responderlas.

—¿Ah, sí? —Me eché hacia atrás, fingiendo una naturalidad que no sentía—. ¿Qué te hace estar tan segura?

—Porque no puedes mentir. —Esos ojos de hierro me dejaron clavado en el sitio—. Y porque quieres que deje de esconderme en mi habitación. Así que responde a mis preguntas y quizá te honre con mi presencia en las comidas en lugar de hacer que tus criados suban y bajen bandejas por las escaleras.

Una negociación. Estaba negociando conmigo.

Encantador.

—Pregunta —dije—. Responderé a lo que pueda.

Cogió el tenedor, tomó un bocado del faisán y masticó lentamente, haciéndome esperar. Cuando finalmente habló, su voz era engañosamente casual.

—Los cuatro señores. Tú, Thornwood, Shadowmere, Winterhollow. Afirmáis ser primos.

—Afirmamos eso, sí.

—¿Es verdad?

La pregunta quedó suspendida entre nosotros. Podía evadirla. Podía analizar las palabras con cuidado, darle una verdad que fuera también una mentira. Pero ella lo sabría. Calaría el engaño y cualquier frágil terreno que hubiéramos ganado se desmoronaría.

Además, en cinco días los conocería a todos. La ceremonia de vinculación requería testigos. Los cuatro hermanos, de pie ante las piedras. Vería el parecido. Se daría cuenta.

—No.

Su tenedor se detuvo a medio camino de la boca. —¿No?

—Somos hermanos —las palabras se sintieron extrañas al decirlas en voz alta ante una humana—. No primos. Hermanos.

Dejó el tenedor. La observé asimilarlo; observé cómo reorganizaba todo lo que creía saber.

—Cuatro hermanos —dijo lentamente—. Cuatro propiedades. Cuatro señores que nunca envejecen, nunca cambian, nunca... —Se detuvo—. ¿Qué edad tienes?

—Soy viejo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo. Dejé de contar hace siglos. Me pareció... inútil.

—Siglos. —Su voz era plana—. Has estado vivo durante siglos.

—Más tiempo. Pero a partir de cierto punto, los números pierden su significado.

Se quedó en silencio un largo rato. Podía sentir su pulso a través del vínculo: constante, controlado, más rápido de lo que ella quería que yo supiera.

—Las mujeres —dijo finalmente—. Las que tú... te llevaste. A lo largo de los siglos. ¿Cuántas?

—No lo sé. —Era la verdad, y odié cómo sonaba—. Tampoco llevaba la cuenta de ellas.

—Porque no importaban.

—Porque eran... —me detuve. Sonreí, dejando que el depredador asomara—. Cuidado, pequeña Wren. Estás peligrosamente cerca de hacerme sonar como un villano.

—¿No lo eres?

—Absolutamente. Pero soy un villano que responde a las preguntas con sinceridad. Eso debería contar algo.

No sonrió. —¿Y yo? ¿Soy una distracción? ¿Otra mujer que no importará?

—No.

La palabra salió con más dureza de la que pretendía. Ella lo notó; vi cómo sus ojos se agudizaban, registrando el desliz.

Cuidado. Ella te está cazando tanto como tú la cazas a ella.

El pensamiento debería haberme molestado. En cambio, envió un calor serpentante por mis venas.

—Entonces, ¿qué soy?

Me levanté de la silla. Sus hombros se tensaron, pero no retrocedió; se limitó a observarme con esos ojos de hierro mientras yo rodeaba la mesa hacia ella.

No la fuerces, hermano.

La advertencia de Cade se deslizó por mi mente. No la estaba forzando. Había jurado no usar mis poderes y no lo haría. Pero no había nada en nuestro trato sobre la proximidad. Sobre la presencia. Sobre hacerle sentir exactamente lo que ella me hacía sentir a mí sin que mediara ni una gota de magia fae.

—Eres una pregunta que no puedo responder. —Me detuve junto a su silla. Lo bastante cerca como para olerla: a hierro, a humo y a deseo—. Un rompecabezas que no puedo resolver.

—Qué frustrante para ti.

—Inmensamente. —Bajé la mano y tracé con un dedo el dorso de su mano, que descansaba sobre la mesa. Solo un roce. Solo piel sobre piel.

Su pulso dio un salto. Lo sentí a través del vínculo como un golpe en el pecho.

—Hay una conexión entre nosotros —continué, manteniendo el tono ligero. Conversacional—. La has sentido.

—La atracción. —No apartó la mano. Interesante—. Puedo sentir dónde estás. A veces, lo que estás sintiendo.

—¿Y qué estoy sintiendo ahora?

Su mandíbula se tensó. Lo sabía. Por supuesto que lo sabía; yo estaba dejando que se filtrara a través del vínculo deliberadamente. No era poder fae. Era solo... sinceridad.

—¿Qué es esta conexión? —preguntó ella en lugar de responder —. ¿Cómo se llama?

Dejé que mis dedos recorrieran su muñeca. Encontré el punto donde su pulso latía rápido y ardiente.

—Entre los fae, cuando algo reconoce a su pareja, se forma un vínculo. —Presioné el pulgar contra aquel aleteo de vida—. Se llama vínculo de pareja.

Se quedó muy quieta. —¿Un vínculo de pareja?

—Sí.

—Yo no soy fae.

—No. —Levanté su mano, poniéndola palma arriba. Tracé las líneas que había allí como si estuviera leyendo su destino—. No lo eres.

—Entonces cómo... —Se le cortó la respiración cuando mi dedo encontró el centro sensible de su palma—. ¿Ha pasado esto antes? ¿Con una humana?

—Una vez. —Llevé su palma a mi boca. Presioné los labios contra la piel suave. Sus dedos temblaron—. Mi hermano. El duque de Thornwood. Su esposa es humana.

—Liora —su voz sonó ronca—. La duquesa.

—Sí. —Dejé que mi lengua trazara la línea que había dibujado. Me supo a sal, a hierro, a deseo—. Ella podría responder a preguntas que yo no puedo.

Retiró la mano. Lenta, deliberadamente; no fue una retirada, sino una reclamación. Sus mejillas estaban sonrosadas, su respiración inestable, pero su voz era de hielo.

—¿Qué pasa después de que nos casemos?

—El vínculo se solidifica. Se vuelve permanente.

—¿Permanente en qué sentido?

Me coloqué detrás de su silla. Dejé que mis manos descansaran sobre la madera tallada a ambos lados de sus hombros. Sin tocarla. Solo... ahí.

—Siempre sabré dónde estás. Qué estás sintiendo —me incliné cerca de su oído—. Tú sabrás lo mismo de mí. No podré querer a otra. Jamás.

—¿Y yo? —No se giró. No se apartó—. ¿Qué me pasa a mí?

No la fuerces.

Pero ya la estaba forzando, ¿verdad? El trato. Las deudas. La jaula que había construido con papel y ventajas. Estaba aquí porque no le había dejado otra opción.

El pensamiento se instaló en mi pecho como una piedra.

—No lo sé —admití—. La esposa de mi hermano está cambiando: cura más rápido, siente cosas que no debería. Pero más allá de eso... —Me obligué a decirlo—. Eres humana. Envejecerás. Morirás. Y yo seguiré aquí. Atado a un recuerdo.

Se quedó callada largo tiempo. Cuando habló, su voz era monocorde.

—Eso suena a castigo.

—No pretende serlo. —Me enderecé. Me acerqué al aparador. Serví un vino que no bebería, solo para tener algo que hacer con las manos—. Simplemente lo es.

—Deberías habérmelo dicho. Antes de que aceptara.

—¿Habría cambiado tu respuesta?

Silencio. Ambos sabíamos la verdad: me había asegurado de que no tuviera otra respuesta que dar más que un sí.

No la fuerces.

Ya la estaba forzando. Cada momento. Cada día. La única pregunta era cuánto más me llevaría yo.

Cogió el tenedor. Tomó otro bocado. Mantener la compostura le costaba un esfuerzo; podía verlo en la línea rígida de su cuello, en la cuidadosa precisión de sus movimientos.

—No estás comiendo —observó.

—No me sustenta.

—¿Qué lo hace?

Me giré de nuevo para mirarla. Dejé que la sonrisa se extendiera lenta y afilada.

—La belleza. El placer. Las emociones fuertes. —Me acerqué a ella de nuevo; parecía que no podía evitarlo—. El miedo sabe a cobre. La rabia a humo. Y el deseo...

Me detuve de nuevo detrás de su silla. Me incliné hasta que mi boca estuvo a centímetros de su oído.

—El deseo sabe a miel y fuego. Y tú, pequeña Wren, estás empapada en él.

Su mano se cerró con fuerza sobre el tenedor. —No sé de qué hablas.

—Mentirosa. —Inhalé contra su cuello, sin llegar a tocarla—. Puedo olerlo en ti. Puedo sentirlo a través del vínculo. Estás mojada desde que has entrado en esta habitación, ¿verdad? Desde antes. Desde el desayuno, cuando me miraste y todo tu cuerpo se tensó de deseo.

—Eres asqueroso.

—Soy sincero. —Dejé que mis labios rozaran el pabellón de su oreja; apenas un toque, apenas nada—. Hay una diferencia.

Se apartó de la mesa de un empujón. Se puso en pie. Se giró para enfrentarme con los ojos encendidos.

—Te crees muy listo —dijo—. Jugando a tus juegos, tocando las teclas adecuadas. ¿Crees que no sé lo que haces?

—Creo que sabes exactamente lo que estoy haciendo. —Me acerqué más. Ella se mantuvo firme—. Creo que viniste aquí esta noche planeando hacerme lo mismo a mí. Usar esas preguntas como armas. Hacer que te deseara tanto que te contara cualquier cosa.

Algo brilló en sus ojos. Había dado en el clavo.

—¿No es así? —Alargué la mano y le coloqué un mechón de pelo tras la oreja. Mis dedos se demoraron en la piel suave de debajo—. Te pusiste el vestido. Viniste a mi comedor. Hiciste tus preguntas con esa boca en la que no puedo dejar de pensar. Me estabas cazando, pequeña Wren.

—¿Y si era así?

—Entonces estamos igualados. —Dejé que mi mano se deslizara por su cuello. Encontré el clavo que colgaba de su clavícula. El hierro

vibró contra las yemas de mis dedos: advertencia, promesa—. La cuestión es quién se rompe primero.

—Yo no.

—¿No? —Seguí la cadena, el hueco de su garganta, el rápido aleteo de su pulso—. Tu corazón dice lo contrario.

Me agarró la muñeca. Su agarre era fuerte —fuerte como una forja—, pero no me apartó. Solo me mantuvo allí, inmóvil, con sus ojos clavados en los míos.

—Juraste no usar tus poderes conmigo.

—No lo estoy haciendo. —Me acerqué más. Lo suficiente como para ver las motas doradas en sus ojos gris hierro—. Esto soy solo yo. Solo puro deseo. Sin necesidad de magia.

—Mentiroso.

—No puedo mentir. —Sonreí—. ¿Recuerdas?

Su presión sobre mi muñeca aumentó. Su respiración se había vuelto irregular. El vínculo entre nosotros gritaba —*tómala, tómala, tómala*— y podía sentir su deseo filtrándose, mezclándose con el mío hasta que no podía distinguir de quién era cada hambre.

—Debería irme —dijo. No se movió.

—Sí. —Yo tampoco me moví—. Deberías.

—Me voy a ir.

—Pues vete.

Me besó.

No me lo esperaba; había esperado ser yo el que se rompiera, el que estallara, el que despejara la mesa de un manotazo y cogiera lo que quería. Pero ella me agarró de la camisa, me atrajo hacia su boca y me besó como si quisiera devorarme.

Y la dejé.

Durante unos tres segundos.

Entonces siglos de hambre tomaron el mando y la subí a la mesa de un movimiento, entre platos que se estrellaban y vino que salpicaba, mientras sus piernas se envolvían a mi alrededor y yo le devolvía el beso con todo lo que tenía.

—Te odio —jadeó contra mi boca.

—Lo sé. —Hice un puño con el pelo de su nuca, le eché la cabeza hacia atrás y busqué la línea de su garganta con los dientes—. Lo

sé.

CAPÍTULO
QUINCE

BRANWEN

No era mi intención besarlo.

Había venido a esta cena con un plan: usar las preguntas como armas, mantener el control, hacer que él se doblegara primero. Y estaba ganando. Lo había visto en sus ojos, en las grietas de su compostura, en la forma en que le temblaban las manos al rozar mi muñeca.

Y entonces me ha llamado cazadora. Me ha mirado como si viera exactamente lo que yo estaba haciendo y me quisiera a pesar de todo.

Y he perdido los estribos.

Ahora estaba sobre su mesa de comedor con las piernas rodeándolo y sus dientes en mi garganta, y no estaba pensando en escapar. No estaba pensando en nada.

—Te odio. —Le he clavado las uñas en los hombros, atrayéndolo hacia mí.

—Lo sé. —Ha enredado el puño en mi pelo, echándome la cabeza hacia atrás—. Muéstrame cuánto.

Le he mordido el labio con la fuerza suficiente para saborear el cobre.

Ha gruñido —ha sido un gruñido real, un sonido que vibraba a través de su pecho hasta el mío— y luego sus manos han ido a mi corpiño y he oído la tela romperse. Aire fresco. Su boca. Un calor que florecía en mi piel mientras pasaba su lengua por la curva de mi pecho.

Le he agarrado el pelo y he tirado. Sin delicadeza.

Su risa ha sido sombría. Equivocada. El sonido de algo ancestral que encuentra una presa. —Ahí está.

Ha cerrado la boca sobre mi pezón y ha succionado con tal fuerza que mi espalda se ha arqueado despegándose de la mesa. Me he oído emitir un sonido —agudo, desesperado, que no se parecía en nada a mi propia voz— y lo he odiado. Lo he odiado a él. He odiado que ya estuviera húmeda entre mis muslos, ya anhelante, ya perdida.

Ha pasado al otro pecho y su mano ha tomado el relevo de su boca: ruda, exigente, pellizcando hasta que el placer ha rozado el dolor.

Le he hundido las uñas por la espalda. Incluso a través de la camisa, he sentido su estremecimiento.

Bien. Quería dejar marcas. Quería que sintiera esto mañana.

Su mano se ha deslizado bajo mis faldas. Me ha encontrado a través de la abertura de mis pololos. Sus dedos han separado mis pliegues y me he sacudido contra él, dejando escapar un gemido antes de poder evitarlo.

—Empapada. —Su voz se había vuelto algo apenas humano—. Estás chorreando por mí.

Le he agarrado de la muñeca. Lo he mantenido quieto. —No te regodees.

—No me estoy regodeando. —Ha empujado dos dedos dentro de mí y he jadeado—. Estoy saboreando.

Ha empezado a moverse; estocadas lentas y deliberadas que me han dado ganas de gritar. Su pulgar ha encontrado mi clítoris y ha presionado, ha trazado círculos, se ha retirado. Otra vez. Otra vez. Llevándome hacia algo que no quería entregarle.

He luchado contra ello. He intentado controlar mi respiración, mis reacciones, los sonidos que amenazaban con brotar de mi garganta. Se ha dado cuenta. Por supuesto que se ha dado cuenta.

—No lo hagas. —Ha flexionado los dedos, encontrando un punto que ha hecho que mis caderas se agitaran—. No te escondas de mí.

—No estoy...

Ha añadido un tercer dedo y he dado un grito. La distensión quemaba. No se detuvo. No aminoró la marcha. Simplemente siguió follándome con la mano mientras su pulgar trabajaba mi clítoris hasta que empecé a retorcerme bajo él, emitiendo sonidos que nunca antes había hecho y que no podía dejar de hacer.

—Eso es. —Su boca estaba junto a mi oreja, su aliento caliente contra mi piel—. Dámelo todo.

Estaba cerca. Demasiado cerca. Podía sentir el abismo precipitándose hacia mí y no quería caer por él, no quería darle esa satisfacción...

Ha retirado la mano.

Casi he gritado. Casi lo agarro para obligar a sus dedos a volver a donde los necesitaba. Mi cuerpo temblaba, vacío, furioso.

—Quiero sentirte correrte alrededor de mi polla. —Se estaba desabrochando los pantalones—. No de mis dedos.

Lo he visto liberarse —duro, grueso, ya húmedo en la punta— y algo primario se ha contraído en lo bajo de mi vientre. Deseo. Puro deseo animal.

Me ha arrastrado hasta el borde de la mesa. Se ha posicionado a mi entrada. El grueso glande ha presionado contra mí, abriéndome, y se ha detenido.

—Mírame.

He sostenido su mirada.

—Di que sí.

Le he agarrado de las caderas y he tirado de él hacia delante.

Se ha hundido en mí de una sola y brutal estocada.

He gritado. La dilatación era excesiva; él era demasiado grande, demasiado profundo, llenándome de forma tan completa que no podía respirar. Se ha quedado quieto, enterrado hasta la empuñadura, con su frente apoyada contra la mía. Podía sentir que temblaba por el esfuerzo de no moverse.

—Wren...

—No. —He envuelto mis piernas alrededor de él, atrayéndolo más adentro—. No seas delicado.

Algo ha destellado en sus ojos. Algo salvaje. Desatado.

Ha dejado de ser delicado.

La mesa golpeaba contra la pared con cada embestida. He oído platos romperse, cristales estallar, no me ha importado. No podía importarme. Me estaba penetrando con tal fuerza que mi visión se nublaba en los bordes, sus manos me dejaban moratones en las caderas, su polla golpeaba lugares dentro de mí que no sabía que existían.

He seguido su ritmo. He respondido a cada embestida brutal con la mía propia. Le he hundido las uñas en la espalda con la fuerza suficiente para desgarrar la tela, para sacarle sangre. No estábamos haciendo el amor. Estábamos intentando destruirnos mutuamente.

El vínculo entre nosotros se había rasgado de par en par.

Sentía su placer junto al mío: el calor de mi cuerpo apretándose a su alrededor, lo cerca que estaba él de perder el control por completo. Y él podía sentirme a mí. Sentir cuánto deseaba esto, cuánto odiaba desearlo, la guerra en mi interior entre la furia y la necesidad.

Su glamour ha empezado a flaquear.

Lo he visto suceder. Sus facciones se afilaban, volviéndose más angulosas. Demasiado perfectas. Erróneas. Sus dientes cuando me ha sonreído... demasiado puntiagudos. Y sus ojos. Sus ojos brillaban.

El monstruo que había debajo. El ser ancestral que llevaba una máscara hermosa.

Debería haber estado aterrorizada.

En su lugar, lo he atraído hacia abajo y lo he besado.

Ha emitido un sonido contra mi boca —algo entre un gemido y un gruñido— y entonces su mano se ha interpuesto entre nosotros, encontrando mi clítoris, trabajándolo con círculos apretados mientras me embestía. La sensación dual —su polla llenándome, sus dedos implacables— me ha empujado al abismo.

Cuando he llegado al orgasmo, el vínculo se ha tensado al máximo.

Su placer se ha estrellado contra mí. No solo el eco que había sentido antes; fue toda la fuerza de este, abrumadora, devastadora. Sentí lo que él sentía. El apretado y húmedo agarre de mi cuerpo. La forma en que me apretaba a él. El hambre que se había estado acumulando desde el Primero de Mayo, finalmente saciada.

Y debajo de todo, resonando a través de ambos: *Mía.*

Él ha llegado un momento después, con mi nombre arrancado de su garganta mientras se derramaba dentro de mí. Yo también lo he sentido: su liberación, la forma en que pulsaba contra mis paredes internas, la forma en que algo en su interior se rompía por completo.

Por un instante, no sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba él.

EL VÍNCULO se sentía más fuerte ahora.

Me he quedado tumbada sobre la mesa arruinada, rodeada de platos rotos y vino derramado, y podía sentirlo. No solo su cuerpo presionado contra el mío. Sus latidos. Su respiración. Los bordes de sus emociones filtrándose en las mías.

Más fuerte. Mucho más fuerte que antes.

Cada vez se hace más fuerte.

La comprensión me ha golpeado como un jarro de agua fría.

Me he incorporado. Lo he empujado hacia atrás. Él se ha apartado, observándome con esos ojos inhumanos, con su glamour todavía hecho jirones a su alrededor.

—El vínculo. —Mi voz ha salido ronca—. Ha cambiado. Justo ahora.

—La intimidad física lo fortalece.

—Podrías haberlo mencionado antes.

—¿Te habría detenido?

No. Y ambos lo sabíamos. Esa era la peor parte.

Me he deslizado fuera de la mesa. He recuperado el equilibrio entre los escombros. Mi vestido estaba arruinado. Me dolía el cuerpo. Aún podía sentirlo dentro de mí, el fantasma de su polla, el recuerdo de lo llena que había estado.

Y bajo mi piel, el vínculo vibraba. Contento. Satisfecho.

Como una cadena que acabaran de tensar.

—Necesito ver a Liora. —No lo he mirado—. La esposa de su hermano.

—¿Por qué?

—Porque ella es humana. Y está vinculada a uno de los vuestros. —He buscado mi corpiño desgarrado para mantenerlo cerrado—. Tengo preguntas que ella puede responder.

Se ha quedado en silencio por un momento. Cuando volví a mirar, su rostro era inescrutable. El glamour volvía a su lugar: apuesto, encantador, humano. El monstruo guardado tras la máscara.

—Enviaré un mensaje a Thornwood.

He caminado hacia la puerta. Mis piernas estaban inestables. El vínculo tiraba de mí, queriendo que regresara, que lo tocara de nuevo, que lo dejara entrar en mí otra vez.

He seguido caminando.

—Wren.

Me he detenido en el umbral. No me he girado.

—Cinco días.

—Lo sé.

Me he marchado antes de que pudiera decir nada más.

Mis aposentos estaban oscuros.

He cerrado la puerta con llave. He apoyado la espalda contra ella. Me he deslizado hacia abajo hasta quedar sentada en el suelo con mi vestido arruinado amontonado a mi alrededor.

El vínculo latía en mi pecho. Aún podía sentirlo a él en el comedor. Sentir su hambre, apenas saciada. Sentir algo debajo que me negaba a nombrar.

Me he presionado las palmas contra los ojos hasta ver estrellas.

Estúpida. Qué estúpida. Le había dado exactamente lo que quería. Le había dejado entrar en mi cuerpo, había dejado que el

vínculo se fortaleciera, le había dejado estar mucho más cerca de poseerme por completo.

Y lo había deseado. Cada segundo. Lo había deseado tanto que había dejado de pensar, dejado de luchar, dejado de ser nada más que calor y necesidad y *sí*.

Mi cuerpo seguía vibrando. Siguiendo anhelando. El vínculo estaba satisfecho pero yo no... o sí lo estaba, y lo odiaba, odiaba lo bien que se había sentido, odiaba que ya quisiera más.

Esto no cambia nada.

Se lo había dicho a él. Ahora me lo decía a mí misma.

Desearlo no significaba elegirlo. Dejar que tuviera mi cuerpo no significaba dejar que tuviera el resto de mí. En cinco días me casaría con él, me vincularía a él para siempre, y no había ni una maldita cosa que pudiera hacer al respecto.

Pero aún podía encontrar una salida. Podía hablar con Liora, averiguar qué sabía ella, qué opciones existían. Aún podía luchar.

El vínculo ha vuelto a latir. Cálido. Insistente.

Lo he bloqueado.

Cinco días. Encontraría una salida en cinco días.

Y si no podía...

Prendería fuego a esa torre cuando llegara el momento.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

RAITH

Dejé el comedor hecho un desastre.

La mesa yacía hecha astillas donde la había apartado de un empujón. Cristales hechos añicos brillaban por el suelo como estrellas dispersas. Una silla había terminado, de alguna manera, incrustada en la pared; no recordaba haberla lanzado, pero las pruebas sugerían lo contrario.

No llamé a los sirvientes para que limpiaran. Que lo vean. Que lo vea *ella*, si se digna a bajar del rincón donde se haya retirado. Que vea lo que me ha hecho.

Ella me besó primero.

El pensamiento me había rondado la mente toda la noche como un buitre sobre la carroña. No había dormido. Ni siquiera lo había intentado. Me limité a caminar por mis aposentos como el ser enjaulado que era, reviviendo cada momento.

Su boca sobre la mía. Sus manos en mi pelo. La forma en que me había mordido el labio con la fuerza suficiente para hacerme sangrar, y el sonido que emitió cuando yo le devolví el favor.

—Lo sé —había dicho. Como si no fuera nada. Como si aceptar a un monstruo fuera solo otra tarea que completar antes del desayuno.

Me encontré ante la ventana, contemplando unos terrenos por los que había caminado desde antes de que este castillo tuviera nombre. La niebla matinal se aferraba a los páramos como un sudario, gris, espesa y familiar. Los cuervos salpicaban las almenas,

las torres, las piedras ancestrales; mis oscuros centinelas, vigilándolo todo y a todos.

Incluyéndola a ella.

Podía sentirla a través del vínculo; con más fuerza ahora, después de lo de anoche. Después de haber estado dentro de ella. Después de que se hubiera quebrado en mis brazos y aun así me mirara como si valiera algo. Estaba despierta. Inquieta. En algún lugar del ala este, probablemente tramando mi destrucción con esa mente suya, tan magnífica como exasperante.

Mi cuerpo se tensó ante el recuerdo. Su sabor. Su calor. La forma en que se arqueó contra mí—.

Basta.

Me aparté de la ventana y salí al exterior a paso firme antes de cometer una estupidez. Como ir a buscarla. Como acorralarla contra la pared más cercana y recordarnos a ambos exactamente lo que habíamos hecho en aquel comedor en ruinas.

Los terrenos de Ravenmoor eran antiguos incluso para los estándares de los fae. Menhires más viejos que la memoria salpicaban las colinas. Los jardines formales hace tiempo que se habían rendido a lo salvaje; nunca le había visto sentido a domesticar cosas que crecen mejor sin control.

Edgar me encontró en la terraza norte, posándose en mi hombro con la tranquila confianza que compartíamos desde antes de que las cortes tuvieran nombre.

—WREN —dijo. Era la única palabra que había pronunciado desde ayer. Como si hubiera encontrado una nueva favorita.

—Sí —respondí—. Lo sé.

—LINDA WREN.

—Ya lo has mencionado. Repetidamente.

Emitió un sonido que podría haber sido de diversión y comenzó a acicalarme el cuello de la camisa, que probablemente estaba torcido. No me había molestado en mirar el espejo esta mañana. No me

había molestado en casi nada, salvo en no echar abajo su puerta y terminar lo que habíamos empezado.

Lo sé.

¿Qué sabía exactamente? ¿Que yo era un fae? ¿Que era peligroso? ¿Que, incluso después de todo lo que hicimos anoche, quería repetirlo?

¿O que nada de eso importaba —el peligro, los siglos de crueldad que vestía como una segunda piel— porque ella me había elegido de todos modos?

Recorrí el perímetro del castillo, dejando que el aire de la mañana refrescara una sangre que aún corría demasiado caliente. Sobre mí, los cuervos daban vueltas y graznaban. A mi lado, mi sombra se alargaba, oscura, sobre la hierba húmeda por el rocío.

Y detrás de mí, en una ventana que me negaba a mirar, sentía que ella observaba.

Bien. Que me vea merodear por mi propio territorio como una bestia demasiado inquieta para su jaula. Que entienda que ella ha provocado esto: ha agrietado algo en mi interior que me he pasado una eternidad manteniendo sellado.

—Está mirando —observó Edgar.

—Soy consciente.

—MIRANDO MIRANDO.

—Gracias, Edgar. Tu informe de vigilancia es, como siempre, inestimable —le rasqué bajo el pico para suavizar el sarcasmo—. Quizá lo siguiente que puedas decirme sea qué está pensando.

Me dio un picotazo en la oreja. Justo.

Sentí que el cruce se abría antes de verlo.

Ese brillo familiar cerca de la puerta oriental: la realidad plegándose, el espacio entre los espacios abriéndose de par en par. Vex apareció, y la mañana cambió.

Vestía cueros de caza. Sus ojos brillaban tenuemente, incluso a la luz del día. Y su rostro—.

Había visto ese rostro antes. Cuando los enemigos cometían el error de amenazar lo que era suyo.

—Hermano —me erguí, y Edgar se erizó ante la repentina tensión—. Esta no es una visita de cortesía.

—No —caminó hacia mí a grandes zancadas, y me di cuenta de que no solo estaba enfadado. Estaba a punto de estallar. El mayor de nosotros, el que tenía el control, el que nos había mantenido a todos con vida gracias a su paciencia y estrategia... y estaba vibrando con la necesidad de destruir algo—. Algo ha estado merodeando por Thornwood.

Se me heló la sangre. —Liora—.

—A salvo —su mandíbula se tensó—. Por ahora. Pero ha habido exploradores. Fae, vigilando las fronteras. Haciendo preguntas en las aldeas.

—¿Qué clase de preguntas?

—Sobre mi esposa —las palabras salieron como cristales rotos—. Sobre el hijo que espera.

El niño. El primer hijo entre fae y humana de nuestra generación. La prueba de que el vínculo de sangre con humanos era posible, de que la antigua magia aún funcionaba, de que no estábamos muriendo tan rápido como sugería la era del hierro.

Por supuesto que alguien estaría interesado. Por supuesto que las cortes se darían cuenta.

—¿Seelie? —pregunté—. ¿Unseelie?

—¿Acaso importa? —los ojos de Vex se encontraron con los míos —. Nos están probando. Buscan debilidades. Creen que nos hemos vuelto blandos, escondidos en los páramos mientras el mundo olvida nuestros nombres.

Edgar se removió en mi hombro, apretando las garras. Podía sentir mi ira creciendo a la par que la de mi hermano.

—Se equivocan —dije.

—Sí —Vex sonrió, y ahí estaba eso que hacía estremecerse a los fae de menor rango. Demasiados dientes. Ojos que habían visto imperios nacer y caer sin sentir nada más que una leve curiosidad—. Se equivocan.

PERMANECIMOS EN EL PATIO, dos depredadores planeando una cacería, y sentí que la antigua violencia afloraba en mi sangre como una

vieja amiga.

—¿Qué hay de Ash y Cade? —pregunté.

—Cade es... Cade —lo que significaba que se habían visto sombras en los márgenes de las cosas, pero mi tercer hermano no se había dignado a hablar con nadie—. Ash está demasiado débil para viajar. Pero mandó aviso: si lo necesitamos, vendrá.

—No lo necesitaremos —no para unos exploradores. No para una prueba—. ¿Cuántos?

—Cuatro que hayamos contado. Posiblemente más.

Cuatro fae, rodeando el territorio de mi hermano como lobos que prueban a un ciervo herido. Excepto que el ciervo en cuestión era un Príncipe de Nocturne, y su esposa llevaba al niño más valioso de quizás un milenio, y si pensaban que nos habíamos vuelto blandos—.

—Acabaremos con esto —dije—. Hoy mismo.

—Sí —la mirada de Vex se desvió hacia el castillo que se alzaba tras de mí—. ¿Tu humana?

—Mía —la palabra salió con más posesividad de la que pretendía. No me corregí—. Estará bien.

—¿Estás seguro?

—No va a ir a ninguna parte, hermano —pensé en su clavo de hierro, en su terca negativa a huir, en la forma en que me había mirado anoche con esos ojos grises que lo veían todo—. Créeme; en todo caso, debería preocuparme por el estado en que quedará mi castillo cuando regrese.

Algo parecido a la diversión cruzó el rostro de Vex. —Me recuerda a Liora.

—No dejes que ninguna de las dos te oiga decir eso. Intercambiarán impresiones.

—Ya lo han hecho —ante mi mirada afilada, añadió—: Liora la conoció en el Mayday. Sentía... curiosidad.

Maravilloso. La esposa de mi hermano, comparando observaciones con mi... fuera lo que fuese Wren. Mi elegida por sangre. Mi tormento. Mi—.

Mi mujer, muy pronto.

El pensamiento calmó algo en mi pecho, incluso mientras me impacientaba por terminar esta cacería y volver con ella.

—Vamos a recordarles a las cortes por qué dejaron de ponernos a prueba en primer lugar —dije.

La encontré en la biblioteca.

Estaba acurrucada en el asiento de una ventana, con un libro abierto en el regazo que claramente no estaba leyendo. Cuando entré, levantó la vista con esos ojos gris acero, y mi cuerpo respondió antes de que mi mente pudiera reaccionar.

Mía.

Llevaba algo suave; un vestido de mañana, nada elaborado. Tenía el cabello oscuro suelto sobre los hombros. Y me miraba como si todavía estuviera decidiendo si huir o quedarse.

Quise cruzar la habitación. Acorralarla contra ese asiento. Recordar a qué sabía su boca, qué sonidos emitía cuando yo—.

—Te vas —dijo. No era una pregunta.

—Mi hermano me necesita —me detuve a una distancia prudencial. Si me acercaba más, no me iría—. Ha habido una amenaza contra su esposa. Contra el niño.

Algo vaciló en su expresión. —¿Liora? ¿Está ella—?

—Ilesa. Pero alguien ha estado merodeando por Thornwood, y Vex está... disgustado.

—Disgustado —cerró el libro—. ¿Es esa la forma fae de decir asesino?

—Es la forma fae de decir «probablemente debería ir a ayudarle antes de que empiece una guerra sin mí» —estudié su rostro, catalogando cada reacción. La preocupación. El cálculo. La forma en que su pulso saltó en su garganta cuando me acerqué un paso más a pesar de que me dictaba la razón—. No tardaré mucho.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Sentarme aquí y esperar como una buena prisionera?

—No eres una prisionera —las palabras salieron más bruscas de lo que pretendía—. Pero te quedarás aquí. No salgas de los terrenos.

No abandones Ravenmoor bajo ninguna circunstancia.

Levantó la barbilla. —¿Por qué?

Porque incendiaría el mundo si algo te pasara. Porque la idea de que estés desprotegida hace que algo salvaje me arañe el pecho. Porque acabo de encontrarte y no estoy dispuesto a perderte por mi propio descuido.

No dije nada de eso.

—Porque yo lo digo.

Mantuvo mi mirada durante un largo instante... y luego puso los ojos en blanco. Vi cómo sopesaba mis palabras, buscaba en ellas mentiras o manipulación. No encontraría nada; no podría mentirle aunque quisiera.

—Como desees, milord —el sarcasmo podría haber decapado la pintura—. No es que pudiera irme aunque quisiera.

Señaló vagamente hacia la ventana: los páramos extendiéndose infinitamente en todas direcciones, sin caballo, sin carruaje, sin ninguna salida que no pasara por él.

—Que disfrutes de la caza.

El desplante fue tan absoluto que casi sonreí. Casi.

—Edgar —dije, y el cuervo alzó el vuelo desde mi hombro—. Vigílala.

—WREN —asintió Edgar, posándose en el alféizar junto a ella—. LINDA WREN.

Ella miró al ave con algo que podría ser molestia. O afecto. Con ella, era difícil saberlo.

—Maravilloso. Una niñera.

—Un compañero —corregí—. Le gustas.

—Le gustan las cosas brillantes. Yo difícilmente soy—.

—Vete ya —dijo, interrumpiéndose—. Estás malgastando las horas de luz.

Me fui.

El cruce se abrió bajo mi mando, con una luz plateada ondulando contra la mañana gris. Vex pasó primero, su furia controlada pesando sobre mis sentidos.

Miré hacia atrás una vez. La vi de pie junto a la ventana, con Edgar como una sombra oscura a su lado, ignorándome ya por

completo.

Quédate en los terrenos, le dije mentalmente, sabiendo que no podía oírme. *Solo esta vez, Wren. Haz lo que te digo.*

—¿Vienes, hermano? —la voz de Vex resonó desde el cruce.

Crucé, y Ravenmoor desapareció tras de mí.

La caza había comenzado.

CAPÍTULO

DIECISIETE

RAITH

Le vi adentrarse en la nada.

En un momento estaba allí: sólido, real, exasperante. Al siguiente, una luz plateada ondeó por el patio como el calor que emana de las piedras en verano, y él entró en ella como si fuera una puerta. Su hermano le siguió. La luz se desvaneció tras ellos.

Se habían ido. Sin más... esfumados.

Me quedé ante la ventana hasta que estuve segura de que no era un truco. Hasta que el plateado se disipó por completo y el páramo se extendió vacío y gris en todas direcciones.

Una puerta hecha de luz. Un camino hacia otro lugar. Otra muestra de poder fae contra la que no tenía defensa alguna.

La lista se estaba haciendo larga.

Presioné la mano contra el cristal. Frío, sólido, real. Bajo mi palma, sentí un dolor —sordo y extraño, un tirón detrás de las costillas como un hilo tensado—. Había empezado anoche, después de lo que habíamos hecho en el comedor. Después de que yo le besara primero, como una idiota. Después de que él me inmovilizara contra la mesa y yo le rodeara con las piernas y dejara de fingir que no quería exactamente lo que él me estaba dando.

Mi cuerpo lo recordaba todo. Su peso. Los sonidos que él había emitido. La forma en que le habían temblado las manos: manos antiguas y poderosas que habían despedazado a hombres, temblando contra mi piel como si yo fuera la peligrosa.

Mi cuerpo era idiota. Pero eso ya lo sabía.

El dolor tiraba en la dirección en la que él se había ido, hacia esa imposible puerta de luz y lo que sea que hubiera al otro lado. Presioné con más fuerza contra el cristal hasta que el frío me caló en los dedos.

Entonces me puse en marcha.

Cinco días hasta la boda. Cinco días para encontrar una salida a esto que no terminara con mi padre en la calle y conmigo atada a un monstruo para la eternidad.

Había pasado uno de esos días con sus manos sobre mí en lugar de planificar salidas. Necesitaba reajustar mis prioridades. Independientemente de lo que mi cuerpo opinara al respecto, todavía tenía un padre a quien proteger y una vida que recuperar.

Edgar me observaba desde el alféizar, con la cabeza ladeada y unos ojos demasiado inteligentes para ser los de un pájaro.

—Deja de mirar —le dije—. No me voy a ir.

No por la puerta principal, al menos. No hasta que supiera qué dirección llevaba a casa.

El castillo era un laberinto.

Llevaba aquí dos días y aún no había visto ni la mitad. Raith me había dado vía libre por el lugar —o eso había dicho—, pero los pasillos se curvaban sobre sí mismos, las puertas daban a habitaciones que no volvía a encontrar y las escaleras me dejaban en un sitio distinto al que esperaba.

Arquitectura fae. Nada era lo que parecía.

Pasé la primera hora trazando un mapa de lo que podía, esta vez de forma adecuada. No de las estancias principales, pues esas ya las conocía. Sino los pasillos de servicio. Las escaleras traseras. El patio de la cocina con su puerta al huerto y el murete del huerto que daba a los terrenos exteriores.

Los sirvientes me observaban con expresiones cautelosas y neutrales. No intervenían. No sabía decir si era porque Raith les había ordenado que me dejaran en paz o porque sencillamente les traía sin cuidado lo que hiciera la humana.

El ala este, donde estaban mis aposentos. El ala oeste, que Raith nunca había prohibido explícitamente pero que se sentía... más pesada. Más antigua. Como si las propias piedras estuvieran vigilando.

No entré en el ala oeste. Hoy no. Necesitaba salir a los terrenos.

Edgar me siguió fuera, saltando de ventana en almena y de ahí a la rama de un árbol, manteniéndome siempre a la vista. Mi carcelero con plumas.

—WREN —graznó—. LINDA WREN.

—Sí, ya lo has mencionado.

Primero recorrí el perímetro del castillo. No para admirar el paisaje, sino para contar. Ventanas. Puertas. La distancia entre el patio de las caballerizas y la linde de los árboles al oeste. Cuánto trecho había desde la puerta de la cocina hasta la primera colina que pudiera ocultar a una persona.

No había caballos en los establos. Ni carruajes en las cocheras. Por supuesto. Él no era tonto.

Y nada de hierro. Por ninguna parte. Había revisado cada bisagra, cada pestillo, cada accesorio que había podido tocar: latón, cobre, madera, piedra. Ni un gramo de hierro en toda la propiedad. ¿Por qué iba a haberlo? Este era el castillo de un señor fae. El hierro era veneno aquí.

El único hierro en estos terrenos era el mío. El clavo que llevaba al cuello. Las limaduras ocultas en mi corsé y en el dobladillo de mi vestido. Todo lo que me había traído de la forja; todo lo que me quedaba de mi hogar.

Toqué el clavo a través del corpiño. El clavo de mi madre: sencillo, feo, lo último que me dio antes de que la fiebre se la llevara. Seguía ahí. Aún caliente por el contacto con mi piel. Aún real.

Tendría que ser suficiente, incluso si el monstruo que me había hecho correrme tan fuerte que olvidé mi propio nombre era aquel contra quien podría necesitarlo.

Los jardines formales se habían asilvestrado hacía tiempo. Los setos se extendían en masas enredadas. Los senderos desaparecían bajo la maleza. Los bancos de piedra se desmoronaban bajo una hiedra tan espesa que parecía pelaje verde.

Me abrí paso a pesar de todo. El punto débil que buscaba no estaría en las partes cuidadas. Estaría en los rincones olvidados, en los bordes, en los lugares que nadie se molestaba en mantener.

Lo que necesitaba era el camino. Cualquier camino. Incluso un sendero: algo que llevara hacia la aldea, hacia mi padre, hacia alguna versión de un plan que no terminara en un altar dentro de cinco días.

El vínculo volvió a doler. Un latido sordo, como cuando se presiona demasiado un moratón. Lo ignoré. Se me daba bien ignorar las cosas que dolían.

El páramo se abría más allá de los jardines: colinas onduladas de brezo y aulaga, con un cielo gris que pesaba como una tapadera. Podía verlo a través de los huecos del seto. Vacío. Salvaje.

—No salgas de los terrenos —había dicho él—. No abandones Ravenmoor bajo ninguna circunstancia.

Porque quería tenerme controlada. Porque un pájaro enjaulado era más fácil de desposar que uno libre. Porque Raith, marqués de Ravenmoor, estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, y lo que quería era tenerme de rodillas frente a un altar fae pronunciando votos que no podría retirar.

Encontré un hueco en el seto y lo atravesé.

El páramo se extendía ante mí. En algún lugar de por allí —¿al este?, ¿al sur?— estaba la aldea. La forja de mi padre. La vida a la que intentaba regresar a toda costa. Había llegado aquí en un carruaje con las cortinas echadas, demasiado furiosa para fijarme en la ruta.

Aquello había sido una estupidez. Debería haber contado los giros, observado la posición del sol, memorizado cada punto de referencia entre la forja y esta jaula. No volvería a cometer ese error.

Caminé un poco más, escudriñando el horizonte en busca de algo útil. La aguja de una iglesia. Una columna de humo de chimenea. La línea oscura de un camino cortando el brezo.

Edgar sobrevolaba en círculos. Sus graznidos habían cambiado: eran más agudos, más insistentes. No eran sus comentarios habituales.

—WREN —su voz voló por el páramo vacío—. ATRÁS. ATRÁS.

—Solo estoy echando un vistazo —le grité—. Dame diez minutos y...

Los cuervos enmudecieron.

Todos. No solo Edgar; cada pájaro posado en cada torre y almena de Ravenmoor a mis espaldas, todo ese coro negro que nunca, jamás, estaba callado. En un instante estaban graznando y haciendo lo que quiera que hagan los cuervos cuando su amo no está en casa.

Al siguiente, nada.

Dejé de caminar.

Edgar quedó suspendido e inmóvil en el aire sobre mí, con las alas extendidas y la cabeza girada hacia algo que yo no podía ver. Cada pluma estaba rígida. Cada línea de su cuerpo gritaba que algo iba *mal*.

El silencio me presionaba los oídos como si tuviera algodón. Ni viento. Ni pájaros. Ni ovejas a lo lejos. Solo los latidos de mi corazón, demasiado rápidos, demasiado fuertes.

La temperatura cayó en picado.

No fue de forma gradual. No fue como si una nube tapara el sol. En un momento el aire era fresco y soportable. Al siguiente, mi aliento formaba vaho frente a mi cara y el frío me calaba el vestido como el agua a través de la tela.

Eché mano al clavo de hierro en mi cuello.

Y entonces los sentí.

Surgieron del brezo como si llevaran allí horas agazapados.

Cuatro de ellos. Altos. Hermosos, si solo mirabas la superficie: los rostros elegantes, los rasgos finos, esa clase de belleza que hacía que los humanos se quedaran mirando, tropezaran y se olvidaran de respirar.

Yo no miré la superficie.

Vi lo que había debajo. Rostros afilados como cristal cortado. Ojos que no albergaban nada humano: nada cálido, nada mortal,

nada que hubiera conocido la piedad o la deseara. Bocas demasiado anchas, demasiado llenas de dientes que captaban la luz gris como cuchillas húmedas. El glamur resbalaba de ellos como el aceite del hierro, y lo que quedaba era antiguo, hambriento y totalmente despiadado.

No eran como los señores de los páramos. Aquellos cuatro tenían una crueldad perezosa, un hambre posesiva; se movían por el mundo como si les perteneciera. Estos eran algo distinto. Algo más frío. Algo que desprendía un aire de corte.

—La humana que ve a través del glamur —dijo uno de ellos. Su voz era como el viento entre las hojas muertas—. Sabíamos que acabarías saliendo.

Habían estado esperando. Pacientes como piedras. Vigilando el castillo, vigilándome a mí, sabiendo que buscaría una salida.

Sabiendo que iría directa a ellos.

El que estaba quemado —podía ver viejas cicatrices bajo su glamur, líneas plateadas desvaídas— dio un paso al frente. —Llevamos días observando a la mascota del *príncipe*. Esperando a que se alejara más allá del límite.

Príncipe.

La palabra me golpeó como agua fría. Príncipe. No señor. No marqués. *Príncipe*: como en la realeza fae, como en algo mucho más antiguo y peligroso que el título que ostentaba entre los humanos.

¿A qué demonios me había vinculado?

Límite.

No era el seto. Era otra cosa. Algo que yo había cruzado sin saber que estaba allí.

La advertencia de Raith no había sido por control. No se trataba de mantenerme enjaulada.

Me había estado manteniendo *viva*.

Ya me ocuparía de lo que eso significaba más tarde. En este momento, tenía a cuatro faes entre mí y la única seguridad que tanto había despreciado.

—¿Qué queréis? —Mantuve la voz plana. Aburrida, incluso. Los depredadores se alimentan del miedo, y yo dejé de servírselo hacía años.

—¿Qué queremos? —El fae ladeó la cabeza; con un movimiento de ave, malvado, una parodia del gesto curioso de Edgar—. Queremos entenderos, estudiaros, aprender cómo una hija humana del hierro y el fuego puede ver lo que otros no.

—No voy a ir a ninguna parte con vosotros.

Sonrió. Demasiados dientes.

—No tenéis elección.

Se movieron.

No corrí. Correr era de presas.

En su lugar, saqué el clavo de hierro de mi cuello.

El primero vino rápido, más rápido de lo que cualquier ojo humano podría seguir. Pero yo conocía las señales. El sutil cambio de peso antes de atacar. La forma en que sus cuerpos se tensaban como un aliento contenido.

Lancé el clavo trazando un arco, y conectó.

El fae *gritó*.

Un grito real: agudo, agonizante y conmocionado, como si no hubiera esperado que una humana hiciera otra cosa que acobardarse. El hierro trazó una línea en su mejilla, el humo brotó de la herida y el olor a carne quemada inundó el aire.

—¡Hierro! —gritó uno de los otros—. ¡Tiene hierro!

Sí. Lo tengo.

Giré hacia el segundo. Era más rápido que el primero —estaban aprendiendo, adaptándose—, pero mis brazos estaban entrenados en la forja. Sabían qué hacer incluso cuando mi mente no lograba seguir el ritmo.

El clavo le alcanzó el hombro. Otro grito. Otra columna de humo.

Un tercero se lanzó desde mi izquierda. Me agaché bajo sus brazos extendidos —por poco, sus dedos me engancharon el pelo— y le clavé el codo en el estómago. Golpear una piedra habría sido más blando. Aun así, le arañé el antebrazo con el clavo y me vi recompensada por el siseo de la sangre negra al contacto.

El cuarto vino directo hacia mí. Sin fintas. Sin precaución. Solo velocidad.

No lo pensé. Empujé el clavo hacia adelante con todo lo que tenía: la fuerza de la forja, la rabia y el recuerdo de cada persona a

la que amaba y que seres como este me habían arrebatado.

La punta de hierro se hundió en la garganta del fae.

Emitió un sonido —no fue un grito, fue algo más húmedo, algo final—. Sus manos arañaron el clavo, pero el hierro ya estaba haciendo lo que el hierro hace. El humo brotaba de la herida. Sangre negra corría entre sus dedos, espesa y corrupta. Sus piernas flaquearon.

Cayó al suelo y no volvió a levantarse.

El humo seguía subiendo. El cuerpo seguía quedándose rígido.

Y el clavo de mi madre —lo único que me quedaba de ella, el hierro que me puso en la mano antes de que la fiebre se la llevara— estaba enterrado en la garganta de un monstruo. Perdido.

Ya lo lloraría más tarde. Si es que había un más tarde.

Uno menos. Quedaban tres.

Pero los tres restantes se habían desplegado, rodeándome. Manteniéndose justo fuera de mi alcance. Habían visto morir a su compañero con hierro en la garganta y habían aprendido la lección.

—Criatura astuta —dijo el de la cara quemada. Su voz era más fría ahora, furiosa. La herida de hierro en su mejilla seguía humeando y el ojo de ese lado estaba lloroso y ciego—. Eso no os funcionará dos veces.

Se lanzaron contra mí a la vez.

PELEÉ. Hice que se ganaran cada centímetro.

Fuerza de forja y rabia: eso era todo lo que me quedaba. El clavo estaba enterrado en la garganta de un fae muerto y no iba a recuperarlo. Pero tenía hierro contra mi piel, hierro en las limaduras del dobladillo, y veintitrés años de furia.

Arañé el rostro del de las cicatrices con mi manga impregnada de hierro y este aulló. Le solté una patada al segundo en la rodilla y sentí que algo cedía. Golpeé con mi cabeza hacia atrás el rostro del tercero y escuché un crujido que satisfizo algo primario en mi pecho.

Había sangre negra por todas partes. Mía también ahora: un labio partido, algo desgarrado en mi hombro donde uno de ellos me

había retorcido el brazo.

Pero eran tres contra una, y eran más rápidos, más fuertes y más antiguos de lo que cualquier humano tiene derecho a combatir.

Una mano se cerró alrededor de mi garganta. Otra me atrapó la muñeca y la retorció hasta que grité. El tercero inmovilizó mi brazo con limaduras de hierro contra el brezo, lejos de cualquiera de ellos.

—No...

—Basta. —El rostro del quemado era una ruina. Un ojo se le había vuelto blanco y ciego, la mejilla era un desastre de carne carbonizada y sangre negra. Yo le había hecho eso. Quería hacerle algo peor—. Sujetadla.

Me inmovilizaron contra el suelo. El brezo se aplastaba bajo mi espalda. El cielo gris giraba sobre mí. Forcejeé, pero sus agarres eran de hierro... lo único que compartían con el metal que odiaban.

—Pagarás por ese ojo —dijo el quemado, tocándose el lado arruinado de la cara—. Cuando hayamos terminado de estudiarte, yo...

—Es demasiado valiosa para dañarla —otra voz, la del que había recibido la patada. Fría. Clínica. Ya recuperada—. No hasta que comprendamos qué es.

Se acercó con algo parecido a la curiosidad científica. Se agachó a mi lado. Estudió mi rostro como yo podría estudiar una pieza de herrería: con interés, pero sin ninguna preocupación por los sentimientos del metal.

—Sus ojos ven a través del glamur. Su sangre fluye cargada de hierro. Está vinculada a un príncipe de Nocturne y, sin embargo, lucha como si no hubiera sentido una compulsión en su vida. —Extendió la mano. Me tocó la cara con unos dedos que quemaban de puro frío—. ¿Qué eres, pequeña humana? ¿Qué secretos se esconden en esa sangre de hierro?

Príncipe de Nocturne. Ahí estaba otra vez. No un señor jugando a la aristocracia humana, sino un *príncipe* fae. Y no me lo había dicho. Por supuesto que no. Otro punto para la lista.

Le escupí a la cara.

Se rieron.

Todos ellos, incluso el quemado; se rieron como si yo hubiera hecho algo propio de un perro adiestrado. Divertido. Pintoresco. Sin importancia real.

Algo frío me presionó la sien. No hierro. Algo completamente distinto: magia fae, recorriendo mi cráneo como agua helada, filtrándose en lugares que no podía proteger.

—Duerme ahora —dijo el frío—. Sueña con tu príncipe. Vendrá a por ti... siempre lo hacen. Y cuando lo haga, estaremos listos.

Mi príncipe. No mi captor, no mi monstruo. *Mi príncipe.*

Iba a matarlo yo misma si sobrevivía a esto.

Raith.

Busqué el vínculo; esa extraña atadura, más fuerte ahora tras lo de anoche, tras todo lo que habíamos hecho. Podía sentirlo. Distante. Concentrado. El zumbido bajo de su presencia como un segundo corazón que yo no había pedido y que no podía silenciar.

Arrojé todo lo que tenía por ese hilo. Cada pizca de furia, miedo y lucha que me quedaba.

No sabía si él podía sentirlo. No sabía si funcionaba de esa manera.

Pero Edgar sí lo oyó.

Había estado volando en círculos, chillando, demasiado pequeño para luchar contra tres faes, demasiado leal para marcharse. Ahora se lanzó en picado; no contra ellos, pero sí cerca, lo suficiente para que pudiera verlo a través de la oscuridad que empezaba a nublar mi visión. Esos ojos brillantes y fieros que poseían más inteligencia de la que cualquier pájaro debería tener.

—¡EDGAR! —Mi voz salió pastosa, extraña, arrastrada por la magia—. Ve... búscale... ¡EDGAR!

Él se alejó girando en el aire. Las alas negras batían contra el cielo gris, volando más rápido de lo que cualquier pájaro natural debería volar. Volando hacia Thornwood. Hacia Raith.

Encuéntralo. Cuéntaselo.

Dile que he matado a uno de sus monstruos por él.

La oscuridad me envolvió.

Lo último que escuché fue la voz de Edgar, desvaneciéndose en la distancia.

WREN WREN WREN WREN...

Y después, nada.

CAPÍTULO
DIECIOCHO

RAITH

Los exploradores murieron con facilidad.

Tres de ellos: seelie, por el sabor de su magia. Jóvenes. Insensatos. Merodeando por Thornwood como lobos que acechan a un ciervo herido, sin darse cuenta de que el ciervo tenía espinas por dientes.

Los setos de Vex ya se habían cobrado a dos para cuando llegué. Del tercero me encargué yo personalmente.

—¿Alguna información? —preguntó Vex, limpiándose las manos en la hierba, que se había vuelto negra allí donde la sangre fae la había tocado.

—Nada útil. —Observé cómo el cuerpo se disolvía—. Estaban tanteando el terreno. Comprobando el tiempo de respuesta.

—Pues ya les hemos dado su respuesta.

Los setos se agitaron, satisfechos. Las espinas de Vex siempre habían sido criaturas hambrientas.

Nos quedamos a la sombra de los muros de Thornwood; el gran castillo se alzaba sobre nosotros como una promesa de violencia. Dentro esperaba Liora. Yo veía lo que ella le hacía a él; cómo los bordes afilados de mi hermano se suavizaban siempre que ella estaba cerca. El hijo que ella esperaba lo ablandaba aún más. Lo volvía peligroso de formas nuevas.

Por supuesto que las cortes estaban interesadas. Por supuesto que vendrían a husmear.

—¿Liora? —pregunté.

—A salvo. Quería salir de aquí con una espada. —Algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro de Vex—. La convencí de que el niño necesitaba protección más que yo.

—¿Y cómo fue esa conversación?

—Me dijo que era una reliquia antigua y prepotente con delirios de invencibilidad.

—No le falta razón.

—No. —Los ojos de Vex se dulcificaron solo un instante—. Rara vez se equivoca.

Nos quedamos en silencio. Hermanos. Depredadores. Monstruos que habían encontrado algo que valía la pena proteger.

Fue entonces cuando lo sentí.

Dolor.

No era mío. *Era de ella.*

El vínculo gritó; un alarido silencioso que me desgarró el pecho como una hoja de hielo. Me tambaleé, llevándome la mano al corazón, y por un momento no pude respirar.

Branwen.

Tenía miedo. No... estaba *luchando*. Podía sentirlo a través de la conexión: punzadas agudas de adrenalina y furia, y ese ardor particular y familiar del hierro siendo utilizado como arma.

—¿Raith? —La voz de Vex llegó desde muy lejos—. Hermano, ¿qué...?

El vínculo se *estiró*.

Es la única forma en que puedo describirlo. En un momento ella estaba allí; distante pero presente, un hilo cálido que nos conectaba a través de las millas. Al siguiente, se la llevaban a rastras. Imposiblemente lejos. Imposiblemente rápido.

A través de senderos fae. A través del cruce.

Alguien se la estaba llevando.

—Ravenmoor... —Mi voz sonó extraña. Rota—. Ha pasado algo. Ella...—

Una forma negra se precipitó desde el cielo.

Edgar.

Chocó contra mi hombro con fuerza, clavándome las garras hasta hacerme sangre, y por un momento solo pude oír sus graznidos.

—¡WREN! ¡WREN! ¡CAPTURADA! ¡WREN!

El mundo se volvió gélido.

—¿Cuándo? —Mi voz no parecía la mía. Demasiado plana. Demasiado calmado—. ¿Cuándo se la han llevado?

Edgar estaba herido. Tenía un ala mal colgada; no estaba rota, pero sí dañada, con las plumas arrancadas y apelmazadas por la sangre. Parte de ella no era suya. Fuera lo que fuese que hubiera ocurrido en Ravenmoor, él había luchado. Mi sombra leal, mi compañero desde antes de que las cortes tuvieran nombre; maltrecho y sangrando, y todavía gritando su nombre.

—¡WREN LUCHA! —gritó Edgar—. ¡QUEMADURA HIERRO! ¡WREN MATA!

Mató a uno.

—¡CLAVO! ¡CLAVO! ¡WREN MATA! —Su voz se quebró al pronunciar las palabras, como cristal roto y angustia—. ¡TRES LLEVAR! ¡IRSE LEJOS! ¡CORTES FAE!

Tres. Había matado a uno y tres se la habían llevado.

Seelie. Los exploradores no habían sido una distracción; habían sido una *prueba*. Nos atrajeron fuera de Ravenmoor mientras su verdadera fuerza esperaba fuera.

Fuera.

—Las protecciones... —comencé a decir.

—Tus protecciones aguantaron, hermano. —La voz de Cade llegó desde todas partes y desde ninguna. No lo había oído llegar; nadie lo hacía jamás. Salió de unas sombras que no deberían haber existido, con la oscuridad aferrada a él como una capa viviente.

—No estaba dentro de ellas —dijo, y sus ojos antiguos y vacíos se fijaron en mí—. Fui a Ravenmoor cuando sentí la magia seelie. Encontré el cuerpo que dejó atrás. Hierro en la garganta. —Algo parpadeó en su rostro—. Pero ni rastro de la mujer.

Había salido. Había *abandonado* las protecciones.

Le había dicho que se quedara dentro. Que permaneciera en el castillo. Y ella había salido de todos modos; cinco días antes de la

boda, cuando yo le había dado la espalda y mi atención estaba en otra parte.

Estaba huyendo.

La furia se enroscó en mi interior, fría y precisa. Había faltado a su palabra. Cinco días antes de la boda, yo de espaldas, y ella había *escapado*.

Y algo la estaba esperando.

—¿Adónde? —pregunté—. ¿Adónde se la llevan?

La cabeza de Edgar giró, rastreando algo que yo no podía ver. Siguiendo el hilo que lo conectaba a ella a través de mí.

—LEJOS. A LA CORTE. VA A...

—Territorio seelie —dijo Vex con gravedad—. Se la llevan a la Corte de Verano.

La busqué a través del vínculo. Extendí mi conciencia a lo largo de ese hilo de gasa, ahora más fino, tenso por la distancia y la magia fae.

Allí. Débil. Como un latido que se escucha bajo el agua.

Seguía viva. Seguía *allí*. Pero apenas, y cada vez se sentía más débil.

—Puedo sentirla. —Mis manos temblaban. No podía hacer que pararan—. Apenas. Se está desvaneciendo.

—Entonces vamos a recuperarla.

Me giré para mirar a mi hermano. Vex estaba a la sombra de sus espinas, con los ojos brillando de color verde en la luz mortecina. El que siempre mantenía el control. El paciente. El mayor, que había pasado más tiempo que ninguno de nosotros enseñando el valor de la estrategia sobre la violencia.

Su expresión ahora no mostraba nada de paciencia. Nada de control.

—No tenemos tiempo para la política —dije—. Si consiguen llevarla a la Corte de Verano...

—Entonces recordémosles a las cortes por qué nos temían antes de que tuvieran nombre.

Las espinas crujieron, de acuerdo con él.

No esperamos.

El cruce se abrió a las órdenes de Vex; una luz plateada onduló contra la realidad, una puerta a los espacios intermedios. Las sombras de Cade fluyeron hacia ella como agua buscando grietas.

Entonces llegó Ash.

Vino a través del cruce desde Winterhollow, más lento de lo que debería, con ojeras que no estaban allí en la boda de Vex. El más joven de nosotros y, últimamente, el más reservado.

—Ash. —La voz de Vex contenía una pregunta—. No tenías por qué venir.

—Es de la familia. —Ash apretó la mandíbula—. O respondemos juntos, o no somos nada.

Nadie lo discutió. No había nada que discutir.

Cuatro hermanos. Cuatro Príncipes de Nocturne. Juntos por primera vez desde la ceremonia de vinculación de Vex, y esta vez no era para una celebración.

Sino para la guerra.

Cruzamos, y Thornwood desapareció.

Rastreé a Branwen a través del vínculo. Nos impulsé hacia ella con cada fragmento de voluntad que poseía. El cruce se retorció, se ajustó, nos acercó.

Cuando emergimos, estábamos en el límite del territorio Seelie.

Un campamento. Temporal. El tipo de lugar que las cortes utilizaban para operaciones fronterizas: tiendas de luz de luna tejida, guardias con armaduras de plata, protecciones que centelleaban contra el cielo crepuscular.

Y allí, en el centro de todo, una tienda que latía con magia.

Branwen.

—¿Cuántos? —preguntó Vex en voz baja.

Conté los guardias que podía ver. Añadí los que podía sentir—. Treinta. Quizá más.

—¿Cade?

—Puedo meterte dentro. —Sus sombras se curvaron hacia la tienda—. Pero una vez que empecemos, terminamos. La Corte de Verano no perdonará esto.

—Que guarden el rencor que quieran —dije.

—Querrán la guerra.

—Pues que la empiecen. —Encontré los ojos de mi hermano; esas profundidades insondables que habían visto demasiado, hecho demasiado, ocultas demasiado tiempo en la oscuridad—. Voy a recuperarla. Cueste lo que cueste.

Algo parpadeó en la expresión de Cade. Algo que podría ser reconocimiento.

—Sí —dijo—. Imaginé que dirías eso.

Vex miró a Ash—. Toma el centro. Entretenlos por nosotros.

Ash sonrió. Fue una sonrisa silenciosa, fría y absolutamente carente de piedad—. Con mucho gusto.

No nos anunciamos.

No amenazamos. No negociamos. No jugamos a los juegos que los fae habían jugado durante milenios.

Simplemente, llegamos.

Y todo murió.

Envié a los cuervos primero.

La bandada completa; cada pájaro que me había seguido a través del cruce, cada criatura de alas sombrías que había sido mía desde antes de que las cortes se dividieran. Edgar los lideraba a pesar de su ala dañada, gritando mi rabia con una voz que era casi humana.

Descendieron sobre el campamento como una marea negra. Cientos de ellos. Miles. Arrancando ojos, gargantas, las manos que buscaban armas. Los guardias tropezaban ciegos, manoteando plumas y picos, gritándole a una oscuridad que tenía dientes.

En medio del caos, nos movimos.

Cade atravesó las sombras como agua por las grietas. Los guardias morían sin ver qué los mataba; en un momento estaban de pie, al siguiente eran tragados por una oscuridad que no debería haber estado allí. Ni un sonido. Ni un aviso. Solo ausencia donde antes hubo un ser vivo.

Las espinas de Vex brotaron del suelo: negras, hambrientas, infinitas. Desgarraron tiendas, protecciones y carne con el mismo entusiasmo. Los cuerpos se convirtieron en nada. La sangre se convirtió en nada. Lo mejor de la Corte de Verano deshecho por algo más antiguo que la abuela de su reina.

Ash avanzó lentamente por el centro de todo y, por donde pasaba, el mundo se volvía gélido. Los guerreros Seelie se ralentizaban como moscas en la escarcha; sus movimientos se hacían pesados, su magia tartamudeaba, el calor abandonaba sus miembros. No entendían qué estaba pasando. No tuvieron tiempo.

Las espinas de Vex los encontraron mientras todavía intentaban moverse.

Y yo...

Cada juego bonito al que había jugado, cada sonrisa lánguida, cada máscara de encanto y crueldad descuidada... todo se desprendía como algo que ya me quedaba pequeño. Lo que se movía por aquel campamento no era el marqués de Ravenmoor. Era lo que había debajo. El ser real. Aquella cosa antigua, hambrienta y viciosa que me había pasado siglos fingiendo que no existía.

Encontré la tienda.

Los guardias de la entrada me vieron venir. Desenvainaron sus armas. Abrieron la boca para gritar advertencias.

Nunca tuvieron la oportunidad.

Yo era más rápido. Siempre era más rápido. El pecho del primer guardia se abrió bajo mi mano antes de que terminara de parpadear; algo en su interior brillaba, latía, estaba vivo. Lo aplasté. Arrojé lo que quedaba a un lado. El segundo murió con mis dedos en su garganta, arrancándole algo vital.

El tercero intentó correr.

Los cuervos lo atraparon antes de que diera tres pasos. Edgar aterrizó sobre el cuerpo y lanzó un único graznido: triunfante, despiadado, *mío.*

Dentro de la tienda, tres fae rodeaban a Branwen.

Estaba atada con magia; hilos plateados de poder Seelie envolvían sus muñecas, sus tobillos, su garganta. Los hematomas oscurecían su mandíbula. Un corte en la sien había manchado su cabello con sangre. Su vestido estaba rasgado por donde la habían inmovilizado forcejeando.

Pero sus ojos estaban abiertos. Estaba consciente. La querían despierta.

Estoy aquí. Estoy aquí.

Los fae se giraron cuando entré. Uno de ellos tenía el rostro destrozado: quemaduras en una mejilla, un ojo vuelto blanco y ciego. Heridas de hierro. Mi chica feroz lo había marcado antes de que se la llevaran.

Un segundo tenía un largo tajo en el antebrazo que todavía humeaba ligeramente. Hierro de nuevo. Les había hecho sangrar por cada palmo.

—El príncipe de Ravenmoor —dijo el de las quemaduras—. ¿Has venido a recoger a tu mascota?

No respondí con palabras.

Respondí con violencia.

Llevó menos de un minuto.

El de las quemaduras fue el que más duró; quería que así fuera. Quería que supiera, en esos segundos finales, exactamente qué les pasaba a los que tocaban lo que era mío. Su ojo ciego me vio venir. Su ojo sano me vio terminar.

Cuando todo acabó, me encontraba en un círculo de cadáveres. Sangre por todas partes; en mis manos, mi cara, mi ropa. No era mía. Nada de aquello era mío.

Branwen me miraba fijamente. A la carnicería. A la criatura que yo era en realidad: no el señor encantador, no el príncipe burlón, sino el ser que habitaba bajo todo aquello. Fae. Antiguo. Con sangre hasta los codos y respirando con dificultad, no por el esfuerzo físico, sino por el esfuerzo de detenerme.

Nunca había tenido tanto miedo en toda mi larguísima existencia.

—Branwen. —Mi voz sonó como algo arrastrado por la grava—. ¿Estás herida?

No respondió. Solo me miró; a la sangre, a los cuerpos, al monstruo que estaba de pie en medio de su propia devastación.

—¿Estás *herida?*

—No. —Su voz sonaba ronca—. Raith...

—Saliste de las protecciones. —La furia estalló por fin, toda ella: las horas con el vínculo tensándose, los gritos de Edgar y la posibilidad de no encontrar absolutamente nada—. Te dije que te quedaras dentro. Y saliste como si tuvieras deseos de morir.

—¿Vas a desatarme o vas a quedarte ahí gritando?

La miré fijamente. Atada con magia Seelie, rodeada de fae muertos, con sangre en la cara que no era suya... y me estaba dando *órdenes.*

Desgarré las ataduras. Los hilos plateados de poder Seelie se deshilacharon bajo mis manos como telarañas.

Se puso en pie. Se tambaleó una vez. Se estabilizó antes de que yo pudiera alcanzarla.

Entonces me golpeó.

A mano abierta, en toda la cara, con la fuerza suficiente para hacerme girar la cabeza hacia un lado. Me ardía la mejilla; no por el hierro, sino por la furia. Una furia pura, legítima y magnífica.

—¿Un *príncipe*? —gruñó—. ¿Eres un *príncipe* fae y no se te ocurrió mencionarlo? ¿Ni una sola vez? ¿Ni entre comprar las deudas de mi padre y meter tus manos bajo mi falda?

—Branwen...

—Me han llamado la *mascota del príncipe.* —Su voz se quebró al decir la palabra—. Ni siquiera sabía a qué se referían. Estaba de rodillas con hierro en la mano y ellos se reían de la mascota del príncipe de Nocturne, y yo no... no tenía ni idea de qué...

—Te lo habría contado.

—¿Cuándo? ¿En el altar? ¿Después? —Me empujó el pecho. La dejé—. ¿Qué más no me has contado, Raith? ¿Qué más voy a descubrir por el próximo grupo de monstruos que venga a por mí?

No tenía respuesta para eso. Ninguna que no fuera a empeorarlo todo.

Estaba magullada, sangrando y furiosa, y acababa de abofetear a un príncipe fae con la misma mano con la que había matado a uno

de su especie. Y no retrocedía. Ni ante los cadáveres. Ni ante el monstruo. Ni ante nada de aquello.

La atraje hacia mí. Sus latidos contra mi pecho: rápidos, feroces, vivos. Sus manos se aferraron en puños a mi camisa empapada de sangre, no para apartarme, sino para acercarme más.

Olía a hierro, a sangre y a lucha.

Fuera, los gritos habían cesado.

La saqué de la tienda. No se apoyó en mí. No lo necesitaba. Pero se detuvo en la entrada.

Mis hermanos estaban entre las ruinas del campamento Seelie.

Vex, con las espinas todavía retirándose hacia el suelo helado a sus pies, sangre en las manos, los ojos brillando en la penumbra.

Cade, casi disuelto en la sombra, apenas visible. Miró a Branwen, y ella le devolvió la mirada, y vi cómo el rostro de ella se quedaba muy quieto.

Ash, de pie en un círculo de escarcha, silencioso y atento.

Tres de los cuatro príncipes de Nocturne, de pie en los restos de un campamento seelie. Y la hija de un herrero saliendo a su encuentro.

—Hermanos —dije—. Mi esposa. Casi.

La mirada de Branwen los recorrió a los tres. La devastación. Los cuerpos. El poder antiguo y terrible en medio de los escombros, como si aquel fuera su lugar.

—Así que sois cuatro —dijo ella con total frialdad—. Maravilloso.

La comisura de la boca de Vex se crispó. Solo un poco.

Cade inclinó la cabeza —una vez, hacia ella— y dio un paso atrás hacia la sombra. Desapareció.

Ash demoró un momento más. Miró a Branwen con esos ojos tranquilos, y algo cálido cruzó su rostro.

—Hermana —dijo.

Luego se dio la vuelta y siguió el cruce de vuelta a Winterhollow.

Branwen no dijo nada. Pero algo cambió a través del vínculo: breve, crudo, desaparecido antes de que pudiera darle nombre.

Edgar aterrizó en mi hombro. Presionó su pico contra el cabello de Branwen.

—WREN —dijo suavemente—. BUENA WREN.

Ella se rio. Fue una risa rota y húmeda, y el mejor sonido que había escuchado jamás.

Mantuve mi brazo alrededor de ella mientras caminábamos hacia el cruce. Me lo permitió. No se apoyó. No lo necesitaba.

Pero me lo permitió.

CAPÍTULO
DIECINUEVE

BRANWEN

Fuese lo que fuese lo que hizo Raith para traernos de vuelta, no quería volver a pasarlo jamás.

En un momento estábamos entre los restos del campamento: sangre, silencio y el olor de algo antiguo consumiéndose. Al siguiente, me había pegado a él y el mundo se desgarró como una tela mojada.

Una luz plateada. Un rugido de nada absoluta. Mi cuerpo empujado a través de un espacio que no estaba hecho para albergar nada sólido, tan comprimido que no sabía dónde terminaba yo y empezaba el aire. Entonces, suelo bajo mis pies —el jardín sur de Ravenmoor, con el castillo alzándose oscuro contra el cielo—; tropecé hacia delante y casi vomité en la hierba.

El brazo de Raith me sujetó antes de que cayera.

—Estoy bien —dije, apartándome.

—Estás temblando.

—Acabo de verte despedazar a gente con tus propias manos y luego me has arrastrado por lo que sea que haya sido eso. Tengo derecho a temblar.

La comisura de su boca se contrajo. Casi una sonrisa. Pero sus ojos seguían brillando, seguían siendo los ojos de la criatura que había matado sin vacilar hacía menos de una hora.

Le había visto hacerlo. Había visto cómo le arrancaba el corazón del pecho a un fae y lo aplastaba.

Debería estar horrorizada.

No lo estaba.

El castillo se alzaba sobre nosotros, con los cuervos dando vueltas alrededor de las torres en una inquieta espiral negra. Edgar estaba sobre mi hombro —se había posado allí en el instante en que llegamos y se negaba a moverse—. Sus garras me pinchaban a través del vestido. Su pico presionaba mi oreja.

—WREN BUENA —dijo—. CASA.

Casa. ¿Cuándo se había convertido Ravenmoor en mi casa?

Los demás se habían dispersado en el campamento. Vex había regresado a Thornwood —con Liora, con el niño que crecía en su interior—. Cade simplemente había dado un paso de lado hacia una sombra y se había desvanecido, como si la oscuridad se lo hubiera tragado por completo. Ash se había demorado un momento, pálido y cauteloso, con la escarcha todavía brotando de sus dedos.

Hermana, me había llamado.

La palabra se me quedó en el pecho como una brasa que no sabía cómo manejar.

RAITH NO DEJABA DE TOCARME.

Su mano en la parte baja de mi espalda mientras caminábamos por el gran salón. Sus dedos rozando los míos cuando me sujetaba una puerta. Toques sutiles, cuidadosos; nada que ver con su habitual calor deliberado. La forma en que no dejaba de girarse para comprobar que seguía allí, como si esperase que me disolviera.

—No voy a desaparecer —dije.

—Ya lo has hecho una vez hoy.

Eso me hizo callar.

Había hecho que me prepararan un baño. Agua caliente, toallas limpias, un fuego encendido en mis aposentos hasta que la habitación estaba casi demasiado caldeada. Debería haberme opuesto —debería haber dicho algo mordaz sobre cómo pretendía controlarme—, pero la verdad era que el frío me calaba hasta la médula y no deseaba nada más que dejar de estar cubierta de la sangre de otras personas.

—Estaré en el estudio —dijo desde el umbral—. Si necesitas...

—Sé dónde encontrarte.

Él vaciló. Pude ver lo que le costaba marcharse: la forma en que se tensaba su mandíbula, sus dedos apretándose contra el marco de la puerta.

—Raith.

Él se detuvo.

—Estoy aquí. No me voy. Vete.

Se fue.

El agua caliente se volvió rosa, luego gris.

Me froté hasta dejarme la piel en carne viva, hasta que el olor de la magia fae y la sangre desaparecieron, hasta que volví a ser solo yo: Branwen, la hija del herrero, sentada en una tina de cobre en el castillo de un príncipe fae con un cuervo posado en el alféizar de la ventana viéndola bañarse.

—Puedes dejar de mirar —le dije a Edgar.

Él se ahuecó las plumas y miró deliberadamente hacia otro lado. Luego volvió a mirar.

—Criatura descarada.

—GUAPA —dijo él.

Me reí. Salió de una forma extraña —quebrada y débil—, pero fue una risa.

Había matado a un fae hoy. Aquel al que le había clavado mi clavo de hierro; había dejado de moverse. Los otros me habían apartado de su cuerpo y él no se había levantado.

Observé mis manos bajo el agua. Estas manos. Llenas de callos por la forja, manchadas de hierro, con las uñas romas. Habían matado a algo antiguo e inmortal.

Bien.

Él había intentado alcanzar mi garganta. Yo había respondido con más fuerza. Mi padre siempre decía que la forja te enseñaba una cosa por encima de todas las demás: cuando el metal está caliente, golpeas. No vacilas. No te acobardas.

Yo no me había acobardado.

Hermana, había dicho Ash. Como si ahora fuera uno de ellos. Como si matar a un fae y ser reclamada por un fae y ser rescatada por faes me convirtiera en algo distinto de lo que siempre había sido.

Me hundí más en el agua. Apoyé la frente en las rodillas.

Yo no tenía hermanas. Nunca las había tenido. Nunca había tenido a nadie más que a mi padre y la forja y el peso de ver cosas que nadie más podía ver.

Y ahora había un pájaro que me llamaba guapa y un monstruo que me miraba como si fuera lo único real en su mundo milenario y otros tres monstruos que habían acudido a su llamada porque la familia significaba algo incluso para la Gente Gentil.

Hermana.

La palabra era cálida. No me fío de las cosas cálidas.

Pero tampoco la rechacé.

Lo encontré en el estudio.

Se había aseado: camisa limpia, ni rastro de sangre, el pelo húmedo. Seguía sin el disfraz mágico. No se había molestado en volver a ponérselo por mí, y algo en aquel gesto resultaba más íntimo que cualquier cosa que hubiese hecho con sus manos.

Estaba de pie junto a la ventana, mirando a ninguna parte.

—Raith.

Se dio la vuelta. Su mirada recorrió mi cuerpo: comprobando, catalogando, asegurándose de que estaba entera.

—Te has cambiado —dijo.

—Por algo que no tuviera sangre encima, sí.

—El azul te sienta bien.

—No.

—¿No qué?

—No seas encantador ahora mismo. No esta noche.

Algo cambió en su expresión. La máscara —esa que llevaba como una armadura, toda ingenio y diversión lánguida— se agrietó en los

bordes.

—¿Qué quieres que sea?

—Lo que seas de verdad.

Silencio. El fuego chisporroteó. Edgar, que me había seguido desde mis aposentos, aterrizó en la repisa de la chimenea y empezó a acicalarse su ala dañada.

—Tengo miedo —dijo Raith.

De todo lo que esperaba de un príncipe fae que acababa de masacrar un campamento de los suyos, aquello no me lo esperaba.

—¿De qué?

—De perderte. —Sin adornos. Sin encanto. Solo las palabras, desnudas—. Saliste de las protecciones. Te llevaron. Sentí cómo desaparecías, alejándote cada vez más, y no podía... —Su garganta se movió—. He estado vivo muchísimo tiempo, Branwen. Nunca he tenido tanto miedo.

No me moví. Mi cuerpo quería cruzar la habitación. Mi cuerpo era idiota.

Algo se agrietó en mi pecho. No se rompió, se agrietó. De la forma en que lo hace el hierro cuando se ha calentado demasiado rápido. Una fractura que no puedes ver pero que no puedes dejar de sentir.

—Raith...

—No me digas que estás bien. —Él mismo acortó la distancia: tres zancadas, sin vacilar, con la certeza de un depredador. Se detuvo justo antes de tocarme—. No me digas que no te vas. No me digas ninguna de las cosas que crees que necesito oír.

—¿Qué quieres que te diga?

—Nada. —Levantó una mano. Acarició mi mandíbula. Inclinó mi rostro hacia el suyo—. No quiero que me digas nada.

Me besó.

No fue gentil. No fue cuidadoso. Me besó como si hubiese estado conteniendo el aliento desde el campamento y yo fuera aire.

Debería haberlo apartado. Debería haber sido inteligente. Mis manos tenían otras ideas: se cerraron sobre su camisa, acercándolo más en lugar de empujarlo.

Edgar soltó un sonido de ofensa y levantó el vuelo desde la chimenea. La ventana estaba abierta. Se oyó el batir de las alas contra el aire de la tarde, y luego se fue, y nos quedamos solos.

Las manos de Raith encontraron mi cintura, mis caderas. Me hizo retroceder hasta que la pared se encontró con mi columna. Todo su cuerpo se apretó contra el mío: duro, anhelante, sin ocultar nada.

—Branwen...

—No te detengas.

Emitió un sonido contra mi boca —quebrado, desesperado, nada humano—. Su boca encontró mi garganta, mi clavícula, ese hueco donde mi pulso martilleaba. Sus manos estaban bajo mi vestido. En mis muslos. Subiendo con esa clase de certeza antigua que hacía que mis pensamientos se dispersaran como chispas.

Mi cuerpo era idiota. Sabía exactamente lo que quería. El calor se acumuló abajo, urgente y exigente, y el vínculo entre nosotros rugió como el fuego de una forja: VIVA, cantaba. AQUÍ. TUYA.

—Dime que me detenga. —Su voz estaba destrozada—. Dímelo y lo haré.

—Ni se te ocurra...

Me levantó. Mis piernas se envolvieron alrededor de él. Su boca volvió a encontrar la mía. Su mano se deslizó más arriba, y me quedé sin aliento cuando sus dedos me encontraron: húmeda y dolorida y dispuesta de una forma que debería haberme mortificado.

Gimió contra mi cuello como si el tacto de mi piel lo estuviera matando.

Sus dedos se movieron. Hábiles, antiguos, demoledores. Hundí la cara en su cuello y dejé que el mundo se redujera a esto: su mano, su boca, la pared a mi espalda y el monstruo apretado contra mi pecho.

El clímax me golpeó como el golpe de un martillo —repentino, estremecedor—; todo mi cuerpo se contrajo alrededor de sus dedos mientras me desmoronaba contra él.

Y en ese suspiro posterior —ese destello de claridad cuando el fuego se apaciguó y mi mente regresó como una cuerda de arco liberada—:

Lo vi.

El páramo. Sus manos sobre mí y mi mente quedándose en blanco. No había elegido aquello en absoluto. Me habían desmontado y me habían vuelto a montar mal.

El comedor. Los platos rompiéndose en el suelo, mi boca sobre la suya antes de que el último plato dejara de girar. Yo le había besado primero aquella vez. Me dije que estaba eligiendo. Pero el fuego ya estaba encendido; yo solo había sido la que prendió la cerilla.

Y ahora. Todavía temblando por el rescate, el vínculo cantando porque casi me había perdido. Otro fuego. Otro momento en el que el calor decidía por mí.

Su boca estaba en mi cuello. Sus manos me atraían más hacia él. Podía sentir lo que él quería —lo que yo quería— y el vínculo era un rugido en mi sangre que exigía *más, todo, ahora.*

Puse las manos sobre su pecho y empujé.

Fue lo más difícil que había hecho nunca. Más difícil que la herradura. Más difícil que el clavo de hierro en la garganta de un fae. Mi cuerpo gritaba —*¿qué estas HACIENDO?*— y el vínculo dio un tirón como una cadena tensada al máximo.

—Para.

Se detuvo. Al instante. Con las manos congeladas, el pecho jadeante.

—Así no. —Mi voz temblaba. Todo mi cuerpo temblaba—. Cada vez —el páramo, el comedor, ahora— he estado en el fuego. Cada vez que te he buscado, algo ya estaba ardiendo. —Presioné las palmas de mis manos contra su pecho, manteniéndolo a raya. Conteniéndome a mí misma—. Necesito acudir a ti desde el frío, Raith. Desde la calma. Necesito elegirte de la misma forma que elijo qué fabricar en la forja: con la mirada clara y el pulso firme. No porque el fuego me haya ablandado.

Me miró fijamente. Todavía respirando con dificultad. Todavía pegado a la pared conmigo entre sus brazos.

—¿Cuándo? —Una sola palabra. Destrozada.

—La boda. Cuando camine hacia ti ante esas piedras, caminaré desde el frío. Y tú sabrás... —mi voz se quebró—... *yo* sabré que ha sido real.

Silencio. Su frente se apoyó contra la mía. Podía sentir la guerra en su interior: el deseo, la espera, el esfuerzo de quedarse quieto cuando todo en él gritaba que me tomara.

—Cuatro días —dijo.

—Cuatro días. Entonces podrás tenerme entera.

—Ya te tengo. —Lo dijo en voz baja. Como si no hubiera tenido intención de decirlo en absoluto.

Me solté de él. Puse los pies en el suelo. Me arreglé el vestido con unas manos que apenas me obedecían.

No le respondí. Salí del estudio con las piernas como si fueran de gelatina, y no miré atrás.

Pero me llevé la mano al corazón en el pasillo, y sentí el vínculo vibrando como una cuerda recién pulsada, y pensé: *cuatro días.*

Puedo sobrevivir cuatro días.

CAPÍTULO
VEINTE

RAITH

Estaba durmiendo. Podía sentirlo a través del vínculo: su pulso lento y constante, cálido, vivo y *aquí*. A salvo tras los muros de Ravenmoor. A salvo en una cama en la que yo deseaba estar.

En su lugar, me encontraba en el estudio, con Edgar sobre el escritorio y su ala entre mis manos.

No estaba rota. Pero algo se había desgarrado; el ala izquierda colgaba en un ángulo erróneo. Se estremeció cuando le toqué la articulación.

—No te muevas.

No se quedó quieto. Nunca se estaba quieto.

—¿WREN? —preguntó, ladeando la cabeza.

—Durmiendo.

—WREN DUERME. BIEN.

Bien. Sí. Dormía porque estaba agotada, porque la habían secuestrado, había luchado, la habían traído de vuelta y luego me había detenido con las manos en el pecho y palabras que cortaban más limpiamente que el hierro. *Necesito acercarme a ti desde el frío.*

Cuatro días. Había dicho cuatro días.

Me concentré en el ala. Recorrí con los dedos la articulación dañada, buscando el desgarro. Edgar se sosegó bajo mis manos y me dejó trabajar.

—Te lanzaste contra ellos —dije. No era una pregunta. Había visto la sangre apelmazada en sus plumas. Había atacado a fae que podrían haberlo matado sin esfuerzo.

Edgar se erizó. —WREN MÍA.

—Sí. Lo es.

—PROTEGER WREN.

—Lo sé.

Le vendé el ala con cuidado. La probó con un pequeño aleteo y emitió un sonido de insatisfacción.

—Dale unos días.

—VOLAR YA.

—No.

Me miró con saña. Yo le devolví la mirada. Saltó por el escritorio, tiró un tintero al suelo con deliberada malicia y se instaló sobre la pila de papeles que yo había estado fingiendo leer.

—AMAR WREN —dijo.

Me quedé petrificado.

Nunca había dicho eso. A nadie. Le había enseñado las palabras una vez, por una mujer cuyo nombre ya ni siquiera recordaba.

Nunca las había usado. Hasta ella.

—AMAR WREN —repitió—. GUAPA WREN. BUENA WREN.

Me senté pesadamente.

Mi cuervo se había enamorado de la hija de un herrero antes de que yo lograra pronunciar las palabras por mí mismo.

—Tienes mejor criterio que yo —le dije.

—SÍ —asintió Edgar.

El cruce se abrió justo antes del mediodía.

Lo sentí —esa familiar ondulación de la realidad doblándose— y me puse en pie antes de que Vex cruzara.

Mi hermano parecía cansado. Jamás había visto a Vex con aspecto cansado. Pero hoy tenía ojeras y una tensión en la mandíbula que no tenía ayer.

—¿Los Seelie? —pregunté.

—Solucionado. —Se dejó caer en la silla frente a mi escritorio como si tuviera intención de quedarse un buen rato—. Han enviado

un mensaje esta mañana. Los atacantes eran «elementos rebeldes que actuaban sin la sanción de la corte». Han sido repudiados.

—Qué conveniente.

—No se están disculpando; se están distanciando del fracaso —Vex juntó las yemas de los dedos—. También están haciendo preguntas sobre los vínculos, sobre lo que está cambiando en las parejas vinculadas.

—Que pregunten.

—Harán algo más que preguntar, con el tiempo. Pero hoy no. —Hizo una pausa—. Ash ha vuelto a Winterhollow. Hoy... se movía más lento. Después de lo de anoche.

Pensé en mi hermano menor en el campamento Seelie: silencioso, deliberado, con la escarcha extendiéndose desde la punta de sus dedos mientras los fae que lo rodeaban se ralentizaban y tropezaban. Había sido eficaz. Pero el coste era visible.

—¿Cómo de mal está?

—Lo suficiente como para que yo lo notara. No lo suficiente como para que él lo admita. —A Vex se le tensó la mandíbula—. Dice que está bien.

—Ash siempre dice que está bien.

—Sí. Y nunca es verdad. —La mirada de mi hermano derivó hacia la ventana—. Liora quiere visitar a tu Branwen. Está... preocupada.

—Dile que espere. Al menos unos días. Deja que las cosas se calmen.

A Vex le tembló la comisura de los labios. —Le haré llegar la sugerencia. Mi esposa no se toma las instrucciones precisamente bien.

—Es un rasgo familiar, por lo visto.

Nos quedamos sentados en silencio. Hermanos. Nocturne. Lo último de algo que el mundo intentaba olvidar.

—Es diferente —dijo Vex finalmente.

—¿Quién?

—Tu humana. No es como Liora.

—No.

—A Liora hubo que demostrarle que tenía poder. La tuya ya sabe que lo tiene. —Me estudió—. La pregunta es si tú puedes dejar de

intentar quitárselo.

No tenía respuesta para eso. Vex no pareció esperarla. Se levantó, se ajustó el abrigo y se dirigió a la puerta.

—Hermano —dije.

Se detuvo.

—Gracias por venir. Por...

—Somos Nocturne. —Lo dijo con sencillez, como si eso lo explicara todo—. Respondemos juntos.

Entonces se marchó, y me quedé a solas con mi pájaro y mis pensamientos, y el débil pulso de Branwen a través del vínculo; despierta ahora, moviéndose por el castillo, viva, presente y *aquí.*

Estaba en las pajareras.

La encontré allí a última hora de la tarde, sentada en un cubo volcado con Edgar en sus rodillas. Le estaba dando sobras de la cocina: trocitos de carne, un pedazo de pan, algo que podría haber sido queso. Él aceptaba cada ofrenda con la regia condescendencia de una criatura que creía que el mundo entero existía para servirle.

No se dio por enterada de mi presencia. Sabía que yo estaba allí —el vínculo funcionaba en ambos sentidos y podía sentir su conciencia sobre mí como una mano presionada contra un cristal caliente—. Simplemente no le importaba. O estaba eligiendo que no le importara. Tenía el rostro desprotegido de una forma que nunca mostraba cuando me miraba a mí: más suave, más joven, con las duras líneas de la vigilancia constante suavizadas.

Le rascó bajo el pico. Él emitió un sonido que nunca le había oído hacer por nadie más: un retumbo bajo y vibrante, casi un ronroneo.

—Eres ridículo —le dijo.

—GUAPA WREN.

—Ya has conseguido el queso. Los halagos no te darán más.

—MÁS QUESO.

Ella se rió. No fue esa risa afilada, convertida en arma, que usaba conmigo. Fue algo genuino. Algo que hizo que el vínculo palpitara con calidez en mi pecho.

La observé.

Había observado a mil mujeres. Las había elegido. Había jugado con ellas. Las había dejado más vacías de lo que las había encontrado y nunca había vuelto la vista atrás.

Esto era diferente. Esto era verla reírse con mi pájaro y olvidarse de tener miedo. Darme cuenta de que no había comprobado las salidas desde que se había sentado. De que su mano no dejaba de irse hacia su garganta, donde solía colgar el clavo de hierro, el que había hundido en el cuello de un fae para salvar su propia vida. Ya no estaba. No dejaba de buscar un arma que no estaba allí.

Estaba bajando la guardia.

Y en lugar de satisfacción, sentí algo que sabía a terror.

Porque a cada mujer que había tocado, la había vaciado y dejado desolada. No porque hubiera sido mi intención, sino porque no me había importado lo suficiente como para detenerme.

Esta me importaba.

Y no tenía ni la menor idea de qué hacer con eso.

ESA NOCHE, vi mi reflejo en la ventana del estudio.

Glamour. Perfecto, impecable, cuidadosamente mantenido. La máscara que hacía que las mujeres confiaran en mí y los hombres me envidiaran, y que nadie mirara demasiado de cerca lo que había debajo.

Lo llevaba puesto en mi propia casa. Frente a una mujer que podía ver directamente a través de él.

Lo dejé caer.

El rostro en el cristal cambió. Más afilado. Más salvaje. Lo que había tras la máscara.

Esto era lo que ella veía. Cada vez que me miraba; esto era lo que Branwen siempre había visto.

Y lo había besado anoche.

Mantuve el glamur quitado. Me sentía extraño, expuesto, como si caminara por el castillo sin piel. Pero ella lo había dicho: *Lo que sea que seas en realidad.*

Lo mínimo que podía ofrecerle era mi verdadero rostro.

Cuando se cruzó conmigo en el pasillo más tarde, me miró. Me miró de verdad. Esta vez no a través del glamour, sino al rostro que había debajo, el que por fin había dejado de ocultar.

—Ya era hora —fue todo lo que dijo.

Y siguió caminando.

CAPÍTULO
VEINTIUNO

BRANWEN

Me sorprendí tarareando ante el lavabo.

Tarareando.

Me detuve. Me quedé mirando mi reflejo. El rostro que me devolvía la mirada parecía diferente; no más suave, exactamente. Simplemente menos tenso. Como un puño que se hubiera relajado una fracción sin haber decidido abrirse del todo.

Edgar estaba en el alféizar de la ventana, acicalándose el ala sana. La herida seguía caída, pero había pasado de dar lástima a sentirse meramente ofendido por ello.

—LINDA REYEZUELO —dijo.

—Cállate.

—LINDA, LINDA.

Le salpiqué con agua. Él la esquivó, porque por supuesto que lo hizo, y emitió el sonido que significaba que se estaba riendo de mí.

Dos días. La boda era en dos días.

Y yo estaba tarareando.

—He estado pensando —dijo Raith durante el desayuno.

Lo dijo con cuidado. Con demasiado cuidado; de la forma en que decía las cosas cuando intentaba que no parecieran importantes. Edgar le había robado la mitad de su plato y él no se había dado cuenta, o no le había importado.

—Costumbre peligrosa —dije yo—. ¿Sobre qué?

—Sobre tu padre.

Mi mano se detuvo a medio camino de la taza.

—Sé lo que dije. Después de la boda —estaba estudiando su té como si contuviera algo fascinante—. Pero la boda es en dos días, y he pensado que... quizá te gustaría verle. Antes.

Me quedé mirándole. Aquella criatura ancestral que hace tres días había despedazado a los fae, sentada a la mesa del desayuno, casi sin atreverse a mirarme a los ojos. Como un chico que ha hecho algo que no está seguro de si será bien recibido.

Algo crujió en mi pecho. Algo cálido que no aparté lo suficientemente rápido.

No lo hagas, me dije. *No te ablandes. Ahora no. No por un desayuno y una palabra amable.*

Pero era Da. Me estaba ofreciendo ver a Da.

—¿Por qué? —La palabra salió más áspera de lo que pretendía—. Antes dijiste que no.

—Sé lo que dije. —Levantó la vista. Me sostuvo la mirada—. Me gustaría verte sonreír. No tengo ocasión de verlo lo suficiente.

Debería haber tenido preparada alguna respuesta afilada para eso. Algo hiriente. Algo que nos recordara a ambos lo que éramos: el monstruo y la chica que había comprado con deudas.

No lo hice.

—Está bien —dije—. Pero responderás por lo que has hecho.

—Naturalmente. Hablaré con él. De hombre a hombre. —Lo dijo como si fuera sencillo. Como si mi padre fuera un problema que resolver con un apretón de manos y una conversación razonable—. Puede que no apruebe las circunstancias, pero entenderá el resultado. Su hija se va a casar con un marqués. Sus deudas han desaparecido. Su forja está a salvo. —Esbozó una media sonrisa—. Tu padre me parece un hombre práctico. Llegaremos a un entendimiento.

Me quedé mirándole fijamente.

Realmente se lo creía. Aquella criatura antigua e inmortal sentada frente a mí creía de verdad que podía entrar en el patio de mi padre, decir las palabras adecuadas en el orden adecuado y salir con la bendición de Da guardada primorosamente en el bolsillo.

—Vas a plantarte en su patio —dije—, y vas a aceptar lo que sea que él te dé.

—Acabo de decir que...

—Nada de encanto. Nada de negociar. Nada de explicar cómo las cuentas salen a favor de todos. —Le sostuve la mirada—. Compraste sus deudas, Raith. Amenazaste con ponerlo en la calle. Te llevaste a su única hija y la retuviste durante días sin decirle una palabra. Eso no es algo que se *gestione*. Es algo por lo que se responde.

Se quedó callado. Edgar picoteó un trozo de queso sobre la mesa, entre los dos.

—No tengo miedo de un herrero, Branwen.

—Sé que no lo tienes. Ese es el problema. —Eché la silla hacia atrás—. Vámonos.

La forja estaba exactamente como la había dejado.

Las mismas herramientas en la pared. El mismo yunque, oscuro y marcado por toda una vida de martillazos. El mismo olor: hierro candente, humo de carbón, ese regusto particular del metal convirtiéndose en algo nuevo.

Se me cerró la garganta. No sabía cuánto lo había echado de menos hasta que estuve allí de pie.

Da estaba en el banco de trabajo cuando cruzamos la puerta. Levantó la vista y su rostro hizo lo que siempre hacía cuando me veía: primero alivio, luego amor, y después la evaluación cuidadosa de un hombre que examinaba a su hija en busca de daños del mismo modo que examinaba el metal en busca de grietas.

—Wren. —Dejó las tenazas. Se limpió las manos en el delantal de cuero. Se acercó a mí y me agarró de los brazos, estudiando mi cara —. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Da.

Sus ojos pasaron de mí a Raith.

Un hombre apuesto con un abrigo fino. Eso era todo lo que Da vería: el encantamiento haciendo su trabajo. Un lord. El lord que se había llevado a su hija.

Su semblante se cerró como el portón de una forja al cerrarse de golpe.

—Así que... —La voz de Da se volvió queda. Eso era peor que los gritos. Da solo bajaba la voz cuando estaba verdaderamente furioso —. Ha vuelto.

Raith no sonrió. No usó su encanto. —Sí.

—La última vez que estuvo en mi patio, le dijo a mi chica que se casaría con usted o yo lo perdería todo —Da apoyó las manos en el banco de trabajo, lenta, deliberadamente—. Y ahora está aquí con ella del brazo como si fuera un pretendiente caballero. Así que deje que le diga lo que he estado rumiando desde que se la llevó.

—Mi niña le lanzó una herradura a la cabeza en el Primero de Mayo, delante de todo el pueblo. Podrían haberla colgado por ello; agredir a un lord. Pero usted, en cambio, la invitó a un baile. Todo perdonado, muy generoso —la palabra *generoso* salió de su boca como una maldición—. Luego se tomó libertades con ella la noche de ese baile.

Da hizo una pausa. Su mandíbula se tensó.

—Y después se presentó en mi forja y exigió que se *casara* con usted.

Da sacudió la cabeza. No en negación, sino con incredulidad.

—Un marqués. Queriendo desposar a la hija de un herrero. ¿En qué mundo sucede eso, excelencia? —La voz de Da era controlada. Apenas—. Los lores no se casan con chicas como mi Wren. Se acuestan con ellas, las arruinan, las olvidan. No se presentan en la forja pidiendo su mano.

Tomó aire. Lo soltó lentamente.

—Y eso es lo que hace que esto sea tan condenadamente imposible. Porque después de lo que hizo en ese baile, mi niña quedó *arruinada*. Usted lo sabe. Yo lo sé. A estas alturas todo el pueblo lo sabe. Ningún hombre decente la querría; no después de haber sido vista marchándose con un lord. Su reputación, sus perspectivas, su futuro... todo perdido. En una sola noche. —Las manos de Da temblaban a sus costados. No de debilidad, sino por el esfuerzo de mantenerse quietas—. Y entonces ofreciste lo único que

podía deshacerlo. Matrimonio. Un título. Una protección con la que ninguna hija de herrero podría soñar jamás.

El patio se quedó en silencio. Solo se oía el carbón asentándose en la forja y un cuervo que se posaba en el poste de la valla.

—Así que, cuando ella se negó —porque tiene más sentido común que nosotros dos juntos—, compró mis deudas. Hasta la última de ellas. Y le dijo que se fuera con usted o su padre se vería en la calle.

—Ahora bien. —Da dio un paso hacia él—. Soy un hombre honrado, así que diré lo que es justo. Mi niña empezó esto. Llamó su atención, y luego le hizo sangrar, y eso es algo peligroso cuando el hombre al que ha golpeado le supera en rango por todo un mundo. Lo sé. —Se le tensó la mandíbula—. Y sé que este matrimonio —por muy mal que se haya fraguado— es lo único que se interpone entre mi hija y la deshonra. ¿Cree que no me atraganto con eso cada vez que lo pienso? ¿Que el hombre que la arruinó es también el hombre que la ha salvado?

Su voz bajó de tono.

—Pero hay una distancia entre un regalo que se da libremente y uno que se fuerza a punta de deuda. Y usted la cruzó.

—Sí —dijo Raith—. Lo hice.

—¿Entonces por qué? Un lord puede tener a cualquier mujer del condado. ¿Por qué llegar a estos extremos por la hija de un herrero que dejó claro que no le quería a usted?

—Porque la quería a ella. Y no sabía cómo querer algo sin cogerlo.

Da le miró fijamente durante un largo rato. Un lord con un abrigo fino, diciendo cosas que ningún lord debería admitir. Da se había pasado la vida escuchando al metal; conocía el tañido de la verdad en cuanto lo oía.

—El clavo de su madre ha desaparecido de su cuello —dijo Da. Más bajo ahora—. Y tiene el aspecto de haber pasado por algo que ningún padre debería tener que adivinar. —Sus manos eran puños a los costados. Manchadas de hierro. Cicatrizadas—. Así que dímelo con sinceridad: ¿vas a hacerle daño a mi hija?

—Ya se lo he hecho. Pasaré el resto de mi existencia intentando no volver a hacérselo.

Silencio. Más largo que el anterior.

Los observé: Da con sus manos cicatrizadas, Raith tras su hermosa máscara diciendo verdades feas y auténticas. Me dolía algo en el pecho. No era el vínculo. Era algo más antiguo.

El hombre que la arruinó es también el hombre que la salvó.

Da lo había dicho claramente; lo que yo había estado rondando durante días sin mirarlo directamente. Lo había planteado como coacción. Como un arrebato. Y lo era; era todo eso. Pero también era la razón por la que ningún chismorreo del pueblo podría alcanzarme, la razón por la que ninguna puerta se cerraría en mi cara, la razón por la que la forja de Da estaba a salvo. Una marquesa. Yo. La extraña hija del herrero que se quedaba mirando las sombras demasiado tiempo.

Y Raith no se había acobardado ante nada de eso. No había usado su encanto, no se había desviado, no había utilizado ni una sola palabra bonita para suavizar lo que había hecho. Se había quedado plantado en el patio de un herrero y había dejado que mi padre lo desnudara con la verdad.

La quería. No sabía cómo querer sin coger. Ya le he hecho daño.

Él no podía mentir. Los fae no podían mentir. Y ni siquiera había intentado retorcer la verdad para que sonara más amable. Simplemente... se había quedado allí. Y lo había aceptado.

Algo cambió en mi interior. Algo contra lo que me había estado apuntalando durante tanto tiempo que había olvidado qué se sentía al soltarse.

Da le tendió la mano.

Raith la estrechó. Y si el apretón de Da fue más fuerte de lo necesario —el apretón de un hombre que había manejado el martillo cada día durante cuarenta años—, Raith tampoco se inmutó por ello.

—¿Dónde está el clavo de tu madre, Wren?

Estábamos en la mesa de la cocina, solos los dos. Raith estaba fuera, dándonos espacio. Podía sentirlo a través del vínculo: un tirón cálido en el borde de mi conciencia, constante como el latido de un corazón. Estaba junto a la valla. Con Edgar al hombro.

Mi mano subió a mi garganta. Piel desnuda. El cordón que había colgado de allí desde que yo tenía siete años se había ido.

Da se había dado cuenta en el momento en que crucé la puerta. Había esperado a que estuviéramos solos para preguntar.

—Me atacaron, Da. No el marqués, sino otros. Gente peligrosa. —Giré las manos sobre la mesa. Con callos de la forja, manchadas de hierro—. Usé el clavo para defenderme. Se lo clavé a uno en la garganta. Era el único arma que tenía.

Da se quedó muy quieto.

—Atacada. —La palabra salió plana. Peligrosa—. Bajo su techo. Bajo su *protección*. —Las manos de Da se cerraron en puños sobre la mesa; los nudillos cicatrizados se volvieron blancos—. Te sacó de esta casa, prometió que estarías a salvo, y fuiste *atacada*...

—Da. No. —Le agarré de la muñeca—. Salí de la finca. Por mi cuenta. Me alejé más allá de las protecciones —los límites— donde él me había dicho que me quedara. —Le sostuve la mirada hasta que la furia en sus ojos remitió lo suficiente para que me escuchara —. Había unos hombres. Intentaron llevarme. Y Raith vino a por mí, Da. Él y los otros lores Nocturnos. Vinieron y me trajeron de vuelta.

La mandíbula de Da se movió. Podía verle luchando contra ello; la necesidad de culpar a alguien, de poner su ira en algún lugar donde encajara.

—Él vino a por ti —repitió Da.

—Removió cielo y tierra para hacerlo —dije en voz baja. Lo decía de todo corazón.

Da se quedó procesando aquello durante un largo momento. Entonces la tensión abandonó sus hombros.

—Me salvó la vida —dije—. El clavo de mamá me salvó la vida.

Alargó la mano sobre la mesa y cubrió las mías con la suya. Las sostuvo. No habló durante un buen rato.

—Buena chica —dijo, con voz ronca como la grava—. Eso es lo que ella habría querido.

Asentí con la cabeza. No me fiaba de mi propia voz.

—Te haré otro —dijo él.

—Da...

—No será el mismo. No puede ser el mismo. Pero te haré algo para que lo lleves encima. —Me apretó las manos—. Tu madre me habría tirado de las orejas si dejara que anduvieras por ahí sin hierro.

Me reí. Me salió un poco lloroso.

—Me criaste fuerte, Da.

Estábamos de pie junto a la puerta: yo dentro, él mirando, como me había visto marchar cien veces antes. Para ir al mercado, para hacer entregas, para los encargos que me llevaban al siguiente pueblo y de vuelta.

Esta vez me iba para casarme con un lord.

—Te criaste tú sola, niña —su voz era áspera—. Yo solo mantuve la forja encendida.

—Da...

—Ya le he dicho lo que tenía que decirle. Me ha escuchado. Con eso basta. —Tenía la mirada firme—. Ahora te pregunto a ti. No a él. A ti. ¿Es esto lo que quieres?

—Lo es.

Él asintió. Me atrajo hacia un abrazo; breve, aplastante, con los mismos brazos que habían manejado un martillo desde antes de que yo naciera. —Estarás bien. Eres la cosa más fuerte que he forjado jamás.

Me aferré a él más tiempo del que pretendía.

Cuando me aparté, dije: —La boda es en dos días. En el páramo. Quiero que estés allí.

—Ni caballos salvajes podrían impedírmelo. —Hizo una pausa—. Ni marqueses salvajes tampoco.

Me reí. Volvió a salirme el llanto.

EL VIAJE de vuelta a Ravenmoor fue tranquilo.

Raith conducía el carruaje él mismo, sin criados ni ceremonias. Solo nosotros, Edgar y la carretera del páramo extendiéndose bajo un cielo cargado de estrellas.

—Tu padre —dijo después de un rato.

—¿Qué pasa con él?

—Es un buen hombre.

—El mejor que conozco.

Silencio. El carruaje crujió. Edgar se movió sobre su hombro.

—El clavo —dijo Raith—. El que perdiste.

Mi mano subió a mi garganta. Por costumbre. —¿Qué ocurre con él?

—No necesitarás un arma en Ravenmoor. Las protecciones...

—No era un arma.

Me miró.

—Quiero decir... lo era. Lo usé como tal. Hierro en la garganta de un fae. —Me quedé mirando la carretera que teníamos por delante —. Pero era de mi madre. Lo llevó toda su vida. Da me lo puso en un cordón después de que ella muriera. Yo tenía siete años.

Raith no dijo nada. Las riendas se quedaron quietas en sus manos.

—Tú viste hierro —dije—. Algo que usaba para mantener a los de tu clase a raya. Una herramienta. —Presioné el pulgar contra el hueco de mi garganta donde solía estar el cordón—. Era lo último que me quedaba de ella.

El silencio que siguió fue diferente a los anteriores. Lo sentí a través del vínculo; no era exactamente culpa. Era algo más pesado. El peso de un entendimiento que llega demasiado tarde.

—No lo sabía —dijo en voz baja.

—No. No tenías por qué saberlo.

No intentó arreglarlo. No se ofreció a reemplazarlo. No dijo nada encantador ni ingenioso ni diseñado para suavizar el momento.

Simplemente alargó la mano por el asiento y tomó la mía. La sostuvo.

Seguimos camino así durante un rato. El páramo extendiéndose oscuro a ambos lados, las estrellas densas en lo alto, el vínculo tarareando cálido entre nosotros.

—Es la única persona que me ha querido jamás —dije—. Da.

Se me escapó. De la forma en que a veces se escapan las verdades, burlando a los guardias que mantenía en las puertas.

Raith se quedó callado mucho tiempo.

—Eso ya no es cierto —dijo él.

Le miré. El que había despedazado a los fae con sus manos hacía tres días y hoy se había plantado en el patio de mi padre y había dejado que un herrero le pidiera cuentas.

El que me había ofrecido ver a Da. No porque yo se lo hubiera pedido. Sino porque quería verme sonreír.

—No lo digas —dije—. Todavía no. No mientras estoy...

No mientras todavía estaba cayendo. No mientras el suelo seguía precipitándose hacia mí.

—Está bien —dijo—. Todavía no.

Su mano permaneció en la mía. Yo lo permití.

Dos días. La boda era en dos días.

Por primera vez desde que todo esto empezó, no los estaba contando como una condena. Los estaba contando como una espera.

CAPÍTULO
VEINTIDÓS

BRANWEN

El día antes de mi boda, me desperté y no comprobé las salidas.

Me percaté de la ausencia del mismo modo en que se nota la falta de un diente: el espacio donde solía haber un hábito. Cada mañana desde que llegué a Ravenmoor, lo primero que he hecho ha sido catalogar las ventanas, las puertas, la distancia hasta el hierro. Instinto de supervivencia. Forjado en la fragua. Automático.

Esta mañana me he limitado a quedarme ahí tumbada. Escuchando a los cuervos en el alféizar. Sintiendo el vínculo zumbar, cálido y constante, en el borde de mi conciencia, y sin que me importara.

Mañana me casaba.

La idea no me hizo estremecer.

Liora ha llegado antes del mediodía.

Ha cruzado el umbral con la particular falta de elegancia de una mujer embarazada de seis meses que intenta atravesar un desgarro en la realidad; es decir, ha tropezado, ha soltado un taco y se ha agarrado al marco de la puerta con una mano que brillaba tenuemente con un tono dorado.

—Odio el cruce —ha anunciado a nadie en particular—, lo odio, nunca me acostumbraré y, si Vex se cree que...

Se ha detenido al verme.

—Branwen. —Su rostro se ha suavizado. Tenía la calidez propia de una mujer que ya ha sobrevivido a aquello en lo que yo estaba a punto de adentrarme—. ¿Cómo estás?

—Sigo viva. Sigo aquí.

—Ambas cosas son una mejora respecto a la semana pasada —continuó mientras cruzaba el gran salón con una mano apoyada en la parte baja de la espalda y la determinación de una mujer que se negaba a dejar que nada la frenara; la barriga ya era inconfundible: redonda y firme bajo el vestido, de esas que hacían que los extraños te ofrecieran asiento—. Traigo compañía. Espero que no importe.

Una chica ha cruzado el umbral tras ella.

Joven; de unos veinte años, quizá. Pelo oscuro, ojos oscuros que no revelaban nada. Se movía como alguien que hubiera pasado su vida practicando el arte de no ser vista, y se le daba bien. Casi me pasa desapercibida por completo, lo cual sospechaba que era la intención.

—Isabella Calder —ha dicho Liora—. Mi hermana. Vive con nosotros en Thornwood.

Hermana.

La palabra se me ha quedado enganchada en algún lugar del pecho. Liora era una Calder por matrimonio; Izzy era una Calder de nacimiento. Hermanastras, si recordaba bien los cotilleos de la aldea. Pero Liora no había dicho *hermanastra*. Había dicho *hermana*. Lo había afirmado. Como si lo hubiera elegido.

En el baile aprendí que los señores eran hermanos. Aquello rompió algo en mí que no esperaba: el darme cuenta de que los monstruos podían tener familia. Podían amarse. Podían burlarse, preocuparse y protegerse de todas esas formas caóticas en las que lo hacían las familias.

Y ahora aquí estaba Liora, construyendo su propia familia a partir de los restos. Eligiendo hermanas como los fae elegían parejas: de forma deliberada y permanente.

Yo no tenía hermanas. No tenía madre. Ya no tenía abuela. Solo a mi padre, la fragua y el silencio donde debería haber habido más gente.

—Izzy —ha corregido la chica en voz baja. Sus ojos han recorrido el gran salón, catalogando, evaluando, sin que se le escapara nada. Una observadora. Reconocía el tipo. Yo misma era una de ellas.

—Tú eres la que golpeó a Raith con un atizador de hierro —he dicho.

A Izzy se le contrajo la boca en el amago más leve de una sonrisa. —Se estaba poniendo difícil.

—Suele hacerlo.

—Me he dado cuenta.

Me ha caído bien de inmediato. Había algo allí, bajo la quietud, bajo esa invisibilidad practicada; algo afilado, vigilante y mucho más peligroso de lo que dejaba ver.

Edgar ha aterrizado en la mesa entre nosotras, ladeando la cabeza hacia Liora con una curiosidad brillante. Luego hacia Izzy, que lo estudiaba con la misma intensidad.

—GUAPA —ha dicho Edgar, mirando a Izzy.

—Gracias —ha respondido Izzy, sin inmutarse lo más mínimo por el hecho de que un cuervo hablara—. Tú también eres muy apuesto.

Edgar se ha pavoneado. Literalmente.

—Bueno —he dicho, sirviendo té para ambas—. Lo del atizador.

Liora ha reído, una risa auténtica, clara y repentina, con una mano sobre su vientre. —¡Oh, tendrías que haberlo *visto*! Raith cruzó el umbral hacia nuestro vestíbulo con Izzy bajo el brazo como un saco de patatas, y ella estaba...

—Aterrorizada —ha dicho Izzy tajante—. Estaba aterrorizada. Un monstruo al que no conocía me arrastró por un agujero en el mundo sin preguntar.

—El paso —ha puntualizado Liora, mirándome—. Así es como lo llaman. Su forma de viajar, a través de los espacios intermedios.

Así que así se llamaba. A mí me habían arrastrado por él durante el rescate: esa sacudida nauseabunda, la realidad plegándose sobre sí misma. No había conocido el término hasta ahora.

—Intentaba ayudar —ha dicho Liora, con la diplomacia cuidadosa de alguien que ya ha tenido esta discusión antes.

—Me sacó de casa de mi madrastra en mitad de la noche —ha dicho Izzy—. Sin presentarse. Sin *explicarse*. Pensé que me estaba

secuestrando uno de esos seres de la Gente Maravillosa de los que mi abuela me advirtió.

—Te *estaba* secuestrando uno de los de la Gente Maravillosa —he señalado.

La boca de Izzy se ha vuelto a contraer. —Sí. Bueno. Aún no había asimilado la parte de la ayuda. Todo lo que sabía era que algo muy rápido y muy fuerte me tenía sujeta, y que había un atizador de hierro junto al hogar. —Ha hecho una pausa—. Así que le pegué. Y luego le pegué otra vez. Y seguí dándole hasta que me soltó.

—No dejaba de arremeter contra él —ha confirmado Liora, sonriendo—. Raith cruzó el umbral hacia nuestro vestíbulo con quemaduras en ambos brazos y esta chica todavía arremetiendo. Vex olió la quemadura del hierro antes incluso de que Raith terminara de soltar juramentos.

—No debería haberme agarrado —ha dicho Izzy con sencillez.

Me sorprendí sonriendo. Sonriendo de verdad, una de esas veces que ocurre antes de que puedas evitarlo. Esta chica tranquila y observadora le había dado con un atizador a un príncipe fae y *no se había detenido*.

—Se lo merecía —he dicho.

—Se lo merecía totalmente. —Izzy ha tomado un sorbo de té con la compostura de quien habla del tiempo. Luego, una grieta en la máscara. El más leve atisbo de calidez en esos ojos oscuros—. Aunque no es tan terrible. Una vez que te acostumbras a... a todo.

—Un gran cumplido —he dicho.

—El mayor que doy.

Liora nos observaba a las dos con una expresión que no he sabido interpretar. Complacida, tal vez. Como si estuviera viendo cómo algo que había estado esperando encajaba en su sitio.

La puerta se ha abierto.

Raith ha llenado el marco como siempre: con demasiada presencia para cualquier entrada, atrayendo demasiada atención de

inmediato hacia mí. Sus ojos han buscado los míos primero. Siempre primero.

Luego han pasado a Liora. A su vientre.

—Deberías estar sentada —ha dicho él. No como un saludo, sino como una instrucción.

—Estoy sentada.

—Deberías estar sentada en *Thornwood*. Donde Vex pueda...

—Vex sabe dónde estoy. Él es quien me ha abierto el paso. —Liora ha levantado la barbilla—. Estoy embarazada, Raith, no muriéndome.

Algo ha cruzado fugazmente su rostro. Por un momento, solo un momento, he visto más allá del encanto y los bordes afilados algo que se parecía casi a la preocupación. Preocupación real. Por la mujer que llevaba al hijo de su hermano.

—Izzy. —Se ha dirigido a ella. Con más suavidad ahora, aunque él lo negaría—. Se te ve bien.

—Tengo exactamente el mismo aspecto que cuando me viste hace tres días.

—Sí. Bueno. —Se ha aclarado la garganta—. He hecho que envíen comida al cuarto de estar. Algo distinto de lo que sea que la señora Galley haya estado...

—La cocina de la señora Galley es perfectamente adecuada —he dicho.

—La cocina de la señora Galley es un asalto a siglos de tradición culinaria, y lo digo yo que no como. —Me ha mirado. Me ha mirado *de verdad*, con esa mirada inquisitiva y hambrienta que pone cuando intenta leer algo en mi rostro—. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Me estaba preguntando por la boda. Por mañana. Por si yo estaba bien.

—Tengo todo lo que necesito —he dicho.

Ha mantenido mi mirada un instante de más. Luego ha asentido una vez y se ha ido.

La puerta se ha cerrado tras él.

—Contigo es diferente —ha dicho Izzy en voz baja—. Lo he observado con otras personas. En Thornwood, en reuniones. Es todo encanto, agudeza y actuación. Contigo está...

Se ha callado, buscando la palabra.

—Esforzándose —ha sugerido Liora.

—Sí —ha dicho Izzy—. Esforzándose.

Nos hemos trasladado al cuarto de estar después de comer. Liora se ha dejado caer en un sillón con un quejido, con ambas manos en el vientre, e Izzy le ha colocado cojines tras la espalda sin que se lo pidiera.

Se movían así, las dos, con la naturalidad de quienes llevan meses cuidándose la una a la otra. Hermanas. No de sangre, sino por las circunstancias y por elección propia.

Algo en mi pecho me ha dolido al verlas. Yo nunca había tenido eso. Nunca había tenido a nadie que me colocara los cojines sin que se lo pidiera.

—Háblame de la ceremonia —he dicho—. De qué puedo esperar.

Liora ha cruzado una mirada con Izzy.

—Piedras verticales —ha dicho Liora—. En el páramo. Al amanecer; lo hacen todo en los umbrales: entre la noche y el día, entre lo que era y lo que será. —Ha hecho una pausa, recordando—. Todos los hermanos estarán allí. Tienen que ser testigos, forma parte del ritual. Oficia la señora O'Hara. Ella es...

—Antigua —ha ofrecido Izzy—. Aterradora. Y bondadosa.

—Fae —ha dicho Liora—. Una fae antigua. Más vieja que los hermanos, creo. Ha estado con ellos desde antes de lo que alcanza la memoria.

—Hay una enredadera —ha continuado Liora—. De espinas negras; Vex las hizo crecer para nuestra ceremonia, pero Raith puede que tenga su propia versión. Se enrosca alrededor de sus manos unidas. Tres veces en cada una. Muerde. —Se ha frotado la muñeca izquierda distraídamente—. Y luego, sangre. La suya mezclada con la tuya.

—La sangre fae es diferente —ha dicho Izzy con naturalidad—. Más oscura. Más espesa. La reconocerás cuando la veas.

—Dirán los votos —ha dicho Liora—. *Sangre de mi sangre. Hueso de mi hueso.* —Su voz se ha vuelto queda—. Yo no sabía lo que decía cuando los pronuncié. Tú sí. Eso es importante, Branwen.

Asentí. Importaba. Saber a lo que me enfrentaba en lugar de avanzar a ciegas... aquello era un regalo que Liora no había recibido.

—Y el vínculo —dije—. Cuando se asienta. ¿Qué se siente?

Liora guardó silencio un momento.

—Como si unas cadenas se cerraran de golpe —dijo al fin—. Como el giro de una cerradura. Lo sientes en todas partes: en la sangre, en los huesos, entre un latido y otro. Es... —Se llevó la mano al pecho—. Es aterrador. Durante unos diez segundos, pensarás que has cometido el peor error de tu vida.

—¿Y después?

—Y después, simplemente es... él. Ahí. Siempre. Como si siempre hubiera debido estarlo. —Me sostuvo la mirada—. Puedes hacerlo, Branwen. Eres más fuerte de lo que yo era cuando pasé por ello. Sabes lo que son. Estás eligiendo con los ojos abiertos.

—Eso es... —Me detuve. Reflexioné—. No ha habido otras, ¿verdad? Mujeres humanas que se casaran con príncipes de Nocturne.

—No. —La mano de Liora bajó hasta su vientre—. Solo yo. Y ahora tú.

Dos mujeres en toda la historia. No era precisamente un precedente muy sólido.

—Somos más duras de lo que creen —dijo Liora en voz baja.

Izzy no dijo nada. Pero me observaba con esos ojos oscuros y analíticos, y tuve la extraña sensación de que ella también estaba guardando información. Para más tarde. Por sus propios motivos.

La tarde se suavizó.

Es la única forma en que puedo describirlo. La luz que entraba por los ventanales del salón se volvió ambarina y cálida, y en algún momento entre la segunda tetera y el tercer viaje de Liora para aliviarse —«el niño está sentado sobre mi vejiga y te juro que lo

hace a propósito, es el hijo de Vex»—, algo se relajó en la habitación.

Hablamos. No sobre los fae, el vínculo o la boda. Hablamos de cosas corrientes. Liora había estado leyendo una novela que encontró en la biblioteca de Thornwood —en escritura fae, que por lo visto ahora podía leer— e intentaba averiguar si era una historia de amor o un manual de instrucciones para envenenar rivales. Izzy había estado dibujando la vista desde la torre este y me enseñó una página de su cuaderno: trazos precisos y cuidadosos, el páramo capturado en tinta. Tenía talento. Un talento real, enterrado bajo años de hacerse invisible.

Les hablé de la forja. De mi padre. De aprender a dar forma al hierro antes de saber formar letras, y de cómo el calor de un buen fuego era lo más parecido al consuelo que había conocido jamás.

Pero me descubrí riendo con las secas observaciones de Izzy y con las quejas alegres de Liora sobre su embarazo; en algún momento, Edgar se posó en el hombro de Izzy y se negó a moverse, e Izzy dejó que se quedara con la paciencia de alguien acostumbrada a que la reclamen seres que buscan su atención.

«Así es como se siente —pensé—. Tener gente propia».

Aquello se sentía peligroso. De la mejor manera posible.

—¿Puedo preguntaros algo? —dije.

Izzy se había acercado a la ventana para dibujar a los cuervos bajo la luz mortecina. Liora estaba a mi lado, con los pies en un taburete y una mano trazando círculos lentos sobre su vientre.

—Lo que quieras —dijo Liora.

—¿Por qué yo? —Hice girar la taza entre mis manos—. Me lo pregunto desde el principio. ¿Por qué un marqués, un marqués *fae*, se obsesionaría con la hija de un herrero? Hay cien mujeres en las aldeas. Mil en el condado. Mujeres hermosas. Mujeres con títulos. Mujeres que se habrían desvivido por conseguir su atención.

Lo dije con ligereza. O al menos lo intenté.

—No soy nadie. Hierro en mis manos, hierro en mi sangre, hierro en cada parte de mí. Soy la peor elección posible para alguien a quien el hierro le quema al tacto. —Sacudí la cabeza—. Y él no se detiene. Desde el primer momento en mayo, esa expresión en su

rostro, como si el mundo acabara de terminar y empezar al mismo tiempo. Nunca lo he entendido.

Hice una pausa. Sentí el calor del vínculo zumbando en los límites de mi conciencia. Constante. Paciente. Suyo.

—No es que me esté quejando —dije en voz baja—. Ya no.

Aquella confesión me costó algo. Sentí cómo se marchaba: otro ladrillo arrancado del muro, y la estructura entera volviéndose más débil cada día.

Liora se había quedado muy quieta.

—Branwen. —Su voz había cambiado. La calidez seguía ahí, pero por debajo había algo cauteloso. Algo alentador—. ¿De verdad no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Lo de la elección de sangre.

Las palabras sonaron extrañas. Las había oído antes: fragmentos, retazos, cosas que no terminaban de encajar. Raith nunca las había usado. No conmigo.

—¿Qué es la elección de sangre?

Liora dejó su té.

—Es el motivo por el que te siguió. Por el que no podía mantenerse alejado. —Habló despacio, eligiendo cada palabra—. Es involuntario, Branwen. Completamente. Su sangre te reconoció antes de que su mente pudiera opinar. El deseo, la obsesión, la necesidad de estar cerca de ti... nada de eso fue una elección. No para él.

Las palabras cayeron como piedras en aguas tranquilas. Sentí cómo se expandían las ondas.

—La compulsión comienza antes del vínculo —continuó Liora—. Antes de la ceremonia, antes de la consumación. Desde el momento en que la sangre elige, el fae se ve... impulsado. Hacia la persona que su sangre ha seleccionado. Literalmente no pueden detenerse.

—Él no puede...

—Él no puede controlar el deseo. No puede disminuirlo. No puede redirigirlo. —Su voz era dulce. Cautelosa. La voz de una mujer que había estado donde yo me encontraba ahora y sabía que el suelo estaba a punto de hundirse—. Vex tampoco pudo. Me lo contó

todo después, y lo que más le aterraba era el hecho de no haber tenido nunca elección. Su sangre me eligió y él me siguió. Así es como funciona.

Me quedé inmóvil.

Mis manos, que aún sostenían la taza de té, la depositaron sobre la mesa. Con cuidado. Porque si no tenía cuidado, iba a romper algo.

—Cada fae que ha pasado por la elección de sangre —dijo Liora — ha sentido lo mismo. El mismo fuego. La misma compulsión. La misma incapacidad de alejarse.

—Dices que podría haber sido cualquiera.

—No...

—Dices que lo que siente no es... —Me detuve. Empecé de nuevo—. Que lo que siente es la sangre hablando. No él. La magia antigua me eligió y él simplemente... siguió el rastro.

—Branwen, eso no es lo que yo...

—¿La sentiste tú? —Mi voz sonó más dura de lo que pretendía—. La atracción. Cuando conociste a Vex. ¿Sentiste la compulsión?

—Sí. Algo que no podía explicar. Pero era...

—Entonces tú tampoco sabes si lo que sientes por él es real de verdad.

Liora se estremeció. —Sé que es real.

—¿Cómo? ¿Cómo lo sabes, Liora? Si la magia lo empezó todo, si la elección de sangre es lo que encendió la mecha, ¿cómo sabes que algo de lo que vino después es tuyo? ¿Cómo sabes que lo amas a él y no es solo la compulsión con una máscara?

Abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla.

—Porque me ofreció romperlo —dijo en voz baja—. Y yo elegí quedarme.

Me la quedé mirando.

Junto a la ventana, Izzy había dejado de dibujar. Nos observaba a ambas con esos ojos oscuros a los que no se les escapaba nada.

Me levanté. Caminé hacia la ventana. Miré hacia el páramo, hacia los cuervos que rodeaban las torres, hacia el mundo que se había convertido en algo que no reconocía.

Mary Ashworth.

El nombre me golpeó como un puñetazo bajo las costillas.

Raith le había hecho eso. Este Raith. *Mi* Raith. El que me preparaba el desayuno, me ofrecía traer a mi padre y dejaba que su pájaro le robara comida del plato.

Y ahora su sangre me había elegido a mí. Y yo había estado... ¿qué? Riéndome con sus cuervos. Dándoles sobras. Dejando que me tomara de la mano en un paseo en carruaje bajo la luna. Esperando la boda como si fuera algo que *deseaba*.

¿Era esa yo? ¿O era la compulsión haciendo lo que mejor sabía hacer: hacerme sonreír mientras me vaciaba por dentro?

—¿Y qué hay de las otras? —Mi voz sonó plana. Incorrecta. La voz que tenía antes de todo esto—. Las mujeres a las que él... todas esas mujeres. Antes de mí.

La habitación se quedó en silencio.

—Branwen... —empezó Liora.

—Mary Ashworth. —Pronuncié el nombre como quien deposita un cadáver sobre la mesa—. Vivía a dos casas de la forja. Era alegre, bonita y estaba llena de risa hasta que tu cuñado se fijó en ella en un baile de la cosecha. Lo siguió a las sombras y regresó tres días después con la mirada vacía. —Me aparté de la ventana—. ¿Eso también fue la elección de sangre? ¿Aquello fue *compulsión*?

—No. —El rostro de Liora se había puesto pálido—. No, aquello fue... aquello fue crueldad. Lo que hay entre vosotros es...

—¿Cómo puedo saberlo? —Mi expresión era la misma cosa fría y afilada como una hoja que había sido antes de todo esto. Antes de los cuervos, del rescate y del calor traicionero—. ¿Cómo puedo saber la diferencia entre el amor y una correa muy bonita?

Liora no tuvo respuesta.

Yo tampoco.

SE MARCHÓ UNA HORA DESPUÉS. Con Izzy a cuestas, de regreso a Thornwood, con unas disculpas en los ojos que yo no quería aceptar.

Me senté en mis aposentos y analicé cada momento.

La mesa del desayuno: «Me gustaría verte sonreír». ¿Había sido él o la compulsión fingiendo ternura?

La forja: de pie en el patio de mi padre, aguantando cada palabra que mi padre le lanzaba sin inmutarse. «La quería. No sabía cómo querer sin arrebatar». Verdad, porque los fae no podían mentir. Pero ¿era SU verdad o la elección de sangre hablando a través de él?

El carruaje: «Eso ya no es cierto». Su mano en la mía. El calor en el vínculo que se había sentido tan real que había dejado de cuestionarlo.

Ayer había dejado de contar los días como si fueran una condena para empezar a contarlos como una espera.

Ayer fui una estúpida.

Me llevé la mano a la garganta. Piel desnuda. El cordel que había colgado de allí desde que tenía siete años... se había ido. Usado. Perdido. La única cosa que nunca me había mentido, y ya no estaba.

Mañana era la boda.

Y yo estaba aquí sentada a oscuras, desmenuzando cada momento como una mujer que ya hubiese decidido ser una víctima.

No.

No.

Yo no era Mary Ashworth. No iba a dejarme llevar por lo que quedaba de esto con los ojos vacíos y una sonrisa que no fuera sincera. No iba a acostarme en una cama en la que no confiara y a cerrar los ojos esperando que el calor hubiera sido real.

Iba a *preguntárselo*.

No al encantador Raith. No al marqués de Ravenmoor con sus palabras bonitas y sus juegos antiguos. Iba a buscar al que se plantó en el patio de mi padre y dijo «La quería. No sabía cómo querer sin arrebatar», y lo iba a obligar a que me dijera qué parte de aquello era él y qué parte era la correa en su sangre.

Y si él no podía notar la diferencia...

Entonces ninguno de los dos tendría nada más que decir.

Me levanté. Crucé la habitación. Agarré el pomo de la puerta y tiré con tanta fuerza que golpeó contra la pared de piedra con un estruendo seco.

Los cuervos del pasillo se sobresaltaron con un batir de alas.

Bien. Dejad que le digan que voy hacia allí.

CAPÍTULO
VEINTITRÉS

RAITH

Vex me encontró en el despacho.

Había cruzado el paso con Liora e Izzy; escoltaba a su esposa embarazada, una estampa tan sumamente doméstica que habría resultado graciosa si yo no hubiera visto cómo sus ojos rastreaban cada sombra entre el punto de cruce y las puertas de Ravenmoor. Un depredador que fingía ser hogareño. Estaba empezando a comprender ese impulso.

Las mujeres estaban arriba. Podía sentir a Branwen a través del vínculo: cálida, abierta, con el brillo de su risa entrelazándose por la conexión como la luz del sol a través del agua. Estaba feliz. Con la felicidad podía trabajar.

—¿Te quedas a tomar algo? —pregunté, más por tener algo que hacer con las manos que por otra cosa.

Vex no se sentó. Se quedó junto a la ventana, observando el círculo que trazaban los cuervos. —¿Cómo está ella?

—¿Branwen? Anoche me cogió la mano en el carruaje y no echó mano del hierro. Así que... mejor que con la herradura.

Casi sonrió. Casi.

Serví. Bebí. Dejé que el silencio se asentara.

Pero no podía dejar de mirarlo. La forma en que su mano se abría y se cerraba a su costado, buscando a Liora a través del vínculo. Ahora reconocía ese gesto.

No era lo que él hacía lo que me molestaba. Era lo que yo había visto cuando Liora cruzó el paso.

Una arruga en el ojo. Fina. Apenas perceptible. El tipo de detalle que ningún humano notaría.

Yo no era humano.

Me había fijado. Y me había fijado en el hilo gris de su sien —solo uno, brillante contra el pelo oscuro— y en la forma en que se había apoyado contra la pared, con una mano en el vientre, mortal, pesada y frágil de una manera que hizo que algo frío me recorriera el pecho.

Estaba envejeciendo.

Seis meses desde el vínculo, y Liora estaba *envejeciendo*.

—Vex. —Dejé el vaso—. Las investigaciones que has estado haciendo. Todos esos meses en la biblioteca, los textos fae, los recuerdos de la señora O'Hara. —Mantuve la voz firme. No lo conseguí del todo—. ¿Has encontrado alguna forma de salvarlas?

Él se quedó muy quieto.

—Sus vidas —dije, porque necesitaba escucharlo en voz alta. Necesitaba darle una forma real a aquello—. Prolongarlas. Mantenerlas. ¿Has encontrado una respuesta?

—No.

Una sola palabra. Y el modo en que la pronunció —tenue, final, agotado— me indicó que llevaba cargando con ese peso desde mucho antes de que a mí se me ocurriera preguntar.

—¿Nada en absoluto?

—Indicios. Puede que el vínculo lo ralentice. Puede que los niños porten algo que aún no comprendemos. —Se le tensó la mandíbula —. Pero nada seguro. Nada que pueda prometerle.

Lo miré fijamente. Mi hermano mayor. Siglos de control férreo, y se había pasado meses buscando para no encontrar *nada.*

El silencio en la habitación era absoluto. Solo los cuervos posándose. Las garras de Edgar haciendo clic sobre el escritorio.

Y aquello que me había negado a mirar salió a la luz.

Branwen.

Mi Branwen. Fuerte como la forja, de lengua afilada y más viva que nada que yo hubiera tocado jamás.

Humana.

Envejecería. Arrugas en los ojos, canas en ese cabello oscuro, la fuerza de la forja desvaneciéndose año tras año. Se volvería más lenta. Se debilitaría. Ella...

Basta.

Pero no podía parar. El reloj ya estaba en marcha, lo había estado desde el momento en que ella respiró por primera vez, y cada día que pasaba deseándola era un día más cerca de...

—Seguiré buscando —dijo Vex. En voz baja. Como si pudiera ver el impacto que me estaba causando. Como si recordara el momento exacto en que lo golpeó a él—. Encontraremos una respuesta.

—¿Y si no la hay?

Me sostuvo la mirada—. La habrá. Tiene que haberla.

Se marchó cuando Liora lo llamó. Se fueron por el paso con Izzy, y yo me quedé solo en mi despacho.

No del todo solo. Edgar estaba en el escritorio. El vínculo seguía cálido. Branwen seguía arriba, todavía riendo.

Todavía mortal. Todavía muriendo. Cada minuto.

Me quedé ante la ventana viendo desvanecerse la última luz, contando años que no tenía, cuando sentí que ella me bloqueaba el acceso.

No fue gradualmente, no fue el enfriamiento lento de algo que se apaga. Fue un muro. Grueso como el hierro. Impenetrable. Un momento el vínculo era cálido, vibrando con el eco de lo que habíamos construido durante cuatro días imposibles.

Al siguiente, nada.

Frío. Silencio. Un hilo tensado tanto que podría romperse.

Seguía en el castillo. Seguía dentro de las protecciones. Pero la mujer que me había cogido la mano en un carruaje bajo la luz de la luna se había ido.

La chica de la herradura había vuelto.

Ahora esto. Hielo donde había habido fuego. Muros donde había habido calidez.

¿Qué había pasado?

Ya me estaba moviendo. Crucé el despacho, pasé junto a Edgar, fui hacia la puerta...

Los cuervos graznaron.

No fue una alarma. No fue el graznido territorial ante intrusos en las protecciones. Fue algo distinto: una onda de agitación que caía en cascada a través de la bandada, de pájaro en pájaro, de pasillo en pasillo, hasta que todo el castillo pareció crujir con alas oscuras.

Edgar giró la cabeza hacia la puerta.

La oí venir antes de verla. Pasos; ni cuidadosos, ni silenciosos, ni el andar mesurado de una mujer que sopesa las cosas. Rápidos. Duros. El sonido de alguien que ha dejado de pensar y ha empezado a actuar.

La puerta golpeó contra la pared.

Branwen estaba en el umbral. Vestido oscuro, el pelo soltándose de su severo recogido. Su rostro mostraba lo mismo que yo había visto en el Primero de Mayo, en la puerta de la forja, en cada momento en que me había mirado y había visto a un monstruo.

La hoja de la espada había vuelto.

—Háblame de la elección de sangre.

No era una pregunta. Era una exigencia. Cruzó el umbral y los cuervos se dispersaron de cada superficie, batiendo las alas mientras huían hacia las vigas del techo.

Todos excepto Edgar. Edgar se quedó en el escritorio y observó.

—Branwen...

—No. —Una sola palabra, lo bastante afilada como para cortar—. No me encandiles. No te desvíes. No me des una verdad bonita envuelta en una mentira fea. Dime qué es la elección de sangre, qué hace y si algo de lo que has sentido desde el Primero de Mayo ha sido *tuyo*.

La elección de sangre.

Lo sabía. Alguien se lo había... *Liora.* La visita de la tarde. La risa que yo había sentido a través del vínculo, seguida por la calidez, y después por el muro.

La esposa de mi hermano le había contado a Branwen la única cosa para la que yo aún no había encontrado palabras.

Podría haberlo suavizado. Envolver la verdad en tanta seda que apenas picara.

Pero no con ella.

—Es involuntario —dije—. Mi sangre te reconoció antes de que yo tuviera voz ni voto. En el festival de Mayo, en el momento en que te vi, algo en mí —algo antiguo, algo que no controlo— dijo *mía*. Y no ha dejado de decirlo desde entonces.

—Así que el deseo. La obsesión. La necesidad de estar cerca de mí...

—Empezó con la sangre. Sí.

Ella lo encajó como un golpe. Se mantuvo firme, pero vi cómo el impacto hacía mella.

—¿Y Mary Ashworth?

El nombre fue un cuchillo y ella supo exactamente dónde clavarlo.

—Aquello no fue una elección de sangre. —Mi voz sonó ronca—. Fue aburrimiento. Era guapa. Cogí lo que quería y no miré atrás.

—Y me estás diciendo que esto es diferente.

—Te estoy diciendo que lo de Mary Ashworth fue crueldad. Lo que siento por ti...

—¿Cómo lo *sabes*? —Acortó la distancia entre nosotros. Sin amilanarse, sin retroceder—. ¿Cómo sabes la diferencia entre el amor y una correa muy buena? Porque desde donde yo estoy, parece exactamente lo mismo. La pulsión dice «deséala». Y tú me deseas. La pulsión dice «necesítala». Y tú me necesitas. ¿Cómo sé yo que hay algo debajo que no sea solo la sangre haciendo muy bien su trabajo?

No tenía respuesta.

Lo vio en mi cara. Algo vaciló en sus ojos; dolor, tal vez, o la muerte de algo que ella esperaba que yo pudiera salvar.

—Eso es lo que pensaba.

Se dio la vuelta para marcharse.

Y miré mi escritorio. Los papeles apilados allí. Cada deuda. Cada cadena. La influencia que yo había adquirido con precisión fae, entrando en los despachos de los acreedores en la oscuridad, rozando sus mentes dormidas hasta que firmaban cualquier cosa que les pusiera delante.

Los cogí.

El viejo instinto estaba ahí mismo. Tira de las cadenas. Recuérdale lo que tienes sobre su padre, su forja, su vida entera. Había hecho un trato. Había dado su palabra. Podía *obligarla* a quedarse...

No la fuerces, hermano.

La voz de Cade. Áspera. Destrozada. Nunca entendí por qué había venido a Ravenmoor para decir esas cuatro palabras. Lo que él sabía sobre forzar. Lo que le había costado.

Pero entendí la advertencia.

No. La fuerces.

Miré los papeles que tenía en las manos. El nombre de su padre. Su futuro. Mi baza sobre ella.

—Espera.

Se detuvo. Se giró. Vio lo que yo sostenía.

Algo se endureció en su rostro. La hoja de la espada, pero ahora cansada. Resignada.

—No te preocupes, milord. No lo había olvidado. —Su voz era baja. Firme. La voz de una mujer que llevaba esperando esto todo el tiempo—. Tienes la vida de mi padre en tus manos. Siempre la has tenido.

Convoqué el fuego.

Ella retrocedió por instinto. El fuego fae no era como el de la forja; ardía al blanco y en silencio, sin chasquidos, sin calor, solo consumiendo. Los papeles prendieron al instante, con las llamas lamiendo el nombre de su padre, las firmas cuidadosas, cada pedazo de influencia que yo había tenido sobre ella.

La elección de sangre aulló.

QUÉDATELA. RETENLA. MÍA MÍA MÍA...

Cada instinto que poseía me instaba a recuperar los papeles, a apagar las llamas, a sujetarla con más fuerza. Me temblaban las manos. Sentía en el pecho como si algo se estuviera desgarrando por dentro. La pulsión quería encadenar y reclamar y no soltar nunca jamás, y yo me quedé allí y dejé que la última página se convirtiera en ceniza mientras aquella pulsión aullaba.

Ella abrió la boca. La cerró. Por primera vez desde que había abierto mi puerta de una patada, no tenía palabras.

La ceniza flotó hasta el suelo entre nosotros. Gris. Sin peso. Desaparecida.

—Tu padre no debe nada. —Mi voz no parecía mía—. El trato queda anulado. No me debes nada. Ni boda. Ni vínculo. Ni obligación.

—¿Por qué?

—Porque me has preguntado cómo sé la diferencia entre el amor y la pulsión. —Le sostuve la mirada; la de sus ojos reales, los que lo veían todo, los que ni una sola vez me habían mirado dejándose engañar—. La elección de sangre me hace querer *retenerte*. Sujetarte más fuerte. Encadenarte. Cada instinto en mí está gritando que te vincule antes de que puedas huir. —Señalé la ceniza del suelo —. ¿Te parece eso sujetar más fuerte?

Algo cambió en su rostro. Pequeño. Cuidadoso. La primera mella en la hoja de la espada.

No era suficiente.

—La elección de sangre no te obligó a hacer eso —dijo ella despacio.

—No.

—La pulsión no hace que dejes marchar.

—No. No lo hace.

Silencio. Miró la ceniza. Me miró a mí. Podía verla pensar, podía sentirlo a través del vínculo, esa mente aguda y táctica dándole vueltas, buscando puntos débiles, buscando la trampa.

—Rompe el vínculo.

Las palabras aterrizaron como hierro contra mi pecho.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Levantó la barbilla. La espada, más afilada ahora—. Si lo que sientes es real —si es algo más que magia de sangre—, entonces rompe el vínculo. Corta lo que sea que haya entre nosotros. Y comprueba si todavía me quieres cuando nada te obligue a ello.

—Branwen...

—¿Puede hacerse?

Podría desviarme. Cambiar de tema. Enterrar la verdad bajo suficientes palabras para que nunca la encontrara.

Estaba tan harto de enterrar cosas.

—Sí. Puede hacerse.

—Entonces hazlo.

—El precio... —Se me cerró la garganta. Se abrió—. El vínculo no está sellado del todo. No hemos... los votos lo completan. Lo que existe ahora está a medio formar. Arrancarlo sería como... —Busqué palabras que no fueran clínicas. Fallé—. Sería como arrancar una raíz de la tierra viva. La raíz sobrevive. La tierra...

—¿Qué te ocurre a ti?

—Eso no importa.

—¿Qué te ocurre, Raith?

—En el mejor de los casos, la locura. La elección de sangre sin ningún lugar al que ir, sin ancla, sin... Sería una pulsión sin objeto. Desear algo que ya no existe. Para siempre.

—¿Y en el peor?

—La muerte. —Simple. Directo. Cierto—. No rápido. Pero con el tiempo.

Se me quedó mirando. Observé cómo lo sopesaba, buscando fallas.

—Lo harías —dijo. No era una pregunta—. Realmente lo harías.

—Si me lo pidieras. —Las palabras salieron de un lugar que no reconocí. Un lugar que no tenía nada que ver con el encanto o los juegos o siglos de tomar lo que quería—. Si eso es lo que hiciera falta para demostrar que lo que siento es mío y no de la sangre... sí. Lo haría. Me volvería loco o moriría deseándote, y lo haría porque *tú me lo pediste*.

—Es la mayor estupidez que he oído nunca.

—Probablemente.

—Me estás diciendo que preferirías morir antes que retenerme contra mi voluntad.

—Te estoy diciendo que preferirías morir antes que no saber si lo que tenemos es real. —Le sostuve la mirada—. Porque si te retengo —si nos vinculamos, si sellamos esto— y me paso el resto de mi larguísima existencia preguntándome si estás aquí porque me elegiste o porque la elección de sangre hace muy bien su trabajo... eso sería otra clase de muerte. Más lenta. Peor.

La habitación estaba en silencio. Ceniza en el suelo. Cuervos en las vigas. Edgar en el escritorio, observando con su ojo brillante y antiguo.

Branwen me miró durante largo tiempo. Más de lo que nadie me había mirado jamás, fuera humano o fae. Lo suficiente como para que me sintiera despojado hasta llegar a algo para lo que no tenía nombre; algo que yacía bajo el encanto, la crueldad y los siglos de máscaras bonitas.

—No lo hagas —dijo.

—¿No haga qué?

—No rompas el vínculo. Todavía no. —Inspiró hondo y soltó el aire—. Necesito pensar.

—La boda...

—Al amanecer. En los menhires. —Su voz era plana. Controlada. La espada, pero ahora templada; no hierro frío, sino algo que había pasado por la forja—. Si estoy allí, tendrás tu respuesta.

—¿Y si no lo estás?

Me sostuvo la mirada—. Entonces también tendrás esa respuesta.

Se dio la vuelta. Caminó hacia la puerta. Se detuvo con una mano en el marco.

—Raith.

—¿Sí?

—Las deudas. —Miró la ceniza en el suelo—. Eso ha sido de verdad.

Y se marchó.

Me quedé parado en mi despacho con ceniza en las botas y nada en las manos.

Los cuervos se fueron posando poco a poco. Uno a uno regresaron a sus perchas, ahuecando las plumas, chasqueando los picos. Restaurando el orden en un mundo que se había torcido.

Edgar saltó por el escritorio. Miró el lugar donde habían estado los papeles. Me miró a mí.

—¿WREN? —preguntó.

—No lo sé —le dije—. No lo sé.

Me senté en la silla tras el escritorio. Apoyé la cabeza en las manos. Y esperé al amanecer.

Afuera, el páramo se extendía oscuro y silencioso bajo un cielo lleno de estrellas que habían visto a criaturas más viejas y sabias que yo ponerse en evidencia por amor.

Ya no me quedaba nada. Ni influencia. Ni trato. Ni cadenas. Ni certezas.

Solo un vínculo a medio formar que me dolía como una herida en el pecho y una pregunta de la que no tendría respuesta hasta la salida del sol.

Ven a las piedras, Branwen. Por favor.

Edgar se posó en mi hombro. Presionó el pico contra mi sien.

—TE QUIERO —dijo suavemente.

No estaba seguro de a cuál de los dos se refería.

CAPÍTULO
VEINTICUATRO

BRANWEN

Me desperté antes del amanecer.

Sin sobresaltos. Sin miedo. Simplemente... despierta. De la forma en que una se despierta en una mañana importante, cuando el cuerpo sabe antes que la mente que algo está a punto de cambiar.

Ravenmoor estaba en silencio. Incluso los cuervos permanecían quietos, como bultos oscuros acurrucados a lo largo de las almenas, con las cabezas bajo las alas. Esperando.

Me quedé tumbada en la oscuridad y me permití respirar.

Él estaba en algún lugar por debajo de mí. Podía sentirlo a través del vínculo: un murmullo bajo de angustia y deseo que no había cesado desde que lo dejé en el pasillo anoche. *Al amanecer. En los crómlechs. Si estoy allí, tendrás tu respuesta.*

Había sido cruel. Tal vez. O quizá había sido sincera; ya no estaba segura de si había alguna diferencia.

Pero mi respuesta no había cambiado desde que pronuncié las palabras. Lo había decidido antes de salir. Antes de que las deudas ardieran. Antes de que él se ofreciera a romper el vínculo y morir por mí como el idiota que era.

Lo había decidido en el momento en que él dejó de intentar alcanzarme y empezó a soltarme.

Solo necesitaba que él esperara. Que conviviera con la incertidumbre. Que sintiera lo que era desear algo y no poder tomarlo.

Llamadlo mezquindad. Yo lo llamaba justicia.

Me vestí a oscuras. No con el vestido de novia que la señora O'Hara había dejado preparado; todavía no. Solo con mi vestido de trabajo y mis botas. Mis manos.

El clavo de hierro había desaparecido. Perdido en el campamento seelie, arrancado de mi cuello cuando me apresaron. Lo llevaba desde los siete años. El clavo de mi madre. Mi primera armadura.

Sentía la garganta desnuda sin él.

Fui a la ventana. El páramo se extendía debajo, de un gris azulado bajo la luz previa al alba, y más allá —en algún lugar entre la niebla— estaban los crómlechs donde cuatro príncipes fae esperaban para ver si la hija de un herrero acudiría.

Un carruaje traqueteó por el camino de entrada.

Mi padre estaba en el patio con el sombrero en las manos, mirando a Ravenmoor como si pudiera devorarlo.

Una apreciación acertada.

—Muchacha —dijo cuando bajé. Su voz era ronca. Tenía los ojos rojos. Había estado llorando; mi padre, que no había llorado desde que enterramos a mi madre.

—Padre.

Nos quedamos allí los dos, en el patio del castillo de un príncipe fae mientras los cuervos vigilaban desde lo alto. Llevaba su chaqueta de los domingos. Le apretaba demasiado en los hombros y los puños estaban deshilachados, y era la cosa más sólida, real y humana de todo este lugar abandonado por la mano de Dios.

—Estás segura, entonces. —No era una pregunta. Me conocía demasiado bien como para hacer preguntas.

—Estoy segura.

Él asintió. Se miró las manos. Le daba vueltas al sombrero una y otra vez.

—Tu madre lo habría... —Se detuvo. Empezó de nuevo—. Ella lo habría entendido. Siempre entendía las cosas que yo no era capaz de ver. —Hizo una pausa—. Creo que él le habría caído bien. Que el Señor nos pille confesados.

—Primero le habría dado un golpe con el atizador.

—Sí. —Algo que fue casi una risa—. Luego le habría caído bien.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un pequeño fardo de tela. Lo desenvolvió con dedos cuidadosos y callosos.

Un clavo de hierro. Recién forjado. Podía ver las marcas del martillo —las marcas de su martillo, las que reconocería a ciegas—. El hierro era más oscuro que el de mi madre. Más pesado. El clavo de un herrero, no la baratija de una dama, ensartado en un cordón de cuero trenzado.

—El de tu madre era viejo —dijo—. He hecho este como es debido.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Se acercó y me lo colgó él mismo al cuello. Sus dedos estaban firmes; firmes como en la fragua, como siempre estaban cuando el trabajo importaba. El hierro se posó contra mi clavícula, cálido por su bolsillo, pesado con todo lo que él no podía decir.

—No te protegerá de él —dijo mi padre en voz baja—. Ahora lo sé. Pero te recordará quién eres. De dónde vienes. —Me sostuvo la mirada—. Mi niña. Mi Wren.

Lo abracé. Con fuerza. Hundí la cara en su chaqueta de los domingos, que olía a humo, a hierro y a hogar.

—Te he criado fuerte, ¿verdad? —dijo contra mi pelo.

—Me has criado testaruda. Yo hice el resto.

Él se rió. Una risa de verdad esta vez, húmeda y rota, pero real.

—Bien, pues. —Se apartó. Se limpió la cara con el dorso de la mano. Se encajó el sombrero en la cabeza—. Ve a prepararte, muchacha. Esperaré.

Me cambié en la estancia que la señora O'Hara había preparado. Lino blanco: sencillo, limpio, sin encajes ni adornos. El tipo de vestido que una mujer usaba cuando quería que la vieran por lo que era, no decorada por lo que no era. Me dejé el pelo suelto. Me puse el nuevo clavo de hierro sobre el lino.

Cuando volví al patio, los ojos de mi padre volvieron a brillar. No dijo nada. Me ofreció su brazo.

—¿A dónde vamos exactamente? —preguntó mientras empezábamos a cruzar los terrenos—. A esas piedras suyas.

—Al páramo. Donde se encuentran las cuatro fincas. —Lo sabía de la misma forma que sabía todo sobre los señores de Nocturne: tras años de observar, de escuchar, de ser la chica extraña que miraba demasiado tiempo los lugares donde convergían las tierras de las antiguas familias—. Los señores de Nocturne —los cuatro— tienen propiedades colindantes. Las piedras están en el centro. Terreno neutral. Celebran sus ceremonias allí desde que cualquiera pueda recordar.

—Costumbres antiguas —dijo mi padre, y percibí el recelo en su voz. El mismo recelo que sentía todo hombre del pueblo cuando se trataba de los señores y sus tradiciones.

—Costumbres antiguas —asentí—. Pero yo he elegido esto, padre. Con los ojos abiertos.

Él asintió una vez. Me apretó el brazo contra sus costillas.

Y caminamos.

Me había alejado del marqués de Ravenmoor el primero de mayo, lenta y deliberada, dejando hierro en mis huellas porque correr era lo que hacían las presas y yo no era presa de nadie.

Ahora caminaba hacia él. Al mismo paso. Con la misma certeza. Siendo la misma mujer.

En dirección contraria.

El páramo se abrió ante nosotros, el brezo rozándonos los tobillos, la niebla arremolinándose a nuestros pies. En algún lugar por delante, los crómlechs surgían de la tierra como dientes. Como promesas. Como los huesos de algo antiguo que se negaba a morir.

El brazo de mi padre se sentía sólido bajo el mío. Su respiración era acompasada. No miró atrás.

Ni yo tampoco.

RAITH

No iba a venir.

El amanecer se arrastraba sobre el páramo en tonos de peltre y oro, y los crómlechs proyectaban largas sombras sobre la hierba, y

la mujer por la que yo había quemado cada cadena para liberarla no iba a venir.

Me quedé en el centro del círculo e intenté recordar cómo respirar. Mis hermanos me flanqueaban: Vex a mi derecha, tan firme como las propias piedras; Cade en algún lugar detrás de mí, una sombra entre sombras; Ash a mi izquierda, pálido y tembloroso pero *presente*, porque los príncipes de Nocturne se apoyaban unos a otros incluso cuando mantenerse en pie era un acto de guerra contra sus propios cuerpos desfallecientes.

La señora O'Hara esperaba junto a la piedra del altar, antigua e impasible. Ella había oficiado el vínculo de Vex hacía seis meses. Llevaba haciendo esto desde antes de que llegaran los romanos. Su paciencia con los príncipes enamorados se había agotado hacía siglos.

—Llega tarde —observó la señora O'Hara.

—No llega tarde. El sol aún no ha coronado.

—Usted está andando de un lado a otro.

—No estoy andando de un lado a otro.

—Ha marcado un camino en la hierba, mi príncipe. La propia tierra no está de acuerdo con usted.

Dejé de caminar.

Edgar estaba posado en la piedra más alta, atusándose las plumas con la elaborada indiferencia de una criatura que nunca se había preocupado por nada en su larguísima vida. Había estado inusualmente callado desde anoche. Desde que quemé las deudas y ella se marchó y el mundo se contrajo a una sola pregunta sin respuesta.

Al amanecer. En los crómlechs. Si estoy allí, tendrás tu respuesta.

¿Y si la respuesta era un no?

¿Y si ella había tomado la libertad que le di y había hecho lo inteligente —lo *sensato*— y se había marchado de Ravenmoor y de mi existencia, dejándome pudrir en este castillo con mis cuervos y mi arrepentimiento?

—Hermano. —La voz de Vex, baja—. Respira.

—Estoy respirando.

—No es cierto.

Tenía razón. Forcé la entrada de aire en unos pulmones que habían olvidado su propósito. El vínculo palpitaba: fino, tenso, estirado al límite por la duda de ella y mi desesperación. Estaba despierta. Podía sentir eso al menos. Despierta y moviéndose y *decidiendo*...

—Otro humano —murmuró la señora O'Hara, estudiando el horizonte con esos ojos antiguos—. Cada vez son más guapos. Hay que reconocerle eso a su generación.

—Ella no ha...

—Movimiento en el sendero del páramo.

Me quedé inmóvil.

La niebla era espesa, rodando sobre el brezo en olas blancas, y por un momento no pude ver nada. Solo el páramo vacío. Solo el amanecer. Solo el lento aclarado de un mundo al que no le importaba si me estaban arrancando el corazón del pecho.

Entonces... dos figuras.

Caminando. Al mismo ritmo que ella había mantenido el primero de mayo, cuando me dio la espalda y dejó hierro en sus huellas. Lenta. Deliberada. Como si no valiera la pena apresurarse por el marqués de Ravenmoor.

Branwen.

Surgió de la niebla como algo creado por el propio páramo: el cabello oscuro severo contra el alba, la mandíbula tensa, ojos que contenían el hierro en el que había sido forjada. Su padre caminaba a su lado, de brazos anchos y paso firme, con la mano de ella sobre la suya apoyada en su brazo.

Llevaba un vestido que yo no había visto antes; no el que la señora O'Hara había preparado, sino algo más sencillo, más antiguo. Lino blanco. Sin encaje. Sin adornos. Parecía una hoja de espada envuelta en tela.

Y alrededor de su cuello, un nuevo clavo de hierro en un cordón de cuero.

Me miró a través del círculo de piedras. Me sostuvo la mirada. No sonrió.

—¿Y bien? —dijo ella—. ¿Vamos a hacer esto o he caminado todo este trecho para nada?

Algo se quebró en mi pecho. Algo que había estado tensado durante siglos.

—Vamos a hacer esto —dije. Mi voz sonó extraña. Demasiado cruda. Demasiado honesta. No me importó.

Su padre la acompañó hasta la piedra del altar. Besó su frente; un gesto breve, feroz, de la forma en que un herrero manipula algo precioso. Luego retrocedió y se quedó con el sombrero en las manos y los ojos brillantes por lágrimas que no derramaría.

La señora O'Hara se movió hacia el centro.

—Nos hemos reunido en el umbral —comenzó. Las palabras antiguas. Las mismas que habían vinculado a Vex con su novia humana en estas mismas piedras, bajo este mismo amanecer—. Entre la noche y el día. Entre lo que fue y lo que será. Entre lo mortal y lo eterno.

Los crómlechs zumbaron. Grave. Profundo. El tipo de sonido que se siente en los dientes, en la médula de los huesos. Cosas antiguas despertando. Prestando atención.

—El vínculo comienza con sangre —dijo la señora O'Hara—. Y termina con sangre.

Extendí mi mano izquierda. Branwen extendió la suya.

Nuestros dedos se entrelazaron. Su mano estaba cálida; callosa, fuerte, la mano de una mujer que había pasado su vida dando forma al hierro. Mi mano estaba fría. Siempre estaba fría ahora. Todo estaba frío sin ella.

—¿Quién ofrece la sangre? —preguntó la señora O'Hara.

Edgar se dejó caer desde el crómlecho.

Aterrizó sobre nuestras manos unidas; sus garras se cerraron, perforando, extrayendo sangre de ambos en un solo golpe limpio. Branwen siseó pero no se apartó. Sentí las punzadas como fuego: brillantes, agudas, necesarias.

Nuestras sangres se mezclaron.

La mía más oscura. Más espesa. Demasiado oscura para ser humana, demasiado vital para ser cualquier otra cosa. La de Branwen era roja. Mortal. Real.

Se encontraron en las garras de Edgar. Se fundieron. Se convirtieron en algo nuevo.

Edgar emitió un sonido bajo y ronco; no era su voz de habla, sino algo más profundo, algo que vivía en la parte más antigua de su ser. Aprobación. Reconocimiento. El cuervo que la había elegido a ella antes que yo, sellando lo que sus instintos habían sabido desde el principio.

—Sangre de mi sangre —dije. Las palabras sabían a hierro y fuego y a algo que no tenía nombre en ningún idioma que yo conociera.

—Sangre de mi sangre —repitió ella. Firme. Clara. Sin un temblor.

—Hueso de mi hueso.

—Hueso de mi hueso.

—Te entrego mi cuerpo, para que seamos uno.

Sus ojos se encontraron con los míos. Algo vaciló allí; no era miedo, ni ira. Era algo que nunca había visto en ella antes. Algo suave y feroz y *aterrador*.

—Te entrego mi cuerpo —dijo ella—, para que seamos uno.

—Te entrego mi espíritu, hasta que nuestra vida termine.

Una pausa. La más mínima vacilación; no era duda, me di cuenta. Era peso. Estaba sintiendo la gravedad de las palabras. Dejando que se asentaran.

—Te entrego mi espíritu —dijo Branwen—, hasta que nuestra vida termine.

La magia se tensó de golpe.

Lo sentí como un golpe, como si el mundo se contrajera a un solo punto entre nuestras manos unidas y ensangrentadas. Los crómlechs latieron una vez, dos veces, un latido de luz que ondeó a través del granito antiguo. La niebla huyó del círculo. El amanecer rompió dorado y despiadado sobre el páramo.

Edgar gritó. No era dolor; era triunfo. Se lanzó al aire, con las alas bien abiertas, y toda la bandada surgió de las piedras donde habían estado posados, una marea negra de alas y voces llenando el cielo.

—¡WREN! —gritaban—. ¡WREN! ¡WREN! ¡WREN!

Ella miró a los cuervos y la comisura de sus labios se contrajo. No fue una sonrisa. No del todo. Pero estuvo lo bastante cerca.

—Tus pájaros son unos dramáticos —dijo.

—Ahora son *nuestros* pájaros.

Sus ojos volvieron a los míos. El gesto se convirtió en una verdadera sonrisa; pequeña, afilada, el tipo de sonrisa que corta.

—Qué suerte la mía.

La atraje hacia mí. Mi mano encontró el lateral de su cuello, el lugar donde el cordón de cuero tocaba su piel, donde el nuevo clavo de hierro colgaba pesado contra su clavícula. Lo levanté con el pulgar. Sentí su peso. El trabajo de su padre. Su armadura. Su nombre.

Cálido. Solo cálido.

Dejé que cayera de nuevo contra su piel y besé su frente. Ella me dejó. Eso fue un milagro en sí mismo.

La señora O'Hara dio un paso atrás. Mis hermanos se acercaron; el ritual requería testigos, y su presencia se asentó a nuestro alrededor como un muro.

Vex fue el primero. Me apretó el hombro y sentí su aprobación como algo físico; firme, silenciosa, el peso de un hermano mayor que ya había recorrido este camino antes que yo.

—Bien hecho, hermano —dijo. Nada más. Viniendo de Vex, eso lo era todo.

Cade fue el siguiente. Se materializó de entre las sombras que separaban las piedras: un momento era espacio vacío; al siguiente, una figura de oscuridad y silencio. Su mano en mi brazo estaba fría. Sus ojos, cuando se encontraron con los míos, contenían algo que no había visto en ellos hasta entonces.

Hambre.

No por Branwen. No por *esto*. Sino por la posibilidad de ello. Por la idea de que incluso una criatura como él —un ser de sombras y antiguos pecados— pudiera algún día estar donde yo estaba.

—Hermano —dijo. Nada más. Su voz rascaba como el óxido sobre la piedra.

Luego su mirada se desvió más allá de mí. Más allá de Branwen. Hacia el páramo tras las piedras, donde el mundo se extendía vacío

y expectante. Se quedó mirando a la nada. Algo que ninguno de nosotros podía ver.

Y entonces desapareció. Las sombras se plegaron sobre las sombras, tragándoselo por completo.

Branwen observó el espacio donde él había estado. —Ese me asusta —dijo en voz baja.

—Asusta a todo el mundo.

—No. Quiero decir que me asusta porque creo que *desea* esto. —Me miró—. Y creo que el deseo es lo que lo está destruyendo.

No tuve respuesta para eso. Tenía razón. Casi siempre tenía razón.

Ash llegó el último. Se movía despacio, con cuidado, como si el aire de la mañana pudiera hacerlo añicos. Su piel era casi translúcida bajo la luz del alba, con las venas azules visibles en las sienes y un temblor en las manos que ya no podía ocultar. Pero estaba sonriendo. Sonriendo de verdad.

—Felicidades —dijo. Su voz era amable. Cálida. El más joven de nosotros, el más bondadoso, el que se desvanecía más rápido—. Es aterradora y me gusta muchísimo.

—Gracias —dijo Branwen—. Tienes un aspecto terrible.

Ash parpadeó. Luego se rió; sorprendido, encantado, el sonido fue brillante como el cristal en el aire matutino.

—Lo tengo, ¿verdad? —dijo—. Es cosa de la muerte. Causa estragos en el cutis.

Algo cambió en la expresión de Branwen. Rápido; un destello. Ella no sabía eso. Sabía lo que éramos, sabía que podíamos ser heridos, sabía que el hierro nos quemaba. Pero *morir*... esa era una palabra distinta. La vi sopesarla. Archivarla. Optar por no preguntar.

Todavía no.

Detrás de él, de pie junto a la piedra del altar, Isabella Calder —Izzy, la callada hermanastra de Liora— emitió un pequeño sonido. Media toma de aire. Observaba a Ash con esos ojos oscuros y cautelosos que no revelaban nada.

Ash la miró de reojo. Solo un vistazo; breve, ligero, sin importancia.

Pero su mano dejó de temblar.

El padre de Branwen se acercó. Había estado esperando al borde del círculo, con el sombrero en las manos, mirando cómo su hija se vinculaba con algo más antiguo y extraño que cualquier cosa que él pudiera comprender.

—Padre —dijo Branwen.

Él la rodeó con sus brazos. Sin palabras. Solo el abrazo de un hombre que estaba soltando lo único que le importaba y confiando en que ella supiera lo que estaba haciendo.

—Ven a visitarme —le dijo contra el pelo—. Los domingos. Mantendré la fragua encendida.

—Lo haré.

—Y si él... —Hizo una pausa. Me lanzó una mirada por encima del hombro de ella—. Si él te da problemas, vuelve a casa. Yo le pondré en su sitio.

—Padre. Es un marqués.

—Y yo un herrero de mal genio. Ya nos apañaremos.

Ella se rió. Una risa de verdad; abierta, sin reservas, el sonido resonó contra los crómlechs como una campana. Nunca la había oído reír así. Era el sonido más devastador que jamás había encontrado, y yo he vivido lo suficiente como para escuchar los cantos de muerte de civilizaciones enteras.

Su padre la soltó. Me estrechó la mano; su agarre era de hierro, en todos los sentidos. Me miró a los ojos.

—Es mi niña —dijo—. Mi única hija.

—Lo sé.

—Entonces ya sabe lo que haré si le hace daño.

—Lo sé.

Él asintió. Eso fue suficiente.

Los demás se iban alejando; el padre hacia el carruaje, Ash e Izzy caminando despacio de vuelta por el sendero del páramo, con la señora O'Hara guiándolos con la paciencia de milenios. Vex se demoró. Liora estaba a su lado, con una mano sobre el vientre, observándome con esos agudos ojos grises que veían demasiado.

Branwen había caminado hasta el borde del círculo de piedras. Sola. Mirando el páramo. Dejando que la mañana se asentara a su alrededor.

Vex se acercó para ponerse a mi lado. Muy cerca. Su voz era apenas un susurro.

—El collar —dijo—. Hace un momento. Lo has tocado.

Fruncí el ceño. —¿Qué pasa con eso?

—Eso es *hierro*, Raith. Hierro recién forjado, sacado directamente del fuego de un herrero. Lo has cogido con tu mano desnuda.

Me quedé mirándolo.

—Debería haberte ampollado los dedos. Debería haber quemado hasta el hueso. —Los ojos de Vex brillaban. Brillaban de una forma que no había visto en meses; no desde la estación de Edimburgo, no desde que empezó su desesperada investigación sobre lo que significaba el vínculo, lo que cambiaba, lo que podía hacer—. Ni siquiera te ha dejado marca.

El aire de la mañana estaba frío. El páramo se extendía a nuestro alrededor, infinito y antiguo. Y mi hermano —el controlado, el precavido, el que no se había atrevido a tener esperanza desde la noche en que supo que su esposa sobreviviría a todos los que ella había conocido— me miraba con algo que rompía su compostura de siglos por la mitad.

Esperanza.

—¿Qué significa? —pregunté.

—No lo sé. —Tenía la mandíbula tensa. Sus manos eran puños a los costados—. Pero no es insignificante.

Se dio la vuelta y caminó hacia Liora. Ella lo cogió del brazo. Se alejaron juntos por el páramo, el duque y la duquesa de Thornwood, con la mano de él sobre la de ella y la cabeza de ella apoyada en su hombro.

Los vi marcharse.

Luego me miré la mano. La mano que había sostenido hierro recién forjado y no había sentido nada. Ni quemadura. Ni cicatriz. Ni dolor.

La mano que había sostenido la de Branwen mientras sus sangres se mezclaban en las garras de un cuervo y los crómlechs bendecían lo que el amanecer había presenciado.

No era insignificante.

No. En absoluto.

CAPÍTULO
VEINTICINCO

RAITH

Estaba en mis aposentos.

No en los suyos —los que la señora O'Hara le había asignado semanas atrás, con herrajes de hierro y cerradura por dentro—. En los míos. Había venido aquí por su cuenta. Había entrado sin más.

Estaba de pie junto a la ventana, contemplando el páramo, y se había quitado el lino blanco. Llevaba su combinación —fina, gastada, el tipo de prenda de la que una trabajadora solo poseía una y que remendaba hasta que se caía a trozos—. Tenía el pelo oscuro suelto. Cayendo libre sobre sus hombros por primera vez desde que la conocía.

El collar de su padre colgaba de su cuello. Hierro recién forjado, todavía oscuro, aún no pulido por años de contacto con la piel. Su armadura. Su herencia.

Se dio la vuelta cuando entré. Esos ojos —los que siempre me habían visto, los que me habían visto de verdad, lo que había bajo el glamour— buscaron los míos.

—Has tardado bastante —dijo.

—Me estaba despidiendo de mis hermanos.

—Son aterradores, todos ellos.

—Les gustas.

—No he dicho que no esté aterrada con afecto.

Cerré la puerta tras de mí. El cerrojo giró; su mano, pasando por delante de mí, dedos con callos de hierro sobre el pasador de hierro. Práctica. Deliberada. Cada movimiento era una elección.

Me miró. Lo suficientemente cerca como para tocarla. Sin tocarla.

Algo había cambiado. No en ella —seguía siendo la misma hoja afilada de siempre—, sino en el espacio entre nosotros. El vínculo estaba abierto de par en par tras los votos, vibrando con todo lo que sentíamos y no podíamos ocultar. Su deseo. El mío. La verdad cruda y desprotegida de dos personas que habían dejado de fingir que no necesitaban esto.

—Deja de mirarme así —dijo.

—¿Cómo qué?

—Como si fuera algo preciado. Te pegaré.

Dejé caer el glamour.

No poco a poco. No por partes. Todo a la vez: la máscara humana se disolvió como el humo, dejando a la vista lo que yo era en realidad. Huesos más angulosos. Piel más pálida. Ojos que brillaban en la penumbra. Dientes demasiado afilados para una boca humana.

Me estudió. Sus ojos siguieron los cambios: la anomalía, la otredad, el antiguo depredador que vestía una forma humana como si fuera ropa prestada.

—Ahí estás —dijo—. Por fin.

Algo en mi pecho se abrió de par en par.

—Si eres delicado conmigo —dijo ella—, no te lo perdonaré jamás.

La besé.

Nada de delicadezas. Branwen no sabía lo que era eso. Me besó como peleaba: directa, feroz, sin movimientos en vano. Cerró el puño en mi camisa y me atrajo hacia ella; su boca estaba caliente, era exigente y sabía a aire frío de la mañana y a algo más oscuro debajo, algo que era puramente *ella*.

Y a través del vínculo —abierto de par en par ahora, más que nunca—, sentí lo que el beso le provocaba. El calor acumulándose en su bajo vientre. El deseo entre sus muslos, ya húmedos, ya anhelantes. Ella sintió lo que me provocaba a mí: mi miembro endureciéndose contra su cadera, la necesidad visceral que no tenía nada que ver con la coacción y todo que ver con la mujer que se apretaba contra mí como si intentara meterse bajo mi piel.

Emitió un sonido contra mi boca. De sorpresa. No por el deseo —eso ya lo había sentido antes—, sino por sentir el *mío*.

—Eso es...

—El vínculo.

—¿Te sientes *así* todo el tiempo?

—Cada momento que has estado en este castillo —me aparté lo justo para ver su rostro—. Cada vez que pasabas por mi lado. Cada vez que me mirabas con esos ojos de hierro y me mandabas al infierno.

—Bien —dijo—. Sufre.

Me mordió el labio inferior con la fuerza suficiente para hacerme sangre, y el sabor —sangre fae, oscura, no del todo normal— hizo que sus pupilas se dilataran por completo.

Mis manos buscaron el dobladillo de su combinación. Se la quité por la cabeza. Ella ayudó, impaciente, tirando para liberarse y arrojándola a un lado con la misma eficacia que ponía en todo. Debajo, todo era músculo magro y piel marcada por la forja, callos en sus palmas, una marca de quemadura en el antebrazo de un día en que el metal saltó. No era suave. No era delicada. Era dura, real y humana, y yo la deseaba con una violencia que sacudía los cimientos de mi larguísima existencia.

—Tu turno —dijo, y sus manos se posaron en mi camisa, tirando, rasgando. Los botones salieron despedidos por el suelo de piedra. Presionó las palmas de las manos contra mi pecho, contra la piel que debería haber ardido por las trazas de hierro incrustadas en sus manos.

No ardió.

Su contacto era fuego, pero no del tipo que mata.

Bajé besando su cuerpo. Su clavícula. La curva de su pecho... tomé su pezón en mi boca, lo rocé con dientes que eran más afilados de lo que deberían, y ella se arqueó sobre la cama con un jadeo que sentí resonar a través del vínculo como una campana golpeada. Podía saborear el hierro en su piel. No dolía. Sabía a *ella*.

Más abajo. La superficie firme de su vientre. El hueco de su ombligo. Se dio cuenta de a dónde me dirigía y sus muslos se tensaron.

—No tienes por qué...

—Lo sé —la miré desde entre sus piernas—. Dime que pare.

No lo hizo.

Puse mi boca en ella.

Sus caderas se agitaron con tanta fuerza que tuve que sujetarlas contra la cama. Estaba mojada, lubricada, hinchada y ansiosa, y yo podía sentir cada sensación a través del vínculo mientras mi lengua se deslizaba por sus pliegues. Lo que mi boca sentía desde fuera. Lo que ella sentía desde dentro. El efecto devastador y aniquilador de saborearla mientras sentía simultáneamente lo que mi lengua le hacía: el lento y líquido aumento del placer en su interior, la forma en que cada caricia la tensaba más.

Mis pensamientos se fragmentaron. Siglos de compostura elocuente se disolvieron en... *su sabor, sus sonidos, la forma en que sus muslos temblaban contra mi mandíbula*... no podía... estaba perdiendo...

—*Raith*... —su voz se quebró. Cerró el puño en mi pelo. No para apartarme. Para acercarme más.

Rodeé su clítoris con la lengua y succioné, y a través del vínculo sentí el orgasmo formándose en ella como una ola que retrocede desde la orilla; y ella podía sentir cuánto la deseaba yo, lo duro que estaba, cómo los sonidos que emitía estaban destruyendo lo que quedaba de mi control...

—No se te ocurra decirme que me deje llevar —dijo entre dientes —. No te *atrevas*...

No le dije nada. Deslicé dos dedos dentro de ella, los arqueé y succioné su clítoris con mi boca.

Se corrió.

Nada de silencio. Nada de control. Un sonido crudo, roto, arrancado de lo más profundo, con la espalda arqueada y su puño casi arrancándome el pelo de raíz. Sentí cómo impactaba a través del vínculo: su placer chocando contra mí, mi propio cuerpo sacudiéndose en respuesta, mi miembro tan duro que dolía, y no podía pensar, no podía respirar, solo podía aguantar mientras la ola nos rompía a ambos.

Todavía estaba temblando cuando me incorporó tirando de mi pelo y me besó. Saboreó su propio rastro en mi boca. No se inmutó.

—Ahora —dijo—. Te quiero dentro de mí. Entero.

Me coloqué entre sus muslos y el vínculo cantó; no como una gasa, ni como un hilo, sino como algo vivo y masivo, vibrando con cada punto de contacto entre nosotros.

Ella bajó la mano. Envolvió mi miembro con ella —dedos con callos de hierro, ásperos, fuertes— y dejé de respirar. Dejé de pensar. Me acarició una vez, dos veces, y observó mi rostro con esos ojos afilados que lo veían todo.

—Ahí estás —susurró—. Este es el verdadero tú. No el seductor. No el príncipe —me guio hasta su entrada. Caliente. Húmeda. Preparada—. Esto.

Me empujé dentro de ella.

Despacio. Sintiendo cada centímetro. Su calor atrapándome, atrayéndome más al fondo, y el vínculo... Dios, el vínculo... me sentía dentro de ella desde *su* lado. La plenitud. El estiramiento. La dolorosa corrección de ser llenada por algo que era suyo antes de que ninguno de los dos tuviera la sensatez de admitirlo.

Ella sentía lo que yo sentía. El agarre estrecho y devastador de su cuerpo. La forma en que su sexo me retenía como si hubiera sido hecha para esto. El sonido que no pude contener del todo: algo entre un gemido y una plegaria en una lengua más antigua que el inglés.

—Muévete —dijo.

Me moví.

Despacio al principio. Profundo. Cada estocada deliberada, saliendo casi por completo y volviendo a entrar hasta que ella jadeaba. Pero el vínculo lo amplificaba todo —cada roce de fricción, cada pulso de calor— y no pude mantener el ritmo. No pude mantener el control. El bucle de sensaciones me estaba destruyendo. Sentía su placer y eso alimentaba el mío, y ella sentía eso y alimentaba el suyo, y la espiral se cerraba más y más...

—Más fuerte —susurró.

Dejé de ser delicado.

Ella no quería delicadeza. Quería *esto*: mis caderas chocando contra las suyas, sus piernas envueltas alrededor de mi cintura atrayéndome más adentro, el cabecero golpeando contra la piedra. Sus uñas me arañaron la espalda con la fuerza suficiente para hacerme sangre, sentí el escozor y sentí su satisfacción al provocarlo, y eso fue... eso fue...

Me estaba quedando sin palabras. Perdiendo el lenguaje. Siglos de compostura reducidos a su nombre y al sonido de nuestros cuerpos y al vínculo ardiendo entre nosotros como una fragua.

Ella me empujó.

Fuerte. Con ambas manos en mi pecho. Caí de espaldas y ella estaba encima de mí antes de que pudiera reaccionar, a horcajadas sobre mis caderas, hundiéndose sobre mi miembro con un sonido que brotó de ambos a la vez.

—Mi turno —dijo.

Me cabalgó como si hubiera nacido para ello. Como si se hubiera estado entrenando para esto en la forja: esos muslos fuertes, esa resistencia de trabajadora del hierro. Ella marcó el ritmo —duro, implacable, con las manos apoyadas en mi pecho— y yo no pude hacer más que sujetar sus caderas, observar y *sentir*.

A través del vínculo, sentía lo que ella sentía encima de mí. El ángulo... más profundo, *ahí*, golpeando algo en su interior que hacía que se le cortara la respiración y su ritmo flaqueara. Lo persiguió. Lo encontró. Se frotó contra mí y sentí el pico de placer atravesarnos a ambos simultáneamente.

—Wren... —mi voz estaba destrozada. Apenas era una voz—. No puedo... voy a...

—Todavía no —movió las caderas. Despacio ahora. Tortuosamente despacio. Viéndome desmoronarme bajo ella—. No hasta que yo lo diga.

La mujer que me había tirado hierro a la cabeza. La mujer que se había marchado como si no mereciera la pena huir de mí. Dando órdenes a un príncipe fae en su propia cama.

Jamás había deseado nada tanto en todos mis siglos de existencia.

Se aceleró. Su respiración era ahora entrecortada, sus muslos temblaban y, a través del vínculo, la sentí subir de nuevo; sentí el orgasmo formándose como un trueno, sentí el momento en que dejó de controlarlo y se entregó a él.

—Ahora —jadeó—. *Ahora*...

Me impulsé hacia arriba. La atrapé contra mi pecho, hundido profundamente en ella, y ella se corrió... y yo me corrí... y el vínculo se incendió.

No fue un pulso. Fue una conflagración. El placer desgarrándonos a ambos simultáneamente, duplicándose, redoblándose, sus gritos y mi gemido enredándose en la oscuridad. Sentí cada parte de ella; no solo su cuerpo apretándose a mi alrededor, sino su *yo*, esa fiereza protectora y terca, el valor que ni una sola vez había apartado la mirada de lo que yo era, lo que había debajo de todo el hierro y la rabia que preferiría morir antes que nombrar.

Amor. Me amaba. Podía sentirlo en el vínculo, brillante y furioso y completamente, totalmente reacio a ser delicado al respecto.

Dije su nombre. Su nombre real. El que le dio su madre.

—Branwen.

Se estremeció contra mí. Algo húmedo en mi hombro... lágrimas, me di cuenta. Estaba llorando. Parecía furiosa por ello.

—No te atrevas a decir nada —susurró.

Le sequé las lágrimas con besos. No dije nada.

Nos quedamos allí, enredados.

El vínculo vibraba entre nosotros: sólido, cálido, vivo. Ya no era un hilo ni una cuerda, sino algo tejido en nuestra propia esencia, tan parte de mí como los latidos de mi corazón. Podía sentirla. No solo su cuerpo apretado contra el mío: su agotamiento, su satisfacción, su feroz negativa a admitir que algo de esto había sido tierno.

El collar de su padre yacía entre nosotros sobre la almohada, con el cordón enredado en su pelo. Mi pecho estaba apretado contra él.

Sin quemaduras. Sin marcas. Sin dolor.

Hierro contra piel fae, y nada.

Ya se estaba quedando dormida. Mi novia herrera, que había luchado contra los fae, que había arrojado hierro y que había caminado hacia su boda sin huir. Su respiración se hizo más lenta. Su mano se relajó contra mis costillas.

Edgar se posó en el alféizar de la ventana.

Se ahuecó las plumas. Inclinó la cabeza. Me clavó un ojo brillante y sagaz.

—AMAR WREN —dijo suavemente. Casi en un susurro.

—Sí —le dije—. Yo también.

El cuervo emitió su sonido de risa y escondió la cabeza bajo el ala.

Yo no dormí.

Me quedé tumbado a su lado escuchando el sonido de su corazón —constante, mortal, fuerte— y sentí el hierro contra mi piel como una bendición en lugar de una maldición.

Mortal.

La palabra se asentó en mi interior como una hoja entre las costillas.

Había vivido durante siglos. Viviría siglos más, a menos que mediara el hierro, la violencia o el lento avance del veneno que estaba matando a Ash poco a poco. Yo perduraría. Permanecería. Vería cambiar el páramo, crecer los bosques y las estrellas girar sobre mi cabeza en sus patrones ancestrales.

Y ella no.

Sesenta años, si tenía suerte. Setenta. Un latido. Un suspiro entre un siglo y el siguiente. Su pelo se volvería plateado. Sus manos fuertes de la forja se debilitarían. Sus ojos de hierro se apagarían.

Y yo estaría exactamente como esta noche. Sosteniéndola. Observando.

Contando.

Ahora comprendía a Vex. Comprendía la investigación desesperada, los textos antiguos, la forma en que había registrado cada archivo y biblioteca del mundo fae buscando respuestas que no

estaba seguro de que existieran. Comprendía ese *«Encontraré la forma de conservarla, o desharé el mundo intentándolo».*

Me había reído de él por ello. Lo había llamado pintoresco. Había dicho que su obsesión humana era divertida, entretenida, indigna de nosotros.

Ahora no me reía.

Tengo que hablar con mi hermano. El pensamiento era claro, agudo y carente de ironía. *Lo que sea que haya encontrado. Lo que sea que esté buscando. Tengo que ayudarle a encontrarlo.*

No por Liora. Ni por deber. Ni por la supervivencia de nuestra especie o el futuro abstracto de los vínculos entre faes y humanos.

Por *ella*. Por la mujer que dormía contra mi pecho con hierro en el cuello y humo de forja en el pelo. Por sesenta años que no eran suficientes. Por setenta que serían una crueldad. Por la insoportable e inaceptable matemática de amar algo mortal cuando tú no lo eres.

Branwen se movió en sueños. Se acercó más. Su aliento era cálido contra mi clavícula.

Cerré los ojos. La estreché con más fuerza.

Lo encontraremos, hermano. Cueste lo que cueste. Pase lo que pase.

Ahora lo entiendo.

Fuera, el páramo se extendía oscuro e interminable bajo un cielo cuajado de estrellas. Los caminos de hierro se acercaban más, milla a milla, año tras año.

Pero el collar contra mi piel no ardía. Y en algún lugar del castillo de mi hermano, Vex seguía buscando.

Y por primera vez en mi larguísima existencia, tenía algo que valía la pena temer perder.

Edgar murmuró en sueños.

—WREN, CASA.

Sí.

Lo era.